

CÓMICO DE LA LENGUA

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

SEIX BARRAL - BARCELONA

NÉSTOR SÁNCHEZ

Cómico de la lengua



Primera edición: 1973
(primera tirada: cinco mil ejemplares)

Depósito legal: B. 21.519-1973

ISBN 84 322 1345 4

Printed in Spain

a Teresa Wangeman

De la inexistencia a la existencia él venía a los muchos y era recibido como unidad; existencias a existencia él era con cualquiera como cualquiera con cualquiera; ido de la existencia a la no-existencia sería percibido por todos como nada.

JAMES JOYCE

¿Acaso nada más, cómico de la lengua, vigilo lo que no conozco?

ISMAEL

I

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

En todo caso una única frase indistinta que arranque con la palabra lentitud. Lentitud de ninguna manera fragmentaria o discontinua: el anochecer (la caída de la tarde, el crepúsculo) del día quince de octubre unas dos horas después de haber entrado y de haber atrancado la puerta, a poco más o menos hora y media de haber entreabierto en parte la persiana, Nacha Ortiz sin pintura respirable en la cara y con el pelo en dos (cierta precisión motriz indefinible) empieza a desvestirme con una lentitud que por largos momentos tenderá a volverse irritante.

Primera de tres únicas referencias al resto de la botella de scotch sobre una especie de cómoda o armario: podría no haberse tratado de Nacha Ortiz, podría haberse perdido más adelante el paquete, o en su defecto el baúl donde sería introducido el paquete; podría —el baúl— haberse caído en la interminabilidad del Atlántico o ser arrumbado de manera indefinida bajo la cama de algún sanatorio psiquiátrico europeo: termina con los botones del saco —tres dedos de una única mano— y cuando en realidad termina con ellos hace entonces un rodeo ceremonioso o si se quiere ensimismado: apenas me doy cuenta de que ayudo con los hombros a que salgan las mangas porque en ese preciso momento reaparece el chirrido de las ruedas del tren del elevado cuando toma las curvas: todos los alrededores de la ciudad de Chicago práctica-

mente cubiertos por las consecuencias de un otoño irreal y ese fragor de marras repercutiendo en los vidrios repercutientes de la ventana que por supuesto no daba a la irrealidad serenísima del Michigan.

Inmediatamente después de esa pieza y sin proponérmelo del todo pude haber olvidado el paquete sobre el asiento de un taxi, entre las revistas de una mesa de revistas de cierta peluquería celeste de Filadelfia. Pude, incluso, dejar que me comieran las gaviotas con su loquero en un golfo cualquiera del Mediterráneo verde moco: no alcanzo a darme cuenta de nada o de casi nada, ni siquiera me llama la atención su referencia directa a Alfredo Capone y por lo tanto a la matanza del día de San Valentín y ni siquiera atino a relacionar esa matanza con la falta de humor o de alegría que al fin de cuentas deterioraba (en Nacha Ortiz, desde mucho tiempo antes y según sus propias palabras) toda esa predilección poco menos que intransmitible hacia los gángsters entendidos como destino o peculiaridad de la especie.

Aunque levanto primero un pie y poco más tarde el otro ni siquiera me doy cuenta de que se dedicará a los botones de la camisa; algo idiotizado o indigente sobre la alfombrita pisoteadísima y escrita ni siquiera relaciono que se queda y se quedará vestida (que sólo con el bueno de Mike, sólo con Mike y desde hace un par de años completamente a oscuras) hasta que con la misma lentitud deja caer las manos que por su parte estiran los brazos y empieza a descender con la finalidad de arrodillarse y una vez arrodillada se quedará esperando durante un rato también exageradamente prolongado pero de ninguna manera discontinuo.

En vez de pensar en la crueldad del olvido y en el Pato Donal, en la irrealidad de la vida americana y en el tren del elevado en gran angular por encima del incalificable espectáculo pude haber pensado en lo que Nacha

Ortiz de pronto entornando los párpados y con los dientes blandísimos me había dicho dos horas y pico antes (o sea al servir por primera vez los vasos con el scotch de nuestra botella), su voz semiafónica desde esa cara sin pintura respirable que alguna vez cercara con afiches publicitarios el abandono internacional de Mauro Chavarría: que nunca bebía antes de las ocho de la noche, a partir de la mitad de la cena, y sólo en aquel living de madera casi californiano con afuera el montón de hojas acartonadas bajo las patas de la perra Ella (por Fitzgerald), suburbio arbolado y ocre donde ya se quedaría para siempre no a causa de la bondad de Mike con ella y con su única hija Andrea que no era ni de Mike ni de Mauro y mucho menos de Roque, Andrea todavía frígida y con ese terror a los pumas que casi sin lugar a dudas heredaba de la sombra terrible de Facundo Quiroga.

Nada más alcanzo a darme cuenta de que estoy a punto de caerme para adelante, pero ya sus manos me sostienen empujando apenas las rodillas: Nacha Ortiz respira sin grandes esfuerzos por la nariz y ni siquiera relaciono que el azar no existe aunque todo indicara que la tarde anterior (la tarde del catorce de octubre) pude no recomprar ese libro o en todo caso recomprarlo pero entonces sin discutir en argentino, en plena ciudad de Chicago, con el portorriqueño convencido de que la mafia no participa activamente en la salvación indirecta del género humano sometido como está a la transición de un milenio.

Ni siquiera grito o le reprocho a Nacha la lentitud o a lo sumo caigo en la cuenta de que hubiese sido imposible que no escuchara aquella discusión del catorce de octubre unas tres o cuatro horas antes de meterse en el bar y reconocerme a causa del libro y sin que por supuesto la reconociese:

Lazarus Morel capitaneando pueblas negras que soñaban con el momento de ahorcarlo

sin darme cuenta de su segunda vez es decir que entraba con la intención de sentarse a tan pocas mesas de distancia de mi mesa

ahorcado por ejércitos a los que soñaba capitanear y lo mismo que en el caso de Alfonso Capone sin el privilegio de ser arrojado cuanto antes al torrente irreal del Mississipi.

Aquella tarde del catorce de octubre (¿Roque Barcia muerto?) Nacha Ortiz caminaba aparentemente al azar por las calles céntricas de la ciudad de Chicago acaso revisando la intención de desprenderse del paquete (del paquete con el manuscrito), resultándole claro para qué juntar a Mike con el manuscrito y entonces escuchó ese acento propio como integrante de la discusión, los verbos destrozados, para quedarse un rato simulando mirar una vidriera y poco más tarde preferir alejarse y hasta olvidar el impulso repentino: de nuevo sin rumbo aparente hasta que llegaría a parecerle justo meterse en el bar es decir una segunda vez pero yendo a sentarse a cuatro o cinco mesas de distancia de mi mesa y por lo tanto mirándome mirar a la negra primero sola y poco después con el negro que le besaba las manos hasta formarle una horqueta con las palmas, sentado apenas en el borde de la silla: la negra adorada sonreía mientras yo ni siquiera podía distinguir que Nacha Ortiz había entrado y que después de acomodarse también sonreía con golpes muy leves de hielo adentro del vaso, sólo atraído por la posibilidad de razonar el chirrido de las ruedas del tren del elevado cuando toma las curvas o en todo caso el desa-

rraigo, la sospecha garrafal de la isla, Ray Charles ciego en el fonógrafo.

En apariencia casi nada fuera de lo común tenerla de repente en ese bar donde hombres y mujeres americanos hablaban su acongojada lengua americana mucho más gutural que la nuestra, apenas relacionable con su cara donde seguían las pecas, todavía con algunas señales del gran llamado parsimonioso hasta que fue ella la encargada de aproximarse a mi mesa para casi de inmediato hablarme en argentino y sin solución aparente de continuidad de aquella mañana muy fría de mil novecientos veintiocho, bajo la nieve volátil, con el aterrorizado Al (aquí creí mirarla por única vez a los ojos) esperando el desenlace o mejor todavía los detalles del desenlace del día de San Valentín muy próximo a un teléfono alto, alto negro y resplandeciente, un teléfono negro y resplandeciente bajo el sol que a su vez llenaba de reflejos la piscina inmaculada de la ciudad de Miami.

Del todo posible admitir entonces que ni el azar ni su decisión de ella tomada por anticipado (esa vaguedad aparente o demasiado incierta) ni la conjetura boba o en todo caso alusiva de la isla y ni siquiera las tapas grises del libro que bien pudo no haber sido ese libro y ni siquiera la memoria desmemoriada de Alfredo Capone o la oreja del exilio trajeron esa tarde del catorce de octubre a la supuesta Nacha Ortiz a mi mesa de un bar de la ciudad irreal de Chicago: sin embargo y a pesar de todo lo mismo resultaría difícil admitir que ni siquiera fui capaz de decirle, palabra por palabra, a media voz y con espacios de silencio entre cada palabra and speech impelled us to purify the dialect of the tribe.

Y unas treinta y pico de horas después es como si siguiera atrayéndome más el fragor de marras contra los vidrios que su esfuerzo bastante prolongado contra mis rodillas, el pelo ahora junto y acariciable, ese sonido

finalmente final que significa abrir sostenido y pausa y cerrarse brusco de la garganta: lo mismo que si Moctezuma II (tampoco relaciono que lo había nombrado como una de las obsesiones centrales del primer Mauro Chavarría) no hubiese admitido o creído que en resumidas cuentas llegaba lo que debía llegar cuando corrieron a confirmarle la existencia de la montaña movible que no tocaba las costas y entonces hubiese seguido prolongando hasta el oprobio esa otra matanza de los soñadores aztecas, realmente triste entre todas.

Sin duda me cubro con la colcha mientras ella vuelve a servir en los vasos aunque tampoco hago ningún esfuerzo para que me aclare en qué medida ese horror o bochorno dominable desde el tren del elevado según Mauro Chavarría ya estaba previsto en los textos sagrados de por ejemplo la India, el Kali Yuga benditísimo aludido con absoluta precisión como la edad demasiado sombría, última, demasiado densa, sobrecogedoramente irrisoria: ni siquiera me dejo caer de espaldas sobre la cama, como todo el mundo, o a lo sumo le pido detalles en relación directa con el contenido del paquete así como tampoco el catorce de octubre al anochecer (una vez ausente la pareja de negros) supe escuchar su relato minucioso del día helado de San Valentín o sea la transitada Clark Street y los siete hombres de Moran abrumadoramente serios esperando el cargamento de whisky (el cargamento de whisky) que no llegaría nunca porque en última instancia lo que iría a aproximarse era un Cadillac idéntico a los del departamento de investigaciones (por completo idéntico) con adentro tres hombres de Al con las ametralladoras enormes y negras que harían ladrar a más de la mitad de los perros domésticos de Chicago East.

Como si al rato no hubiésemos salido de aquel bar en dirección a uno de los tantos suburbios arbolados: Nacha

Ortiz muy lenta del lado de la calle acaso satisfecha en el olor de las hojas marrones acartonándose. Como si no me hubiese quedado inmóvil en el centro de su jardín a mitad de camino entre la verja y la puerta de entrada a la casa: porque resulta innegable que Nacha lo había dicho allá primero en esa lengua gutural que no era la nuestra, al reaparecer desde la casa con las manos vacías mientras Ella ahuyentaba sin mucha convicción a las ardillas del jardín irreal de Mike, algo entonces fláccido alrededor de los pómulos y los dientes de leche afirmando cuídate por Dios del tono ropa de gángster en todo caso Chavarría fue algo así como un hueco personal de la palabra hueco o corcho perpetuo o alusión con brusquedades presintiéndose nada cada vez hasta el brevísimo instante de descubrirlo y olvidarlo por completo; había agregado casi de inmediato pero ya en argentino prefiero no darte hoy mismo lo que está allí adentro ni hablarte de mí que acaso fui siempre esa misma frase de prefiero no darte hoy mismo lo que estaría allí adentro, Andrea escuchaba voces cantando convencidas y agolpadas con atrás un bajo y una batería monocorde, Mike regresó demasiado temprano, es bueno y tratable, Mike ama a la antropología, juro que nunca se me hubiese ocurrido quedarme para siempre entre las hojas amarronadas acartonándose de la ciudad irreal de Chicago pero no dejes de cuidarte de agregarle ningún tipo de importancia mejor detenerse en cosas como por ejemplo Ella infinitamente perseguida por las ardillas que durante las noches lo mismo sueñan en ferraniacolor con la persecución ininterrumpida de Ella, detenerse en la negra que parecía salvarte la vida allá en el bar o en todo caso y hasta con absoluta preferencia en la lentitud de por ejemplo un río argentino hacia el que podría volar en un jet, volar ya mismo en un jet con el propósito de dejar que caiga ese paquete que te daré mañana quince de octubre en el

mismo bar de esta tarde, que caiga y entonces (pocos minutos después de flotar chupando agua hasta irse completamente a pique) convertirnos todos sin excepción alguna en tu nueva y desconocida y por lo tanto incomparable carencia.

Lo cierto es que tampoco me inquieté cuando al día siguiente por la tarde irrumpió en el bar con el referido paquete entre los brazos, entre los brazos el paquete que hasta pude olvidar allí mismo y con alguna posterioridad salimos; Nacha Ortiz con la botella escondida en su bolso y entonces yo con el paquete entre los brazos: sus labios secos y los repliegues a la altura del cuello, lentísima y con la ropa puesta bastante después de haber atrancado la puerta y de haber entreabierto en parte la persiana.

La irrealidad invisible del Michigan.

Tal vez hacía falta llegar a convencerse de que sólo podría tratarse de frases globales e incurables, algo así como edad y gente, gente en el exilio, el exilio y la imposibilidad de sentir, la imposibilidad de sentir la inutilidad de las señales y el rencor, todo paisaje igual a sí mismo, toda calle cayendo al barranco y los nexos (¿qué nexos? ¿rotos cuándo o dónde?) más la ilusión de horror por cada vida chiquita y atroz y por lo tanto secreta y sobre todo el miedo sin pena ni gloria que a su modo debió experimentar Capone hasta el precisísimo instante del día de San Valentín en que sonara sin demasiado estruendo el teléfono alto y negro y resplandeciente bajo el sol a raudales de Miami, hasta que fue acercándose y se detuvo adelante y por fin se animó a descolgar y a tantos kilómetros de distancia o sea desde la ciudad irreal de Chicago le confirmaron que el tableteo de las ametralladoras de su gente, de su gente desapacible y ensimisma-

da, había hecho ladrar a más de la mitad de los perros domésticos de Chicago East.

Pero en todo caso también debió ser necesario dejar atrás algunas palmeras inmóviles y el mar caliente, la irrisión de los míster universo del renacimiento italiano para meterse al fin en las penumbras de un cine en una sala semigótica ahora con putas bisnietas de la postguerra y entonces verificar los últimos primerísimos planos de las caras de la gente de Moran sin humor ni asomo de alegría esperando el cargamento de whisky que no llegaría nunca mientras afuera y arriba del depósito seguía cayendo la nieve volátil: los dos Gusenberg y el ladrón de cajas fuertes John May y Al Winshank, polainas cortas y manicuras y los mismos trajes ajustados a medida, y el ladrón de bancos Clark y Adam Heyer y el pobre doctor Schwinser apasionado por el turf y con el otro tedio incalificable del optometrista

para entonces cierto domingo casi perfecto de temperatura intermedia pero con mucho sol muy pálido y ausencia de pajaritos en los árboles no demasiado frondosos de la isla que no es literalmente una isla

ir, trasladarme sin exagerado entusiasmo hasta ponérmele delante y algunos minutos más tarde levantar despacio la tapa y una vez levantada disponer entonces el brazo, el brazo derecho

o sea experimentar cómo ese mismo brazo va introduciéndose poco a poco a través de objetos olvidados o prescindibles, algo frío como tijeras o cenicero y mortificante como pelos de poncho

la mano por su propia cuenta hacia paquete rascando a lo largo y a lo ancho, en esa como tiniebla apelotonada, bien al fondo

del único baúl siglo diecinueve con cierto perfume a alucema y tanto la cerradura como los refuerzos de hierro fundido, en apariencia más hondo que alto, con dos manijas también de hierro fundido a cada costado

baúl donde no sólo resulta posible sentarse, apoyar platos o tazas, ocultar todo tipo de material subversivo y documentos falsos y fotografías pornográficas, sino también disfraces y sobre todo cartas, decenas, centenares de cartas amedrentadas,
graves,
sobrecogedoras.

ANDANTE

Claro, como corresponde: Roque Barcia quieto o mejor detenido de una buena vez para siempre o en todo caso inmovilizado sin atenuantes en una postura que ya nada ni nadie podría corregirle es decir con la soledad perfeccionada y con los párpados tiesos hacia abajo: ausencia casi garrafal de personas y animales conocidos y atendidos a pesar de tanta privación por último privada del raro privilegio de que lo arrojaran junto con su Remington y con sus diecinueve libretas de anotaciones esporádicas al agua apenas movible del Pilcomayo o en su defecto a la correntada marrón tabaco del anchuroso y a su modo imprecisable Paraná de las Palmas.

Ningún amigo muy querido que le leyera (de la manera más correctamente posible) el Gran Thodol poniendo la boca lo más cerca posible de su oreja.

Idas y venidas y vueltas hacia atrás y pasos a nivel más algunos puentes más algunos pocos pantanos o ni siquiera pantanos, recelo o a lo sumo estupor más aquella serenidad como fingida que culminaba en otro insomnio a su vez anticipante del nuevo andar o rodar por calles en subida que al fin de cuentas no eran más que una barranca vertiginosa o ni siquiera eso, con alcohol o no o con ganas de llegar o nunca pero siempre entre la luz y la sombra, a veces entre la luz excesiva y otras veces entre la sombra excesiva, bajo copas de árboles, junto a carteles no siempre luminosos en la gran intemperie del

encierro innombrable, bajo arcadas y el cielo, bajo el cielo curvo de los descampados infaliblemente recorridos por el viento.

Y poco más adelante la señora Raquel M. Barcia sin tules ni luto de viuda rabiosa cumpliendo al pie de la letra y hasta en sus detalles insignificantes las instrucciones precisas de su difunto Roque o sea enviar el enorme paquete con hilos cruzados y lacres a la ciudad de Chicago, Illinois: ni siquiera una sola opinión concreta acerca del tiempo como tiempo diminuto y de golpe irretiempable, acerca de todo ritmo como evasivísimo o a lo sumo cierta referencia no por entero presuntuosa sobre aquella especie de locura colectiva capaz de sintetizarse en la única frase con todas mayúsculas LA CONFIANZA EN LA VIDA.

Tampoco, por supuesto, ninguna alusión decidida y hasta de último momento en lo referente a lo alentado durante esos dos o tres últimos años, como tenacidad apenas conocida o a lo sumo olvidada por completo y entonces nada más relacionable con los términos demasiado imprecisos de la moral de la ausencia: ¿habrá deseado al fin de cuentas una canoa negra como las canoas negras de Nantucket, enfilada y progresiva hacia las rompientes blanco blanquísimas de la gran Vía Láctea?

Roque Barcia herméticamente encerrado en una caja de madera y zinc con algunos bronces exteriores, a la deriva de ningún río o cauce, semicalvo, algo ridículo y más inabordable que nunca con los diez dedos de las manos entrelazados como para siempre entre sí: la piel alguna vez curtida de los dedos barcianos: es decir fiel a una especie de consigna que nunca le fuera precisada por nada ni tampoco por nadie, que a pesar de tantas imprecisiones lo mismo parecerían dictarle nada menos que a él, nada menos que a él pero siempre con la idéntica economía desmedida de detalles, de sugerencias aunque más no fuese indirectas, de medios.

Roque Barcia imprevistamente reconquistado por el espacio, por el aire, por la continuidad de las estaciones, imprevistamente reconquistado por aquel que huyó o mejor sería interpretado como huyente de la fotografía y del sur: frío y casi seco y con los rasgos afilados aunque todavía con ese algo desvaído de discreción que lo acercara tanto a la amabilidad o si se quiere cautela de los peores momentos: en todo caso con una especie de rictus por medio del que habrá producido la impresión de obstinarse como forma más o menos reservada de desacato, o todavía mejor como contrapartida y aislamiento personal en relación con el enorme equívoco de equívocos.

Y por lo tanto la señora Raquel M. Barcia a mediamañana en primerísimo primer plano junto a una ventanilla con barrotes cromados de una sucursal suburbana de correos y telecomunicaciones pasándole la lengua al reverso de las estampillas para pegarlas una al costado de la otra por orden de tamaño en el ángulo superior derecho del paquete lacrado con anticipación y casi seguro agregando a último momento, con tinta líquida, cierta hache intermedia al apellido de Mike, investigador en antropología comparada de la Universidad de Chicago, Illinois.

El paquete ahora con hilos cruzados y lacres y estampillas selladas arriba de un jet hacia el norte, sobrevolando montañas y cerros, riachos, selvas y todo tipo de torres, sobrevolando montones de monos en desorden que alborotan en el calor pegajoso porque se bañan en un mar caliente, sobrevolando islas o archipiélagos, campanarios más o menos ruinosos, bandadas de papagayos y decenas de miles de guitarras, de quenas, decenas de miles de arpas y de charangos y de cuatros.

Un jet herméticamente cerrado y en dirección al norte bien al norte sobrevolando volcanes en actividad, culebras, brumas y vegetaciones indiferenciadas, todo tipo de

apelotonamientos urbanos y deshielos y malformaciones aluvionales.

La supuesta inverosimilitud del olvido.

NOVECIENTAS CUARENTA Y DOS PÁGINAS

Y una fotografía metida en un sobre y el sobre entre la tapa y la primera de las novecientas cuarenta y dos páginas a un espacio, con correcciones a mano aunque de caligrafía bastante clara, tamaño oficio: páginas por momentos un poco más gruesas y menos blancas, con margen muy escaso a la izquierda y ninguno a la derecha: fotografía necesariamente amarillenta y por lo tanto ajada en las esquinas (mujer joven en un sillón, poco menos que deslumbrante y mirando a foco, con dos niñitos mellizos en trajes de marineros enanos de pie un poco adelantados y atrás dos hombres de regular estatura, también de pie), con una inscripción tachada en la parte de atrás, entre la tapa del manuscrito y la primera página, con una fecha también tachada y sin número adentro de un sobre de una ex compañía importadora de la calle 25 de Mayo o Reconquista: páginas con perfume—el mismo del sobre y de la fotografía—a papel guardado en madera, tal vez en cajón o baúl de madera, primero agujereadas por tandas y después introducidas con alguna dificultad porque los extremos del broche apenas alcanzan a sobresalir: contratapa también de cartón, gris y algo combada por la humedad, sin anotaciones de ninguna especie y sólo sombreada por lo que se supone contacto con traspiración de manos.

Por lo menos tres años de escritura trabajosa, ininte-

rrumpida: pésimo dactilógrafo que sólo mejorará hacia la última parte, pasajes donde muchas veces la palidez de la cinta vuelve poco menos que ininteligibles palabras y hasta frases enteras, vocales tapadas por la cinta nueva durante treinta o cuarenta páginas hasta el extremo de que la o es a o e, cierta impresión frontal de resultado o perseverancia culminatoria de una (secreta y obstinada) manía por acumular material (notas, cartas, frases sueltas, circunstancias, encuentros y oportunidades perdidas), sin haberse preocupado hasta entonces en literatura ni en discusiones literarias y ni siquiera en los términos más o menos precisos de la moral de la ausencia, pasajes que de pronto aparecerán atravesados por cierta voluntad repentina de estructura o por la confianza en la verosimilitud del diálogo marcado con guiones dobles a la izquierda de cada frase o párrafo, la movilidad aparente del punto de vista como tentación irreprimible, los planos narrativos como antiasfixia, ciertas metáforas comparativas y necesitadas de énfasis.

Sin embargo, a pesar del proceso manuscrítico en sí, nada parece suficiente como para empañar esa especie de fidelidad que en esencia rechazaría por anticipado cualquier tipo de adhesión o de variante: en la segunda página, bien arriba y añadidas hacia el final (no sólo porque la hoja es mucho más nueva que el resto, sino porque es la única de tamaño carta en ese estado), las cuatro líneas subrayadas: *tanto las personas* (aparece tachada con equis la palabra personajes) *como los sucesos que aquí se refieren son absolutamente reales, cualquier falta de semejanza con personas vivas o muertas podría adjudicarse a otro fracaso de lo que entendemos corrientemente por realidad.*

Tres años sin duda continuados de teclear con dos de-

dos (una letra demasiado oscura, otra apenas visible, los acentos un espacio antes o uno después), por lo general durante las noches y sin preocupación alguna por el clima y ante la inquietud creciente de Raquel M. Barcia que tardaría en volver a conciliar el sueño ante la insistencia de ese sonido espasmódico y entrecortado: un esfuerzo si se quiere grandioso de último momento acaso dictado por la necesidad de dar un cauce que no hubo, de comentar cierto núcleo evasivo y que nunca fue del todo propio, padecimiento de una sintaxis arrítmica y en muchas oportunidades completamente ineficaz para los otros y hasta imposibilitada de desprenderse de la preocupación paulatina por el detalle visual: novecientas cuarenta y dos páginas donde el humor se generaría por omisión del humor y un poco a expensas del propio contexto, obsesionadas por el criterio de verdad (a veces cruel y muchas veces poco admitible) de cada suceso como tal y como integrante de un supuesto plausible, con la otra fidelidad obvia hacia Mauro Chavarría que en circunstancias no siempre demasiado concretas vuelve a reobstinarse en incumplirse: la mayoría pasadas en limpio pero corregidas otra vez con tinta o con lápiz, con anotaciones a margen izquierdo o a margen superior y cartas intercaladas para fines que no llegarán a concretarse por entero, ciertos comentarios generales y aleatorios que por instantes distraen o en su defecto exasperan pero que por fortuna pueden omitirse sin demasiada dificultad porque a lo sumo parecerían sobreentender su carácter paulatinamente literario: novecientas cuarenta y dos páginas (incluyendo las numerosas tachaduras) a lo largo de las que resurgiría la apariencia de un marco irremplazable y si se quiere barciano, la ambición de sentido y la prolongada desarticulación del incesto, el crimen oral y las irrupciones sincopadas de la megalomanía, la ceguera metafísica y el pavoroso tedio político como de-

sacato del tedio, cierta estupidez indisimulable de cada historia personal y de conjunto, el empecinamiento y la clarividencia, el suicidio y los reiterados intentos de suicidio junto con el horror a la vejez más que el horror a la muerte física o que el horror a la soledad como condición o que el horror a la inexplicabilidad creciente de cada cosa o acto o economía de actos, el orgullo como desamparo o recogimiento al revés, la horfandad cósmica por excelencia (percibida o no, intuida por destellos o ni siquiera), el sexo como redención o como pérdida pero sobre todo como fiesta vacilante de despedida perpetua, cierta velocidad progresiva del tiempo hecho cronología a toda costa (cronología empeñada en aquella memoria si se quiere desmemórica o lineal), por supuesto los viajes y las obsesiones donde entra el exilio, el abandono encantatorio de Nacha Ortiz, la música de Juan-Juan y esa recurrencia de torre que es un campanario o son dos torres o cúpulas o simplemente alturas es decir siempre Mauro Chavarría desplazándolos y equidistándolos, pies de repente sobre una tierra movible y abstrusa y de repente el corte, la derrota de haberse sentido nada, la otra derrota a veces simultánea de volver a olvidar por completo haberse sentido nada y que se uniría por su propia cuenta a la imposibilidad de recordar el olvido, Max Linder en la pantalla espejo y un helado de limón que se deshace despacito en la mano derecha, scotch que no tiene veinte años, cierto cuatrimotor ahogándose sobre una zona mítica o ni siquiera eso, cuerpo empujando agua celeste verdosa adentro de una piscina con azulejos refractarios, Faustina Maggiore.

Cada una de las obsesiones personales de Mauro Chavarría (precisadas en ciclos y vueltas a precisar): la transitoriedad intuyente y lo orgásmico como posible sabor inconfundible, Moctezuma II y Marco Aurelio, la desa-

parición de uno de los padres de Roque Barcia (o sea el que está a la izquierda en la fotografía que aparece en el sobre, con la cabeza adentro de un círculo rojo) y el otro mito reindirecto de encontrarlo a partir del supuesto espejo posible; el supuesto espejo posible.

Y la visibilidad aparente del gótico más los alquimistas del gótico más el casi bochorno de la perdición, del perdido sin atenuantes en lo relacionado con ese conjunto de personas cercanísimas entre fundidos y esfumaturas progresivamente incontenibles.

Llegó (Mauro Chavarría) a convencerse de que todo estaba regido por leyes, incluso el sufrimiento personal, cualquier tipo de sufrimiento, el desconsuelo y la alegría, los cambios de sitio o de itinerarios de adentro y de afuera, las distintas y contadas posibilidades de encuentros decisivos y la presencia global de la impresencia.

Eso de lo inscripto impercibible y por lo tanto atroz, o ni siquiera atroz.

Y la única resistencia frontal ante la ley del olvido hasta que admitió o creería admitir y entonces cada cosa rotando despaciosamente al blanco: reencuentros de toda índole con su hermana Mercedes, el hijo indoamericano y sobre todo la imagen genérica del gran idiota o gran mongol con baba metafísica como clamando por los suyos a través de los corredores de un supermercado de acrílico, hacia cámara en mano y con unas pocas frases globales e incurables.

La presencia de Alejandro Kressel en pleno loquero de gaviotas, irrupción incluso presentida como inscripta, o viceversa.

Y la droga y la fornicación en público, un público que también le era cercano, un público que también se desmantelaba sin remedio más el alcoholismo metódico y la instrucción metódica más una correspondencia que casi podría considerarse impersonal pero en todo caso dirigida a los amigos idénticos en la calamitosa ausencia común de identidad.

No obstante podría deducirse, con una relectura atenta y progresiva de las doscientas cincuenta y pico de páginas iniciales, que la inclinación agudizada de Roque Barcia —y su amistad indeclinable hacia Mauro Chavarría y cada uno de sus reencuentros con él— se origina en un típico acto identificatorio a saber: que Roque tendió a identificar la desaparición de uno de sus padres (suceso que por otra parte había inquietado al periodismo) con la inminente de Mauro Chavarría que, hacia el principio de todo y a pesar de los lazos con Juan-Juan, con los Urrutia, con Nacha y Mercedes y el resto, a pesar del asalto a la estación ferroviaria, decide irse de una buena vez para siempre.

Precisamente de esta época deben provenir los primeros apuntes que casi treinta años más tarde totalizarán unas diecinueve libretas de apuntes: pero aquí queda una vez más en evidencia, por señales de toda índole, que Roque Barcia no pensaba bajo ningún concepto que en cierto día remoto terminarían confluyendo a un manuscrito semi póstumo.

¿Por qué motivo?

Porque incluso después de haber comprado la máquina de escribir, ya decidido e irrevocable, con dos resmas y cintas de repuesto, lo mismo cada cosa o acto, cada circunstancia precisa o imprecisa, cada decisión o aplazamiento indefinido, siguen ofreciendo la clara impresión de ser mucho más grandes que él.

Por lo tanto tiende también a disiparse hasta la última duda en relación con todo lo narrado, o mejor relatado por escrito: esa distancia si se quiere inconmensurable entre Roque Barcia y lo que podría entenderse como una vida dedicada al perfeccionamiento más o menos paulatino de la imaginación.

LA CABEZA EN EL CÍRCULO ROJO

Confianza de por sí repentina, barcianizante, en reducir a acto dificultoso de escritura, a palabras amontonadas y sintaxis, una diversidad de sucesos capaces de cohibir y casi de inmediato empobrecerse en la memoria personal que por lo tanto insistirá en el mecanismo extremo de un «estado de sinceridad irremediable»: además, y como tenderá a explicitarse con marcada frecuencia, la opinión de Chavarría sobre la ausencia del que aparece atrás y a la izquierda en la fotografía, con el círculo que llega a tomarle parte de los hombros, fue factor decisivo de cierta conjetura inciertísima del mundo como representación que él (Barcia) se empeñaba (según Chavarría) en mitificar al revés, o sea restándole importancia o a lo sumo reduciéndola a un acto de aparente humildad o desinterés frente a la brutalidad irrazonable de la ley general.

Incluso es probable que todo el fárrago de apertura corresponda a una única noche, que después haya necesitado no sólo interrumpir sino esperar por lo menos durante un par de semanas porque con posterioridad a un punto y aparte aparece la tentación de encontrar cierta ironía, es otro Barcia el que llega al extremo de preguntarse en qué medida el acontecimiento en sí (la desaparición lisa y llana del padre) no llegó a originar y fortalecer aquella certeza rotunda de que debía acompañar a Mauro Chavarría cuando éste, en el andén de una esta-

ción ferroviaria, casi de madrugada y con la adolescencia cumplida, declara que por su parte ha decidido partir, irse, desaparecer hacia la zona mítica donde está o tendrá que aparecer el espejo.

Por fortuna (y acaso porque después de dicho punto y aparte se haría consciente de su ineptitud descriptiva inicial), Barcia decide incluir la fotografía de los cinco limitándose a agregarle el redondel rojo y a meterla en un sobre. De esta manera omite referirse a la ropa de época, a los peinados, a los rostros y las posturas, a quienes sonreían y quienes no, y consigue reducirlo todo a la identificación (sin hacer nombres ni tampoco referencias a caracteres o supuestos estados de ánimo) de los cinco componentes de la fotografía como protagonistas o mejor presencias que también parecerían esforzarse en no ser representados espectacularmente.

En este sentido asegura, poco más o menos, que si representara espectacularmente aquello (y a aquellos) es muy posible que perdería distancia con lo que se propone y lo preocupa tanto, sin darse cuenta recuperaría sentimientos que ya no tienen ni tienen y que nunca le sirvieron de nada, de nada, de nada; y en seguida se pregunta ¿cómo decirlo con mayor precisión?

De los dos niños mellizos (especie de marineros enanos) de pie apoyados cada uno en las rodillas cubiertas de la mujer sentada, aproximadamente de tres años de edad y estáticos, uno es Roque Barcia en la primera infancia. La mujer sentada (cuya expresión, a pesar de todo y de su juventud, no deja de inquietar) es la madre de los mellizos, madre amantísima y con cierta equívoca apariencia de fragilidad. Los dos hombres también de pie junto al respaldo del sillón donde aparece sentada la mujer (uno levemente apoyado, con sombrero de ala ga-

cha, el otro levemente apoyado en una mesita torneada, en cabeza) son los padres de los mellizos. El círculo rojo, por supuesto, resulta subjetivo a primera vista. Parece que Barcia (cuando estudiante secundario y ya bajo la influencia de Chavarría) prefirió identificarse con el segundo espermatozoide, es decir con el de ese hombre apenas más alto que el esposo de la mujer sentada, sin sombrero y que, acaso inmediatamente después de ese día, optara por desaparecer si no bien de la fotografía a lo sumo de la vida del que ya llevaba su apellido con mucha anticipación a identificarse con su espermatozoide, y al mismo tiempo de la historia de los otros tres en general.

La mujer (que todavía inquieta en ese clima de tolerancia común debido a la convicción con que mira a foco y por lo tanto a todo aquel que mire en el futuro la fotografía) desprendió dos óvulos a unas ocho horas de distancia entre sí: según la monotonía inicial de Barcia amaba a su marido pero cabe suponer que al mismo tiempo, frágil y por ciertos repliegues de una sensibilidad poco comunicativa, parecería sobreentender una carencia sin consuelo, casi neutra, que poco a poco se volvería —en los otros— esa cierta inclinación un tanto inconfesable.

Aunque habían discutido durante gran parte de la noche anterior porque ella se negaba a abandonar su gavota y fuga para guitarra, y aunque volvieran a discutir por la mañana en un contexto diferente en cuanto a temas y convicciones, a mediodía el esposo empezaría a interponerse en las puertas interiores de la casa y a fuerza de diminutivos y en medio del trinar exaltado de canarios conseguiría primero tocarle la cabeza y poco más adelante acostarse semivestido con ella (primer óvulo fecundado) pero a causa de la costumbre de orinar en el lavatorio (o a causa de la brevedad de la escena anterior,

o de lo indecible en ella), sobre todo orinar en el lavatorio con la puerta del baño entornada, volvieron los gritos de ella, los gritos y el llanto y se recuperaron los temas de discusión, la costumbre antihigiénica de él, el clima de la disputa bastante agria cuando la guitarra de ella (Barcia no hace ninguna referencia a un tema preciso, y por fortuna se resigna a no conjeturar) y por lo tanto ella busca el último vestido en el ropero, lo deja colgado al sol y se baña y una vez seca se viste y sale a la calle bajo plátanos en apariencia aprovechando una distracción del esposo que por su parte ya cedía alejándose de los canarios para buscarla por toda la casa y entonces ocho horas más tarde (acaso porque ya lo tendría decidido por anticipado, acaso debido a ciertos lazos de amistad entre los dos hombres), después de sentarse en dos parques y en tres bares, de hablar y escucharlo y perdonar y repetir cafés termina en un hotel de citas, con perfume a talco, por primera vez adúltera bajo una luz muy pálida; y allí adora más de lo previsto al que aparecerá con la cabeza en el círculo rojo.

Con él fecunda, motivando cierto asombro periodístico y científico que no vendrá al caso, el segundo óvulo más parsimonioso; es decir que por lo tanto se concreta el embarazo de los mellizos Luis Ramos y Roque Barcia, porque así fue el acuerdo que conseguiría establecer entre los dos hombres la belleza, los repliegues sensibles y esa cierta fragilidad como desconcertada de la mujer que mira con esa fijeza frontal hacia cámara.

A todo lo largo del único margen, con tinta y una letra bastante insegura, es posible descifrar dos anotaciones abigarradas que en parte parecen el resultado directo de las supuestas dos semanas de silencio, por tratarse de la página cuarenta y siete: una refiere que San Juan Apostol, cuando escribió el Apocalipsis, estaba al borde de los noventa años; la otra (en apariencia también fuera de

contexto) pertenece a Dante: *¿Quién te anima cuando no recibes impresión alguna de los sentidos?*

ASALTO FRUSTRADO

Por lo tanto, en página aparte y con la adolescencia cumplida, Mauro Chavarría ya lo tiene admitido por completo: de acuerdo a infinidad de señales que lo anticiparan con creces ha decidido dejar atrás lo conocido o aterradoramente reconocible, dejar atrás cuanto antes ese personaje ya escrito y mimetizado que era, las caras que parecerían estimular el resto y a su modo anticipaban esa como tontez nocapaciente indispensable para distraerse de sí mismo hasta el fin.

En última instancia ya no quedaba, según Barcia, la menor alternativa de postergación, de irse una vez más en palabras, de no irse por el momento aunque manteniendo la certeza de que sí, de que sería justo y hasta necesario irse. Y por eso mismo resultará posible encontrarle una doble culminación: aquella noche decisiva (peces, rosas, incertidumbre) primero en el caserón semiamueblado del viejo Urrutia, y por último en el andén ferroviario de la estación natal cuando ya casi amanecía en todas partes y el sol era un disco de llama roja incandescente etcétera.

Porque el viejo Urrutia ignoraba que no volvería a encontrarse con Mauro, que así perdería el otro estímulo o sabor de una supuesta recurrencia ¿o en todo caso Mauro no dejaba de advertir hasta qué punto el viejo fingía ignorarlo? De cualquier manera esa noche tampoco pudo decirle (al viejo Urrutia, en un aparte) que la falta de

un primer movimiento o su postergación sospechosa después de volverse indefinida rompe de alguna forma lo inscripto y por lo tanto se inscribe en el tedio, que el gran tedio universal no deja de ser una paradoja de rupturas que a su vez se pierden en la naturaleza, o en un arte minúsculo, o en la idiotez de la historia general ya para siempre inscripta en ese mismo tedio etcétera.

Sin embargo donde más se acentúa la grandilocuencia es en lo relacionado con la casa de dos plantas del viejo Urrutia, descripción minuciosa del ámbito como tal, lo Usher en Barcia con casi la misma confianza en paredes semidesnudas, en afuera el estanque y adentro el salón semi gótico, tamaño de ventanas y color y tacto de cortinas, pasos furtivos que serán los de la esposa de Urrutia, cierta *ennuyé* un poco espectral que supuestamente los excedía aunque al mismo tiempo se empeñaba en comentarlos como incipientes.

Y en cuanto los pasos furtivos se concretaron como los de la vieja señora del viejo Urrutia, entonces sí el discurso ininterrumpido de ella acerca de los gupis, gupis en el escándalo de la primera vez, gupis hembras grandotas y coludas interrumpiéndolo al viejo Urrutia, exigiendo que todos se acercasen hasta las peceras, hasta una de las peceras por primera vez, que fuesen hasta una de las innumerables peceras a contemplar el paso del último scalaris, por primera vez los bigotes flotantes de su último scalaris casi transparente mientras el viejo Urrutia seguía en su sillón esperando el regreso de todos y acaso el imposible regreso de su vieja mujer para entonces retomar la palabra y ser nuevamente interrumpido por un gritito o exclamación que necesitaba y reclamaba la presencia de todos excepto la imposible presencia del viejo Urrutia porque en otra de las peceras interiores (grande, redonda, iluminada de abajo, con algas y conchas marinas) sus betas volvían a intentar comerse las colas entre sí y lo

innegable era que ya no podía postergarse un minuto más la separación de los betas, a lo sumo trasladarlos al estanque del jardín bajo la magnolia con la estatua de mármol etcétera mientras el viejo Urrutia hundido en su sillón extraía otra lámina (ampliada, sepia) de su carpeta gigante para láminas porque lo cierto es que siempre confiaba en el regreso paulatino de todos: en este caso se trataba del hermafrodita alado que simboliza la piedra roja o la destilación en gran escala y poco después sin verlos o mejor dirigiéndose nada más que a Mauro que por su parte seguía mirándose en los ojos algo cristalinos de su hermana Mercedes, sin probar tabaco ni alcohol ni café a causa del temblor en las manos que se delataba en la lámina (mientras su vieja mujer ofrecía ciruelas secas, licores, mientras su vieja mujer descubría los pasteles con azúcar impalpable volátil que su abuela materna preparara durante decenios para su abuelo materno los dos en un pueblo rosado de Suiza), el viejo Urrutia hablaba del dragón del caos o de la naturaleza indómita que descansa y puede verse sobre el árbol de la materia prima psíquica, hablaba de Tiresías y de su conocimiento de la lengua notoria de los pájaros, entre el sonido a desfile de la masticación y los nuevos ofrecimientos de su vieja esposa hacía referencia a la kermesse heroica que no era otra cosa que la fiesta de los locos o de los sabios en la procesión con el carro del triunfo de Baco tirado por una pareja de centauros (por una pareja de centauros), en una niebla repentina de azúcar impalpable hablaba como si se tratara de la primera vez acerca del carnaval inimaginable de la obscenidad invadiendo las naves ojivales

saber

poder

atreverse

callar

mientras su mujer reaparecía con rosas recién cortadas en la oscuridad del jardín sin secretos para ella, limpiadas de espinas cinco rosas con los pétalos juntos una para Mercedes pálida o exagerada en su palidez de estudiante de química y otra para Nacha Ortiz con pecas espectrales y los senos altos, espigada y dolorosa y otra para Mauro sentado ahora casi a los pies del viejo a causa de estar despidiéndose secretamente de lo tal vez inscripto natal y las dos restantes una para Roque (ya casi decidido a seguirlo o sea empezando a temer por el equilibrio emocional de la mujer sentada en el sillón de la fotografía) y otra para Juan-Juan el del piano más el gran inmenso desencanto por el mundo evidente hasta que cada uno con su rosa y ayudando a que el viejo rebrotara del sillón, ayudando a que diera los primeros pasos sobre la alfombra del living con el cielorraso con guardas salían a la «alta noche de setiembre», al jardín con el estanque y con ciertas brumas de setiembre y los grillos hasta la puerta (la verja, los goznes) donde el viejo mirará hacia arriba por medio de un movimiento prolongado, mira hacia arriba en la oscuridad hasta retomar el dragón del caos que descansa sobre el árbol cuyas raíces se hunden en el reino terrenal de la materia prima cósmica, con sus siete soles y los gritos de la vieja mujer de Urrutia repercutiendo adentro de la casa completamente iluminada, algo fláccido en el cuello y parte de los hombros, sin descendencia, para que fueran todos menos el viejo Urrutia a observar de qué forma las betas se comían entre sí las colas bellísimas, sus colas frágiles y delgadas, sus colas casi transparentes.

Según el Barcia actual la alta noche de setiembre (cueva de árboles y resplandores de algunas pocas luces a lo lejos) también parecía aludirlos como ceguera: Nacha Ortiz inaferrable (dolorosa y espigada) adelantándose a

los otro cuatro, metiendo la nariz en su propia rosa, en una enredadera, o sea como buscando un paso o nota que Juan-Juan juraría sentir y ella jurara no poder escuchar por nada del mundo, cinco solos y obvios en la alta noche de setiembre cada uno con una rosa del jardín de los viejos Urrutia y el sobresalto de aquel no poder saberlo por completo hasta que Mauro se detuvo y todos a su vez se detuvieron y la misma Nacha empezaría a acercarse despacio como si supiese que su proximidad terminaría alentándolo, a fin de que Mauro los tuviese a todos cerca antes de arrancar con el extensísimo monólogo cargado de alusiones y grandilocuencia, pasado por palabras y pausas en las que Barcia resupone lo indecible (o a lo sumo lo indecible entonces, en él y en ellos), arranque del extensísimo monólogo que culminaría en la estación ferroviaria donde por otra parte no había cometido el asalto: su cadena de reencarnaciones (risa vacilante de Nacha) se había quebrado o así lo creía después de siglos y siglos de gente silenciosa y sin escarapelas (cigarrillo y tos de Juan-Juan) con un fenicio de rostro indefinido o en todo caso con un persa emigrado y sufriente,

o con algún español monocorde de los Montes Cantábricos empeñado cualquiera de ellos en instalar cierta tienda estable de ultramarinos (y Mercedes lo abraza por atrás, cuidándose de no apretar la garganta),

estaba seguro no sólo de que había logrado abrir el negocio sino que a partir de entonces la cadena de reencarnaciones seguiría emputecida con ese negocio estable (y esto te lo recuerda indirectamente el viejo Urrutia, dice Juan-Juan),

y esto se lo recordaba el viejo Urrutia sin merecerlo del todo y por eso creía sentir (pone énfasis mirando a cada uno de los otros cuatro) que particularmente le quedaban dos únicas

alternativas (y arroja la rosa hacia arriba que por supuesto le cae en la cabeza sin que ninguno de los otros se ría),

una alternativa era enojarse con la pérdida del negocio estable de ultramarinos y la otra era recuperar a aquella gente silenciosa, aquella gente anterior sin negocio de ninguna especie, el espejo posible, subirse a un tren, a otra infinidad de trenes, a los barcos, a los zepelines, a las torres y a los campanarios y a todo lo que pudiese significar un poquito de altura o perspectiva visual (primera alusión indirecta).

Pausa de pasos pisando pesadamente por pésimas veredas de la calle natal: cinco en la alta noche de setiembre sin nada de viento caminando desperdigados (Nacha tarareaba y de nuevo y oscuramente la perdían) hacia la estación natal donde Mauro retomaría el prolongadísimo monólogo en lengua costumbrista un tanto enrarecida de propósitos.

Estación desolada con luces amarillas a distancias similares, rocío, vías paralelas, vías de acero, los ingleses no habían perdido las invasiones inglesas, Agustín Bardi en el destierro, un primer perfume bastante remoto a bosta, a pezuñas que remueven y pisotean la bosta del alma y sentados en el banco bajo el tilo o plátano natal Juan-Juan, Roque Barcia, Nacha Ortiz y Mercedes Chavarría (las dos con dos rosas cada una); de pie a no mucho más de metro y medio de distancia, isabelino, solo y querido por los otros cuatro y no por el único motivo de su desgaste oratorio («alto, delgado, manos grandes movibles», etcétera) Mauro Chavarría que inmediatamente después de una nueva tirada retoma su obsesión central de aquellos meses a saber Marco Aurelio, o sea les detalla que Adriano había adoptado a Antonio Pío y que éste a su vez ha-

bía adoptado a Marco Aurelio que por su parte terminaría asumiendo el poder militar de mala gana y como si se tratara de una tienda de ultramarinos, con el propósito de defender la frontera norte de aquello que en apariencia lo contenía,

Marco Aurelio en los últimos años, cada vez más convencido de que el Palatino es en realidad un Gran Hotel después de cada cena reparte propinas entre sus propios sirvientes y le pregunta por lo bajo a Faustina Maggiore si es que las valijas ya están preparadas.

Primero la máquina enteramente negra que bufaba en los rieles paralelos de la subida y poco más atrás el extenso tren con vacas, lentísimo, con vacas amontonadas y pezuñantes, con sus ruedas de acero que chirrían a causa de lo empinado de la subida, mientras amanece y amanece.

Sin ponerse de pie en el olor a bosta Mercedes asegura que las vacas tienen los labios pintados y que por ese mismo motivo asoman los hocicos entre las tablas de los vagones jaula, y por su parte Barcia asociando el término Matadero como destino hizo (y hace) una prolongada referencia a las causas que en apariencia de manera imprevista motivan su decisión ya irrevocable de irse con Mauro Chavarría, de irse como para siempre a pesar de la congoja descartable de la mujer sentada en el sillón de la fotografía.

Pero lo cierto es que se hacía eco de lo asegurado por Mauro en el sentido de encontrarse ante el posible bochorno de seguir (seguir así), quedarse adentro de ropa y tocar cada tanto a los otros, o sea el bochorno inverifi-

cable de no buscar el espejo ni habitar en el espacio, de omitir la zona mítica para un primer desenlace mientras el espacio se retuerce, mientras el espacio se revierte y se congestiona sobre sí mismo.

Fiel al monólogo de un amigo, autoexcitado, Barcia parece olvidar que dejará de teclear por esa noche, intercala frases de cada uno de los otros cuatro, cierto llanto apagado de Mercedes, el ir y volver de Nacha masticándose un poco de pelo (incluso se detiene en el alejarse de Nacha muy poco después de haber prometido irse también para siempre con ellos dos hasta que se volvía un punto, una ansiedad remota en el otro extremo del andén espigada y dolorosa y en la mitad del profesorado de historia), llega al extremo de rematar con una alusión minuciosa a unos seis o siete meses antes del paso de ese tren con vacas. Como si lo moviera la oscura necesidad de completar a su primer Mauro Chavarría recordando que unos seis o siete meses antes había intentado su primer suicidio.

¿Por qué motivo?

Con toda evidencia (y sin ningún tipo de atenuantes) por carecer de razones más o menos concretas para vivir.

Pero necesariamente había fracasado. A causa de dos dificultades insoslayables: antes que nada porque había descubierto una infinita falta de decoro contingente en ese intento, la tercera obviedad; y en segundo lugar porque le había resultado imposible pasar por alto la gran resistencia que ofrece la vida orgánica joven como materia altamente organizada cuando la propia mano pretende volverse protagonista de una acción que sólo le concerniría de manera indirecta.

Por lo tanto se había limitado (con el supuesto lujo de detalles a que alude Barcia) a planear el asalto a la caja de caudales de esa misma estación ferroviaria, estación

natal de los cinco, a una hora de gran afluencia de público y de presencia policial sin atenuantes. En el supuesto caso de carecer de la suerte necesaria (lo pobremente inscripto), es decir en caso de no ser acribillado allí mismo a balazos (él abriría fuego primero que nadie, a quemarropa) habría dejado escrito con pintura al aceite en las paredes de la tesorería que ese dinero sería utilizado para alentar la gran alteración social en todas partes, el triunfo definitivo del hombre nuevo, la risa y la espiga, el conocimiento hondamente racional y con motivos hondamente racionales para seguir viviendo.

Mientras tanto, y a medida que la ejecución tendía a postergarse, se habían sucedido, desde luego, prolongadas caminatas sobre todo nocturnas de los dos solos (es decir Mauro y Mercedes Chavarría) en las proximidades del «gran río inmundo», aunque la posible incidencia de esto en Mauro entraría en un fundido primordial, imprecisable como tal en Barcia.

Incluso en el supuesto caso de fracasar en su búsqueda de mano ejecutora cuando el asalto a la estación natal, había previsto instalarse de inmediato en la terraza de un edificio lo más próximo posible al departamento central de policía y por lo tanto desde allí, después de agitar una bandera grandísima y de gritar frases por el estilo de El hombre, todo hombre, es mejor que como vive (tiroteándose sin descanso con los policías de servicio) ya habría resultado inevitable caer semidestrozado por la acción del tableteo de las ametralladoras enormes y negras recientemente aparecidas en Buenos Aires y por otra parte motivo de aquella congoja ideológica que en su momento compartiera con el acongojado Federico Engels.

Segunda referencia desvaída (sin relación aparente) a torre, o campanario, o simplemente altura. Pero referencia directa a cansancio, a enorme cansancio por otra parte comprensible si se tiene en cuenta la inmersión re-

pentina en aquel monólogo, en el plan indefinidamente postergado, ese como reescuchar voces y sonidos y si se quiere reoler a bosta a casi unos treinta años de distancia concreta, reiluminada con cierto amarillo casi indecoroso y recurrente.

HYERONIMUS BOSCH

Aquel irse al día siguiente o a la semana siguiente: reflotamiento del vocablo infancia con sus actores de reparto, cierto cuartito más bien húmedo en la azotea y el perro tendido como un perro a la sombra y los canarios del marido de mamá, nuevas caminatas muy prolongadas de Mauro con su hermana Mercedes (ella olvidada de Augusto) de la mano o no al costado del río sin la otra orilla, bajo arcadas del todo imprecisables o en cierta demarcación frondosa donde escucharían cantar a cierta soprano enfatizada, quejarse a los gatos, no responder a nadie.

Y la supuesta verosimilitud del espacio reconocible.

Después o al mismo tiempo el asedio tardío de Nacha con su decisión de no irse con ellos ni con Nacha, Augusto casi en todas partes con su acoso a Mercedes y la miopía prematura y los lentes de aumento, con la fidelidad a Chaplin y las conjeturas claves del arraigo; eso, más que desentenderse de Augusto lo que Mauro necesitaba era desentenderse de lo Augusto en él: reflotamiento de lazos, Mercedes vertical y con infinidad de manos, muebles, muebles en desuso, cantero con flores de papel, cierta menesterosidad de fines aunque más no fuese precisables y por otra parte ya precisada e incluso escrita hasta en las paredes de los baños más o menos públicos: gente que termina volviendo a una ciudad o casa, a una premeditación «por donde pasará el mundo en lo suce-

sivo», gente que aprende a olvidar poco a poco la monotonía de los sueños nocturnos, los desvanecimientos en plena calle,

ruleta rusa brevísima de este lado de aquí, Roque, y mucho más parsimoniosa, muchísimo menos exasperante y aterradora y hasta con niñitos propios gritones en los toboganes de los parques,

caras que se hunden despacio, Roque, sin tiempo para nada, Roque, como si fuese la primera vez en que tiene lugar un sumergimiento semejante,

y la reproducción del peregrino (la palabra peregrino) seguido por ese perro que nunca podrá saberse con exactitud si lo sigue al peregrino o en su defecto lo abandona (ponticello malfermo, Salmo xxv): con a la izquierda el robo y a la derecha la pareja que baila al compás de la cornamusa, allá atrás y mucho más arriba la horca: el viaje humano a través de, con una vara larga o rama larga y dos pájaros negros hacia abajo, continuidad de la reproducción del hijo pródigo que parte o en su defecto llega, la misma luz porque lo único que cambia, mi viejo Roque, es el agujero del pantalón oportunamente cambiado de rodilla.

¿Y la nueva referencia al padre enmarcable en rojo y desaparecido, evasivo y a su vez buscándose un espejo o un olvido momentáneo o prolongado o a lo sumo aquella memoria dada vuelta? Acaso y más bien a último momento no encontrarlo nunca, arrojador del espermatozoide bajo luz muy pálida con olor a talco, para entonces mirarse en ese otro vacío pero atentamente, pero con toda paciencia, hasta creer percibir que podría volverse algo así como superficie, vidrio caído al otro lado del cantero con flores de papel, caído al otro lado de la locura

chiquita y pedestrísima

mamá es virgen, Roque, papá dejó entrever que mamá es y ha sido virgen y que la ama como a Mercedes y a mí, como nosotros amamos a Nacha Ortiz aunque siga jurando una pesadumbre clitoriana también escrita y representida a pesar de tanta precariedad si se quiere apesadumbrante de elementos.

Y no era que Nacha desesperara ante la posibilidad de no tenerlos más, o de lo vaginal en ella que desesperaba por darse, no era que buscara hacia adentro de su presencia providencial: era Nacha Ortiz en Nacha como el nexo invertido pero nexo, música prevista y lazos benditos, aquello vulnerable que eran o apenas presentían ser: pero ¿en relación con qué?

Frases, nada más que frases sueltas anotadas en las dos o tres primeras de la diecinueve libretas de apuntes, al azar de Chavarría y de no haberlas olvidado en la casa y del alcohol necesariamente oblicuo de aquel entonces:

- despersonalizar el sentimiento del mundo ¿de qué mundo?

- en cada ciudad habrán de cumplirse los cuatro puntos cardinales.

- en cada ciudad habrán de cumplirse los cuatro puntos cardinales y mamá y papá y Mercedes y la miopía textual de Augusto, y sobre todo habrán de cumplirse los viejos desasosegados y chantajistas.

Reseña demasiado detallada de la noche previa a la

Gran Partida, en que Augusto bebe un alcohol apenas destilado y entonces asegura que hay que terminar con algo, con todo eso de afuera mientras señala hacia más allá del vestíbulo natal con un gesto en redondo y chaplinesco, primera vez de ese gesto soberano en una estatua miope con la luz apagada por Mercedes, Mauro pidiéndole que se quite los anteojos y acercándose a tientas y jurándole que la oscuridad es de todos mientras Nacha exige un piano para Juan-Juan que tal vez por eso mismo la olvida limitándose a una especie de letanía imprecisable sobre la maravillante redundancia universal.

- ¿en qué momento o vuelta de estación nos convenceremos de algo como para siempre?

- ese extranjero perpetuo, ese pobre diablo del sistema solar reducido a un pantalón dos veces sin remiendo y las dos veces con la vara o rama o palo y la mochila y las dos veces rodeado de símbolos.

- ninguna armonía, ninguna armonía, ninguna armonía de ninguna especie y entonces la doble autoexcitación de descubrirlo como calidad, como tacto o sabor, nada menos que como calidad.

La supuesta inverosimilitud del olvido.

Al fin de cuentas se fueron en un tren muy largo tirado a su vez por una máquina a vapor (pañuelos, no Nacha) que dejaría a paso de hombre la estación algo ojival de la ciudad de Buenos Aires a eso de las seis de la tarde de un día anotado como jueves. No lluvia. Prolongada descripción del paisaje conocido y al que se va dejando presumiblemente atrás, referencia a crujidos y a

dos valijas y a rostros en apariencia imborrables de pasajeros coincidentes, velocidad que por su parte aumentará hasta conseguir que lo natal y conocido, entrecerrando un poco los párpados, se convierta en una línea de fuga, que se apaguen casi todos los fósforos y se desacomoden las valijas en el portaequipajes mientras con bastante anticipación al otro sobresaltado monólogo de Chavarría acerca de su segunda obsesión de entonces (a saber Moctezuma II) recorren los pasillos del tren a casi todo lo largo, fuman a través del campo (dos metáforas muy próximas relacionando sol horizonte y caída de la tarde), las vacas libres tienen los labios despintados, comen y beben y se quedan bebiendo por primera vez sin apremio o sea con casi el resto de la vida por delante en cada sorbo: aquel brindis mudo con tanta dificultad y que quería decir viejo Urrutia presente, viejo Urrutia adiós: el traqueteo del tren en los pasos a nivel con Roque Barcia agarrado a su vaso y empezando a sentir algo así como el espacio inconmensurable y plano, que al mismo tiempo había espacio dentro de sí, empezando a sentir el espacio terrestre incomensurable.

Más el otro sentimiento aleatorio de lo inscripto al que Mauro reconocía haber experimentado en otro tren durante ida al mar con papá y mamá y Merceditas recostada en su hombro: preocupado entonces, tantos años antes, en relacionar quiénes estarían a punto de abandonar los dos cuartos que irían finalmente a corresponderles a los cuatro integrantes de la familia Chavarría, más que en lo inscripto sin duda pensaba entonces en la sincronización con los que se encontraban en los dos cuartos hacia los que estaban dirigiéndose los cuatro Chavarría dado que no se trataría de los dos cuartos que hasta el día anterior parecían indefectibles porque en realidad lo que todavía faltaba era que se cumpliera la secuencia íntegra en ese otro hotel es decir que él bronceado por el

sol y habiendo reservado dos cuartos sin necesidad aparente porque nada más lo acompañaba ella bronceada por el sol decidiera ahorcarla (o ya lo tenía decidido) con la sábana más o menos a la misma hora en que había partido el tren con los cuatro Chavarría en dirección al mar y para después quedarse esperando en el otro cuarto vacío, solo de nuevo y sin decidirse a nada, con una botella y un vaso durante gran parte de la noche o sea mientras el tren iluminado avanzaba hacia allí es decir mientras en el asiento de adelante papá fumaba y mamá dormía y con la cabeza sobre su hombro Merceditas dormía, sin decidirse a nada pero tampoco atreviéndose a volver al otro cuarto hasta que por fin y en un arranque bajó a pedir que la retiraran y de esa forma hubo el tiempo necesario para ordenar sobre todo uno de los cuartos porque en el otro la ropa de cama estaba intacta y sólo quedaban puchos, fósforos apagados, una botella, ceniza, un vaso, hielo derretido, papelitos.

En resumidas cuentas las decisiones que en ese preciso momento en que los dos amigos se alejaban de lo natal y aterradoramente conocido estaban a su vez cumpliéndose, o insinuándose: movimientos y ademanes que sólo en apariencia no incluían a ese tren en el que bebían despacio con dos valijas en el portaequipajes y listos para encajar en la continuidad de la secuencia ignorada que a su vez encajaría en ellos, o ni siquiera eso, o la soledad inscripta: sin siquiera los elementos necesarios para precisar con exactitud si más allá de los vidrios algo empañados de las ventanillas se trataba de montañas o nubes, paladeando (según Mauro) el primer alcohol no necesariamente oblicuo y tercera referencia a torre que es dos campanarios o nada más alturas, otra vez sin relación explicable. A Margen izquierdo, con tinta y letras mayúsculas, entre signos de interrogación, dos veces la frase ¿la zona mítica?, y una la frase ¿el océano mítico?

Resulta creíble que amaneciera y que hasta se les enfriaran los pies cuando irrumpe el tono de monólogo empeñado en abarcar una tensión que presumiblemente sería la de Mauro Chavarría hacia cuarto o zona o país donde estaría sucediendo lo necesario encajante, donde se levantaba otro vaso o era arrojado contra la pared o caía un tenedor con cierto estrépito insignificante para nadie que no fuesen ellos dos en ese tren: en todo caso lo que no podía negarse (pausa) era que un retorno al reino de Quetzacoalt o a la diafanidad que conociera durante Tollán (nueva pausa) se volvía poco menos que impensable después del advenimiento del tiempo histórico es decir el ulular chichimeca en el altiplano: el principio de unidad perdido (y Chavarría, en la pausa, hacía dos y dos movimientos con su dedo índice indicando comillas) había significado un centro en sí mismo con el universo concebido únicamente a partir de ese centro.

Y se llevan la última botella para compartirla por el pico sentados en los peldaños, maltratados por el aire y la velocidad y comprobando montañas entre nubes: Moctezuma manda mensajeros a Huemac dado que quiere terminar de una buena vez, decidió morir, no soporta, y Huemac le aconseja ayuno y después de veinticuatro días de ayuno Moctezuma va a esconderse en una isla insignificante donde su terror aumenta porque a toda costa quiere saber lo que debe llegar y entonces deja la isla y el ayuno y convoca a los hechiceros exigiendo la revelación inmediata (la revelación inmediata) y al no obtener respuesta los envía a la muerte junto con los astrólogos acusados de traición por no haber leído en los signos del cielo y ordena que toda persona que soñara lo que fuese debía presentarse de inmediato ante él a relatarlo y al no obtener nada de esas decenas de miles de

sueños nocturnos hace matar a todo el mundo es decir se queda sin presagios, sin astrólogos, se queda sin sueños, sin magos.

Roque Barcia temiendo caer de un tren que corre a toda velocidad por cualquier sitio de la tierra a plena luz bajo cielo celeste claro: Moctezuma II completamente solo en su angustia innombrable envía sin embargo soldados para que le traigan nuevos magos distantes y entre ellos llega por fin el hombre (un hombre cualquiera, según parece ensimismado) que asegura haber visto una montaña movible que no tocaba las costas y lo hace meter en la cárcel y manda entonces emisarios para que confirmen y cuando confirman el rey Moctezuma II queda con la cabeza baja sin pronunciar palabra y por primera vez después de años puede respirar con alivio, el miedo termina, se relaja, Cortés lo describirá con esa cara perfectamente alegre y satisfecha durante todo el tiempo histórico que ocupará su cautiverio.

Conteniendo el vómito y embrutecido por el aire, Roque Barcia había temido caer de un tren que corría por cualquier sitio de la tierra pero poco después bajarían a una estación semidestruida, helada, y se treparían al mismo tren o ya era otro tren mientras Mauro insiste con la inminencia de hechos hacia los que ruedan pero que acaso no debe tratarse de eso a pesar de que lo mismo tendrán que irrumpir y olvidarse de que no debe tratarse de eso, las nubes tapan a la montaña de color violeta ahora la montaña tapa al mar el tren acelerando medio en el sol medio en la sombra,

atrás todos condenados a moverse y acariciarse en un ámbito reducido,

mejor todos en el caserón del viejo Urrutia, mejor

hablando entre sí y desayunando a la misma hora de la mañana, escribiéndonos cartas individuales y colectivas, Mauro, sin siquiera pensar en abrir la puerta que chirría,

todos limitándose a llegar hasta el estanque de las betas, Mauro, de las betas coludas que ya nadan como para siempre en la serenidad y en la paz.

Cada uno con su valija en el centro de una estación terminal oscura percibieron entonces, casi al mismo tiempo, la primera rotación de la lengua (doble pausa): por lo tanto pasaron cada brazo sobre cada hombro a fin de sostener el equilibrio o con el propósito de escuchar mejor, de equilibrar esos sonidos inconmensurables: reexaltación transfigurada de Roque Barcia ante aquella «chispa de desconcierto» que querría significar el principio de algo, siempre la palabra espejo originaria pero de repente su sabor, todo posible, claro, abierto, todo girando y posible y abierto y tener (contar con) la vida y no sólo eso sino a la vez sentirse teniéndola y contando con ella, girando y abierta, claro, libros escondidos que de lo contrario nunca habrían sido redescubiertos, las tres palabras eternidad por delante que los hace reír hasta las lágrimas y abrazarse con el otro brazo como si se tratara de un encuentro premeditado, reciente, entre dos valijas, venturoso en una estación terminal oscura y en el exilio y cubierta de papelitos y puchos.

Entonces, de manera simultánea, experimentar tanto júbilo, tanto espacio, tanto miedo repentino ¿a perder qué?

ORGASMO Y FRACTURA

La palabra kilómetros: unos veintiocho años después el tono necesita alcanzar el tono de los que recorrieron kilómetros y kilómetros siempre en dirección al norte (más de una docena de cambios repentinos de pueblos y ciudades, las medias sucias, todo un invierno) mientras lo único que perseveraba era la confianza de Mauro Chavarría en aquello de que se trataba de un simple aplazamiento, o sea que cada cosa tenía su tiempo debajo del sol etcétera: caminos de montaña entre la piedra tornasol, toda piedra casi como alegoría de lo impenetrable y el vértigo, el vértigo y los sombreros extraños, los sombreros y la acidez estomacal más los zapatos extraños.

Roque Barcia miraba y miraba, incluso con detenimiento, pero sin embargo entre aquello de afuera, aquello cambiante entre tanta diversidad de afuera, entre todo aquello y él mirando lo único que se acentuaba era la imagen fija de los canarios del marido de mamá, padre de su hermano mellizo Luis Ramos. Y la valija que ya les habían robado, y los rastros de violencia exílica en la cara hinchada de Mauro porque unos pocos días antes, en la obra en construcción donde cargaban baldes con cemento y cantos rodados, durante la pausa del mediodía, alguien había dicho la palabra gringos. La palabra gringos, la crepitación del espejo convertido en palabra, como océano, como ton, o son.

Paños con salmuera y dolor mutuo en casi todos los músculos hasta que llegaría el nuevo giro de Mercedes y ahora Roque, sobre la camioneta que los levantara, confesándole a Mauro los canarios: el alemán al volante y atrás los dos sentados sobre la única valija y el alemán que cada tanto se inclina hacia el retrovisor para gangosear sobre Alemania, tieso adelante y recuperando sus actores de reparto, siempre hacia el norte, kilómetros y kilómetros hasta que Mauro después de la extensísima tirada del alemán le asegura a Roque por lo bajo, con un pómulo completamente amoratado, que ni esa montaña ni ese precipicio, ni siquiera ese apunamiento y ni la piedra tornasol podrían cambiar porque justamente todo eso con el alemán incluido y gangoso más el rotar de la lengua y los golpes en su cara sólo se referían a que era él (Mauro) el que en última instancia debería cambiar.

Nueva alusión a tiempo que pasa de otra forma, a la inutilidad aparente del desconcierto. Pueblos de la costa y algunos instrumentos de cuerda. Un ómnibus con una radio a todo volumen, ella por ninguna parte, hambre secular y mariscos. No prostíbulo.

Y finalmente, al cabo de algunas ideas o reflexiones generales, la casa con muy pocos muebles que alquilaron en las proximidades de la plaza algo colonial donde por otra parte estaría el bar con la mesa junto a la vidriera del bar. Nueva alusión al arraigo y a cierto encuadre estático pero amplificado del regreso, cierta fragmentariedad en todas las cosas más los otros dos mitos insostenibles: calles que se recorrían por primera vez; el espacio si se quiere simultáneo.

uno

Ella (Marisa) todavía bronceada por el sol cumplió de

repente treinta años a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia y somatizó una hepatitis que la postraría durante casi dos meses en la cama de dos plazas, en la habitación cuya ventana daba a la huerta. Su marido (Pedro) aproximadamente de la misma edad y del mismo oficio que ella, le llevó de regalo un libro extraño con muchos croquis y muchas notas a pie de página, un libro del que ella despegaría las hojas como quien admite por anticipado que no va a leerlo por nada del mundo. Durante los dos meses Pedro trabajó solo el cuero en el taller del fondo de la casa, al otro lado de la huerta. Esa tarde temprano Marisa se sintió muchísimo mejor y necesitó peinarse (estatura mediana, caderas anchas, labios gruesos), pero casi de inmediato comprobaría que no quedaba ninguna horquilla por ninguna parte, ni siquiera abajo del papel de los cajones. Sin embargo no llamó a Pedro que por otra parte hubiese acudido en el acto en vez de seguir trabajando el cuero en el taller del fondo de la casa. Marisa se quitó el camisón —debió observar durante algunos segundos, en el espejo del ropero, la marca del traje de baño que contrastaba con el dorado del sol ahora un poco más desvaído— y eligió un vestido liviano a lunares pálidos, un chal para los hombros, y un par de sandalias de cuero hechas en su oportunidad por el mismo Pedro. A los treinta años y cincuenta y pico de días salió con el propósito de comprar horquillas pero un poco aturdida por tantas semanas de cama y otro poco a causa del sol que le dio de frente preferiría subir por la calle del estero en vez de bajar en dirección a la plaza del mercado. Caminaba algo más segura debido a que cedía la sensación inicial de mareo cuando de pronto vio reverberar, algunas cuadras más adelante, los níqueles del Ford del primo hermano de Pedro y entonces le hizo señas alzando apenas el brazo, como quien no hace en realidad señas aunque el Ford lo mismo la alcanzaría y hablaron y en-

tonces el primo hermano de Pedro optó por llevarla unos ocho kilómetros sobre camino de tierra, a los tumbos, en el olor a nafta, hasta la ruta. Marisa caminó después al costado de la ruta y en algún momento compró horquillas y casi simultáneamente volvió a experimentar que su salud había mejorado de manera notable, olvidó casi por completo la tabla a la deriva de sus treinta y pico de años y terminaría trepándose a un ómnibus que iba en dirección a la ciudad: el sol todavía intenso, el aire, sus piernas aligeradas, la ventanilla abierta, el chal a su lado, gente a caballo y caballos solos pastando, una mujer tendiendo ropa brillante con la mitad de los muslos al descubierto, setenta kilómetros por hora sobre el asfalto con tan pocos baches. A esta altura, por primera vez, Barcia se permite sugerir el pensamiento de alguien: o sea lo que pensaba Marisa allí sentada y relajada y todavía con el sobrecito vacío (el sobrecito de horquillas) sobre su falda a lunares pálidos: que pensaba en la lectura hipnótica del libro regalado por Pedro, en la pérdida de la vigilancia, en el miedo demasiado humano a la felicidad, en la alternativa de poder abandonarse al fluir de la energía, en no sentirse violada, en su membrana mucosa vaginal.

Marisa bajó en la estación terminal de ómnibus: sin valija ni nada y allí detenida con el chal en una mano, por algunos instantes parece que dudó. Poco más tarde volverá a cubrirse los hombros con el chal y optará por una calle algo empinada que a su vez dará a una calle mucho más ancha y con hileras de casuarinas a cada costado.

A renglón seguido de una discusión trivial en la casa con poquísimo muebles, tal vez originada en la ausencia de señales de toda índole, Roque Barcia y Mauro Chavarría bebían con desgano algo parecido al pisco sentados a la mesa contra la vidriera del bar. Planeaban, casi de común

acuerdo, dejar atrás esa ciudad mientras Mauro insistía en mirar hacia la avenida de casuarinas por entonces rosada o malva a causa de la caída de la tarde. Mauro quiso fumar y a Roque le quedaba un último cigarrillo, Roque insistió con que lo aceptara y hasta estuvo a punto de convencerlo pero a último momento Mauro decidió comprar más cigarrillos y tendieron a discutir un poco y a continuación Roque se limitará a volver la cabeza como si lo tranquilizara atestiguar el grandioso empecinamiento de Mauro que ya salía a comprar cigarrillos y entonces lo ve tropezar con una persona, lo ve tropezar con una mujer y detenerse a causa del encontronazo, una mujer algo mayor que él, lo ve seguir allí junto a la puerta del bar hablando con una mujer sin pintura en la cara, con el pelo sujeto con horquillas, con un vestido a lunares mordiendo cada tanto el extremo o los flecos de un chal y poco más tarde también verá que ambos se alejan hacia la doble hilera de casuarinas, creyó ver que ella arrojaba un papelito estrujado y que Mauro compraba cigarrillos. Y también creyó que Mauro no tardaría en volver y decidiría esperarlo aunque sólo los verá entrar a la casa con tan pocos muebles a eso de las once de la mañana del día siguiente.

Nueva referencia al tedio como el más soportable de los males humanos a causa de ser el más permanente. Primera referencia directa a las cartas que sólo se leen una semana más tarde o sea cuando ya comentan el transcurso que pasa, que ya es pasado, que no transcurre en el momento de leerlas. Alusión algo elíptica y también obvia a cierta «sorpresa infinita» reflejada en la cara de Mauro, especie de alteración en las facciones que poco más adelante también se delataría en la parsimonia y hasta casi economía de movimientos para preparar café, o mate, o afeitarse, para encender fósforos, para caminar casi rítmicamente y como si al mismo tiempo le fuera dado experimentar que

los pies se levantaban del piso al levantarse etcétera.

dos

La casa con tan pocos muebles tenía un jardín bastante reducido adelante, con un limonero real casi en el centro, y pegado al tronco del limonero real había otro tronco mucho más grueso que hacía las veces de asiento. Desde ambos troncos era posible divisar el declive de la calle de tierra hasta un poco más allá de la plaza semi colonial. Roque había vuelto a ubicarse allí ese mediodía, con el alivio innegable de saberlos (a Mauro y a Marisa) adentro de la casa hasta el preciso instante en que distinguió la figura del cartero todavía a lo lejos: primero se puso de pie y casi de inmediato dio dos o tres pasos indecisos, se detuvo y arrancó una hoja del limonero y la mascó, estaba mascándola cuando repentinamente se descubrió en el aire por encima de la verja más bien baja y en cuanto tuvo los pies otra vez en el suelo empezaría a correr en esa dirección, el declive lo ayudaba y era un mediodía diáfano con el aire despejado en un país que no era el suyo y las piernas parecían como adelantársele en dirección al cartero y mientras corría vio cómo el cartero se detenía en la esquina con la intención indudable de esperarlo pero haciendo que no con la cabeza, el cartero bajo su gorra paralizado en la esquina mientras Roque pensaba que ya empezaría a frenar su carrera pero cuando pretendió ordenarlo sus piernas seguían acelerando en el declive, contrariamente a su deseo ganaba velocidad sobre el polvo reseco y por lo tanto el cartero apenas contó con el tiempo suficiente para hacer una mueca y retirar el cuerpo y acaso motivado por ese leve desplazamiento, unos pocos centímetros antes, Roque perdió pie y entonces escuchó pájaros sumados a una exclamación indescifrable sumada

a la intermitencia de un motor a explosión sumado a una radio a todo volumen, las cuatro cosas simultáneas y concentradas en una especie de dolor prolongadísimo y ancestral.

La primera cara fue, por supuesto, la de una monja enfermera con un bigote muy pálido; enseguida la cara despejada de Marisa, sus labios gruesos y húmedos; y siguiendo en la misma dirección aquella «sorpresa infinita de algo imprecisable» en la cara también despejada aunque siempre fraterna de su amigo Mauro Chavarría.

LOS MONOS HACEN ARRIBA UN DOLOROSO ESTRÉPITO

Enyesado y de alta y sin haber recibido nuevas cartas (cartas que ni siquiera habría podido precisar de quién), sin la posibilidad de escribir nuevas cartas a causa del yeso (cartas que ni siquiera podía precisar a quién), Roque Barcia consiguió finalmente atraer la atención de Mauro Chavarría, interponerse o mejor volverse visible para él que durante toda esa primera semana tendía a permanecer gran parte del día y de la noche encerrado con Marisa (las trenzas de Marisa hacia adelante de los hombros) en una de las piezas de la casa donde faltaban muebles y empezaban a retumbar como nunca los pasos nocturnos.

Por primera vez Barcia recurre (al referirse a lo hablado con Mauro en el jardincito de adelante) al método de los guiones dobles de diálogo delante de las frases o parlamentos de cada uno; consigue así afianzar no sólo su tendencia a la verosimilitud sin atenuantes, sino aquella intención original de que su manuscrito adquiera una especie de segunda fisonomía que sin lugar a dudas le faltaba.

En el jardincito de adelante. Por momentos el pie de uno de los dos sobre el tronco que también servía de asiento. Por momentos el brazo de uno de los dos enganchándose en una rama del limonero real (ciertas ráfagas de tarareo de Marisa retumbando dentro). Primero se nombra el tedio en sí y la reiterada ausencia de señales,

tal vez como siempre pero ahora agudizada por la errancia hacia el norte y además agudizada por la escasez abrumadora de muebles, por el giro de la lengua hasta que la propia lengua es la única que gira, por la presencia tácita de la plaza semi colonial y el estiramiento poco menos que inconcebible de cada nuevo crepúsculo.

Por su parte Mauro asegura que la ubicación de ambos en la mesa del bar, una semana y pico atrás y casi a esa misma hora en que hablan, podría considerarse no sólo ocasional sino arbitraria: es decir que el que miraba en aquel momento en dirección a la avenida de casuarinas podría haber sido él (Roque) y por lo tanto el sentado de espaldas podría haber sido él (Mauro), que el último cigarrillo podría entonces haberlo tenido él (Mauro) y que de esa manera él (Roque) habría estado en condiciones de decidir un poco intempestivamente y en apariencia de manera desconsiderada o arbitraria, es cierto, salir del bar con el propósito de comprar más cigarrillos y sin atender a la resistencia entonces de él (Mauro).

Pero estaba, de cualquier manera, ese sentimiento confuso de inminencia de sucesos, de irrupción de algo o alguien incluso acentuado en los últimos días. Pero lo importante era ganarle terreno no sólo al norte sino a la carencia, experimentar la pérdida de la vigilancia, saberla o presentirla un medio para nuevas sospechas en relación con el espejo o su sospecha, lo que interesaba era esa supuesta capacidad para abandonarse al fluir de la energía, su membrana mucosa vaginal.

Pero Pedro, y la semana y pico de Pedro. Sí, aunque Pedro sería como el personaje central, como el cantado en toda la música cantada en ese amplísimo continente, Pedro sería la zamba y la rumba y la milonga y el bolero y el tango y el cielito y el yarabí y la cumbia y el huaino.

Los dos repentinamente a oscuras en el jardincito bajo limonero real: por lo tanto las caras rojas al pitar, el si-

lencio repentino de lo tarareado adentro de la casa, por Marisa.

Pero estaba el bochorno y el desarraigo, ese otro tedio desarraigado de lo aterradoramente desconocido. Sí, y también estaba un casi horror a un casi silencio u opacidad o cómo decirlo. Claro, estaba la falta de raíz y de motivo, o sea lo exílico por lo exílico que podría faltarles. ¿Favorecía el extrañamiento imprescindible; tal vez lo acentuaba? Sí, por supuesto, l'espace crie et rit de ma solitude. Pero el paria aparente en todo caso terminaría aludiendo al sin ton ni son de lo creído raíz justamente allá donde tendrían que generarse las cartas. ¿Las cartas? Claro, andar sin ton ni son buscando la zona, buscando el espejo o la palabra espejo pero sin abandonar la espera cotidiana de cartas podría representar la mejor ilustración general de la vida humana en general, aunque. Sin embargo el paria supuesto que empieza a descubrirse, el paria insoportable, tendría que ver con un desconsuelo que me faltaba. Sí, el desconsuelo intransmitible, claro. Aunque andar y no saber si uno se queda, o no saber para qué quedarse ni dónde o si no quedarse y por qué es como no soportar que no se sabe y que acaso nunca se sabrá. Por supuesto, transitoriedad de cuarto de hotel, el mundo cuarto de hotel mostrando lo que no quiero ni puedo ni nada. Eso, Al Capone por ejemplo, y sobre todo cuando lo reportearon después de la gran matanza del día de San Valentín confesando como confesó que si hubiese sabido lo que lo esperaba en la ciudad de Chicago nunca se hubiese movido de al lado de los muchachos de Five Points. Sí, es cierto, pero Marisa. Claro, pero Pedro que por otra parte sería como todas las letras. Maldito sea. ¿Pero al fin de cuentas de qué se trata y adónde fue él después que dejó caer el espermatozoide enyesado?

Mauro había aprovechado una pausa repentina para volver a la casa repercutiente y lo innegable es que arriba el cielo estrellado mostraba casi como nunca un determinado aspecto de la galaxia. Desde ese punto inédito, bajo las hojas negras del limonero real, en el extranjero, Roque Barcia quería encontrar paciencia, paciencia y cautela para no sabía qué sin saber al mismo tiempo de qué serviría y en el supuesto caso cómo. Algo obvio bajo las hojas bajo las estrellas y de repente olvidó lo que venía haciendo (para ser exacto echar un vistazo oblicuamente en panorámica, relajar algunas tensiones del cuello sobre esa ele de los dos troncos y oír perros en hilera) y optó por salir a la calle en declive, con una especie de cautela no sólo infrecuente en él sino hasta incluso premonitoria.

En principio se dejaría como llevar por el declive lo mismo que alguien dirigiéndose hacia la plaza colonial, bastante acongojado y molesto a causa del yeso.

Mucho más tarde recuperaría con frecuencia aquello del presentimiento, aunque tomado groseramente en conjunto podría no diferenciarse mucho de lo que terminara en yeso. Sin embargo al cabo de dos o tres cuadras, de manera por demás imprevista, decidió doblar hacia la derecha, hacia el río, escuchando cierto folklore indiferenciado. Resulta evidente que no llegó a darse cuenta, ni antes ni después de doblar, que a unos cincuenta metros (es decir en la dirección en que iba) se encontraba el Ford negro con los focos bajos encendidos.

Y anduvo por esa calle no tan angosta como si lo atrajera el olor del río, anduvo un gran trecho acongojado y bastante molesto a causa del yeso y sin omitir cada tanto un nuevo vistazo hacia arriba, en redondo. Pero una vez frente al río algo le impidió quedarse de-

masiado allí como en gran medida lo habría preferido, tal vez se lo impidió eso de haberse pensado durante todo el trayecto solo y pensativo allí frente al río pensando en la significación si se quiere esencial de ese acto. Decidió volver en sentido oeste, a pesar del yeso decidió una carta extensa, decidió comer algo dentro de muy poco.

Resultaba tan natural, por otra parte, no darse cuenta de que el Ford lo seguía desde el comienzo, que en primera instancia no se inquietó al verlo a casi dos cuadras, con los focos bajos encendidos, en la misma dirección en la que ahora caminaba. Haberse decidido a doblar imprevistamente, faltando una cuadra, en principio no obedeció a la supuesta inquietud creada por el Ford allí de frente, casi fuera de contexto, sino que más bien respondía a una especie de miedo irrepresentable y amorfo que, en honor a la verdad, se había iniciado a partir de la zona abdominal una vez subido aquel jueves por la tarde al tren de la estación ennegrecida de la ciudad de Buenos Aires.

Lo cierto es que Roque Barcia no pensaría ni por un instante que ese Ford con los focos bajos encendidos, a pasos de la esquina, se relacionaba con el otro miedo de la última semana o sea que cada uno de los pasos sobre todo nocturnos pasando paralelos al jardincito y retumbando adentro eran los pasos de Pedro a punto de entrar a la casa con tan pocos muebles, que casi todos los desplazamientos de gatos sobre el techo eran las uñas de Pedro, que cada golpe de limón maduro contra la tierra del jardincito era Pedro trepado al limonero real y ganando envión a toda costa.

Tal vez por esa misma causa no atinó a pensar o mejor relacionar que a algo se debía el hecho aparentemente arbitrario de volver a doblar de manera imprevista, que hasta parecía tratarse de una certeza, que el

sentado invisible al volante de ese Ford negro con los focos bajos encendidos (¿se habían apagado y encendido intermitentemente antes de que doblara por última vez?) era precisamente Pedro, Pedro en persona.

Sin embargo el Ford lo siguió y cuando ya estaba casi a la par se detuvo y mientras Roque seguía él (Pedro) abrió la puerta y empezaría a seguirlo a él (Roque) como si en última instancia estuviese siguiéndolo a él (Mauro).

Roque cruzó a la vereda contraria, y Pedro también. Primero los separaban unos cuarenta metros, después treinta, después veinte y al final no mucho más de dos pasos más bien cortados. Tanto él (Roque aparentemente Mauro) como él (Pedro) podía escuchar sin ninguna dificultad la respiración del otro, aunque a él (Roque) de ninguna manera podía pasarle por la cabeza en ese preciso momento ya insoportable que lo único que según el otro los diferenciaba, en última instancia y por imaginarlo Mauro, no era ni la estatura (prácticamente idéntica), ni el ritmo del paso (prácticamente acorde), sino algún detalle insignificante como ser el paquete que él (Pedro) transportaba en el brazo izquierdo, aunque también este detalle aparecía equilibrado o compensado a su modo por la presencia del yeso en el brazo derecho de él (Roque).

Por último, con posterioridad a una esquina donde había un bar con escasísimos parroquianos (y donde Roque optaría por seguir de largo), Pedro se puso a la par y así anduvieron hasta la mitad de cuadra: la marcha ahora común aminoraba su ritmo, no había testigos ni posibilidad más o menos remota de testigos y Roque ya experimentaba hielo en el conducto del glandex. Entonces él (Pedro) cambia de brazo el paquete a fin de aproximarse un poco más y le dice muy por lo bajo a él (Roque siempre imaginado como Mauro) sin detenerse a mirarlo pero con el aliento pegado a la oreja, con ese

acento: en la tabla a la deriva de mis treinta y pico de años el abandono era la experiencia primordial que me faltaba.

Referencia entrepausada a la quietud y a la serenidad de la noche, al perfume de flores desconocidas y penetrantes impregnando la quietud y por lo tanto la serenidad de la noche.

Tengo un yeso que me ocupa parte del brazo derecho, paralizándolo.

Llevo dos botellas en el paquete de mi brazo derecho.

Claro, l'espace crie et rit de ma solitude.

Y con posterioridad a un prolongado rodeo durante el cual quedaría debidamente aclarado que él (Roque) no era él (Mauro), él (Pedro Cisneros) terminó insinuando entonces a su modo el posible reencuentro con ella (Marisa) o sea que al mismo tiempo estaba insinuando el posible encuentro con él (Mauro) o en todo caso consigo mismo (Pedro) o incluso con cada uno y todos simultáneamente y sin excluirlo por supuesto a él (Roque Barcia).

Abigarramiento repentino (y acaso ilusorio) de calles que en apariencia van en todas dorecciones y que por el mismo motivo vuelven poco menos que imposible orientarse (manifiesta imposibilidad de experimentar algo no demasiado habitual), hasta que darían como por azar con la plaza (es decir el Ford en cualquier parte), hasta que bajo la claridad indudable del cielo estrellado como nunca Roque pudo optar entre las innumerables calles convergentes, sin que por eso se le ocurriera ningún tema preciso: fueron soportando el declive en contra (yeso y paquete) casi tocándose al bajar y subir las veredas en las esquinas y poco más tarde se detendrían por unos se-

gundos frente al jardincito a oscuras con el tronco y el limonero real. Lo mismo que si pretendieran ordenar desde allí afuera las posiciones de los cuerpos en ese ámbito interno en el que por otra parte se encontraban a punto de irrumpir.

Sin duda la quietud de la noche era tan pero tan extrema que durante ese lapso en que respiraban casi a compás les resultaría posible escuchar las gotas de la canilla del fondo de la casa.

¿Quién —se pregunta Barcia unos veintipico de años más tarde, tecleando sólo y acaso reflejándose en el vidrio de alguna ventana, al costado de lámpara— se habría presentido la escena? ¿Y en última instancia por qué la palabra escena?

Una mesa rústica o sencillamente demasiado vieja, cinco sillas, piso de mosaicos irregulares, Marisa con los brazos en ángulo recto horizontal o sea como señalando con uno a Mauro que se servía restos de guiso por medio de una cuchara de madera y con el otro como al espacio que, de manera casi providencial, incluiría la puerta por la que en ese mismo instante entraban Roque Barcia enyesado, con barba incipiente y los zapatos llenos de polvo, y Pedro Cisneros con un paquete otra vez en el brazo izquierdo, los zapatos también cubiertos de polvo.

En cuanto Roque cierra la puerta recibe dificultosamente el paquete, con el tiempo exacto para que la carrerita de Marisa ahora con los brazos paralelos y que se van separando en forma paulatina le dé oportunidad a él (Pedro) de abrir por completo los suyos con el propósito de recibirla en ellos, con el deliberado propósito de oprimirla y casi de inmediato hacerle dar una vuelta completa con los pies (de Marisa) a unos veinte centímetros de los mosaicos. Poco más tarde Pedro recorrerá una

a una sus facciones, con la punta de dos dedos, en una especie de abatatado reconocimiento cisnérico. Y casi de inmediato llorarán al mismo tiempo, o llorará nada más que ella o en su defecto nada más que Pedro. No se trata de que lloren o llore, precisamente.

Casi en el centro de ese ámbito enmosaicado y con pocos muebles él (Mauro) se limita a observar la segunda fracción de la escena mientras por su parte él (Roque, que observara con cierto estupor la primera fracción), se queda mirando a su amigo Mauro Chavarría, sin acordarse de que ahora no sólo soporta el yeso sino que también soporta el peso del paquete.

Y entonces algunos pocos minutos más tarde él (Mauro) resulta sin alternativas de ninguna especie Mauro Chavarría frente a Pedro Cisneros —unos diez años de única diferencia no lo que se dice enteramente verificable— mientras Marisa, en este caso la única, empieza a desatar el hilo del paquete apoyado con anticipación sobre la única mesa, evitando que caigan sus mocos, en apariencia desentendida de la otra escena irremediablemente inmediata.

¿Cuántos movimientos, impulsos, gestos, ademanes, posturas, los habrán contenido?

Pasos: simplemente un paso de cada uno hacia el otro, y enseguida otro paso del otro que enseguida encuentra una especie de eco o correspondencia sonora del otro contra el piso de mosaicos irregulares.

Respiraciones: las dos algo agitadas, poco menos que rítmicas a pesar de la arritmia sofocante.

Afuera, siempre diáfana, la noche de finales del verano: rumor indistinto y falseable en nada más perros, o en nada más perros y grillos, o en nada más perros y grillos y algunas voces intermitentes.

Brazos: los cuatro abriéndose casi en forma simultánea, sin comentario posible. O sea se abrazan casi en el centro o punto intermedio de la distancia que los separaba y él (Pedro) no dice todavía que en la tabla a la deriva de sus treinta y pico de años faltaba Marisa desenvolviendo ese paquete sobre la única mesa de esa casa con tan pocos muebles y a tan escasa distancia de la plaza semi colonial.

Sonido: sólo el intermitente y algo monótono de los mocos retenidos por Marisa.

Dos botellas de un alcohol blanco pero bien destilado, como podrá comprobarse casi de inmediato: tres vasos y una taza, según Barcia aquella dificultad «casi inimaginable» de mirarse a los ojos, o en todo caso de mirarse mirar a los ojos y de repente la voz calma de Pedro Cisneros asegurando con ese acento que sólo una semana y pico atrás toda ubicación de cuatro alrededor de una mesa con vasos, taza y botellas, podía considerarse arbitraria es decir él (Pedro trabajando el cuero y oliendo a cuero) podría haber sido él (Roque corriendo o no por la calle en pendiente) o él (Mauro) podría ser el que se reponía de la hepatitis psicosomática de los treinta y pico de años y ella (Marisa) seguir trabajando el cuero como olvidada del resto, o viceversa, o Mauro enyesado y él (Pedro) dejando la cama después de dos meses de cama y entonces todos asienten con movimientos notorios de cabeza en ese clima repentino de recogimiento o cómo llamarlo y los cuatro levantan los tres vasos y la taza y beben al mismo tiempo en ese ámbito repercutiente y desmoronable y con alguna posterioridad Mauro pide brindar por el antiquísimo e incurable mal de la leucemia que es lo único que en realidad les concierne a los cuatro

en tanto apariciones imprevistas u omitibles en el espacio y ríen los cuatro casi al mismo tiempo, a saber ellos dos primero (Barcia y Pedro) y en seguida ellos dos (Marisa y Mauro), cuatro risas «altas y espontáneas en la alta noche todavía estival» y en cuanto vuelven a brindar o sea quebrando o rompiendo un silencio repentino Pedro Cisneros asegura haber experimentado justamente eso, haber experimentado la leucemia de una manera nitidísima y como algo que sin lugar a dudas le faltaba; sin dirigirse particularmente a ninguno de los tres afirma que allá a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, entre el olor a cuero y llamándola a ella (Marisa) por su nombre como quien llama a algo propio a todo lo largo y lo ancho de la casa, ya sin respuesta posible, había experimentado también las tentaciones más diferentes y encontradas, había sentido la ausencia de Marisa que le faltaba, había sentido ese aturdimiento que tanto le faltaba, había sentido más de una vez la tentación de por ejemplo llevarse la lezna a la garganta y apretar en el caso de no haber mediado el recuerdo impreciso de la leucemia (y ríe solo echándose un poco para atrás y casi en seguida se le suman las otras tres risas) hasta que empezaría a sentir algo en este caso indescriptible que le faltaba, algo, el cuero—cuero, aguja sumando hilo al cuero, solo—la cama de dos plazas como esa cama a secas, ciertas maravillas por el estilo de una camisa echada sobre un sillón al amanecer, el agua de la ducha sobre ese otro cuerpo (otro cuerpo) solo en la casa (solo en la casa), el pulso por la noche con nítido latido leucémico.

Entonces Pedro asegurando hacia el final, como si lo razonara en voz alta e incluso por primera vez, su tono que retumba en la ausencia de muebles: faltaba la resonancia del abandono en la tabla a la deriva de mis treinta y pico de años.

Y por su parte Barcia no puede vencer la como tenta-

ción de aludir a aquel prolongado momento como a un prolongado momento augural en la casa de las vigas, al olvido total de su yeso durante ese prolongadísimo momento, el techo de la casa donde ahora las uñas de los gatos tendían a parecerse (cuarta metáfora intencional) nada más que a los «goterones densos del rocío».

SEGUNDO MANIFIESTO

Y pensar que todavía faltaban muchas horas para que apareciese aquel fantasma de la luna llena con el sobre marrón y la sonrisa, con la sonrisa y el palo en la mano más la certeza de ir hacia alguna parte y acaso sonriendo por ese mismo e insostenible motivo: suma de días (y semanas) en que algo flotaba en el aire, en que apenas se dirigían la palabra entre los cuatro mientras se afianzaba la otra imposibilidad de abandonar la cama antes de mediodía aunque sólo fuese para comprobar si había sido Marisa la del nuevo portazo, o Pedro, o en todo caso Mauro. Aquel convencimiento paulatino de que al fin y al cabo había algo paradójico en que las cosas o cómo llamarlas sucedieran de esa forma pero como si al mismo tiempo pudieran transformarse en algo diferente: sucedían así pero simultáneamente no, confianza lamentable después reiterada a lo largo de veintisiete años, es decir hasta el cansancio, con la misma parsimonia que le permitía no pasar por alto la acumulación de manchas en el yeso rotando hacia cierto amarillo pálido, la impresión global de inminencia mientras la barba tendía a picar mucho menos, y se alisaba, y se tupía con algunos matices tornasolados.

Imposible disimular que más allá de los pocos saludos intercambiados, o de llenarse mutuamente los vasos, Mauro tocaba algo en él (en Mauro) porque lo cierto es que ocupaba el día entero en aprender de Pedro (y de

Marisa) cómo sobarlo, cómo conseguir que no se resquebraje ni se cuartee, cómo limpiarlo y hacerle agujeros y cocerlo.

Por supuesto: a pesar del yeso pudo haberse acercado aunque más no fuese a mirar en vez de quedarse en la cama molesto por el yeso, erecto. Al fin y al cabo las cosas sucedían así pero al mismo tiempo podían transformarse en algo diferente, y eso resultaba tácito. Como si hubiese sido él (Roque), durante y después del yeso, el que poco a poco aprendiera la manufactura de cinturones, botas, carteras, correas para relojes, estuches para peines, billeteras, sandalias.

Pero estaba el yeso y sobre todo aquella sensación o cómo llamarla de que algo se venía insinuando en el aire y en todo caso era como si él (Mauro) fuese el que se pasaba la mano izquierda hasta el mediodía, en la cama, la mano izquierda por esa doble tupidez inédita de barba y desarraigo hasta desembocar a la ele de troncos y dedicarse a las cartas con la mano izquierda, cartas inenviables.

Claro, siempre hay una noche. Mejor el final de un día hacia el anochecer, en este caso con luna casi llena y de repente junto a Mauro en la dirección del río, mascando un limón sostenido con la mano izquierda en plena leucemia, en dirección al agua y al barro del río: ese «sabor a bestia» de la cáscara del limón real desgarrada despacio con los dientes. Calles angostas en parte irreconocibles, las voces que subirán bastante de tono, luna casi llena y perros en una relación indefinida y también paradójica, luna y perros que redarán a un croar independizado, la posibilidad de cruzarse con la errancia de Marisa y el camión con vacas lento en la subida con el Fantasma dormido o no sobre su mochila donde por otra parte se encontraba el sobre.

Lo único que Roque necesitaba era decir, decir algo,

y de ahí el rarísimo sobresalto al escucharse diciéndolo: aunque no sabía precisar qué, sin desentenderse por ejemplo de que el sol era una masa ígnea en estado gaseoso como así tampoco de Faustina Maggiore, él (Roque) presentía que no podía tratarse de algo no marginal. Entonces sólo después de algunos pasos más algunos perros (Marisa seguro en las inmediaciones) la voz de Mauro resonando en el norte hacia el norte, en el exilio leucémico sin gota de aire: que por su parte aunque no podía precisar cómo, lo mismo sabía que no podía tratarse de algo marginal. Y por lo tanto casi de inmediato la broma de Roque asegurando que todo aquel trajín hacia norte debería culminar con la apertura de una gran talabartería indoamericana.

Así llegaron al río delgado (unos cuarenta y cinco metros de ancho bajo la luna semillena) recto y lento y algo sucio entre el gran croar indiferenciado. Y Mauro se adelanta un par de pasos hasta meter los zapatos en el agua mientras él (Roque) siente correr el sudor por adentro del yeso: no sólo cuero (es decir Pedro inscripto) sino cartón y madera, manufactura indiscriminada de toda clase de objetos (en la pausa Mauro se agacha para levantar agua con una mano y llevársela hasta la cara),

no sólo cartón y cuero, Roque, sino también electricidad del automóvil, reparación de artículos del hogar, destapamiento de chimeneas, destapamiento de toda clase de caños y cloacas, poda de árboles, arreglo de instrumentos memedievales y de bicicletas, restauración en general y diseño de jardines (Mauro levanta la voz mientras camina un trecho paralelo a la costa ahora con el agua que le cubre los tobillos y Barcia lo escribe volviendo a levantar agua con las manos y con todas mayúsculas LLEVÁNDOSELA DE INMEDIATO HASTA EL PELO),

o sea escapar cada

día (pausa) a toda costa (pausa) de la tontez irrisoria del nocapaciente angustiado y recontraescrito,

o sea cagarse en la baba metafísica más bien física del payado nocapaciente con el rencor secreto por el mundito evidente que lo abandona o lo descuida.

Dos veces pausa.

En la oscuridad del norte hacia el norte atemperada por la luna casi llena, entre el croar aglutinándose, con el Fantasma seguro dormido sobre un camión con vacas y Pedro seguro reabrazado al retorno de Marisa, Mauro tiende a sentarse en el agua, primero que nada ofrece la impresión de lavarse la cara pero lo que hace es mojarse, se empapa la ropa mientras empieza a rascar el fondo, chapotea, hace cascadas, rasca el barro del fondo, empieza a pasarse barro por la cara (es casi seguro que haya comido barro), a pasarse barro por el pelo y por el cuello y por la ropa empapada, barro algo chirle por las mangas y barro por adentro de las mangas: a la mismísima mierda, Roque,

el otro payaso historicista reptando durante toda la leucemia con ese rictus imperecedero del justo.

TRÍO

Por supuesto, Averroes: el movimiento ininterrumpido del cielo sin estrellas es la intersección entre tiempo y eternidad. El movimiento ininterrumpido del cielo sin estrellas, a margen izquierdo, con tinta y letras de imprenta.

Más bien alto y flaco, algo indiano en los pómulos y brazos largos etcétera. Barcia aventura primero que no se atrevió a atravesar el jardincito de adelante, segundo que debió preferir, sin entusiasmo alguno, golpear las manos con muy poca convicción desde la calle y, por último, llega al extremo de reconjeturar lo que estaría pensando mientras tanto: que se trataba de una casa desocupada y desmoronable, que tal vez no era allí, que daba exactamente lo mismo.

Había llegado a cualquier parte con tierra en los zapatos y en el pelo pero sin sueño ni cansancio, no lo molestaba el sol, no lo molestaba el calor, se había bajado del camión con ganado en cualquier parte con una mochilla y un palo en la mano—o el palo lo recogería en las inmediaciones—y desde la calle preguntó por él (Mauro) o por él (Roque) y entonces sí cruzó el jardincito para dejar la mochila y el palo junto a la puerta, en la parte de afuera de la puerta, y fue a sentarse en uno de los rincones sin reconocer que por ejemplo el frío de los mosaicos lo reconfortaba, sin que le importara el olor a estiércol, ese olor a bosta que traía pegado a la ropa y que por lo tanto estaba conectándose con aquel otro olor a

bosta de la estación natal que por lo tanto no había desaparecido enteramente.

Doble perplejidad de Roque Barcia ante el Fantasma nacido y criado en un pueblo de la provincia de Corrientes (esto lo sabrían mucho más adelante) y capaz de vivir en decenas de piezas de la ciudad de Buenos Aires, en un altillo y dos garages particulares (eso lo sabrían por Nacha Ortiz), perplejidad ante la carpetita (manoseada, coincidente) de poemas del Fantasma que podía leer un único libro durante un año, que podía leer un único poema durante un año, que podía retener un único verso durante dos o tres meses.

El Fantasma había llegado a cualquier parte con la dirección anotada en un papel mugriento y coincidente que a su vez habría podido perder en cualquier parte, podía irse ya mismo o cuando se cumpliera la trigésima semana, se quedaría por lo general en los rincones el Fantasma no hablaba nunca nada más sonreía las manos siempre apoyadas en algún sitio sin preguntar nunca nada ni procurar que le preguntaran nada de pronto recupera su posición vertical y se dirige hacia la mochila y vuelve con un sobre (con un sobre manoseado amplio y marrón), capaz de descubrir recovecos de tortuga, capaz de descubrir y fantasmear arañas en la orilla del río, capaz de presentirse la salida al mar y entonces volver un día y una noche más tarde con una bolsa oscura repleta de mejillones, el Fantasma correntino no hablaba en guaraní ni escribiría cartas ni tampoco esperaría cartas, cada tanto resurgiría su carpetita manoseada o un libro manoseado de los tres únicos libros que estaba trasladando a ninguna parte, no discutiría nunca por nada, se acercaría en cierta oportunidad para observar cómo Mauro trabajaba el cuero y obtendría un pedazo de cuero y una lezna para tratar por sus propios medios una forma por otra parte inadmisible.

Es bastante probable que debido a la primera impresión de conjunto Roque Barcia haya sentido de manera imprecisa e incluso algo cohibida —para después olvidarlo por muchísimo tiempo— que siguiéndolo al Fantasma cuando demostrara síntomas de irse en todo caso hubiese resultado posible dar al fin con el otro fantasma al que oportunamente enmarcara con un círculo rojo; doble perplejidad barciana ante el Fantasma que si algo anunciaba de manera concreta era la inminente vociferación de la droga en él (en Mauro) y que un día cualquiera de un año cualquiera podría recorrer lentamente, muy lentamente la orilla del Támesis o del Orinoco buscando musarañas peludas o escorpiones y llevando en la carpetita muy manoseada algo referente a las condiciones hermanas de calor tropical y luz vertical, que bajo esas condiciones él (el Fantasma) era capaz de reunir a todas las criaturas como ser pájaros, bestias, reptiles, árboles y plantas, costumbres y espectáculos, y que bajo esas condiciones u otras era capaz de arrojarlos deliberadamente en China o en el Indostán y que mediante un sentimiento análogo el Fantasma podía apoderarse de Egipto y de cada uno de sus dioses y entonces hacerlos participar de la misma e incuestionable ley, es decir de una idéntica ley desasosegante.

De esta forma, unos veintiocho años más tarde, a su influjo y tal vez motivado por lecturas de último momento, Barcia cae en su tercera tentación literaria sin atenuantes: mirarlo todo, la casa semivacía y desmoronable, sus cuatro ocupantes, el limonero real y la hamaca paraguaya, las carteras sandalias y cinturones etcétera acumulados por Mauro, desde los ojos del Fantasma a pesar de que, como él mismo parece admitirlo, el Fantasma no lo hubiese aceptado de ninguna manera, y menos en un tono originado en la pura voluntad descriptiva.

Sin embargo admite empezar a ver desde él su propio yeso, su propio abalanzarse para agarrar el sobre marrón que permanecía bajo la sonrisa correntina mientras en el cuarto cerrado hablaban con una sola voz (o eso parecía) Pedro y Marisa quienes, por ese mismo motivo, no escucharán la carta simultánea ni tampoco podrán oler a bosta y ser al mismo tiempo registrados por los ojos del Fantasma.

El hecho es que sólo hacia el anochecer es cuando los ojos del Fantasma supuestamente verán a Marisa corriendo hacia la calle, y supuestamente una hora después a Pedro como abrazándose a Mauro junto a la puerta que daba a la parte de atrás de la casa a la que, en conjunto, los ojos del Fantasma empezarían a comprobar semivacía y precaria, húmeda y retumbante.

Metidas en el sobre las hojas de la carta simultánea (o sea Mercedes Chavarría, Nacha Ortiz y Juan-Juan), unas treinta hojas de ese papel muy delgado y semi transparente que sirve de servilletas con frecuencia colocadas adentro de un vaso. El vaso, en esa oportunidad, ocupaba el centro de una mesa no muy grande rodeada a su vez por unas treinta o treinta y cinco mesas más, cada una con sus vasos en el centro y todas en el ámbito de techo supuestamente alto y también visto en su oportunidad por el Fantasma, casi a oscuras y que supuestamente podría girar (el ámbito) sobre su eje, es decir el piano, es decir el piano colocado en el centro y en el que todas las noches con excepción de la noche de los lunes Juan-Juan tocaba a partir de las diez con el propósito de dormir, comer, fumar, enterrarse en butacas de cines continuados, renovar las medias y alguna que otra camisa, y reiniciar apuestas.

Con pesadumbre también evidente, Barcia reconoce la imposibilidad de sumarlas al manuscrito, por dos motivos: el carácter deteriorable del papel ya en gran medi-

da deteriorado; las caligrafías poco menos que ininteligibles. Lo que no puede descartarse por entero es que antes de decidir sentarse a su Remington por espacio de casi tres años, las haya copiado de su puño y letra, como por azar, en una de las diecinueve libretas de apuntes, incluso encabezándolas con fecha y lugar aproximados.

Si el afán cronológico de Barcia no fuese tan manifiesto, si la manifestación de su afán lo hubiese llevado a dudar de toda cronología, si su desvelo por la correspondencia lisa y llana hubiese podido demostrarle la otra correspondencia ni lisa ni llana, es posible que se hubiese ahorrado, a lo sumo, el trabajo de transcribirlas dos veces, de pe a pa, o aunque más no fuese el de señalar el nombre de cada uno, empresa para la que debió hacerse necesario pasarse varias horas formando tres montoncitos a partir de las características grafológicas más o menos reconocibles. Al fin y al cabo pudo admitir la frecuencia de una sola voz, tan contradictoria como cualquiera, pero para eso tendría que haber echado mano también en este caso (o sólo en este caso) a su repentina ocurrencia literaria de unos veintisiete años más tarde, o sea mirar esos papelitos desde los ojos del Fantasma.

Es la intersección entre tiempo y eternidad: de nuevo a margen izquierdo, con el mismo tipo de letra y con la misma tinta.

Marisa lloraba con Pedro y Pedro con Marisa, los dos seguro recostados y a medio vestir, estirando cada tanto una mano hasta la cabeza o la cara del otro, pasándose algún único cigarrillo, recuperando escenas y paisajes y frases, seguro recuperando la primera vez, la segunda primera vez, el tedio y el sufrimiento como asuntos estrictamente personales, la última primera vez mientras Mauro agujereaba un pedazo de cuero algo brillante y

mientras él (Roque) empezaba a descifrar en voz alta la escritura de los papelitos:

carísimo te extraño y no entiendo nada y ni siquiera entiendo qué es lo que tendría que entender dejé la química para siempre y Augusto me habla de la realidad y a veces quisiera recordarte menos y estar hecha a la medida de Augusto, Juan-Juan está tocando *I let a song go out of my heart* y la gente se aburre, somos muy pocos aquí y te extraño Mauro

el otro día caminando por el parque Rivadavia sentí que es como si fuese virgen que cambio de camas inútilmente y que me gustaría que estuvieras aquí sentado aunque esto último no se me ocurrió entonces allá sino más bien ahora aquí casi a oscuras mientras Juan-Juan toca y escribo en esta servilletita que chupa demasiada tinta

acabo de tocar *I let a song go out of my heart* y la poca gente se aburría y entonces volví a sentir que de lo que tengo realmente ganas es de tocar una sonata o allegro ma non troppo o en todo caso un spiritual que hace muchísimos meses escucho de una manera bastante vaga dentro de mí y ahora van a pedirme a los gritos que toque *La casita de mis viejos* y *Arrabal amargo*

cómo me ves, cómo nos ven desde allí, cómo se ve desde lejos si es que puede verse algo, aquí adentro hace mucho calor y me transpiran las manos Augusto quiere casarse y te reprocha algo como indiferencia frente a algo como la realidad ayer internaron al viejo Urrutia o sea se lo llevaron en una ambulancia con sirena al viejo Urrutia con los brazos pegados a los costados de su cuerpo

Según Barcia costaba leer a causa de los papelitos agujereados por la pluma y que por momentos absorbían demasiada tinta. Los ojos del Fantasma sonriente sentado como un buda correntino en un rincón del vestíbulo semivacío supuestamente vieron salir corriendo a Marisa, vieron que Mauro supuestamente dejaba el cuero sobre la mesa y que después se acodaba sobre la mesa mirando una mosca sobre la mesa y que mientras tanto él (Roque) empapaba con sudor la parte interna de su yeso amarillento y manchado.

caminando sola por entre los árboles negros del Parque Rivadavia me pareció comprender que era joven no tan joven y por única vez y entonces fui a sentarme en un banco aunque no pude quedarme durante mucho tiempo sentada porque casi de inmediato sentí que me hubiese gustado comerme un helado de crema pero sólo si podía pagarlo con un beso en la frente del heladero que tendría (por su parte) que haber entendido todo (de una sola vez) en esa misma fracción de segundo

ahora voy a tocar *D'ont get around much anymore* con algo más de swing porque si no al final protestan cuando me pagan, cada vez cuando me pagan es como si quisieran descontarme la falta de entusiasmo se llevaron al viejo Urrutia después de una semana y pico en que se pasó dibujando todas las paredes, la vieja Urrutia le sacaba las tizas y entonces él encontraba carbón, la vieja Urrutia conseguía sacarle el carbón y entonces él conseguía acuarelas o lápices de colores

¿Marisa abrió la puerta como para volver a entrar?, pero sin embargo no pasaría de ese ademán, se quedaría

en ese ademán en foto fija y oculta a los ojos del Fantasma hasta que unos pocos segundos más tarde optaría por cruzar el jardincito de nuevo en dirección a la calle.

cuando ya no le quedaba espacio en las paredes de la casa empezó a salir por las noches para dibujar en las paredes de las casas de los vecinos y la vieja Urrutia dice que reía y que cuando ella le hablaba para convencerlo lo único que hacía era acariciarle la cabeza y seguir riendo y entonces empezaba a repetir una frase que creo es de un tal Overraes o Averrous pero no sé bien

la frase es de Averroes y se relaciona con algo por el estilo de que el movimiento sin interrupción del cielo sin estrellas es una especie de intersección me voy a tocar *D'ont get around much anymore* porque si sigo aquí sentado me echan a veces me dan ganas enormes de que suceda algo, algo, no sé, cualquier cosa que lo confunda todo, como por ejemplo que el piano salga caminando negro en cuatro patas y regrese todas las noches a tocarme y le paguen, incluso que le paguen el doble

Roque tu madre nos llama por teléfono a toda hora tu madre se queja por teléfono de que sos un fantasma como tu padre tu madre nos llama casi todos los días para saber si escribís y si recibís sus cartas y de qué vas a vivir y con qué vas a comer y cómo pasás los inviernos el viejo Urrutia primero dibujó en todas las paredes de su caserón con tizas y después con carbón y después con acuarelas o lápices de colores y a los pocos días empezó a salir por las noches para dibujar en todos los frentes de las casas de todos los vecinos

Supuestamente los ojos del Fantasma (y en este caso también los de Mauro) vieron lo que el viejo Urrutia dibujaba en las paredes de su casa y más tarde por las noches en los frentes de las casas de todos los vecinos hasta la tarde en que alguien (un hombre cualquiera, según parece ensimismado) telefoneó y se lo llevaron con los brazos inmovilizados y con la vieja Urrutia secándole la frente con un pañuelo adentro de una ambulancia con sirena.

primero dibujaba un triángulo equilátero hacia arriba △, grande, solo e inexplicable en una servilletita, y en seguida y bastante próximo dibujaba su oponente hacia abajo ▽, del mismo tamaño que el primero, solo e inexplicable en otra servilletita, y por último y aparte los completaba ✡, y reía asegurándole en secreto a la vieja Urrutia algo referente a la supuesta unificación de todos los antagonismos mientras se dejaba arrastrar al fin por la vieja Urrutia pero haciendo pausas con la finalidad evidente de serenarla o en todo caso consolarla

carísimo Juan-Juan al fin tuvo que tocar *La casita de mis viejos* porque de golpe llegó un montón de gente abrazándose entre sí semiborrachos y con ganas de cantar a coro, es una lástima porque me sentía bien acá como hace mucho no me sentía bien repito que te extraño Mauro la química me enfermaba y Augusto me enferma y sigue enojándose con tu recuerdo, no sé qué hacer ni qué decir las cartas me enferman por el viejo asunto de que llegan después o sea cuando ya al otro y a una se le cambiaron millones de células respectivamente

hay días en que siento que me voy porque el espacio existe y entonces me acuerdo de cuando hablaste del yin

o del yang no me explico como tierra y menos como tierra oscura y húmeda pero por chispazos y sobre todo en estos últimos días pienso que en cualquier momento pudo irme lo mismo y entonces pienso que me iría a buscarlos al norte esta gente canta y lloriquea deben sentir que envejecen sin darse cuenta y para siempre jamás algunos perdieron parte del pelo y de los dientes y ahora quieren y gritan como locos que Juan-Juan toque cuanto antes *Arrabal amargo* y *Percal* y sobre todo *La noche que te fuiste*

Los ojos del Fantasma supuestamente vieron y hasta razonaron a Pedro y sobre todo a los ojos hinchados de Pedro saliendo despacio hacia la parte de atrás de la casa y también vieron que Mauro se ponía de pie y que cuando estaba a punto de alcanzarlo Pedro le tendía los brazos, los brazos abiertos.

Única referencia bastante directa a ganas de salir cuanto antes de allí y caminar sin dirección alguna, en contraste desencadenante con la imposibilidad desconocida hasta entonces de salir de allí para caminar sin dirección alguna.

¿LA ZONA MÍTICA?

Gran corte barciano repentino al que la simple acción continuada de unos diez minutos vuelve enteramente posible: todo ese montón de páginas hasta ahí metidas en una carpeta o sobre, el sobre o la carpeta bien al fondo de algún baúl, o de algún cajón. Por lo tanto, a partir de ese operar concentrado y si se quiere extremadamente brusco las noches —cada noche— otra vez como antes de la primera página, como antes o en resumidas cuentas como siempre.

Semanas enteras preocupando a Raquel M. que por su parte ya había encajado en el ritmo, que ya casi había empezado a no preocuparse tanto por el teclear espasmódico. El silencio repentino del manuscrito de Roque Barcia invadiendo ahora hasta las mañanas, estirando insomnios más o menos básicos después de lecturas imposibles al final de cenas brevísimas y en el más absoluto silencio.

O bien releyó el Eclesiastés poco antes de derrumbarse en dicha fractura forzosa (también anunciada en la acumulación de tachaduras), o bien lo releyó para verificarla como pausa ilimitada algunos días más tarde de meter la carpeta o sobre en el fondo de cajón o baúl. Pero en cualquiera de los dos supuestos la referencia no deja de alentar una relación directa, cierta unidad de quebranto: que todo tiene su momento, es cierto, y que todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo.

Tal vez sólo contando con el manuscrito (señales mínimas y acumulativas de todo orden) podría comprenderse en qué medida esa vacilación (fractura inevitable vivida como silencio definitivo: «la noche hueca de nuevo en la noche hueca») nacía del hecho garrafal de tenerlos, mejor de haber experimentado tenerlos (y tenerse) redetenidos de pronto en aquella casa redesmoronable del norte hacia el norte.

Por el simple hecho de no proponerse admitirlo a medida que se aproximaba, Barcia termina descubriendo hasta qué extremo ese silencio infranqueable (la pausa padecida por su manuscrito) contenía y contiene una posibilidad o suma de posibilidades semipóstumas que nunca habría supuesto sin alcanzar ese número de página. Todo por haber llegado una segunda vez—con veintisiete años de por medio—al preciso momento potencial de casa semivacía y desmoronable y con el resto posible: hay tiempo de nacer—copia—y tiempo de morir; y agrega con todas mayúsculas en el par de páginas marginales y como olvidadas del manuscrito encerrado al que afortunadamente no quemó: TIEMPO DE ESPARCIR LAS PIEDRAS Y TIEMPO DE AMONTONARLAS; TIEMPO DE ABRAZARSE Y TIEMPO DE SEPARARSE.

Y en el segundo párrafo de sus dos únicas páginas marginales aclara cómo en medio de ese silencio imprevisto ha sentido como nunca que puede morir, que puede volverse loco de repente, que los dos desenlaces carecen de la menor importancia de la misma forma en que ese acto de dejarlo todo ahí, en parte para siempre ahí, carece de la menor importancia aunque al mismo tiempo (y algo ya debía ceder) está inmovilizando aquello movilizado allá y entonces hasta se podría saltar por encima del propio silencio inmóvil y hasta se podría planear concretamente lo insólito etcétera.

Poco a poco en el transcurso de las dos dificultosas pá-

ginas del mutismo repentino (que no fueron escritas en la misma noche ni originariamente a máquina) Barcia a punto de desistir para siempre empieza a reponerse. Después lo único que queda en evidencia es que ha bebido, que ha bebido si se quiere moctezúmicamente. Que ha salido a la calle con Raquel M. con el propósito de seguir bebiendo. Que habló mucho cambiando de bares. Que habló con ella como acaso nunca lo había hecho hasta la confirmación semipóstuma de ese prolongado mutismo. Y sin lugar a dudas una de esas noches volvieron cuando ya casi amanecía («claridad lechosa embrujante») y entonces optó por dirigirse a los tumbos hasta el cajón o baúl y rescató al fin de cuentas la carpeta o sobre para leerle a Raquel M. fragmentos, frases al azar, los reiterados intentos de cambios de tono, desparramó las hojas encima de la cama y en algún momento fue a lavarse la cara para dejarla dormir, sobre la mesa del living ordenó una a una las hojas hasta que una vez ordenadas salió al balcón tambaleando y con la única finalidad de sentirlos redetenidos y de sentirse redetenido en aquella casa del norte hacia el norte (la enormísima imposibilidad posible), allí en la primera luz de la mañana de un día cualquiera de un mes cualquiera debió sentir que era preciso reintroducirlos en sus movimientos, recuperarse, desplegarlos, admitir que fue de esa manera y de ninguna otra, verlo, hacerse eco, revolver a quererlos y a quererse con tanta dificultad de corazón y de sintaxis.

Por consiguiente Barcia alcoholizado decide por la mañana muy temprano que seguirá adelante desentendiéndose para siempre de lo insólito en él. Porque de lo contrario no se justificaría ese remate del par de páginas marginales pasadas a máquina antes de irse a la cama, a manera de culminación y hasta de conjuro de una pausa que le había llevado tantas semanas, con todas

mayúsculas: ANTES DE QUE SE HAGA PEDAZOS EL CÁNTARO JUNTO A LA FUENTE, DE QUE SE ROMPA LA POLEA EN POZO.

Y lo primero que retumba en el pozo de aire o tragaluz para en seguida expanderse por los departamentos vecinos son los primeros acordes a todo volumen de la sinfonía cuarenta y cinco en la sostenido menor *La despedida* de Franz Joseph Haydn y atrás aunque mucho más leve y por momentos hasta casi inaudible el paulatino remingtonear espasmódico: Roque Barcia en ritmo, Roque Barcia se saluda porque se había estado esperando, suspende sus dedos tiesos por encima del teclado como si confiara en un timbal, Roque Barcia está dirigiendo a la Filarmónica de Viena y deja caer uno a uno sus dedos que golpean las teclas para de esa forma reordenar letras que a su vez organizan palabras, palabras junto a palabras, espacios entre palabras que brotan de algo parecido al júbilo aunque no vayan a referirse específicamente a algo jubiloso, Roque Barcia y Franz Joseph Haydn en la diafanidad del segundo movimiento, una reaparición de maderas y de inmediato las dos palabras «Poco después», Barcia decide llevarse la máquina de escribir al balcón (donde está el gomero) y en el trayecto da tres o cuatro vueltitas completas balanceándola y en puntas de pie ¿quién podría negarle que es el genio feliz de su familia?, aunque el aire del balcón no le deje en paz la hoja previamente pasada por el rodillo, aunque algunos vecinos chisten a causa del volumen desproporcionado, aunque el júbilo no vaya a referirse específicamente al júbilo, solo allí, tecleante y acaso espiado por Raquel M. que debió persignarse, con una botella llena de un líquido color ámbar y un vaso alto lleno a su vez de hielo cristalino, puede seguir adelante a partir de

las dos palabras «Poco después», que poco después resultaría algo así como el paulatino decaimiento de la luz bochornosa a la que supuestamente se experimentaba como tal hasta entonces, nubes y nubes y olor a tomillo, la refracción empobrecida, cucarachas detrás de las puertas, cucarachas recorriendo los tirantes de los techos, en los cajones; la caída y caída de las hojas más lo gris sobre gris más el ruido del viento: el ruido del viento más los pies fríos durante la noche sin luciérnagas ni coyuyos: río angosto arrastrando las mismas o parecidas hojas, como empeñado en reflejar las mismas nubes, color acero y acelerándose, colmado de ramas movibles y oscuras en el paulatino decaimiento de la luz bochornosa.

En ese balcón con cortinas flameantes, incluido en la Filarmónica de Viena, chistando y con hojas en blanco que se vuelan para planear indefinidamente hasta el asfalto, volviendo a echar líquido ámbar adentro del vaso alto y cilíndrico y repleto de hielo, reconoce con dos únicos dedos que un poco antes de aquel cambio sólo anunciador de tantos infinitos cambios que nunca percibimos (que jamás, por supuesto) hubo estados de ánimo experimentados o en todo caso imaginados en los otros, hubo mayor nitidez en el encuadre del regreso (canarios del marido de mamá), pero que no quiere ni debe redetenerse demasiado en eso y que a lo sumo prefiere seguir mirando a través de los ojos del Fantasma.

Repentina precisión en el teclear barciano.

Por lo tanto a muy escasos días de su llegada los ojos del Fantasma supuestamente vieron a un chico que gritaba Pedro desde la calle, salir a Pedro y unas pocas horas más tarde volver con Marisa recostada en su hombro; vieron salir (dos días después) a Pedro por la mañana y a una chica vestida de blanco que por la tarde gritaba Marisa desde la calle y supuestamente salir a Marisa que entonces correría hacia la plaza semi colonial, hacia

el bar de la plaza para volver recostada en el hombro de Pedro.

Barcia deja por unos instantes el balcón a fin de que vuelva a sonar Franz Joseph Haydn ahora con un poco menos de volumen y para renovar el hielo cristalino de su vaso ¿quién podría negárselo? Sin que fuese necesario ningún tipo de premeditación acechante, por la rendija de la puerta entreabierta era posible distinguir a Marisa y Pedro preparando una valija (o dos valijas traídas en cierta oportunidad por Pedro), que dejaban las valijas en el centro del vestíbulo y andaban por la casa ante los ojos del Fantasma, Marisa tendida en la hamaca paraguaya con un pullóver de cuello alto y Pedro fumando en el cuarto con la puerta entornada, Pedro tendido en la hamaca paraguaya y Marisa que trasladaba las valijas hasta el costado de la puerta. Pero en forma simultánea sucedía otra cosa, otra cosa si se quiere intratable: se acentuaba el ritmo de trabajo de él (Mauro); en forma silenciosa e inexorable una de las piezas empezaba a colmarse de carteras, cinturones, sandalias, estuches, etcétera.

Y los ojos del Fantasma, en el allegro, incluso lo verían a él (Roque con barba tupida) ya libre del yeso recuperando en forma paulatina la agilidad del brazo derecho y exponiéndose al sol de entonces con el propósito de que desapareciera o se atenuara la gran mancha blanca, para que al irse o atenuarse la mancha el cuerpo volviera a su unidad original, a su tono homogéneo, pero sin conseguirlo del todo porque ya no sólo decaía y decaía la luz bochornosa junto con la intensidad de las refracciones, sino que el sol calentaba menos, muchísimo menos, o mejor dicho apenas calentaba.

Los ojos del Fantasma debieron presenciar la despedida de Pedro y Marisa, breve, dificultosa, con los brazos de los cuatro que se entrecruzaban, con una de las

valijas que se abría: Pedro y Marisa hacia el norte prometiendo escribirles (a Mauro y a Roque), pidiéndoles que no dejasen de pensar en reencontrarse, en la posible alegría del reencuentro, los cuatro cruzando la plaza semi colonial (el Fantasma ya no los veía, Barcia cree retomar su tono para no volver a perderlo) en dirección a la terminal de ómnibus donde había uno celeste (o tal vez celeste y anaranjado) que a él (Roque) debió sugerirle algo bien preciso pero que prefiere dejar para más adelante, no decaer en eso allí en pleno balcón como si olvidara por completo que el pasado no existe.

Nada más pura conjetura el hecho de que Roque Barcia en su balcón nocturno, junto al gomero, se haya dado cuenta de que terminaban otra vez las dos despedidas, de manera prácticamente simultánea. Olvidado de los ojos del Fantasma, olvidado de la púa de su tocadiscos, teclea aquella relación (encuentros furtivos, plaza, extrañeza del yeso ausente, amargura y una como sorpresiva fugacidad en las cosas) con la hija menor del alcalde, ojos-negros-serenísimos lengua azul en el único cine y por la tarde mientras el frío se acentuaba y como si esto no fuese evidente para cualquiera la alejaban de él, la petrificaban hasta siempre esperando en alguna parte alguna carta suya, se quedaban con ella a pesar de haberse afeitado, a pesar de haberse lustrado los zapatos y de pretender entrevistarse con el alcalde durante trajines que se detallan más un rencor también imprevisto hacia lo medieval como alcalde.

Ya no se trataba del paulatino decaimiento de la luz bochornosa, de la tibieza del sol: cierto día llega un camión para llevarse todo, cinturones, carteras, sandalias, estuches de diversos tamaños, etcétera, le pagan a Mauro bajo el limonero real: era el invierno por completo y Mauro, antes de seguir hacia el norte, decide dedicarse un tiempo a la lectura. Tal vez al influjo de la quietud

sosegada del Fantasma con el mismo libro manoseado en cualquiera de los rincones de la casa.

Antes que nada Mauro compra ropa de abrigo para los tres, ponchos auténticos. Después compra cajones llenos de botellas, un alcohol también ámbar y muy bien destilado, sin densidad, sin cuartel. Ya no se trataba de nubes rápidas y viento, viento avalanzado, sino que también empiezan a escucharse con toda nitidez las grandes gotas aisladas sobre la aparición paulatina de cucarachas que harían legión, el «techo de nubes inmóviles» suspendido sobre la casa desmoronable del norte hacia el norte.

Mauro Chavarría, coronando dos días de ausencia, aparece con los siguientes libros, todos adentro de un mismo paquete:

Strange case of Dr. Jekill and Mr. Hyde.
Los sueños.
Au pays des Tarahumaras.
La divina comedia.
Astavakra Gîtâ.
Confessions of an English opium eater.
Suspira de profundis.
Consejos y consejas de Gusmán de Alfarache.
Le mistère des cathedrales.
Le mont analogue.
Ulisses.
Espantapájaros.
Four quartets.
Momias de los Incas.
Soliloquios o reflexiones morales.
El concepto de la angustia.
New Light on Quetzacoatl.

Pasan otras pocas noches y Mauro compra un Chevrolet usado cuatro puertas azul oscuro (empezaba a llo-

ver con mayor frecuencia), Chevrolet que a su modo ilustra la finalidad expresa de seguir no dentro de mucho hacia el norte pero que terminará empantanado frente a la casa: nuevo intento innegable de anticipación cronológica, cierta fluidez barciana sobrecargada.

Y Mauro empieza a leer. Lee sin preocuparse de las cucarachas ni tampoco de la humedad que tiende a despegar en parte el reboque de las paredes. Lee desde las primeras horas de la tarde hasta la noche. Sin olvidarse por completo del cuero y con los diecisiete libros siempre al alcance de la mano, sólo parece preocuparse en la causa o motivo de celebración nocturna y en este sentido le pide a él (Roque despojado de la hija del alcalde) y a él (Fantasma metido en un poncho) que no lo dejen todo librado a su imaginación, que lo festivo no debe dejarse de lado porque la prescindencia de lo festivo representaría el triunfo final de los desfiles y de las estatuas y del bajo romanticismo francés y de todos los diarios de la mañana y de la noche.

Por su parte, como independizada de todo posible contexto, la lluvia empieza a arreciar durante las veinticuatro horas y durante casi toda la semana, una lluvia del carajo que no se interrumpirá durante toda la semana siguiente y que parecería encontrar intensidad en su ausencia absoluta a lo largo de trescientas y pico de páginas de manuscrito.

La primera celebración, no muy convincente y que termina languideciendo por una especie de beber demasiado ansioso y exílico, es al cuero en general, a todo tipo de cuero y a su manufactura en particular. Algunas noches más tarde se festeja largamente el regreso diurno del Fantasma empapado, lleno de barro, con los pantalones arremangados y un pulpo adentro de una bolsa de arpi-

llera con la que moja parte del vestíbulo y con la que empapa el piso de la cocina.

Brindan a la salud del Fantasma antes de comer el pulpo y seguirán bebiendo bajo el estruendo de la lluvia y bajo el paso indetenible de las cucarachas, hasta que Barcia allí en el balcón vuelve a reconocerse repentinamente sentado en el water. Sin embargo y a pesar de los veintiséis años transcurridos y de la prolongación de la fractura o pausa manuscrítica reciente, opta por transcribir de manera fragmentaria un diálogo que cree significativo y previo al water (siempre recurriendo a los guiones al costado izquierdo de los parlamentos) entre Mauro y el Fantasma, y sobre todo después que Mauro leyera (de pie y balanceándose hacia adelante) o sea tradujera dificultosamente y reiterándolo ante cierto entusiasmo en los ojos del Fantasma (en el brillo de los ojos visto por Barcia) déjame descubrir los dones reservados a la vejez para poner (o colocar) una corona sobre el esfuerzo (o la insistencia) de tu vida entera.

Y en cuanto alguien de los tres vuelve a servir los vasos es el preciso momento en que retumba por entero la casa semivacía y desmoronable, entre relámpagos, entre rayos, truenos y todo tipo de resquebrajamientos:

Mauro dice: ese poncho te queda grande, Fantasma, no estás hecho a la medida de ese poncho ni viniste con servilletas escritas a mano metidas en un sobre metido a su vez en una mochila, no escribís poemas a mano Fantasma recorrés el mundo escapándote de qué y dejando un librito tísico con faltas de ortografía.

Y el Fantasma dice: el poncho no me es dado (pausa) el

poema no me es dado (pausa) no tengo nada que decirle a nadie.

Y Mauro dice: entre la vida y la muerte, entre cucarachas y reboque caído, con un poncho que te queda grande, como a Francia, como a Marco Aurelio repartiendo propinas entre sus propios sirvientes y preguntándole a Faustina Maggiore etcétera.

Y el Fantasma dice: mi tía Concepción tuvo once hijos y lo mismo fue adúltera porque se sentía cada vez menos ágil (pausa) cada vez menos convincente.

La amargura del vómito (lujo de detalles, lo agrio, lo culpa, sudor frío indistinto o sea la ausencia irreprochable del yeso), aquella «agonía de la recuperación del espacio», del sitio que gira en el espacio al recuperarse sentado en un water del norte hacia el norte, entre arcadas, entre truenos, con el piso lleno de agua que arrastraba cucarachas a la deriva.

Por momentos da la impresión, debido a la cantidad de errores de máquina, de que también se excedió con la botella del balcón y que no quiere irse a la cama por miedo a la náusea y que tampoco quiere irse a la calle por miedo a la náusea y a la calle. Posiblemente habrá hecho una pequeña pausa de las otras para ir a levantar la púa, para recurrir a cierta sonata que no aludiera de por sí a los extremos.

Tal vez a causa de la sonata y del efecto del alcohol que retrotajera físicamente hasta el efecto del alcohol, es que comete la primera de las muy escasas traiciones

frontales a la cronología estrictísima de su manuscrito recuperado. Por medio de un número uno entre paréntesis (1), a lápiz e innecesariamente grande agregado al final de aquel vómito sobre water, remite a una carta manuscrita de Mauro no más de un año posterior a dicho vómito y también con un número uno entre paréntesis (1), del mismo tamaño: tres hojas de papel aéreo y con dos marcas en cruz de haber permanecido mucho tiempo adentro del sobre, con algunos subrayados en lápiz azul que sin duda le pertenecen aunque no pueda precisarse cuándo los hizo y mucho menos la causa:

Viejo Roque, ante la ausencia permanente de raíz alguien como que absuelve la precariedad de los estímulos ¿a quién le escribo?

Pero la ausencia de estímulos ¿no será el estímulo que ilustra la infinita ausencia de vibración, o que hace como si no existiera la i.a.d.v?

Entonces el alcohol pudo y podrá vivirse cada tanto como raíz, raíz fatigadísima: la caída del glacial en un vaso redondo y alargado que te deja sin nada y te vuelve posible. Y de repente esa torpeza de movimientos, tanta dificultad con el otro, tanto sinsabor inútil. No está la llave de la luz, no está la puerta, no está lo afirmado durante años a boca de jarro.

La vociferación de la droga sólo vuelve a confirmar, en cambio, la falta de memoria del propósito. Balbuceos y habladurías privadas, incluso como nunca privadas de sentido. Baste con recordar el vacío literal que hasta entonces no pasaba de una idea vaga, *como siempre*. Pero ahora hablo de cuando llegó hondo, es decir a nada. Milagro que señala la nada inverificable y milagrosa y conste que digo, Roque, milagro y milagrosa. Lo no-Mauro en mí no-Mauro que le pide a algo Mauro esa nada, nadie y nada, *el vacío casi espejo*, piedad a nada pero pie-

dad desde el fondo vacío es decir horror revertido, la pobreza todavía más inconcebible en que vivo ¿a quién estar escribiéndole?
Por otra parte hace un rato me descubrí bailando solo en esta nueva pieza tan cercana a la selva, bailando solo una especie de vals como si me quedaran unas catorce reencarnaciones y en franca mejoría. Entre otras cosas voy a fabricar botones, botones de todas formas y tamaños, de nácar, de madera, de cuero, de metal, de hueso, botones pintados por mí, botones tallados por mí, todo tipo de botones capaces de reivindicar la idea, el sentimiento y por lo tanto el culto del botón.
No olvidarte de este nombre, por nada del mundo: Alejandro Kressel.

El espacio en blanco indicaría que Barcia debió esperar hasta el día siguiente, o que en su defecto le fue posible salir a la calle y entonces, llevado por su propio tono recuperado o por el atrevimiento anticronológico de incluir la carta y redetenido como estaba en lluvia, truenos, vómito y desmoronamientos, en semanas y semanas de agua torrencial, en paisaje anegado e imprecisa inclinación de entonces a abandonarse del todo, volvió sin saber que volvía, tardó en encontrar la puerta y la llave de la luz y se pasó el resto de la noche en su remingtonear semipóstumo, pero ya reinstalado en su escritorio.

De cualquier modo le faltaban otros dos tipos de celebración nocturna en general y una, culminante, en particular. Celebración del cartero embarrado, el cartero goteante al que paradójicamente ya ni siquiera esperaba. El cartero llenando de pisadas con barro el vestíbulo, con un rictus de familiaridad acuática que parecía regocijarlo a él (al cartero, e incluso a Mauro) a causa de la repentina aparición de cartas en ese pantano literal: cartas

mojadas, blandas, con la tinta del sobre corrida, entre cucarachas que hacían la plancha y vigas que empezaban a ceder, ventanas hinchadas, truenos, olor a algo indefinidamente podrido como para siempre:

de Pedro: Marisa embarazada, casa en las afueras, un mono en miniatura, un perro, un gato. Marisa con la cara redonda y las palmas apoyadas en la barriga, generalmente sentada bajo el alero, serena. Luz casi bochornosa, lianas y víboras y papagayos. Los extrañamos.

de Mercedes: ¿por qué tuve que subir al mirador? Algo te ilustra por ausencia, por lo que no podés ni debés contarle a nadie. Necesito que me quieran pero es lo mismo que si necesitara el cariño de los carceleros ¿es una cárcel esto de adentro?

de Nacha: VOY stop ESPEREN stop

de Marisa: generalmente me siento en un sillón de paja abajo del alero, dicen que estoy embarazada. Un reloj como de arena adentro, bandadas de papagayos arriba, todos los bichos del mundo, el calor, las lianas. Es hasta increíble lo que llegan a prolongarse aquí los atardeceres. Pedro trabaja en madera, hace tanto calor. Si hasta el mar es caliente. Escriban por Dios algunas pocas líneas.

Celebración algo más espaciada pero en su caso recurrente: a la salud de la caída del reboque, de todo reboque, siempre con la casa bajo la lluvia por grandes etapas torrencial y desapacible, con el Chevrolet cada vez más empantanado afuera y adentro los libros que empezaban a combarse, los libros inconseguibles que empezaban a despegarse en los lomos y a llenarse de moho, y a descuajeringarse. Sobre todo una con Mauro en pleno resfrío y con un nuevo acceso de tos: esta tormenta interminable del carajo debe ser por si se nos ocurría quedarnos,

seguir con el cuero aquí hasta la riqueza,

agua y frío

de cagarse que en resumidas cuentas es como si alguien impersonal pero consecuente viniera todos los días a recordar lo desmoronable,

a golpearnos despacito en el hombro y chistarnos en la oreja y señalar el estado de los tirantes y de las paredes y de los libros y de las junturas y de los llamados cimientos, lo moho en sí, lo pútrido.

Sí, la celebración culminante hacia el apogeo del diluvio, la gran celebración alcohólica que casi tendería a quedarse con todas las demás: a la irrupción de Nacha Ortiz embarrada, empapada, con su voz semiafónica imborrable, la piel tirante de Nacha, los empeines, los senos altos, pecas, aquello vaginal en Nacha que desesperaba por darse, Nacha excéntrica y despeinada y jurando una alegría ya escrita, con la ropa llena de agua y la valija demasiado pesada y el pelo en dos por supuesto pegado a la cara, a las pecas.

Pero en realidad Nacha no irrumpía, con agua, barro, con moho adentro de la valija, en la casa semi derrumbada bajo la lluvia; lo que más bien empezaba a

tener lugar era que reaparecía «a pesar de todo» en la vida de nuestro segundo Chavarría quien, por su parte, estaba bastante lejos de imaginarlo y, poco más adelante, de aceptarlo como quien acepta un fenómeno meteorológico, o glandular.

Celebración culminatoria de lo celebratorio en primera audición fatalmente unida a los gemidos de Nacha celebrada y al final sentada en el mismo water espacial, entre cucarachas y bichos bolita debido al alcohol ámbar del norte hacia el norte.

Y entonces (tal vez con pijama, en una carrerita inquieta de última hora hasta la Remington): claro, el espía que había sido, aquel espía demasiado húmedo y al alba en aquella primera vez —que no sería la única— para alimento de las diecinueve fieras (sigue la alegoría diecinueve libretas de apuntes = fieras; Barcia = rodeado por), ya que en última instancia la quiso ¿él también la qué? ¿que ilustraba qué en él o en alguien en él, o en todos?

Carta sin duda también transcripta en una de las diecinueve libretas de apuntes, prácticamente robada y media hora después devuelta mientras todos dormían:

de Juan-Juan: Ya va para allá. Cerca de aquí (de estos dos ambientes de la calle Arenales) hay un bar en el que creen saber por adelantado lo que voy a pedir y me lo sirven sin mediación alguna en cuanto aparezco. Nunca me animo a decirles que la primera vez fue cosa de un momento, que no siempre es igual, pero lo que me preocupa es que sigo yendo. Más de dos años escuchando un blues o adagio o andante monocorde, unas veces me lo ahoga el rencor a perderlo

si lo escucho del todo, otras el horror al mimetismo del que ya hablamos bastante. Ya va para allá pero creo que tuve sus mejores momentos pobrísimos mientras por mi parte daba, en estos dos ambientes de la calle Arenales, mis mejores momentos pobrísimos. ¿No será que le temo a la posibilidad de seguir escuchando eso en mí que sin Nacha puede desaparecer del todo y mostrarme más vacío que la noche de los lunes el local donde toco el piano?
Se llama Inés, casi seguro se entrega a algo distinto de lo que soy o supongo ser, y eso vuelve a pederme y a acongojarme en Nacha. Vengo a estos dos ambientes, voy a ese bar, me estoy yendo de a poco por ese caño que alguna vez llamaste de no irse a ninguna parte, ese caño para colmo sin desagüe. Y sigo limitado a sueños mezquinos donde ella (¿Nacha?) pedalea en una bicicleta principios de siglo comiendo sin manos un helado de limón, observable y clitoriana rodando hacia el cine que empezará a traerla desde Europa. Estoy desnudo junto a la estufa de Inés, con la mitad del cuerpo en otra parte, casi en otro mundo.

Pero en el supuesto caso de disponerse a fundamentar: ¿por qué aquella misma noche de la irrupción de Nacha Ortiz el Fantasma, nada menos que el Fantasma salió solo al lodazal, bajo el agua que arreciaba y arreciaba,

contra el viento desatado del amanecer en el norte hacia el norte? ¿Acaso para no escucharla vomitar y quejarse de problemas gástricos entre cucarachas, sentada en el water espacial con los empeines semicubiertos por el charco del baño anegado?

CONSECUENCIAS DEL ESTORNUDO METAFÍSICO

En principio nadie, desde lo espectral barciano, estaría en condiciones de negar que todo estornudo intenso (que todo estornudo físico intenso) en caso de sobrevenir cuando el sujeto se encuentra en equilibrio vertical consta de tres etapas netas y por lo tanto diferenciables entre sí: primero el anuncio a plumas en la nariz, bastante equívoco a causa de oscilar entre el placer y la impotencia; inmediatamente después el núcleo o estallido del estornudo en sí, acompañado de una marcada inclinación de avance y como si el estornudante estuviese a punto de seguir algún derrotero determinado; por último (independizándose del núcleo y del estallido) el otro impulso ahora irrefrenable hacia atrás, impulso al que ni siquiera el carácter reiterativo de la experiencia propia y ajena permite, en alguna medida, dominar o aunque más no fuese atemperar en su intensidad si se quiere esencial o cómo decirlo.

Doble pausa.

El otro tipo o calidad de gemidos por parte de Nacha Ortiz se produciría el día inmediatamente posterior a su llegada, por la tarde temprano, entre relámpagos, una vez encerrada con Mauro en la pieza que —paradójicamente— ocuparan en su oportunidad Pedro y Marisa Cisneros. Pieza sin nada en las paredes.

En todo caso: ¿se producirían otras alteraciones de fondo, sustanciales, con la irrupción empapada de Nacha Ortiz en la casa desmoronándose?

Cuero: (nada fuera de lo común) Mauro volvió, no bien abandonara la pieza, a un ritmo de trabajo muy intenso y despreocupándose de las dificultades impuestas por lo torrencial arreciante, aunque ahora con la colaboración un tanto desvaída del Fantasma como ensimismado en el extremo de un martillo.

Propósitos inmediatos: tal vez se acentuó, si cabía, el de seguir cuanto antes hacia el norte; sí sustancial, de manera concreta, en cuanto a aquello de incluir la posibilidad de cercanía con el mar: cada piel dorándose por la influencia del sol, por la sal, por el viento del océano Pacífico.

En cuanto a Nacha en particular, no bien terminaba con el cuidado apasionado de su pelo, con la irreversibilidad de sus pecas, a fuerza de naturalidad lograba establecer diálogos sostenidos con cada uno de los tres, siempre por separado y ante la inquietud de los dos restantes incluso aunque uno de los dos restantes fuese el mismo Mauro y su apariencia global desencantada. En un arranque tal vez premeditado, llegaría al extremo de conseguir la carpetita de poemas del Fantasma.

Estímulos externos: el «pequeño paquete con estornudo metafísico» desde el principio en poder del Fantasma pero cuya existencia ignorarían los tres hasta mucho más adelante, hasta seguir hacia el norte e instalarse frente al fragor indesenchufable.

Eso sí, que la lluvia empezara a ceder en intensidad

bajo ningún punto de vista podía adjudicarse a la irrupción de Nacha. En principio porque no se produciría simultáneamente con dicho suceso, y además porque es cosa sabida que Nacha adoró siempre la lluvia, los aguaceros interminables y generadores de recogimiento instantáneo, sobre todo cuando olvidaba las consecuencias nefastas que tarde o temprano le acarrearían a su pelo en dos.

Gritos: uno solo, del mismo Roque al abrir cierto mediodía la puerta y de improviso, sin tiempo para calcular que Nacha a la carrera terminaría empujándolo al lodazal del jardincito, mientras seguía (Roque) señalando un fragmento inequívoco de arcoiris.

De cualquier forma había algo bien extraño en eso de que las cosas empapadas tendieran a secarse, de que las cosas hundidas tendieran a resurgir, día a día a partir de aquel grito. Algo extraño y si se quiere sobrecogedor en el pastito que día a día empezaba a brotar sobre las lomas pequeñas que a su vez resurgían por todas partes.

Fue el Fantasma el que terminaría exclamando como para sí: es la primavera, será lo erecto incontrolado, todo entre dobles signos de admiración y comillas.

Había, ciertamente, algo casi inconcebible (en el supuesto caso de no perder de vista el pasado inmediato) en ese gran rebrote universal incontrolado, en el color resurgiente de toda madera o piedra o cemento; tenía lugar lo afianzable y la participación activa: tierra día a día mucho menos blanda, mucho menos chirle; cabezas humanas y de animales domésticos asomándose a casi todas las puertas y ventanas, cuerpos que también resurgirían y ganaban paulatinamente estabilidad en el resbaladero común. ¿Y en cuanto al árbol del jardincito?: in-

conmovible tanto en el torrente como en la luz que empezaría a recuperar su bochorno, lo mismo reiterando limones hasta el último día, múltiple y en un idéntico sitio y formando una idéntica ele con el pedazo de tronco que también se ocupaba en secarse de a poco.

Sin duda había algo extraño en la aparición simultánea de esos pajaritos algo desconcertados, piantes y convocándose, sin pensar por ahora en grandes trayectos de vuelo: cuando ya casi habían terminado de limpiar el Chevrolet entre los cuatro bajo las nubes raudísimas (ya casi parecía desempantanarse por sus propios medios), la única golondrina desde muy arriba hacia abajo y en seguida recuperando altura en la dirección de la plaza semi colonial, en un frenético frenesí de alas provocando aquel segundo grito frenético aunque en este caso de Nacha.

Y llegaría una vez más el camión para llevarse las carteras, los cinturones, las sandalias, etcétera, y volverían a pagarle a Mauro aunque en esta ocasión sobre la mesa destartalada de siempre. Esa misma noche, en lugar de insistir con lo festivo alcohólico, todavía resbalando por etapas y hasta embarrándose durante las zonas menos iluminadas, fueron los cuatro al único cine donde Roque putearía internamente contra todo poder humano establecido, contra lo alcalde en sí. En la fila diecisiete bien al centro se acomodaron Mauro, Nacha y a continuación Roque, cada uno con un helado de limón en la mano derecha. Mucho más adelante —fila tres o cuatro— las carcajadas imprevisibles del Fantasma, altas y expansivas, desde el principio hasta el fin. A pesar de que el día primero de setiembre del año mil novecientos veinticinco, de regreso de un viaje por Suiza y a causa del tedio manifiesto sin atenuantes, se había suicidado (venas, somníferos) junto con su esposa en un cuarto del Hotel Baltimore de la ciudad de París, vieron: Max en-

tre dos fuegos, Max hace una conquista, Max en América, Max à la feu sacré, Un desafío de Max, Max en un taxi.

Sin términos posibles de comparación había algo decididamente extraño en la solidificación paulatina, en eso de que pocas semanas después los zapatos volvieran a cubrirse de polvo, de que las ventanas cedieran de repente con nada más empujarlas. Nacha, en un acto espontáneo, a media mañana, sacó los tres ponchos al solcito y se quedaría junto a ellos mordiendo un azahar. Daba gusto verla detenida sobre sus muslos y masticando y con la cara un poco levantada para que también le diera allí el solcito.

Finalmente, en un tufo repentino a nafta y aceite quemado, no sólo estuvo a punto el Chevrolet sino que también estuvo cargado con todo a eso de las diez y media de la mañana: al volante Mauro y a su lado Nacha con el pelo en dos atrás el Fantasma sin mochila ni palo porque estaban en el portaequipajes y Roque con la sensación cada vez menos leve de puntada en la zona abdominal. Mauro puso la primera que entró limpiamente pero no hubo movimiento de avance y, en forma simultánea, las cuatro cabezas se volvieron hacia la casa semidesmoronada y secándose, la ele menos oscura y las dos puertas cerradas hasta que el Chevrolet empezaría a moverse es decir se iban o sea no volverían nunca a esa casa pero ya las cuatro ruedas rodaban por la avenida de casuarinas con multitud de hojitas verde pálido entre reflejos del norte hacia el norte: las cuatro ruedas empezando a rodar paralelamente a una laguna o mejor a tierras todavía anegadas y poco más adelante otra vez la montaña, las curvas, la altura y los colores de abajo, hasta que Nacha exclamó lo hermoso que resultaría vivir cerca del mar, del mar y de la arena, de la pesca y los acantilados, del yodo, sin que ninguno de los tres contestara una sola

palabra y como si por su boca se estuviese manifestando aquel prodigio ensimismante de lo inscripto.

• ¿hacia dónde carajo rodamos? ¿acaso Mauro lo sabe o presiente?

• cama compartida con el Fantasma, en otra pausa, techo bajo, olor a rancio, olor a heno, la respiración irritantemente acompasada del Fantasma reponiendo energías en cualquier sitio de la tierra. Otra vez lágrimas por su cuenta, tan ocasionales como el sudor.

Esperas: sobre todo aquellas horas incalculables en la mitad de la montaña y sin posibilidad alguna de sombra a tan pocos metros de que empezara la bajada mientras el único camión volvía a perderse de vista, volvía a reaparecer casi a la misma altura de su desaparición. Gracias a Nacha aceptaron arrastrar al Chevrolet hasta otro conjunto de casas con chicos hipnotizados, hasta una especie de galpón de donde saldría un hombre viejo que bien podría haber sido una mujer vieja disfrazada de mecánico, con aquel acento. Giraba de nuevo la lengua entre maíz frito y polvo, entre fruta colgada de un alambre y Nacha chupando con tanta lentitud el agua del coco, con los párpados entrecerrados.

Y la decisión aparentemente al azar: una casa de madera entre aquellas diez docenas de casas casi todas blancas, casi todas pegadas al mar. Como si el único propósito fuera permitir que Nacha corriera a meter los pies en el agua semi rosada a causa de la «pelota roja del sol a una cuarta del horizonte».

Para colmo, alguien se encargaría de asegurarles que faltaba algo así como una semana para Navidad y por lo tanto dos semanas para terminar un año en cualquier sitio de la tierra.

Frenético fragor famoso filtrándose finalmente por todos los intersticios de la casa blanca con arena en los rincones: había que salir ya mismo y reverenciarlo una vez más. Abajo arena metiéndose en los zapatos y arriba del fragor la como nunca gran comba emputeciente: sí, estaba a punto de terminar un año, claro, la puntada en la zona abdominal, el Fantasma buscando idioteces en el reflujo invisible, Nacha con Mauro atrás de un médano ¿qué era eso que andaba a los tumbos en la oscuridad por medio de piernas bajo todas estrellas sobre arena, de qué mierda se trataba, cabía cierta remotísima posibilidad de consuelo?

En efecto, a la mañana siguiente ya los tres gritaban afuera pero él (Roque) había preferido ocuparse en el reconocimiento casi perverso de esa nueva pieza, con la menor economía de detalles subjetivos. Gritaban en la playa y corrían paralelos a la línea del agua, lo de siempre: piedras arrojadas con el impulso del brazo derecho, troncos oscuros que se parecen tanto a otra cosa, el Fantasma con su palo haciendo huecos con el fragor y las gaviotas a manera de banda sonora, Mauro tomando impulso hasta ganar velocidad sobre la arena calcinada donde quedaban sus pies, juntando las palmas hacia adelante y metiendo la cabeza en el medio de los brazos hasta perderse para siempre bajo la espuma durante los veinte segundos que tardaría en brotarle una mano. Sólo un esfuerzo indescriptible de traslación (a cada paso a punto de desistir) le permitiría acercarse hasta Nacha «crucificada al sol», allí donde volvería Mauro y el Fantasma y entonces aceptar que ella le quitara con tanta lentitud la camisa que se volaría con el viento y entonces correr a buscarla y al agacharse perdona, aunque no debía ser exactamente esa la palabra exacta.

Pero ¿en qué preciso momento el Fantasma fue hasta

la mochila a fin de trasladar el paquetito inscripto hasta la casa de madera? Por otra parte ¿Mauro ya se había cruzado, en una de las pocas calles calcinadas del pueblo, y en apariencia por azar, con Alejandro Kressel o en todo caso con su mujer Nancy Kressel, y lo había olvidado? No, imposible.

Imposible que se hubiesen cruzado todavía, por infinidad de razones hondamente cronológicas. Lo único cierto es que el Fantasma trasladó abajo de su sonrisa como profética aquel paquetito inscripto y que esa acción poco menos que definitiva tuvo lugar al día siguiente de la congoja de Navidad, o a los dos días de dicha congoja no precisamente compartida por los otros tres ya con las pieles marrones y las pupilas por lo tanto muchísimo más blancas y luminosas.

Desgarró parte del papel manoseado, sobre la mesa, claro. Con las orejas llenas de arena y la mirada inmóvil estaba a punto de dividir en cuatro partes iguales una parte de esa sustancia estornúdica dentro los límites del sistema solar. Era posible mascarla, con lentitud y humildad, era posible infusionarla como así también fumarla reteniendo el humo en todo lo posible etcétera, aunque según el Fantasma que ante la negativa de Nacha ya cortaba en tres partes idénticas, era preferible mascarla.

Nacha empezaría a como alejarse por la playa, lo mismo que si en ese preciso instante (también abrumadoramente obvio) la perdieran.

Sabor: a palmera íntegra en miniatura con un racimo dorado de dátiles y un papagayo bizco, a sudor de hormiga independizada o acaso extraviadísima del resto, mejor dicho con todas mayúsculas sabor a HAS que fue con el que salieron por turno en dirección a las gaviotas en dirección a las partículas en la intensidad del sol en

medio del aire separable con el cuerpo y vuelto a reunirse a cada paso detrás de cada cuerpo.

Estar libre de repente o algo así, cada cosa por su cuenta o algo así, cada emputecida conexión personal quebrada o cómo decirlo.

Lomo movible y con crestas más un granito arena viva impalpable en el repliegue de la cutícula repentino regusto a con todas mayúsculas HASCH dentro del espectáculo en conjunto es decir con tiempo para escuchar el eco del fragor adentro y para que el loquero obvio de gaviotas se sumara al agua y el agua y las gaviotas se sumaran al aire y el aire arriba de todo se sumara a sí mismo hasta volverse azul etcétera más los otros dos a distancias enormes y minúsculas los otros dos inmensamente dichosos en la luz inimaginable y prodigiosa (plumas en la nariz), abrazarlos, correr incluso hasta Nacha Ortiz ajena y dolorosa y convertida en un punto semidesnudo y ni siquiera ansioso y abrazarlos y agradecer pero el fragor del agua y las gaviotas en lugar de correr las piernas extendiéndose con los dos pies en los extremos con la cabeza y el culo y los brazos abiertos sobre la arena el azul es y sería siempre el color del sentido el núcleo o estallido, rimas, las voces tan agudas en el con todas mayúsculas CHICH eran gaviotas encerradas por los párpados y la arena íntegra sobre una pelota con los brazos y las piernas sobre el mar solo como nunca sobre una pelota, Roque, Roque Barcia mellizo de Luis Ramos y montado sobre un canario del marido de mamá que no era para nada una metáfora, pobres, todo el fragor y toda la luz, pobres cuánto olvido y cuánto horror profético entre signos de admiración, volver ya mismo al sur obvio caminando despacito por abajo del mar, despacito por la sombrita entre peces benéficos en ese fresco sepultado en el fragor y calma para todos nosotros en el fondo del mar, el Fantasma volviéndose loco o era Mauro el que reía a

causa de las gaviotas que hacen reír al irse por los ojos (pausa) mejor basta Roque él no estaba ni está ni estará por ninguna parte y por eso mismo ríen todas las mujeres del mundo, debí saber por anticipado dónde estaba, mejor basta y vuelvo allá y perdono y me perdono, sabor a arena la cara contra la arena habría que desenchufar de una buena vez el mar para no escucharlo o meter la cabeza adentro de la roca despedazada en granitos siempre hubo y habrá canarios en el centro de la pelota acaso los mismos canarios en una sombra suplementaria, basta Mauro, hay que desenchufar el mar y sostener la pelota que sistiene todo esto encima mientras se desplaza y se desplaza.

Antisabor: el del agua de la canilla del norte marítimo, otro buche, otra gárgara, infinidad de granitos de arena entre los dientes, en la carie, mejor tenderse despacito en la cama con la boca entreabierta pero entonces la casi imposibilidad de quedarse tendido (impulso irrefrenable hacia atrás que no se atenuaba), ir y reconocer las paredes, explicárselo a Mauro, ir y ocupar aquel espacio que quedara vacío, explicárselo al Fantasma que entraba por su cuenta porque ya era de noche mientras se tendía de a poco en la otra cama:

Y le dijo al Fantasma:	sentí miedo allá en la playa, entre la arena caliente sentí que era completamente hueco por adentro y fragilísimo por afuera y que la tierra se movía y que se puede volver al sur por abajo del mar.
Y el Fantasma dijo:	es que uno es completamente hueco y fragilísimo y la tierra se mueve y resulta posible volver al sur por encima del mar.

Algo bien extraño eso de que sea un nuevo día, por la mañana llena de luz y claridades obvias, uno allí mañaneando en la luz de un nuevo día, con los ojos abiertos, vivo, movible, con ese perfume tan peculiar a uno mismo en las claridades, lleno de tacto, de arena, con la cascada gástrica, con el pelo seco, sin demasiada gratitud ni demasiado asombro, movible de nuevo, chupando aire, con esa capacidad de trasladarse en la luz de la mañana en el supuesto caso de admitirlo como posible. Pero Mauro ya había salido con la finalidad aparente de andar todo el día semidesnudo y descalzo por la playa, con lo suyo, Nacha todavía durmiendo abrazada a la almohada (acaso como siempre), incluso era posible divisarlo desde una de las ventanas neutrales de la casa de madera. Pero después Nacha se levantaba y produciría olor a café sin preguntar por Mauro. Lo cierto es que abandonaría la taza antes de que Roque abandonara la suya y que por lo tanto se iría despacito a sentarse en un tronco oscuro al que de a ratos llegaba un montón de espuma con globos. Paradójicamente, el Fantasma se ocupaba con el cuero en un rincón lleno de arena, en el extremo de una lezna.

Casi inaudita fidelidad barciana.

Entonces aquel Roque tan joven y descalzo recorriendo semidesnudo toda aquella distancia de arena con agua y espuma y globos al costado, Dios mío sin nadie que pudiese prestar atención a la escena en ese paisaje abrumadoramente calcinado. Y a pesar de cierta dificultad motriz y de la puntada mucho más intensa en la zona abdominal, quemándose las plantas de los pies hacia donde estaba su amigo Mauro que por su parte seguía ofreciendo la impresión de alejarse, aunque de alejarse

mucho más lentamente: y por ese mismo motivo en cierto momento lleno de viento lo alcanzó.

Desde allí podían distinguirse: algunos pocos techos, algunos médanos de regular altura, el final o principio de las huellas, cierto bote levísimo que subía y bajaba en la otra refracción del agua. Así como estaban, uno al lado del otro a los saltitos por el calor de la arena y mirando hacia el mar lleno de crestas ¿bajo loquero de gaviotas hambrientas en la claridad? lo mejor era trasladarse hasta donde llegaba el agua: y lo están recumpliendo en una especie de acuerdo tácito, con sal en los cuatro labios. Por lo tanto allí, mucho menos apremiados, buscarán qué decir o la manera de callarlo: cualquier observador sin embargo se hubiese imaginado, en un tiempo personal y reverente, que sólo pescaban con cañas disimuladas por la luz hablando de Julio Verne y de los viajes submarinos y de las carnadas inexorables de carne de guanaco.

Ese antiquísimo impulso aterrador de agacharse para levantar una concha marina. Para después quedarse mirándola seriamente mientras Mauro meaba en la dirección del viento, sumando agua amarilla al agua casi celeste bajo siete nubes desparramadas e inencontrables entre sí. Al fin Roque dice Mauro y poco más adelante Mauro dice sí yo escucharte, a manera de pie para un diálogo como privado en absoluto de continuidad.

Sin embargo no será así: Mauro yo haber sentido el gran miedo sobre pelota movible / Tú haber sentido el gran miedo al gran miedo / Yo confirmar por completo querer regresar a ciudad natal ya mismo / Yo verte revolcando ayer en arena y metiendo cabeza adentro y gimiendo / ¿Y tú no sentir gran miedo? / Yo sentir gran miedo a seguir siendo pobre para siempre como todo hombre blanco / No espejo: ¿tú sentir otra cosa? / Yo sentir otra cosa pero llevarte en Chevrolet hasta ómnibus

o tren / ¿Tú escribir? / Yo dar señales sólo cuando tener señales / Yo no entender nada de nada / Tú entender eso / ¿Y tú entender qué? / Yo entender que tú entender nada como todo hombre blanco.

REENCARNACIONES

Despilfarro incuestionable de viento en cierta medida sofocante y húmedo dado que, en apariencia, nada más parece destinado a sacudir las hojas del diario matutino formando un triángulo equilátero con ese señor sentado sobre un banco: señor solo sobre banco de plaza con muy poco pasto y algunos pocos árboles en el centro, semicalvo, paciente ante el despilfarro de un viento que le altera la lectura impostergable de cada mañana y que ni favorece ni se opone al deslizamiento del avión que tiende a perder altura porque ya sobrevuela una de las barriadas de la enormísima y grisácea periferia de la ciudad.

El señor semicalvo y con un lunar apenas visible detrás de la oreja derecha, en las postrimerías de su quinta década, en mangas de camisa y sin cambiar de posición la distancia previamente establecida entre sus brazos, mira hacia arriba distrayéndose en forma momentánea de la lectura mientras algo en él debe confirmar bimotor gris acero con escarapelas nacionales a cada costado y empezando a perder altura, como tendía a suceder casi todas las mañanas.

Dos hombres sabios —como la mayoría de los que habitan el enormísimo núcleo de la ciudad en sí— interrumpen una gesticulación mutua destinada a corroborar dicha sabiduría con el único (y fortuito) propósito de constatar modelo de bimotor, tipo de fuselaje, peso y ca-

pacidad de permanencia en vuelo. A pesar de todo, ninguno de los dos dirá nada que pueda considerarse alusivo, y mucho menos todavía que ese bimotor desde el norte hacia el sur, unos veintiséis años más tarde, alentará la inaudita posibilidad manuscrítica de dos planos narrativos diferenciables.

Por su parte, enmarcada en una ventana abierta de un departamento de dos ambientes de la calle Arenales, cierta mujer joven está sacudiendo un felpudo hasta el momento de ser repentinamente atraída por el estrépito de ambos motores poco menos que a ras de los edificios más altos: se asoma en todo lo posible sin dejar que caiga dicho felpudo y muy probablemente piensa que ojalá el ruido no despierte a su amante, que ama tanto a su joven amante que hasta los bimotores matutinos se lo recuerdan, que ojalá el ruido no lo despierte porque es ella la que quiere despertarlo con el concierto en la menor para cuatro claves al que tanto ama su joven amante.

Bajo decenas de miles de techos decenas de miles de hombres y mujeres y niños mastican medialunas previamente mojadas en tazas de café o de mate cocido con leche, sin mucho asombro ni exagerada gratitud por un nuevo día de vida.

Entre tantas oportunidades desaprovechadas (que no vendría al caso mencionar) Barcia pierde la de lanzarse con un paracaídas celeste y blanco en esa zona hollínica que concierne a su casa materna, incluso pierde la de teclearse lanzándose aproximadamente un cuarto de siglo más tarde a fin de remediar aquella oportunidad en el fondo deseada y perdida por razones que acaso todavía no se permitiría considerar insignificantes, o semipóstumas.

Con su puntada en la zona abdominal, el despilfarro noroeste le dará de frente, sacudirá su ropa en cuanto pise tierra firme con mucho más atrás tres como figuras

amarronadas y estáticas entre extensión de arena calcinada y todo sol. No es para nada probable que haya pensado alguna frase entera, por corta que fuese, y menos todavía la frase entrecomillada «no soy mis estados de ánimo».

Lo que sí hubiese cumplido era ametrallar al sabio empleado de aduanas cuando éste le pone en evidencia, con la lengua recuperada en su sitio, que lo que debía entregarle era el pasaporte y no esa libreta con notas borroneadas por el agua del norte. Y correría, pobre, barcianamente, aunque en una esquina algo céntrica se detiene de pronto.

¿Qué hace entonces detenido en esa esquina?

Mira hacia adelante la calle encajonada y sin sol, mira hacia el río imposible de ser visto, mira hacia una avenida con carteles luminosos completamente apagados; y casi todo el espectáculo no logra encajarse, por nada del mundo.

Esa ciudad a eso de las diez de la mañana, con una valija y el regusto a vómito que tampoco se admite alusivo porque había vomitado desde el bimotor: centenares de personas con paquetes a causa de que estaba a punto de terminar un año parecían brotar en forma repentina del espectáculo, casi como encajándolo.

Claro, por supuesto: le faltó distancia, el rarísimo sentido de distancia entre las proximidades del aeropuerto y los canarios del marido de mamá; le faltó tiempo para primero concebirse y después sentirse adentro de ese taxi bicolor; le faltaron ganas de comprobar la sabiduría profunda de ese taxista; le faltó la entrecomillada «maestría de cada momento»; le faltó la no entrecomillada como acechanza orgásmica valorizante y aunque atroz; le faltó soledad por horas frente a esa especie de locura colectiva capaz de sintetizarse como para siempre en la frase con todas mayúsculas LA CONFIANZA EN LA VIDA,

atreverse a esperar, a extender, el uso del paréntesis, el doble y triple espacio vivientes, la página en blanco, la curiosidad barciana por lo barciano irreprimible: se le fueron los pies, se le cayeron casi todas las monedas, está a punto de olvidar la valija allí adentro, casi se golpea contra la puerta, irrumpió a su vez entre los brazos engordados manchándose con harina y clara de huevo, con caca de canario hasta zambullirse en sidra y apretar los dientes contra un triángulo de torta de nuez: fornicando con la muchacha recostada entre los almohadones del almanaque despilfarró lágrimas muy calientes hacia afuera y tragadas, cierta copiosidad impensable, le faltó la frase con todas mayúsculas OGNUNO STA SOLO SUL CUORE DELLA TERRA; le faltó que le faltara esa falta que faltaba en el marido de mamá; también le faltaría casi de repente su hermano mellizo Luis compartidor del cuarto con modelos de planeadores en todas las paredes dado que una media hora antes había salido para su oficina en el Banco de Crédito Industrial.

Y ella, como infinitamente olvidada de mirar a foco, con la cara chorreante y el delantal recogido para poder secarse con intermitencias, al fin consiguió exclamar, aunque todavía fatigándose a causa de la irrupción imprevista y del frenético aumento de peso: si hasta llegué a creer que eras un fantasma como tu padre, Roque, un fantasma como tu padre, un fantasma como, un fantasma, Roque.

II

¡Cómo se difunde el gran tao,
y en todas direcciones!

LAO TSE

EL USO DEL VACÍO

Y lo bastante curioso es que primero fue necesario presenciar (para dejarla también atrás sin pena ni gloria, sin referencia alguna) la caída nocturna y vertical de aquel cuerpo de hombre en mangas de camisa recorriendo por efectos de la gravedad el espacio exacto desde una ventana nocturna alta e iluminada en la ciudad de Nueva York hasta ese sonido pongamos apagado contra la nieve pisoteada (frases globales e incurables, las piernas abiertas, un brazo apretado por el tórax), dejar atrás el rencor por la ausencia de señales y por los nexos qué nexos y por el tedio del hoptometrista Schwinser y antes que nada correr a agolparse bajo algunas palmeras no demasiado movibles frente a un mar tibio sobre todo de noche, un mar inconcebible para poco tiempo más tarde dejar atrás las palmeras y el mar y los acuerdos preguntando en todo caso por los míster universo del renacimiento irrisorio es decir ni piedad ni impiedad sino apenas memoria de hechos inverificables y autónomos y entonces sí llegar hasta aquí con el baúl y quedarme, acaso quedarme para siempre entre salidas regulares de reconocimiento de esta isla por momentos abarrotada de resplandores y de ruidos extraños y de personas ensimismadas entre los últimos perros domésticos de la humanidad

abarrotada de todo tipo de insectos, con la calma desapacible que conocieron más la ignorancia ilimitada que conocemos de sobra más algunos edificios en construcción y casas abandonadas para siempre: apenas unas pocas algas en el golfo dominable a primera vista y los pantanos reconocibles hasta el bochorno y la resaca también escrita contra la costa, incluso ausencia de aquellos mismos chillidos obvios de gaviotas en pleno loquero a los que de pronto reescucharás en tres o cuatro secuencias demasiado menesterosas o en todo caso privadas de ninguna grandeza

cierto bochorno por supuesto impreciso de contar justamente aquí con el manuscrito (el mar verde moco frío otra vez) para sólo dedicarme durante horas a algo que cierto espectador desinteresado podría interpretar como entretenerse con él: sólo entonces creo darme cuenta que eso de haberlo guardado en el fondo del baúl es lo que en el fondo me trajo hasta aquí a fin de recordarlo en el baúl y entonces acercarme con la finalidad repentina de introducir el brazo hasta el fondo

renovada fidelidad barciana con un plátano natal justo en ese número de página y que te habrá hecho reír en Chicago por considerarlo un remingtonear abiertamente ropa de gángster: pero sin embargo estás corriendo a fin de alejarte una vez más, yéndote por la playa del norte hacia el norte mientras se aceleraba tu propio latido leucémico en la primera secuencia demasiado pobre y donde se desparramaba otro montón si se quiere intolerable de gaviotas

el plátano natal en su sitio en una calle del sur con adoquines en su sitio, con veredas enormes, con algunos rosales, con una abrumadora ausencia de declives en su sitio: todavía falta para que llegue tu única carta desde el norte marítimo donde te referirás en detalle a las dos Nachas es decir que por el momento el Fantasma queda detenido allá en la actitud de entrar a la casa de madera con aquellos dos cajones del nuevo alcohol ámbar que ni te preocupa mientras Roque en el sur y algo titubeante a causa del reflejo de las diez y pico de la mañana camina bajo copas de plátanos en la dirección insospechada y precisa de ese plátano, los gorriones llegan y salen por entre las hojas muy verdes porque ya hace unas cuantas semanas que empezó un nuevo año tanto en el sur como en el norte y por lo tanto él está en las primeras semanas de su regreso o sea que mientras camina despacio sin sospecharse seguido por ese señor semicalvo con un lunar atrás de la oreja derecha ya había contado con el tiempo necesario para experimentar y anotarlo en una de las diecinueve libretas de apuntes:

- una especie de campo de concentración efusionando, entre petardos, cañitas voladoras y corchos voladores de sidra, un año menos de vida en general.

- a través de unos mil cuatrocientos metros de cable telefónico la misma voz de Mercedes Chavarría: ¿es una cárcel esto de adentro?, y casi de inmediato la reiteración de la otra pregunta ¿y Mauro? ¿y Mauro?

- cada calle en su sitio, cada sala cinematográfica en su sitio, ni una sola baja en la coral de diarieros en su sitio; en resumidas cuentas si mamá hacía años que no tocaba la guitarra ¿por qué sólo ahora resulta posible advertirlo?

aunque por la noche de dos o tres días más adelante también experimentará la pregunta tardía de Juan-Juan preocupándose por tu voz semiafónica en el norte en relación con lo que estaría allí adentro, ahora camina con pasos largos bajo las ramas de la hilera de plátanos y aunque no necesariamente lo piense de nuevo queda como si pensara qué mierda es lo que hace otra vez allí, en el sur, con ustedes tres en el norte y casi a punto de seguir hacia el norte: camina sin apremio exterior como quien ignora por completo que se encuentra al borde de una experiencia decisiva a saber que lo sigue ese señor casi calvo y evidentemente imposibilitado de hacerle escuchar su chistido: a unas cuatro veredas de distancia entre sí no ofrecen diferencias pronunciadas de estatura ni de peso ni tampoco de equilibrio y el señor vuelve a chistarlo poco más o menos una cuadra después o sea que Roque percibió los dos chistidos pero pudo más el «desgano intacto del sur»: ahora, como cuando Pedro Cisneros en el norte, el otro se encuentra a punto de darle alcance pero él ya se encuentra en el sur, es decir que ya no teme a nada ni escucha pasos de nadie que supuestamente podrían seguirlo porque todos esos pasos posibles también se corresponden en su sitio

detenido como quedara con un cajón en cada mano es evidente la inminencia del único poema marítimo del Fantasma necesariamente relacionado con tu desasosiego y que debió dedicarte pero de una manera fantasmal es decir sin que fuese preciso que te enteraras, poema en el sentido de ser o en todo caso admitirse un guijarro de playa, nada menos, en el sentido de resistir como sea allí (un infinitivo fantasmal que te aludía sin remedio ni

desenlace posible) como buen guijarro ante cada avalancha del mar alusivo, en el sentido de una resistencia impremeditada y alusiva y sin consuelo de ninguna especie porque el mismo mar alusivísimo es el arrojador del guijarro allí, en la playa del norte, y por lo tanto puede tender a arrebatarlo alusivamente con entera y razonable justicia

sin embargo no bien el señor cambia sus chistidos por el nombre de pila Roque entonces sí se detiene en seco de repente intimidado por el rarísimo estrépito de su nombre de pila, se detiene y casi de inmediato aceptará trasladarse hasta uno de los troncos de esa multitud de plátanos porque el señor ofrece todos los síntomas de una intranquilidad en aumento que una vez a tiro de tronco también demostrará por medio de su fervor en apariencia repentino en rascar (con una sola uña) las primeras cortezas, las más accesibles, las menos incrustadas, las intermedias, las al alcance de la mano

esa única carta de Roque al respecto debió ser leída en voz alta en el norte y hasta debieron complicarse en una risa común sobre todo si se tiene en cuenta que las botellas de esos dos cajones con que había entrado el Fantasma ya eran sistemáticamente destapadas aunque siguieras demacrándote dividida en Nacha y Nacha para colmo en pleno norte marítimo y aunque de pronto una de las dos se convenciera de su inclinación desmedida hacia Mauro que por su parte había recuperado la visión y ya casi rozaba la gran inminencia: en particular debieron reírse de las tres afirmaciones consecutivas del señor semicalvo que no por eso dejaba de rascar el tronco descubriendo incluso hormigas bajo algunas cortezas,

en el sur: Soy Barcia (pausa breve) Soy tu padre (nueva pausa breve) Creí que ya no volvías a tu sitio y entonces Barcia (hijo) que exclama entre signos de admiración El espejo y Barcia (padre) que casi sobre la marcha pregunta ¿Qué espejo? mientras Barcia (hijo) opta por descortezar a partir de la mitad para abajo dado que Barcia (padre) por una tácita razón de edad ya había optado por rascar hacia arriba: desde allí abajo encontraría sin embargo valor para preguntarle por qué se había ido durante veintipico de años a recorrer el mundo y para qué (pausa algo prolongada) y entonces Barcia (padre) en puntas de pie a fin de desprender una corteza enorme vuelve a apoyarse en sus talones y mirando hacia las cortezas de abajo asegura no haberse movido nunca de Ciudadela, en el Gran Buenos Aires (pausa breve) a unos tres cuartos de hora de tren (más hormigas) pero que a pesar de todo siempre había ido a espiar como mínimo dos veces por semana y así había comprobado en forma regular y sistemática cómo él crecía y jugaba y cómo ella aumentaba de peso y la manera obvia en que ese clima de tolerancia general estaba por su parte indicando que el marido de mamá lo perdonaba todo (nueva pausa) pero eso sí sin lograr acercarse nunca por completo aunque cada nueva vez se lo repropusiese durante el trayecto de regreso a Ciudadela en esos trenes lentísimos

la visión que Mauro no habrá podido al fin de cuentas transmitirte aunque te abrazaras durante los insomnios con el ruido del mar y que casi seguro recuperó esa noche cualquiera del norte marítimo después que los tres bebieron durante horas hasta que en algún momento salió solo en dirección al mar, un alcohol que de improviso ya no festejaba nada ni a nadie: recto e indetenible hacia

el fragor mientras llorabas en dos y el Fantasma habría querido consolarte pero roncaba: sin detenerse cuando empezó el agua en los pies porque porté par lui j'ai vu que ce que je suis il m'a fallu le defendre avant de naître, la nueva imposibilidad de sentirse Mauro en el mar pero ahora sin detenerse (bajo las estrellas de siempre) ni siquiera cuando el frío del agua llegaba a las rodillas y tampoco cuando llegaba a los testículos pero equivocándose al nadar dado que creía seguir hacia adentro y esto debió ser lo único que te dijo cuando lo encontraste como algo que te concernía al amanecer, revolcado en la arena con costras de vómito y arena en última instancia debió agregar la frase de Artaud y entonces corriste, claro, corriste una vez más alejándote y provocando ese loquero reiteradísimo de gaviotas

Barcia (padre) había levantado en brazos a Barcia (hijo) para que terminara de rascarle las cortezas más altas y no bien vuelve a pisar la vereda del sur ambos se miran a los ojos con detenimiento, las facciones no son lo que se dice idénticas y deciden seguir por esa calle hasta cierto bar de mucho más adelante donde habrá una mesa apartada: entonces allí, ante la indiferencia de dos mozos y un cajero imborrable a causa de su labio leporino, de tres señoras que se disputan las aceitunas del aperitivo, sólo después de terminar su café y de recorrer la escasa distancia establecida por el mármol de la mesa del sur Barcia (hijo) cayó al fin sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó

una vez más en línea recta como si te llamaran desde algún lugar remoto y abriéndote los brazos, como si un fantasma de los auténticos te persiguiera por la playa del

norte o en todo caso también sospecharas que dentro de muy poco Mauro iba a encontrarse con Alejandro Kressel y con su mujer Nancy Kressel ambos con el estruendo invertido o el desencanto al revés

por cierto, a partir de ese llanto y de esa mesa en su sitio Barcia padre y Barcia hijo no iban a escatimarse oportunidades de encuentro a fin de recaer en aquellos temas de desarrollo imposible: espejo y ajedrez; sentido y reconstrucción de Europa; lo inscripto y el campeonato nacional; ganarse la vida y vejez: las cosas sucedían así pero simultáneamente no, en cualquier momento podía decidirlo y basta y por consiguiente Roque se empeñaría en llevarlo a aquel ámbito de techo alto donde Mercedes se adelantaría para abrazarlos:, unas treinta mesas en la penumbra y cuyo eje (en caso de determinar un eje) no era otro que el piano donde Juan-Juan reatacaría con *I let a song go out of my heart*, casi sin alternativa de engaño la misma mesa donde habías escrito tus ganas de pagar un helado con un beso en la frente del heladero pero ya empezaba ese frío peculiar y había menos gente que nunca: ¿fue a causa del encuentro con Alejandro y Nancy Kressel que Mauro y el Fantasma volvieron como dos locos repentinos a la manufactura del cuero en el norte? ¿o a la manufactura de botones?

de derecha a izquierda alrededor de la mesa del sur Mercedes todavía conmovida por el gran encuentro bárcico y Augusto con bigote negro a su lado, en seguida Inés contemplando la forma en que Juan-Juan insinuaba *Natural boy* y en seguida los dos Barcia, padre e hijo, cada uno en silencio con la jarra de vino abocado en el centro de la mesa hasta que Augusto puede y le pregunta a

Roque si es que había visto durante su viaje al norte toda la pobreza y por su parte Roque asegura que en alguna medida sí la había visto y entonces Augusto con el bigote húmedo a causa de ese vino impasable pregunta si no le había parecido terrible toda esa pobreza (en la triple pausa Barcia padre invita cigarrillos y los enciende uno a uno) y Roque sin mirarlo a él ni a Mercedes responde que sí, que no sólo le había parecido terrible sino lo que se dice inconfesable y entonces algo exaltado por el swing de *Natural boy* Augusto levanta la voz en ese ámbito algo desolado y un tanto frío a fin de señalar al mismo tiempo con un brazo en redondo, segunda vez de ese gesto en una estatua miope señalando en redondo hacia afuera en general, hacia los cuatro puntos cardinales y afirmando que era preciso, que era realmente necesario terminar cuanto antes con toda esa indescriptible pobreza evidenciable.

ENTRETANTO AGLOMERADO

De esta manera, y procurando escapar al énfasis por todos los medios a su alcance, Barcia trata de definir el período (o lapso, o entretiempo) que, en forma más o menos aproximada, parece extenderse desde aquel segundo gesto en redondo y chaplinesco por parte de Augusto hacia afuera en general, hasta la inclusión del recorte de diario o revista pegado en la parte superior de la página cuatrocientos ochenta y cuatro de su manuscrito.

Como si de improviso y a pesar de que ya no le pasa ni le pasará por la cabeza la posibilidad de interrumpir su remingtonear semipóstumo, la obsesión cronológica tropezara por primera vez con un obstáculo imprevisible formado de entrecruzamientos y superposiciones y donde las imágenes centrales están pero al mismo tiempo se mezclan hasta el extremo no sólo de fragmentarse sino de confundirse entre sí y de llevarlo a reconocer que pierde el hilo, que a eso se reduce todo. Y que ni sus libretas de apuntes ni los esfuerzos diurnos. Y que ni siquiera la memoria en este caso mucho más serena de Raquel M. podría tampoco ofrecerle cierta ilusión de continuidad necesaria, de continuidad sosegante.

Por lo tanto antes de entregarse a la conjetura como fragmentación y caos, antes de admitirlo durante cada noche hasta la inclusión del recorte, parece necesitado de realizar un último esfuerzo (entre nuevas tachaduras y

contramarchas, paradójicamente tentado), un esfuerzo sin grandes esperanzas a partir del ejercicio de la «oprobiosa fatalidad de los contrastes».

Pretende, mientras lo sospecha como anti-cauce por excelencia, reconciliar:

Aquello ligero de la casi felicidad repentina con Raquel M.; carta de Nacha a Mercedes ya para entonces con Figueras.

Ataque prolongadísimo de Juan-Juan; secuencia del río del sur retomante de aquel río del norte.

Deslumbramiento paulatino de Mercedes con Figueras; viejo y vieja Urrutia.

Norte; sur.

Barcia padre desdibujándose de a poco sin señales precisas; silencio de Mauro a partir de ese nombre sonorísimo de Alejandro Kressel al final de su carta.

Etcétera.

Pero muy pronto también desiste, casi seguro impresionado por la ausencia de convicción en el acto mismo de pretender alcanzarla o simularla. Lo que sí sabe y admite es que desde el principio hasta casi el final está esa predominancia de corredor blanco, de corredor blanco y extenso, blanco extenso y englobante antes o después de la carta de Nacha y de la carta de Mauro, con puertas blancas y algunos azulejos blancos y adonde redesemboca cada tarde la vieja Urrutia para ser finalmente chistada por una mujer vestida de blanco; sabe, con preferencia, que ese ámbito blanco en conjunto y a pesar de las diferencias geométricas encaja limpiamente con la oficina casi blanca de la compañía importadora de la calle 25 de Mayo; también sabe o conjetura que a

partir de cierto momento (no demasiado después de un verano y con anterioridad a Raquel M.) empezaría a permanecer allí durante ocho horas por día: no sólo dos ámbitos encajados sino con la única luz esmerilada que solía refractarse en el vidrio de su escritorio; incluso admite que cierta tarde al azar vio su propia cara del ex norte contra ese vidrio esmerilado del sur y que entonces recuperó íntegra la frase del ex norte hacia el norte en el sentido de que no podía (pausa enorme) no ser marginal. Esa luz, aquella frase dos veces y la ansiedad de que sonara el teléfono en el momento preciso, recuperan a su vez y encajan en una especie de agobio momentáneo pero prolongadísimo experimentado antes o después frente al ataque de Juan-Juan, frente al recluimiento de Barcia padre, frente al caos sin ton ni son, frente al caserón de los Urrutia, frente a la palabra hueco como tal.

Sin embargo vuelve a ser admirable la entereza conque consigue hacer como si no supiese nada del resto. De esta manera también consigue, al margen de su empresa excesiva, sumar una segunda incertidumbre y una segunda ausencia de destino, el resuceso reestablecido, repotencial, redesarrollable. Porque de lo contrario carecería de ninguna explicación la nueva metáfora intencional relacionando vidas (cada vida de cada uno) con hilos que, a pesar de haberse desmadejado con creces por tratarse de vidas, estarían remadejados por tratarse de vidas manuscríticas, remadejados en ese olvido remingtoneante de lo que ya se sabe pero sólo será admitido a su debido tiempo, de aquello que se sabe y se recuerda aunque sólo como readmitible a su debido tiempo, de aquello que se sabe y cree recordarse pero sólo a partir del convencimiento de que debe recapitularse paso a paso, poco a poco, de que debe retiemparse.

Roque Barcia ha perdido por primera vez continuidad pero, cuando todo haría suponer lo contrario, tiende a desentumecerse; en el preciso instante de comprobar que todo esfuerzo resultaría inútil o mejor que todo esfuerzo de fidelidad sobreentiende siempre lo fragmentario y superpuesto, deja que sus dos únicos dedos lo vayan configurando como la aglomeración en sí, espasmódica, de su entretanto aglomerado, monocorde.

Antes que nada vuelve a consentir a la vieja Urrutia en aquella luz agolpada que al fin y al cabo es la misma luz de la oficina importadora y por lo tanto la vieja Urrutia primero reanda dos, tres pasos chistada por la mujer de blanco, mientras Barcia padre distanciaba o todavía no los encuentros, allá adelante en el otro extremo del corredor blanco están dos hombres vestidos de blanco frente a la puerta por la que entrara cada tarde sin ser nunca chistada ni esperada ni reclamada por nadie, los dos únicos hombres de blanco es como si leyeran entonces la única carta que Nacha terminara o no de enviar desde el norte a Mercedes que por su parte está a punto de decirle nunca más a Augusto con los cristales empañados, los cristales de aumento, nunca más al influjo de la cajita de Figueras y de Figueras como tal, carta desasosegada y en dos donde sería posible comprobar la referencia directa a Alejandro Kressel aunque sólo como alguien limitado a la dificultad en la pronunciación de las erres, tanta arbitrariedad del alcohol repentinamente dejado de lado en su honor y en honor de su mujer Nancy Kressel pero como si hubiera sido en honor telepático de Raquel M. amor loco barciano volviéndose una noche de aquella ventana y ocupando de pronto toda la visibilidad y la luz por medio de entradas y salidas, de llamadas telefónicas a la hora precisa, Raquel M. bailando en una terraza con luces de colores ¿una tercera vez?, los dos abrazados con escasísimo swing

desde los parlantes de la terraza durante aquel tema que casi con abrumadora certeza no era el tema escuchado por Juan-Juan quien (eso sí en un pleno invierno porque ya Barcia padre no abandonaba su pieza de Ciudadela) sentado ante el piano cierta noche exclama reconocerse algo así como un aledaño, como una especie de suburbio pianístico de un centro que en última instancia nunca estaba por ninguna parte, que por lo tanto había decidido expandir zozobra y pesadumbre y que para empezar había decidido despianarse: Juan-Juan con las manos suspendidas en el aire y rodeado de mesas vacías, es decir las manos altas en invierno por encima del teclado y en principio observadas nada más que por Inés y exclamando la reputísima madre de Schimmel no se dan cuenta de que dos manos quedaron suspendidas en invierno quebrando la unidad de la noche y casi de inmediato dejándolas caer a peso muerto como para darse la señal definitiva o sea ponerse vertical y primero patear sillas sin gente (¿Barcia padre ya no salía de la cama en Ciudadela?), patear patas de piano, taburete que rodaría, Juan-Juan crece al remadejarse por encima de un destino que sólo la ultra cronología barciana de este lado de aquí habría admitido provisionalmente unilateral, clamando desprecio por el espectáculo terrorífico de cada día, por el porvenir, clamando no irse por el caño sin desagüe de no irse a ninguna parte, sin pedir justicia sino limitándose a patear más sillas, pidiendo en todo caso la muerte prematura o paz congelada y de esa manera haciendo que la vieja Urrutia recorra poco a poco el resto extensísimo del corredor muy blanco en dirección a los hombres vestidos de blanco y con la mujer vestida de blanco chistándola a sus espaldas, con el otro o el mismo libro de Averroes que al viejo Urrutia seguro le encantaría ojear sobre todo en los párrafos señalados con el código de los tres colores una vez de nuevo los dos en la

terraza con abajo los árboles pelados o en todo caso frondosamente verdes, esa primavera o la primavera anterior ya con Raquel M. descrita en la segunda carta que recibirían en el norte (descrita alta bailando en una terraza con luces de colores) y que nunca obtendría respuesta (la carta) porque en todo caso él (Mauro) confiaría en que él (Roque) sabría leer entre líneas en la única carta de Nacha a Mercedes, todo el resto de esas cartas una única carta con Nacha ya trepada a un ómnibus celeste y anaranjado que seguía con ella sola hacia el norte a fin de dejarlos atrás (a Mauro, al Fantasma) ahora muy próximos a la selva y ahora con la manufactura de botones porque antes de ese ómnibus los tres habían recorrido aquellos doscientos y pico de kilómetros en el Chevrolet azul oscuro con el propósito impostergable (para Mauro) de vivir lo más cerca posible de Alejandro Kressel, Nacha a una semana o siete meses de ese ómnibus fotografiada por primera vez en colores y casi chupando del pico de una botella de bebida sin alcohol, el pelo en dos y seguro negándose a escribirle a Mauro acerca de aquel fotógrafo de publicidad que la lanzaba en colores aunque al mismo tiempo la perdía ¿también Alejandro Kressel la había perdido al demostrarle entre erres que en resumidas cuentas nadie nunca la perdía?: de atrás la chistaban con ropa blanca pero no se detuvo ni miró y adelante de todo el pasillo, ahora a tan pocos pasos de distancia, siempre los dos hombres vestidos de blanco, Urrutia, interponiéndose, permitiéndoselo, cerrándole el paso con un montón de palabras absurdas e intolerables donde entraba nada menos, Urrutia, la palabra resignación: Juan-Juan clamando que se vayan todos a la mismísima mierda, generosamente, comprensivamente por una única vez, que él también daba asco, que él también seguía sin la menor noticia fidedigna acerca de Juan-Juan: ¿qué querría decir —si lo dijo—, que quería de-

cir con tanta anticipación aquello de la menor noticia?, todo barcianamente aglomerado en un tiempo segmento que se hace retiempo y donde se produjeron señales que una vez más volverían a perderse, segmento descomunal y brevísimo, tan brevísimo que hasta podría caber por entero en la escena mínima frente a otro río, en este caso la costa de un río del sur, también en una noche diáfana pero con Raquel M. a unos pocos pasos atrás, sin yeso y en el exilio desencadenado del arraigo

teclea: dejamos pasar la hora tardía y lo resupe con toda nitidez por un instante

teclea con todas mayúsculas, sin relación aparente: CADENA LEUCÉMICA, y entonces aquella posibilidad de lo Mauro en el río del ex norte dando a lo Roque dos o tres años después frente a río de sur

y agrega: si hubiese podido sentirme frente al río con Raquel M. a mi espalda, si hubiese podido por lo menos avergonzarme

y reitera: pero sin embargo no me pasé barro por la cara, ni por los brazos, ni me pasé barro por el cuello, tampoco comí barro o grité como Juan-Juan o como la vieja Urrutia en el corredor, no agarré a patadas a los sauces que nos rodeaban con todas mayúsculas EN ESA COSTA.

Y Barcia admite que se volvió para agarrarla del brazo y para besarla, que al día siguiente volvería a la misma luz de la oficina importadora ya imposibilitada de transformarse en la del caserón de la vieja Urrutia abrazada a Mercedes como quien canta para que antes o después ella (Mercedes) le escribiera sus pocas líneas a Nacha, líneas que leyó en voz alta como para ponerlos

innecesariamente de testigos y donde asegurara que algo se había terminado para siempre (algo que incluía la presencia de Augusto), que, o bien lo confirmaba al influjo de Figueras o de lo contrario empezaba a pudrirse despacito, inexorablemente.

¿Pero entonces cuándo había tenido lugar el llamado deslumbramiento de Mercedes? Tal vez a pocos meses en relación con el recluirse de Barcia padre en el cuarto de Ciudadela, pieza indescriptible: Barcia padre negándose a salir de allá por medio de excusas que ni él (Roque) ni ella (Raquel M.) pudieron descubrir como excusas, los dos procurando convencerlo sin percibir la desmejoría: el marido de mamá no lo sabría nunca pero mamá lloró entre las flores escasas de Ciudadela, lo lloró reencontrado entre casi las mismas flores del caserón de la vieja Urrutia, flores tal vez distantes entre sí pero obviamente idénticas entre sí ¿Raquel M. llegó a conocer a la vieja Urrutia?, las mismas flores rojas, amarillas, anaranjadas, las mismas flores blancas y llenas de perfume también aglomerado y aludiente a un único entretanto, eso sí con la ya vieja carta de Mauro en el bolsillo pero en todo caso todavía sin los subrayados en lápiz azul, carta que no leyó Mercedes porque ya pasaba gran parte de las noches con Figueras y su obsesión de él por el lenguaje cifrado de los sueños y con su cajita donde guardaba el revólver cargado y las dos muelas del juicio, los óleos de Figueras: siempre Raquel M. que ahora duerme en la habitación de adelante supuestamente habituada al tecleo dificultoso y espasmódico, a la «metralla de las equis» que todavía pueden recuperar los últimos golpes de Juan-Juan contra el teclado, contra la tapa del teclado, contra los martillos y las cuerdas relacionadas con el teclado antes de que lo resacaran a la calle a saber antes de que Juan-Juan redestruya a trompadas aquel vidrio con letras por supuesto desteñidas y que vuelve a de-

rrumbarse con tanta lentitud en decenas de docenas de fragmentos frente al estupor aglomerado del escasísimo público invernal (el escasísimo público invernal excedido por el espectáculo), a semanas o meses o todo un año del primer aborto de Raquel M. alejándose por su parte a lo largo de un corredor blanco (¿Alejandro Kressel inscripto?) aunque volviendo todavía un par de veces la cabeza mientras se aleja por el corredor blanco con el propósito de infundirle valor por medio de esa sonrisa no del todo convencida que suele desplegarse en los primeros planos de centenares de anuncios publicitarios.

Dos o tres años dominados por el blanco y la misma luz de una oficina que es un corredor pero a su vez capaces de concentrarse (de improviso) en aquella librería de viejo abierta los domingos por la tarde, en el caos de los agnósticos bajo el influjo del otro caos de los óleos de Figueras. Todo lo leído inútilmente, el perfume a papel amarronado acartonándose, el olor a humedad, el olor a viejo y la trastienda.

Raquel M. por lo general a un costado, Barcia padre en el cementerio diminuto de Ciudadela, Mercedes en el perfume del óleo y como soñando para Figueras, Mauro y el Fantasma cerca de la selva en la manufactura de botones, Nacha en los carteles publicitarios deteriorables por la lluvia y el viento. Todo indudablemente posible volviendo a rascar sin resultado alguno en aquellos estantes, trepándose sin resultado alguno a los estantes llenos de polvo que llegaban al techo, creyendo que sí, gateando al pedo entre la pelusa de los estantes más bajos, como todo el mundo.

ALEJANDRO KRESSEL

¿Entonces toda memoria, toda memoria personal y por lo tanto apesadumbrada por el sin ton ni son sobreentiende, fundamentalmente, el olvido, la desmemoria? Es decir que sólo quedaría recordar que se ha olvidado, que se ha olvidado tanto, a fin de algún día (ni cercano ni demasiado probable) admitir ese incierto y mucho más evasivo recuerdo de tanta desmemoria. ¿O sea que cualquier vida puede ser contada en diez minutos? Que cuando pretende recordarse lo que de pronto se recuerda que ha sido olvidado aparecería la otra sospecha de que el pasado no existe. Y como si recordar el olvido, la desmemoria perpetua, fuese nada más caer en la cuenta de que siempre se olvidó recordar, minuto a minuto, día a día.

Dicho de otro modo: esa devastadora desmemoria destiempada y desarticulable.

Hijo, él también, de un pastor protestante, nació un día equis de uno de los primeros meses del año en cierto amanecer supuestamente neblinoso, en Bromberg: las manos de su madre holandesa y organista titular del pastor (vestidos largos, vestidos largos y oscuros por anticipado) sostuvieron y enseñaron a sostener un corno inglés hasta que se concretara el principio de ese pacto duradero y siempre renovable. Aparte de aquel sonido indefinidamente homogéneo que empezara a organizarse a partir de su boca, de haber visto después, cruzado y na-

vegado infinidad de ríos, consideraría poco menos que definitivas las dos o tres impresiones provocadas por la proximidad lejanísima del Vístula.

Separados para siempre entre sí aquellos vestidos largos y el corno inglés a causa de la neumonía, se desata la parodia luctuosa de mil novecientos catorce y en el olor a pólvora y toneladas de carne en descomposición, en el olor de la historia conjunta, desaparece por completo el pastor viudo y casi de inmediato la proximidad del Vístula: todo confluye, a manera de ausencias, a una larga temporada de pesadillas nocturnas en Croninga junto a su tía paterna que enloquece serenamente mientras procura alentarle tres tipos de pasiones: la lengua griega; su prima hermana (hija única de ella); el porvenir.

Y él también vivirá pobremente como estudiante en Oxford y Manchester donde con el correr de los años se volverá bastante notoria una cierta desconfianza paulatina hacia todo aquello que estudia, que lee, que escucha, que a veces hasta discute, que cada tanto comprueba.

Cree sentirse solo en un mundo real, entre personas solas y también supuestamente reales.

Y emprenderá viajes inexplicables con destino a Asia Central, Ceylán y Persia, donde en apariencia comprueba que el secreto de lo que se ignora y se ignorará se conserva y se conservará perfectamente escondido.

Tiende a convencerse de la otra realidad de su estupidez personal y, sin exagerado desaliento, vuelve a Europa con el propósito de detenerse algunos pocos días en un hotelito en ruinas frente a la correntada bastante menos tumultuosa del Vístula.

Los ojos muy claros de Nancy, en el horror imprecisable de Zurich.

No sólo tenía que cruzarse con ella sino que en algún momento no demasiado distante los dos tenían que trasladarse a Southampton, él ya con la obsesión por la ley

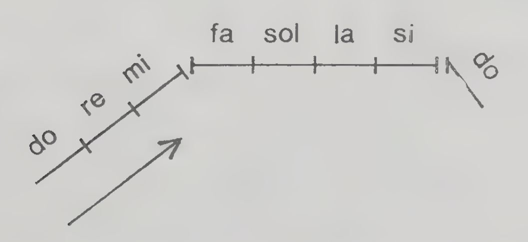
de las octavas, tal vez con la esperanza demasiado incierta de volver algún día al oriente musulmán.

La práctica reintesiva del corno, el aprendizaje del pali y la desilusión frente a la acongojante inutilidad de todo lo aprendido, fortalecen en parte aquello de la ley de las octavas como ley fundamental del universo, un universo que consistiría de vibraciones que a su ver afirmarían el principio de discontinuidad.

Acaso ellos también y a lo largo de semanas interminables optarían, de común acuerdo, por no procrearse.

Pero de repente aquel viaje sin Nancy otra vez a Londres, a revolver en una librería de viejo donde tenía que cruzarse con el arquitecto o restaurador. Con él retoma el tema de las octavas hasta el extremo de corroborar lo que presentía e incluso padecía sin saberlo: que existían, claro, tres clases de intervalos y que el intervalo más breve, por lo tanto, se encontraba entre mi y fa y entre si y do, es decir los dos puntos de retardación de la octava.

Solo por las calles abarrotadas de Londres mientras triunfaba masivamente el cine sonoro, procurando concebir que las leyes son las mismas para la palabra mundo como para la palabra hombre (ese desenfatizamiento apenas soportable), y acaso prometiéndose convertirlo en la única memoria presente y deslumbrada:



entre mi y fa y entre si y do faltaba semitono: no debió

dormir esa noche en Londres esperando el reencuentro con el restaurador o arquitecto, tal vez confiando en que aparecerían los croquis y sobre todo aquel esquema de la ley cósmica de los intervalos.

¿Entonces ese croquis y en particular el esquema daban una explicación, simultáneamente, a la vida como tal, a cada desmemoria?

En el tercer encuentro volvieron a recordarlo después de miles y miles de años: en el momento de la retardación de la octava se perdía (sin saberlo, olvidando incluso ese olvido) la dirección original, claro, hasta que la línea de octavas descendía para tender a formar un semicírculo, es decir lo mismo que en cada vida personal, que en su propia vida o en la de Nancy esperándolo en Southampton: cada vida terminando en un semicírculo opuesto a la dirección original, un semicírculo que por otra parte tiende a cerrarse, un semicírculo que tiende a cerrarse por ejemplo sobre una Remington semipóstuma y repercutiente.

Reencontrados en Southampton, de la mano por una de esas calles adoquinadas de Southampton como lugar preciso del mundo a una edad precisa de cada uno y previamente decididos a no procrearse ¿buscaban establecer una memoria o a lo sumo cierta señal externa que pudiese recordarles esa memoria si se quiere impersonal no demasiado después?

Lo más probable es que al doblar determinada esquina y distinguir a lo lejos aquel perro o aquel caballo al trote inglés con sonido a cascabeles ella (Nancy) le haya preguntado en inglés si entonces quería decir que a cada intervalo de la octava la emoción (por ejemplo la emoción de tener la vida en Southampton a pesar de la historia) ¿se iba haciendo cada vez más pobre, cada vez

más chata y miserable?; si entonces quería decir que a cada intervalo por su parte el pensamiento (de haber aparecido provisoriamente en la atmósfera con esa cara irrepetible) ¿se iba haciendo cada vez más literal, cada vez más lamentable y prosaico y apegado al recuerdo permanente del olvido, o viceversa?

Durante la vida minúscula, también, esa vacilación infinita en el mismo sitio pero esto ya correspondía a la otra ley de las tres fuerzas y a la ausencia garrafal de la tercera fuerza etcétera.

Decidieron dejar Southampton para ir a instalarse en las afueras de París, durante años, a fin de concretar cierta proximidad con alguien, sin datos ni referencias de ninguna especie: ¿quería decir que para que la octava pueda desarrollarse de acuerdo consigo misma necesitaba, en el momento de pasar de un intervalo a otro, cierto choque adicional?

Nueva parodia luctuosa de mil novecientos treinta y nueve: decenas de millones de adultos disfrazados de boy-scouts con armas de fuego de largo alcance destruyendo al mismo tiempo decenas de millones de vidrios.

Optaron (o tal vez alguien los alentó indirectamente) por cruzar el océano a fin de interesarse en la unidad cultural cuyo centro había sido el altiplano. Empezarían las erres de ambos: antepasados nahuas, los toltecas de la gran Tollán que hasta habían inventado el arte de interpretar los sueños con Quetzalcoalt contemporáneo de Cristo aunque en cierto momento tenían que llegar los aztecas a su vez dominados por una hechicera ¿entonces la octava descendió a la magia?, tal vez, pero en todo caso ambos decidieron (o alguien los alentó) que debían continuar hacia el sur con fines precisos pero no necesariamente mencionables o entendibles: alquilarían aquella casa rodeada de árboles a no mucho más de doscientos kilómetros de la selva y en un pleno verano lo deja-

rían allí al inconmovible Rafael Soto con el propósito de trasladarse en un jeep amarillo rabioso a pasar unas pocas semanas junto al mar, en un pueblo de pocas casas pintadas de blanco y con arena en los rincones, con algunas pocas redes extendidas y secándose, con una playa ininterrumpida y calcinada, con escasísimos turistas y multitud de gaviotas hambrientas.

Lo más probable es que se volara el sombrero de paja de Nacha Ortiz, que rodara sobre el ala por la playa hasta detenerse contra esa pareja solitaria de extranjeros tendidos al sol; o que en su defecto se volara el sombrero de paja de Nancy Kressel para rodar sobre el ala por la playa hasta ir a detenerse contra ese grupito ansioso de jóvenes del sur tendidos al sol.

O mejor en cierta tarde nublada y con algunas borrascas Mauro leía incluso acodado en la mesa del único bar algo referente al ulular chichimeca en el altiplano, Moctezuma II convencido contra viento y marea de que algo estaba a punto de suceder, o mejor de llegar, o sea que Cortés llegaría como una especie de retorno imposible a Quetzalcoalt.

O de lo contrario se cruzaron en medio de una de las catorce calles desiertas de ese médano calcinado y entonces el otro, el mayor y más corpulento, habría dicho entre erres alguna primera frase más bien breve y enigmática (o sólo breve y demasiado concreta) y por lo tanto Mauro a partir de esa frase olvidable para cualquiera esperaría sin embargo durante toda la noche la llegada de la mañana siguiente para entonces salirle al paso y decirle a secas, sin contexto admitible, por ejemplo las dos únicas palabras con todas mayúsculas CADENA LEUCÉMICA.

O empezaron hablando a la manera de dos veraneantes

por ejemplo acerca de la marea mientras observaban una raya asfixiándose sobre la arena, acechados por las gaviotas que la olían y desesperaban por ella y entonces el mayor y más corpulento dice esa última frase cualquiera pero demasiado precisa y como se trata de Mauro no sólo resultará seguido por la playa sino poco más adelante alcanzado hasta que los cuatro pies empezarían a formar cuatro huellas más hondas a causa de permanecer inmóviles y de cara al fragor.

Ese momento imprecisable de una tarde o de una mañana cualquiera hacia el final de un verano cualquiera; ¿repetida ausencia de razones concretas para vivir?, dos de cara al fragor semidesnudos y descalzos o sea un hombre que envejece sin remedio y que de repente allí afirmándose sobre sus piernas, después de haber soplado y soplado por un instrumento de viento ¿que se refería secretamente al Vístula?, después de haber cruzado y navegado infinidad de ríos, admitiría sin afirmarse para nada en el énfasis cierto empeño vacilante en la dirección de una memoria alentada por innumerables olvidos y que supuestamente sabe aquello que ese hombre mucho más joven quiere y necesita aprender a recordar.

Los dos incluidos en ese aire intermitente y cargado de yodo.

Con treinta años (o algo por el estilo) de diferencia, los dos bajo gaviotas que chillan y planean y acechan desperdicios inexistentes, bajo nubes no demasiado rápidas pero acaso percibidas por el más viejo como un único movimiento global externo y por consiguiente independizado de toda veleidad o desesperación interna.

Uno (el mayor) apenas más alto y acaso capaz de ahorrarle al otro (al menor) cierta inutilidad también global en lo relacionado con el menesteroso y demasiado obvio padecimiento leucémico que desespera por omitir: todo cambia —le hace decir Barcia a Alejandro Kressel

semidesnudo al sol unos veinticinco años después—, todo inevitablemente sube o desciende y cada cosa que usted se proponga tomará a la larga una dirección opuesta aunque se empeñe en llamarla con el mismo nombre original hasta el fin.

Y sin lugar a dudas se cumplió un segundo encuentro en el que Mauro preguntaría si era posible, si era posible desaprender lo aprendido, y en ese caso cómo.

Y entonces un tercer encuentro con cierto libro de tapas negras entre ambos en cuyo transcurso el más viejo aseguraría que tal vez se hacía imprescindible contar con un lenguaje reducidísimo y común en lugar de tantas y tantas palabras equívocas con todo el mundo.

Y una tarde más, también por la playa, semidesnudos y descalzos: los pasos de ambos sencillamente idénticos y hasta con algo de ritmo, no yendo hacia ni dejando algo atrás, una de las dos respiraciones algo entrecortada, la otra más bien amplia y menos arrítmica, pero las dos sólo percibidas por el más corpulento y viejo de ambos que por lo tanto olvidaba en ese trayecto prolongable todo lo que no fuese caminar y permitir la entrada y salida de aire con yodo, del aire marítimo: siempre habría una salida en el supuesto caso de que se recordase únicamente la necesidad de escapar por ella y de que se recordase que solo no era posible etcétera,

en el supuesto caso de no haberlo olvidado mientras tanto,

en el supuesto caso de que aunque más no fuese el chillido de una gaviota, un día cualquiera o una tarde cualquiera, fuese capaz de tender repentinamente a juntarse con ese chillido nitidísimo de ahora desearlo, de ahora recordarlo por medio de un olvido todavía enteramente imposible.

Y ya en la casa esa misma noche o pocas noches después (presentes Nancy y el Fantasma, Nacha en la otra casa y seguro abrazada a su almohada) aquello de que cualquier tipo de esperanza resultaría remotísima porque en ninguna vida tal cual había líneas rectas perdurables y por lo tanto, y por lo tanto.

Nacha no lograría impedir, al fin de cuentas, que cargaran el Chevrolet, que el Chevrolet abarrotado con cinturones, carteras, sandalias etcétera recorriera unos doscientos y pico de kilómetros en dirección a la proximidad de la selva, hacia el norte, en dirección al norte donde estaba, en un pueblo, la casa con techo a dos aguas de los Kressel.

Mauro (ayudado por el Fantasma) se dedicaría a la manufactura de botones, botones de todas formas y tamaños, de nácar, de madera, de cuero, de metal, de hueso, botones pintados por él, botones tallados por él, todo tipo de botones capaces de reivindicar la idea, el sentimiento y por lo tanto el culto del botón.

¿Y en última instancia él (Roque Barcia) podría olvidar alguna vez ese nombre?

TORRE O CAMPANARIO O SIMPLEMENTE ALTURA



En total seis notas idénticas o supuestamente idénticas (consternadas, graves, manuscritas), cada una con un giro telegráfico por el importe aproximado para trasladarse lo

antes posible hasta el lugar del suceso, más un recorte de diario o periódico local.

El caso es que los seis sobres serían recibidos en forma simultánea —horas más o menos— por correo expreso y con aviso de retorno, es decir al margen del «escasísimo correo habitual», a contrapelo del insucedersiendo creciente de ese último año entretántico, con la insuficiente capacidad fenoménica como para dejar en evidencia, entre otros tantos síntomas alarmantes, en qué medida se había multiplicado la extensión de por sí inhumana de cada domingo.

Desde el extremo superior (imposible deducir si se relacionaba con un acto voluntario, o accidental) se había precipitado verticalmente hasta su propio estrépito de abajo el cuerpo todavía joven de Mauro Chavarría, con la fracción de segundo suficiente como para ganar velocidad, despatarramiento y peso, aunque sin la necesaria para recomponerse y buscar por todos los medios una posición aérea más inteligente, para mover una pierna o los brazos y de esa manera ahorrarle una primacía frontal a la cabeza. Ahora, a partir de los primeros diagnósticos y de los desvelos, en un rapto de lucidez poco menos que inimaginable para su estado, para la gravedad creciente de su estado, sólo deseaba y pedía verlos (tenerlos consigo en el norte) antes de morir definitivamente para este mundo, escenario único de un despiste tan ininterrumpido como deplorable.

Por su parte Roque Barcia en el sur e impedido de salir para la compañía importadora a causa del recorte, la nota y el giro que todavía sostiene en una mano, primero que nada atina a precipitarse en dirección al teléfono aunque a mitad de camino y tropezando con las sillas del vestíbulo vuelve a ser sobresaltado, en este caso por la campanilla del teléfono: estaba abalanzándose para llamarla y al levantar el tubo es la voz de Mercedes Cha-

varría, voz entre sollozos porque tenía en su poder la nota, el giro y el recorte, pidiéndole lo mismo que le hubiese pedido él (Roque) en el supuesto caso de haber llegado un par de minutos antes al teléfono: que procuraran encontrarse con Juan-Juan, que lo buscaran donde fuese, o sea que tanto uno como la otra ignoraban por completo que Juan-Juan (a pesar de tanta voluntad de aislamiento, despianizado) ya marcaba sus números respectivos desde una cabina telefónica sosteniendo con el borde seco de los labios el recorte, el giro y la nota, incluso exasperándose ante la doble reiteración espasmódica del tono de ocupado, ese hipo del único desconcierto habitual.

Convocados por la caída de Mauro en el norte (y de acuerdo a la enumeración del resto de personas convocadas) accedieron a lo imprevisto, a lo fortuito, al descrédito repentino de todo y una vez resuelto el incidente telefónico se convocarían en la esquina del caserón de la vieja Urrutia, esquina a la que Mercedes y Figueras llegarían a pie y ellos dos en dos taxis.

De pronto, a media mañana y cuando nada ni nadie habría alentado ni siquiera suponerlo, evolucionaban por aquel decorado natal, nerviosos y progresivamente entontecidos hasta que reconvocada por la campanilla del timbre surgiría la vieja Urrutia en salto de cama y agitando el giro, la nota y el recorte en el extremo de dos dedos en alto. Pero no lograría encajar la llave correspondiente y por lo tanto Mercedes ayudada por Figueras en el envión saltó la verja para una vez erguida recibirla entre sus brazos: observadas por los tres del otro lado de la verja las dos optarían por alejarse, gimientes y desacompasadas, atestiguadoras de la arbitrariedad descomunal que sobreviene así de pronto y desprotege.

En lo relacionado con la espera impaciente y prolongada utilizada en recorrer, paralelos y juntos, de ida y de vuelta, la verja del jardín con el pasto crecido, con las

plantas agrandadas y deformes, con el olor si se quiere alusivo del estanque, se destaca la participación de Figueras afirmando que su colega Hokusai sólo había empezado sus Treinta y seis vistas del monte Fuji una vez cumplidos los sesenta años y que entonces a los setenta y cuatro, en el prólogo de las Cien vistas de la misma montaña, aseguraría que a los noventa años penetraría en un estadio maravilloso y que al cumplir los ciento diez todo aquello que hiciese con sus manos, un punto, una línea, un semicírculo, resultarían cosas vivientes.

Se trataba de algo inequívoco y por consiguiente teníian que admitirlo: una caída en el norte, el trayecto fulmíneo de un cuerpo a través del vacío del norte, los convocaba más que la ausencia de caída en ninguna parte, no sólo los convocaba más sino que sencillamente los convocaba porque en realidad hacía muchos meses que no se veían y que ni siquiera pensaban en verse. Sin detener la marcha coincidieron en eso y prometieron recordarlo y sobre todo discutirlo con calma: también coincidieron —mientras Figueras se sentaba en el suelo y los veía pasar de ida y de vuelta— en que parecía mentira y en que a pesar de parecer mentira no por eso dejaba de ser irreversible; coincidieron en lo convocante irreversible, en que eran pobres como nunca y que hasta necesitaban, en alguna parte de lo inconvocable, que se insinuara como intento de suicidio en el norte, acto irreversible dos veces convocante pero al mismo tiempo tranquilizándose con la idea de que acaso lo había golpeado en la espalda la campana al tañir (y cada uno reobservaba su recorte buscando campana) aunque de cualquier manera ese montón de gente convocada a su modo, ese amontonamiento repentino de gente y vehículos a su alrededor, demostraba con creces que había permanecido allí durante un rato bastante prolongado, es decir Mauro inmovil e irreversible en una postura por supuesto desarticu-

lada, establecida por la tierra al detenerlo en un punto equis de su desarticulamiento aéreo, en pleno desarraigo, entre gente que no era su gente, entre vehículos y rumores y sombreros extraños.

En cuanto a Mercedes: había introducido en el escote la carta que le dictara adentro del caserón la vieja Urrutia, consolándola al mismo tiempo en cuanto a la distancia de por sí inconmensurable para ella sola, hasta ser sostenida por Figueras a fin de que descienda de la verja: caminan los cuatro alejándose observados por la vieja Urrutia desde el otro lado de la verja mientras Figueras no sólo parece trasladar a Mercedes sino que pocos metros más adelante asegura que Maimónides aseguraba, por su parte, que sólo eran divinas las palabras de un sueño cuando resultaba imposible comprobar quién era, en todo caso, el que las había pronunciado.

● mañana por la mañana temprano sale el avión en el que viajaremos los tres hacia el norte ¿cómo puede ser que un cuerpo resulte tan frágil y destructible, tan vidrio, tan torta, tan moco, tan irreversible también en un sentido espacial?

En cuanto el avión empieza a rodar, las tres figuras matinales (las dos frágiles y acongojadas de Inés y Raquel M., la otra robusta y llena de pelo de Figueras) empiezan a empequeñecerse. Las frágiles volvían a correr durante un trecho entre columnas, volvían a esquivar otras nuevas columnas, aunque no tardarían en desaparecer tan empequeñecidas y destructibles como la restante e inmóvil: no sólo contaba con dos motores más sino que estaba volviendo de manera aproximada hacia la zona donde se había vuelto, regresaba en dirección al punto de partida del regreso por medio del que culminara la partida, el adiós, es decir volvía al otro adiós; como siempre,

otra vez la imposibilidad de describir el paisaje, aquella ilusión de suponerse en el espacio a partir de una puntada también recuperable en la fragilísima zona abdominal.

Los tres, por supuesto, el resto de los convocados, ese estímulo tardío de resaberlos semejantes:

En la luz casi bochornosa donde se bambolearían lianas que hasta podrían ser víboras bajo bandadas atronadoras de papagayos, el gato espiaría al mono en miniatura mientras el perro empezaría a ladrar en dirección a la bocina: Pedro deja de repente un listón de madera, deja el serrucho y corre hacia el conductor con gorra de cartero mientras Marisa sobre un sillón de mimbre, con su hijo abrazado a sus piernas, recibirá casi de inmediato el recorte y poco después la nota y poco después el giro para los dos pasajes, todo por supuesto en ese calor del mediodía recorrido de insectos, sofocante, irrespirable.

¿Y Nacha?: en su pieza un poco más al norte, las paredes cubiertas con la imagen de su cara agigantada en colores y seguro confesándole al fotógrafo profesional que le resultaba enormemente difícil pensarse como tierra y que por lo tanto nunca había entendido lo del yin y el yang hasta que golpean, sencillamente golpean con los nudillos contra la puerta y en cuanto abre le estiran el sobre.

Por consiguiente a la hora del crepúsculo, convocados en una de las piezas de la casa en hilera, a pocos metros del pozo de agua con el balde enarbolado, Pedro y Marisa Cisneros (el niño dormido entre todo tipo de botones), el Fantasma, la inconsolable Nacha Ortiz y Rafael Soto cubriendo la puerta, habrán escuchado al unísono los cuatro motores de ese avión que ya perdía altura mientras regresaba del regreso.

¿Hubo un auto pistoneante desde el aeropuerto? Hubo

un auto que terminaría dejándolos en una plaza, la falta de luz mientras se acentuaba el latido leucémico: si el espejo, si hasta el coro de perros había sido perfectamente olvidado. Entonces cuando alguien les señaló la luz, luz espectral a lo lejos, Mercedes no pudo reprimir (olvidada por completo, tal vez, de Figueras) aquel impulso irreprimible: Mercedes empezando a correr a los tumbos.

A contraluz, mientras tanto, ellos dos podían comprobar que no había caído en una zanja, que no había tropezado contra ningún tipo de tronco: en realidad parecía guiarla una especie de impulso original, algo bastante parecido a la repentina propiedad del vuelo, del vuelo a ras, de la ceguera visibilizante.

CORPUS HERMETICUS

Aquella voluntad suya amantísima de vuelo a contraluz uniéndose ahora al convencimiento demasiado tardío de que cada vida personal puede contarse o referirse en el transcurso de diez únicos minutos: como si Mercedes alejándose, salvando cualquier tipo de obstáculo hacia la luz espectral, con la pollera flameante y el pelo abierto, estuviese más bien desembocando a la reevidencia nitidísima: al fin de cuentas con sólo diez minutos continuados se tiene de sobra para relatar la propia vida.

Nada ni nadie habría conseguida oponerse a que llegara con mucha anticipación, jadeante, agilísima, a la casa penumbrosa del norte: caras que se apretarían entre sí, lágrimas mezclándose, manos amontonándose, cuerpos convocados que se agolparían y se cerrarían el paso, que seguramente habrían deseado repartirse.

Incluso hasta podría aceptarse que en la mayoría de los casos resulta si se quiere excesivo: seiscientos segundos continuados para ir admitiendo que se estaba en un engaño y que los únicos sucesos reales, tal cual y perdurables o significativos, hacen en el peor de los casos a una vidita con sólo vencer la resistencia a desinflarse, a desilusionarse, a desroperizarse.

Se quedaría al fin detenida a contraluz, jadeante y timidísima, sin perro que saliese a ladrarla o torearla, con las palmas chocando una contra otra hasta que alguien debió ofrecerle valor desde adentro: cada uno de pie,

verticales allí adentro de la primera pieza bajo luz espectral o sea la misma que oportunamente había divisado, todos con las segundas mitades de las viditas por delante a excepción del hijo de Marisa horizontal y con casi toda la suya por delante, acostado y ya despierto cuando él (Roque) llegara mucho después en compañía de Juan-Juan, mirándolos jugar a los encuentros, a la memoria, mirándolos jugar al desconsuelo mayor, al roperizamiento de común acuerdo, al oficio mudo expresante, a las esquinitas.

Sólo seiscientos segundos para admitir limpiamente que incluso sesenta segundos más representarían un abuso ilimitado de confianza: talco, papá y mamá, miedo a lo oscuro, quince pesadillas, miedo a la claridad, la mano ahí, no papá o no mamá, la mano otra vez ahí, papel impreso y encuadernado, verrà la morte, en cualquier momento lo decido y basta, me reitero tanto, tanto; basta.

Mercedes querría correr a lo largo del patio techado, correr ya mismo a su encuentro, pero en nombre de la ciencia y del respeto debido a lo dictado por la ciencia, se lo impedirían sistemáticamente.

Y según Barcia si en forma repentina cierra los ojos entonces pude recuperar una especie de foto fija muy ampliada con todos organizados y visibles; pero con los ojos cerrados ya no puede teclear: por lo tanto, si reabre los ojos con el propósito de recuperar su tecleo espasmódico no sólo pierde la foto fija sino que sobre todo pierde la «extrañeza invencible de seguir mirándola» con los párpados cerrados (el jadeo y la impotencia de Mercedes), pierde aquella convicción sorpresiva de que le faltaba demasiado poco para cumplir treinta años más el otro asombro físico por aquella pieza con cajas de botones en la que necesitaría concentrarse: recae o cómo decirlo en la necesidad de cerrarlos (aunque sólo comprobará, entre nuevas tachaduras, que ha envejecido más de lo previsto)

y, por consiguiente, los dedos equivocan las teclas: sin embargo, únicamente por medio de este artificio puede representarse aquello que se uniera, aquello que se relacionara tanto con la voluntad amantísima de vuelo a contraluz de la luz espectral: ocho cuerpos verticales metidos en esa pieza del norte a causa de la caída, ocho cuerpos inconvocables tanto en el tiempo como en el espacio a no ser por la caída de un noveno cuerpo que yace en la última pieza y para quien el Fantasma y el inmutable Rafael Soto están exigiendo un silencio global e incuestionable.

¿Diez minutos para correr a contraluz de una memoria irrisoria, enfatizada, con el único propósito de conseguir desroperizarla?

El Fantasma un poco más gordo y nada calvo pidiéndoles que se sentaran en el piso: el culo aquel contra la madera, la cabeza en cualquier parte pero contra aquella pared (piernas estiradas e incómodas), manos de Nacha en una mano casi extraviada de Juan-Juan, ocho jugando a las miradas diagonales, Marisa contra su hijo ahora vertical y que desde allí los vería jugar a la media vidita cumplida con creces, Mercedes retenida una vez más a fin de que no corra ya mismo, indisciplinada y sola hasta la pieza del fondo, hasta el noveno cuerpo aéreo y convocante, Rafael Soto atrancando por ese mismo motivo el picaporte, para que ni ella ni nadie juegue a salir ya mismo a la penumbra del patio techado, techado y próximo al pozo de agua con más atrás el árbol espectral que parecería naranjo pero que poco más adelante sería identificado como marañón.

Había corrido a contraluz salvando cada uno de los obstáculos y una vez ausente el Fantasma, entre las voces entrecruzadas que ganaban intensidad, su llanto prolon-

gado y amantísimo en el norte, su llanto y la pipa mordida de Pedro Cisneros. Y el Fantasma vuelve con una lámpara que al iluminarle de abajo la cara acentuaría su fantasmalismo enseguida acentuado por la parquedad de las instrucciones terminantes: salir de a uno, en completo silencio por la penumbra del patio techado, reunirse en completo silencio frente a la última puerta hasta el momento de entrar de a uno atrás de su lámpara.

En alguna medida aquel perfume vegetal (y espectral) de la noche avanzada del norte estaba anunciando la selva ¿pero quién habría podido, en aquel entonces, imaginarse la selva? Por otra parte ¿en qué momento Pedro Cisneros le dijo a Juan-Juan aquella frase que terminaría anotada en la libreta?, frase desentendida de la respuesta y en el sentido de que daba miedo, mientras andaban atrás de la lámpara, acercarse finalmente a esa cama, acercarse y mirar. Por lo tanto Barcia, hace mucho con los ojos abiertos y después, sin ningún tipo de notas a margen, no titubea en restarle toda importancia a qué tipo de memoria pretendería describir aquella hilera de puertas con postigos, aquel ingreso en aquel otro perfume que también aludiría al perfume intensísimo de después.

Todos en orden y en puntas de pie atrás de la lámpara, sobre madera crujiente mientras Rafael Soto con un dedo sobre los labios los alentaba a ubicarse: aquella sorprendente necesidad de permanecer todavía afuera y visualizando a su modo el pozo de agua (sin ignorar que el Fantasma le acomodaba almohadas detrás de la espalda), el árbol negro percibido todavía como naranjo.

Entre algo de barba, entre algo de vendas, las pupilas de Mauro sólo empezarían a aparecer cuando él (Roque) aceptara entrar a su vez para acomodarse: techo alto con tirantes, Mauro abriendo ahora sí los párpados unos cuatro años después, sombras por supuesto agigantadas a causa de la luz de la lámpara, como si los hubiese man-

tenido cerrados durante cuatro años, recorriendo muy despacio cada par de ojos convocados, muebles pesadísimos y cierto ruido hueco y desarticulado afuera, en el norte, describiendo aquel semicírculo sin diferencias notorias de intensidad para nadie aunque Mercedes había corrido y saltado y hasta casi adquirido la propiedad del vuelo a ras y llorará en silencio acaso por ese noveno cuerpo horizontal coronado de vendas a punto de decirles algo, o en su defecto por los ocho cuerpos verticales y fragilísimos.

Entre pausas muy prolongadas y relacionables con la enorme dificultad a vencer, procurando sobreponerse primero a una flema y más tarde a la presión de las vendas, sin ninguna clase de énfasis, sin preocuparse por el otro sollozo de Nacha Ortiz, inmóvil y reclinado entre almohadas, nada isabelino pero querido como nunca por todos, Mauro finalmente dijo:

ya no interesa cómo ni por qué caí a través del aire que a pesar de todo me contuvo,
sólo necesité llamarlos,
necesité
que vinieran antes de que se rompa la polea en el pozo,
(sollozos indistintos en la prolongadísima pausa)
no pue-
do ni debo hablar demasiado pero lo cierto,
lo único cierto
es que me equivoqué durante toda mi vida,
(ladridos afuera, tres llantos nítidos adentro, mocos)
me equiviqué
durante toda mi vida pero si, como en el caso de ustedes, todavía pudiese,
(nueva pausa)
sólo me ocuparía en aprender a morir
y a reencarnarme de otro modo.

Los párpados otra vez bajos, entre vendas, entre barba, parecieron recordarle al Fantasma que debía volver de inmediato a la lámpara para que salieran todos en completo silencio. Barcia admite que una vez en el patio techado, alejándose algunos pasos y sin ser advertido por nadie, lloró; admite que al descubrirse haciéndolo tendería a alejarse todavía más, hacia el pozo de agua con el balde enarbolado: y una vez allí seguiría llorando mientras de manera casi simultánea admitía una sospecha en crecimiento pero que no registraría de inmediato en su nueva libreta inaugurada con el mismo tema sobre el cuatrimotor regresante del regreso: que todo cuerpo, todo cuerpo sin excepción alguna (no papá en Ciudadela, no Haydn) resulta más frágil que lo que parece y admite, infinitamente más vidrio o torta, infinitamente prescindible, infinitamente sin nadie frente a eso e infinitamente inexplicable durante tan escasísimos años capaces de entrar en diez minutos de permanencia infinitamente ocasional e infinitamente pobre y despistada sobre una especie de pelota giratoria de tierra con agua infinitamente transitada por legiones de mamíferos, de insectos, de peces y reptiles que se calientan con la luz solar y vuelven a enfriarse durante la noche con una persistencia a su vez indetenible, infinitamente desgarradora.

Mercedes había corrido y saltado, amantísima, incluso enceguecida por la luz espectral, con su pollera flameante y su pelo abierto y una vez reinstalada en la primera pieza escucharán la pregunta de Nacha con algo de rencor que desesperaba por darse ¿y Alejandro Kressel y su mujer Nancy Kressel? Pero con alguna anticipación a esa pregunta, todavía junto al pozo y con la cara húmeda de sí mismo, Roque será sobresaltado por la presencia inaudible del Fantasma. Se aproximará sigilosamente para

hacerle saber que cada tres o cuatro horas, en la medida en que su estado general lo permita, Mauro necesitaría hablar a solas con cada uno, a pesar de que en esa casa penumbrosa a no mucho más de cien kilómetros de la selva la ciencia había agotado otra vez sus recursos y otra vez aconsejaba esperar un milagro.

Entonces, a poco de la doble acción de escupir y sonarse, Roque se atreve a pedirle aquel privilegio considerado entrañable: tener acceso a la única pieza contigua a fin de permanecer allí por supuesto sin ruidos de ninguna especie, ignorado por los otros, solo y agradecido a su comprensión entrañable, hasta que llegara el momento de su debido turno.

Y el Fantasma, aunque daría la impresión de dudar, habrá recordado ele de troncos, cucarachas sobre cucarachas, pulpo y brindis y Max Linder con helado de limón y, a cambio de la promesa de un sigilo absolutamente sigiloso, termina ofreciéndole al Barcia de aquel entonces esa especie de grandioso privilegio sólo conocido y practicado por los representantes más notorios de la literatura universal: ver sin ser visto, estar sin estar, escucharlo todo sin que lo sepan y, si en todo caso lo considerase necesario, aumentarle alguna que otra reflexión contingente.

Adelante de todo (cuando llegaron) sólo se escuchaba el llanto decoroso y explicable del hijo de Marisa. Y a su debido tiempo el inmutable Rafael Soto le responderá a Nacha Ortiz que tanto Nancy como Alejandro Kressel habían volado a Ossipenkograd con bastante anticipación a la caída. Después, ni siquiera resultaría necesario discutir el orden en que, milagro de por medio, acudirían al llamado individual de Mauro Chavarría, porque ya el Fantasma lo tenía previsto y apuntado: primero Mercedes etcétera. Además, dado el número excesivo de convocados, también se turnarían para comer, dormir, etcétera.

Durante la primera de las dos horas y veintipico de minutos que duraría la espera de su turno preferencial, la inquieta Mercedes necesitará preguntarle al Fantasma si debía mostrar o no esa carta del escote a su hermano en agonía, ocasión también proféticamente aprovechada por Roque no sólo para apropiarse de la carta sino para distraerla de la desposesión y entonces copiarla una vez instalado en su reducto contiguo a la pieza espectral: hijo querido (la letra de Mercedes resultaría nitidísima) todo empezó con el triángulo equilátero hacia arriba △ y en seguida y al lado el otro triángulo equilátero hacia abajo ▽ para quedarse mirándolos como si no los hubiese dibujado con sus propias manos y hasta que decidía completarlos ✡, no sólo los completaba para quedarse de nuevo mirándolos sino que más tarde me repetía al oído algo por el estilo de la unificación de todos los contrarios y pasados algunos minutos me consolaba a su modo y como todas las tardes que siguieron a la tarde en que vendrían a llevárselo, con el Libro Tibetano de los Muertos porque me lo había pedido la tarde anterior empecé a recorrer el pasillo pintado de blanco y no quise creer que me chistaban, que esa mujer vestida de blanco me chistaba, incluso me resistí a creer hijo mío que los dos médicos vestidos de blanco allá adelante del pasillo terminarían interponiéndose, que me esperaban para interponerse Dios mío allí adelante por la tarde en ese corredor pintado de blanco y con la única finalidad de interponerse.

Claro, Juan-Juan había salido a la calle y Nacha a su vez para seguirlo, caminarían entre sombreros extraños y algunos carteles algo desgarrados con la cara en colores de ella con los labios muy próximos al pico de una botella de bebida sin alcohol: pero Barcia opta por no con-

jeturar ninguno de los diálogos posibles a dos horas escasas del amanecer y a unos diez años escasos de que fueran demostrados abrumadoramente por el cine sonoro.

¿Hasta dónde le iluminará el paso la lámpara roja del Fantasma?

Hasta su ámbito de privilegio que por otra parte ya no abandonará hasta ser requerido por Mauro, pieza contigua con también una lámpara de kerosén más dos únicos libros que a pesar de lo estratégicamente ubicados no atraerán para nada su atención. Y a lo primero que atina Barcia unos dieciocho años antes es a quitarse los zapatos: entonces desruídico e infinitamente sigiloso, con una alocada aceleración de su latido leucémico, con una especie de frenesí incontrolable, a lo segundo que atina es a recorrer la distancia que lo separa de la puerta clausurada y, en la medida en que el estrépito de su respiración tiende a apaciguarse, a verificar que resultará posible escucharlo todo o casi todo, que le será dado lo que por aquel entonces ni siquiera sospecha como un segundo privilegio manuscrítico, dado que poco a poco puede percibir con absoluta nitidez la respiración algo acompasada de su viejo (y entrañable) amigo moribundo.

Sin embargo una vez convencido y reconfortado más allá de su inevitable pesadumbre original, trasladará la lámpara hasta allí con la ambición repentina de encontrar aunque más no sea algún resquicio de visibilidad: se trepará a la silla y al respaldo de la silla sin resultado alguno, tragará cierta mezcla indiferenciada de polvo y pelusa tendido a todo lo largo sobre el piso sin resultado alguno: sólo el agujero de la cerradura podrá brindarle ese enfoque oblicuo, parcial, empobrecido, barcianamente desprovisto de alternativas.

Debió copiar, mientras tanto y sigiloso sobre la única

silla, con los pies fríos adentro de las medias frías, la carta sustraída a Mercedes: ni un solo ruido identificable como humano mientras amanecía en las rendijas de la puerta de acceso y se iniciaba el piar desde la copa del que no resultaría naranjo y mientras procuraba inútilmente relacionar ese norte con el otro norte, y viceversa. Piaban a raja cincha cuando alcanza a percibir cuatro pies muy leves por el patio techado y casi de inmediato dos únicos pies sobre madera crujiente: está a punto de caer (y es comprensible) al abalanzarse en dirección a la puerta clausurada pero cuando consigue ubicar el ojo derecho nada más asiste a una ráfaga Mercedes mordiéndose los labios. Había corrido amantísima a contraluz indetenible y olvidada por completo de la propia fragilidad y de la fragilidad de Figueras pero antes que nada Roque necesita anotar en la libreta ¿por qué me desespero tanto por ver?, y entonces sí: respiración, sollozo, las dos cosas al mismo tiempo, el sollozo cubre a la respiración, solos, irrepetibles, ruido a único beso tal vez en la mano, o en la frente, el sollozo tapa ahora a la respiración, es decir la anula durante algunos instantes, Mercedes no habla porque en la primera pieza le habían hecho jurar que no lo haría por nada del mundo, sollozo más carraspeo hasta que con tono imprevisto y sin guión de diálogo Mauro finalmente le dice, la mirada seguro amantísima entre vendas y barba:

Antes que sea demasiado tarde,
(llanto apenas contenido en la pausa muy prolongada)
mientras caía y caía lo
mismo pude darme cuenta de algo,
(carraspeo y ruido a quien cae tal vez de rodillas)
pude darme cuenta de
que vivimos en medio de la mentira (tos y llanto sumándose) en medio de la mentira irrisoria con nosotros mismos.

Dos pies reanduvieron el patio hasta la puerta y entonces los otros dos se alejan muy despacio sobre el crujido, nueva ráfaga Mercedes cubriéndose la cara con las manos, los cuatro pies por el patio, la claridad inutilizando a la lámpara, una sola respiración que era la de Mauro y a la que terminará tapando el apogeo del piar. La claridad se acentuaría gradualmente, lo mismo que la dilatación de la vejiga, y aunque hubo pasos aislados sólo se confirmarían los cuatro pies y el ruido de la puerta cuando los síntomas de hambre y la puntada en la zona abdominal: dos pies hacia la cama y vuelve a abalanzarse pero ya la ráfaga excedió su limitadísimo campo de visión: respiraciones casi acompasadas, solos, sollozos más carraspeo y por último la voz:

Antes que sea demasiado tarde para decirlo,
(Roque teme que se haga inaudible pero vuelve a tratarse de una pausa)

mientras caía y caía llegué a saber que vivimos esclavizados desde adentro,
(dos respiraciones desacompasadas en la luz tumultuosa)
y siempre convencidos de lo contrario y siempre como si estuviese la eternidad por delante.

Otra vez pies en el colmo de la claridad, la puerta, ráfaga acongojada de Pedro Cisneros, los cuatro pies y la náusea del último cigarrillo. Con la vejiga en los límites de su resistencia, en la falta de ventilación, algo entumecido pero fiel a su intención desruídica, Roque decide abandonar la silla. Reconoce haber buscado en medias algún objeto propicio y que sólo encontraría un florero. Más adelante, en el olor a orín, la luz tendería a atenuarse, de manera inversamente proporcional a lo que sucedía con su hambre. Pero entrará el Fantasma con una ban-

deja, sigilosamente, con cigarrillos, con el dedo sobre los labios. Solo, sobre un sillón alejado de la puerta clausurada, comió y bebió y fumó y a su debido tiempo volvería al florero, justo cuando vuelven a insinuarse cuatro pies y entonces se abalanza hacia la cerradura con el florero a punto de volcarse y arruinarlo todo y alcanza a distinguir a Nacha Ortiz detenida a mitad de trayecto, perfectamente encuadrada en la visión oblicua empobreciente: sollozo espasmódico que cubre por entero a la respiración, nuevos pasos y visión interrumpida, solos y reiterados, llanto nasal en el piar desenchufándose, hasta que Mauro dice:

Antes que se rompa el cordón de plata,
(la boca participa en el llanto, carraspeos aislados)
a pesar de que caía
y caía lo mismo conté con un segundo para darme cuenta que,
(frase absolutamente inaudible de la otra voz que de esa forma traiciona lo prometido delante)
no somos dos, que no somos tres, ni diez, que somos decenas y decenas de Nachas, de Mauros sin la menor noticia ni relación entre sí.

Dos pies por el patio, puerta, etcétera. Y como la luz diurna seguiría atenuándose, en algún instante imprevisto, contra su voluntad y sus esfuerzos, Roque se queda dormido. Despertaría casi a oscuras y a causa del ruido de la puerta, con el tiempo justo para colocar el ojo y comprobar una ráfaga muy lenta de Juan-Juan. Llegará a inquietarle el rato excesivamente prolongado de las dos respiraciones casi rítmicas hasta que la voz un poco más afónica, asegura:

Antes que se oscurezca el sol, la luna y las estrellas,

(perros en hilera repentinamente recuperados, perros del norte en la pausa más breve)

lo que llegué a sentir mientras caía y caía es que había vivido sin la menor noticia de ese cuerpo que caía,
(carraspeo contra inicio de sollozo irreprimible)

sin sentirle la sangre, sin respirar con él, sin trasladarlo, sin mirar por sus ojos, sin siquiera tocar con sus manos.

Entonces Barcia enciende la lámpara. Acongojado en el olor a orín a su modo vence la doble tentación de leer o bien lo ya anotado en su libreta o cualquiera de los dos libros, y se limita a caminar en medias con el propósito de desentumecerse pero es en ese momento cuando experimenta aquella sensación inexplicable y fugaz de estar a punto de cumplir por primera vez un destino, sobre todo cuando la ráfaga de los cuatro pies pudo ser identificada con Marisa Cisneros acompañada, sus labios gruesos: llanto abiertamente excesivo tapando la respiración y carraspeo, con riesgo de tapar incluso las palabras de Mauro:

Mientras caía y caída durante un segundo comprendí y ahora necesito decírtelo antes de que se haga pedazos el cántaro contra la fuente,
(la enormidad de la pausa correspondería al esfuerzo de la tirada ininterrumpida, jadeo, congoja)

que vivimos enamorados, perdidamente enamorados,
(el llanto se acentúa, si cabe)

enamorados de todo aquello que puede llamarse sufrimiento, de todo aquello que no puede dejar de llamarse sufrimiento.

El Fantasma lo sobresaltaría a una hora por completo imprecisable a fin de que saliera y se enfrentara a la «primera claridad lechosa» más allá del pozo de agua. En medias, atolondrado por el sueño que olvidaría en el acto, sin la libreta y con algo indecible que lo ahoga, se limita a presenciar cómo el Fantasma abre la puerta y a sentirla cerrándose a sus espaldas: fragilidad inaudita de un cuerpo entrañable hacia el que ella se había adelantado gracias a una especie de propiedad repentina de vuelo amantísimo, cajas colmadas de botones que no alcanzara a distinguir cuando la ronda: miedo a llegar, a que hubiese empeorado como todo el mundo, miedo a registrar no-barciamente esa voz y esa mirada entre vendas, los pies muy fríos adentro de las medias muy frías, amanecía como ayer y como cada día a lo largo de casi treinta años, fue el mismo tedio en el sur, claro, el mismo bochorno exílico, la misma leucemia sin ton ni son, el recuerdo de lo anotado en la libreta ahora así agolpándose hasta el límite de convertirse en desmemoria: y sintió lágrimas quemantes por los dos mientras procuraba secarlas con la mano, secarlas con la manga en el piar reenchufado.

Entonces, de pie y casi tocando con las rodillas entumecidas el tirante de la cama pesadísima, algo mareado y con la puntada eterna, escuchó:

Tú por suerte escucharlo todo desde pieza contigua ¿por qué no haber detenido atención en dos únicos libros?,
(pausa muy breve)
tú entonces saber ahora que lo escuchado útil para todos porque todos a punto de ser pobres para siempre,
y haber salida en caso desear salida aunque casi nadie desear salida como todo hombre blanco,
(doble pausa donde Roque debió preguntarle y no lo hizo)

sí, esto planeado para conseguir vinieran porque muerte reunir más que vida: ¿tú haberte olvidado de apellido Kressel y de nombre de pila Alejandro?

Y por su parte Roque, con ganas de abrazarse a sí mismo, repentinamente sobrecogido por la soledad de Raquel M. sin cartas en el sur, atinaría a unos pocos movimientos negativos con la cabeza.
Y Mauro agrega: ahora salir y guardar secreto, Fantasma y Rafael darte instrucciones precisas,

yo confiar en tí como si no tratarse de confiar en cualquier hombre blanco.

Entre pájaros a trinos pelados que secretamente anunciaban la proximidad de la selva, con las medias humedecidas por el rocío, por la humedad de las plantas y de la tierra del segundo norte, Roque creyó comprobar durantes unos diez segundos continuados el otro extraño privilegio de llenarse de aire, y antes de que se aproximara el Fantasma también comprobaría que no se trataba de un naranjo, que los referidos pájaros entraban y salían por entre las hojas resplandecientes de un viejo marañón inconfundible en la claridad.

Y ya hacia el final de otra noche espasmódica teclea, después de haber fumado tanto: poco a poco admití la inminencia del verano a mi alrededor, el verano agazapado del segundo norte a mi bendito alrededor de entonces.

MILAGRO

En el gran trinar adentro del verde que por su parte reverberaba, en los intercambios más o menos frenéticos de rama en rama, de rama en horqueta, en ese atropello ornitológico sin pies ni cabeza, también se encontraban algunas cotorras, unas pocas cotorras que ni siquiera trinaban, cotorras sencillamente ocupadas en un cotorreo espasmódico y sumergido.

Sin distinguirlas todavía, con las medias mojadas debido a la humedad de la tierra al amanecer (reamanecida), a causa de la humedad del pasto y de las plantas, con los ojos que le picaban y llenándose de aire un poco demasiado fresco a pesar de la inminencia del verano ¿que fue, en honor a la verdad, aquello imborrable que llegaría a sentir?

¿Llegaría a sentir la necesidad imperiosa de un lenguaje capaz de montar (y por lo tanto sostener) amplias estructuras orgánicas?

¿O simplemente, perentoriamente, que sin duda alguna el Fantasma empezaba a aproximarse en dirección a ese mismo sitio?

¿O en todo caso llegó a sentir, por primera vez en casi treinta años de vida, eso que suele sentirse alguna rara vez por primera vez y que sólo patentiza la indigencia si se quiere infinita de todo aquello que se ha creído sentir a lo largo de casi treinta años de vida?

De cualquier modo había sentido que el Fantasma es-

taba aproximándose en esa dirección del trinar y tal vez por esa misma causa no se sobresalta en lo más mínimo al sumarse ese otro sentir específico de su mano apenas perceptible sobre el hombro. No de inmediato, es cierto, pero le hubiera gustado encontrar cierta frase ininterrumpida y cargada de tono o cómo decirlo, algún período cadencioso y a la altura de las circunstancias; o de lo contrario motivarle un poema libre de todo rencor ante el engaño, decirle por ejemplo que aceptara, eso mismo, que aceptara perderlo todo: nada menos que él proponiéndole a él que aceptara perderlo todo.

Y el Fantasma asegura por su parte que cotorras carecer privilegio trino, cotorras nada más cotorrear entre follaje común, cotorras no ser visibles a primera vista cuando carecerse de hábito visibilizante cotorrístico. Y acto seguido, con aquella elasticidad de haberse quedado tanto en los rincones, el Fantasma se agacha, el Fantasma se acuclilla hasta producir su encuentro con la ramita: acuclillado sobre la humedad de la tierra del segundo norte dibujará o escribirá con el palito central de la ramita previamente pelada, y todo aquello que escriba o dibuje tenderá a borrarlo casi de inmediato con el mismo palito.

Esa luz a raudales, a derrame, despilfarrándose, esparciéndose, refractándose, prodigándose por la intemperie ¿introducía acaso un elemento de oscuridad? ¿de oscuridad familiar o conocidísima?

Sonaron, mientras tanto, inquietando todavía más a algunos pájaros que a su vez inquietarían el follaje resplandeciente, siete u ocho campanadas bastante lejanas, bastante lejanas y alegorizantes.

En una primera ocasión a todo lo largo del remingtonear y sin hacer la menor referencia a los motivos, Barcia elude recomponer lo hablado. En este caso lo hablado con el Fantasma en aquella transparencia del aire, de las plan-

tas, en aquel rebrillo del balde a la intemperie y refractándose. Nada más suma, se limita a compendiar cuatro preguntas por entonces capitales en relación con una complicidad inevitablemente tácita que acaso ya descartarían los otros tres en lo relacionado con él:

(1) ¿para qué lo habían hecho, es decir con qué tipo de finalidad o designio?

(2) ¿de qué forma habían simulado la caída y caída?

(3) ¿había que seguir mintiendo con el resto de los convocados?

(4) en este último caso ¿qué pasaría después?

Al ritmo de su palito que dibuja y borra, que escribe y borra y de inmediato vuelve a empezar, el Fantasma no abunda en detalles (o así se supone), omite todo énfasis con una voz de cansancio, o mejor todavía con un tono cansado que no desespera por darse, o mejor sin verdadero cansancio:

(1) para conseguir que se trasladaran, que superasen la inercia innombrable, porque una cosa así era capaz de reunir mucho más que cualquier cosa de cualquier otra índole; y para procurar que se estremecieran, a la larga, con otras cosas que no valía la pena mencionar por anticipado, desfigurándolas.

(2) habían elegido esa torre o campanario con más o menos quince días de anticipación, después de vendido el Chevrolet, y el domingo a la madrugada primero engancharon un poco de camisa arriba, con un poco de pelo auténtico y de pantalón, y en se-

guida desparramaron un poco de sangre auténtica y de pelo abajo y entonces Mauro se tendería allí poco antes del amanecer y allí quedaría tendido mientras él gritaba y Rafael Soto corría a la única redacción del único diario, hasta que empezaron a arremolinarse con ademanes de zozobra, con sombreros extraños.

Barcia, que ya divisaba una primera cotorra sin ninguna intención alusiva para después, con las medias muy mojadas y frías, se agacha por su parte con crujido de huesos, con temor a perder alguna palabra o frase, o en todo caso a perderse:

(3) en una de esas era la primera vez que se mentía como resultado de una decisión más o menos perdurable (doble pausa fantasmal, el palito más rítmico que nunca); a lo sumo tres o cuatro días más adelante simularían el restablecimiento repentino y providencial: en el fondo nadie se daba cuenta de nada o de casi nada.

(4) eso, en última instancia, lo propondría Alejandro Kressel a su regreso oportuno de Ossipenkograd.

Y antes de ponerse de pie y arrojar el palito hacia un costado —modulando, precisísimo—, le transmite algunas instrucciones generales también previstas con bastante anticipación, le sugiere cuidarse de un enfriamiento inoportuno en cuanto a sus medias mojadas; y se pone de pie con el propósito aparente de volver a la primera pieza, al encuentro falsario del resto de los convocados en la ignorancia total.

Por primera vez no se trataba de lo barciano idéntico a sí mismo, de lo que salga, de lo que venga, de la grandiosa improvisación sobre la marcha, de la mentira sobre la marcha cuando se hubiera deseado lo contrario, o viceversa: ahora se volvía imprescindible la simulación a toda costa, la máscara premeditada y a favor de algo no fatalmente barciano. Y pensar que sólo contaba con el prolongadísimo hábito al revés, con lo anotado en la libreta; la máscara inhabitual a favor de la primera complicidad no barciana sólo contaba con las escasísimas frases anotadas en la penumbra contigua, en la libreta. Pero aquella responsabilidad súbita de no olvidarse de los otros tampoco podría ahora volverse manuscrítica, es cierto. Porque en el fondo allá en el segundo norte no había sido necesariamente así, por supuesto: y en el mismo fondo de marras ¿el Fantasma estaba en lo cierto al asegurar que el resto, los demás, la otredad convocada, no se daba cuenta de nada o de casi nada, como todo el mundo?

Por lo tanto a Barcia, unos dieciocho años después y en beneficio de aquella máscara aludidora de un propósito todavía indeterminado, ya no le interesa mentir: durante tres días con sus noches en que releyó y releyó su libreta, en que ocupó el menor espacio imaginable, en que empezaría a ojear aquellos dos libros oportunamente ubicados de manera estratégica, se limitaría a presenciar a Marisa agarrada a su hijo, a Pedro agarrado a su pipa y bizqueando, a Nacha agarrada a Juan-Juan que por su parte tendería a agarrarse a algo despianizado en él y disponible para la magnitud juanjuánica que lo esperaba, a Mercedes agarrándose a una ansiedad que se agarraba a las noticias muy escasas por parte del Fantasma y del inmutable Rafael Soto.

Claro, en una oportunidad inesperada para ellos, acaso provocada por la fatiga típica de cualquier exceso de aplazamiento, durante la noche y reanimados al influjo

de aquella frase muy breve, fantasmal, con todas mayúsculas: HA EXPERIMENTADO UNA REACCIÓN INCONCEBIBLE, también los escucharía mezclar las frases, no poder quedarse con ellas y por consiguiente desfigurarlas en una especie de intercambio sordo y prolongado que, también en el fondo de marras de la otredad invisible para el otro, parecía restituirles aquella especie de locura colectiva capaz de sintetizarse en la otra frase con todas mayúsculas LA CONFIANZA EN LA VIDA: ni la menor noticia del cuerpo que caía y caía en los diarios de la tarde; esclavizados a caer a través del espacio; que no somos dos ni tres ni siete porque vivimos enamorados del cordón de plata; que tenemos la eternidad por delante.

En cuanto al hijo de Marisa, fatigándose y queridísimo, empezaría a explorar, a treparse, a sugerir señales que nadie percibiría; porque nadie se daba cuenta, en honor a la verdad, ni siquiera de las señales premonitorias del hijo de Marisa regocijándose por sus propios medios en la iluminadísima intemperie en general, con la imposibilidad abrumadora de convocarlos.

Se registran, sin solución de continuidad, las nuevas noticias provenientes de la pieza espectral del fondo, dejando en claro que también se simularía el arribo de un médico especializado en fragilidad, médico invisible mientras todos los engañados dormían:

que la reacción inconcebible ganaba verosimilitud

que la verosimilitud de la reacción ya podía llamarse mejoría

que la mejoría indicaba, a partir de ahí, la desaparición de todo peligro

que el médico garantizaba, anonadado, el cumplimiento de un prodigio especial

que Mauro les rogaba, por lo tanto, una última soledad como de gratitud en sí

que a la mañana siguiente abandonaría su cama repentinamente no la última a fin de caminar con todos ellos en medio del aire recuperable, entre plantas, y bajo el torrente solar recuperable.

Los tres (Roque a su modo, «con cierta cortedad de máscara prematura») colaboraron en el apaciguamiento de los ánimos, en descartar el agobio posible de la recaída, en reconvocarlos a las diez en punto de la mañana, también en completo silencio, frente a la misma puerta de la noche espectral.

A margen superior izquierdo, con letra cursiva: un violon aveugle pleurait pour nous?

Y surgió, sin apoyo de ninguna especie, con una sola venda alrededor de más barba, de una sonrisa apenas hacia nada en particular: Mauro a la intemperie y se detuvo a las diez y diez de la mañana como para asimilar antes que nada el resplandor, el cotorrear desenchufándose, el balde enarbolado y representativo: percibirá los sollozos de los convocados que ahora retoman el hilo de una desmemoria común y por lo tanto dejaban de vivir en el engaño: fue besándolos a cada uno, agradecido de contar con un nuevo plazo perentorio, con la movilidad reencontrada y fragilísima, con un cuerpo lleno de tacto posible, y de resonancias posibles, y de percepciones inimaginables.

Y Barcia teclea que por primera vez lloró al revés y que aunque parezca mentira lo descubrió en el preciso instante en que lo hacía ¿o acaso algo se encargaba de hacerlo en él?

Por el patio techado el hijo de Marisa corría hacia

adelante sin que nadie cayera en la cuenta de su nueva señal premonitaria. ¿Y el Fantasma? ¿dónde se había metido el Fantasma entrañable? Roque se dedicó a buscarlo, como corresponde, y sin que nadie se diese cuenta que lo buscaba porque ya salían muy despacio hacia la calle. Sí, Fantasma, eso es, por supuesto, recorrías el mundo a punto de empeorar indefinidamente y algo estaba inscripto en quién y entonces habías buscado una especie de último rincón mientras todos salían para escribir un único verso imposible a favor del silencio, un verso traidor para un poema imposible para una carpeta imposible para un ahogo maravillosísimo y precario, ahogo fantasmal y agradecido de necesitar ocultarse.

Adelante, siempre, el hijo de Marisa; en un segundo grupo el cuerpo recuperado de Mauro con Juan-Juan y Mercedes; unos pocos metros más atrás Pedro entre Marisa y Nacha: desde la distancia que los separaba, en el supuesto caso de admitir que el Fantasma mirase ahora por los ojos de Roque, ambos verían una especie de grupo único desplazándose con infinidad de colores diversos, lentamente, sin finalidad precisable, entre personas aisladas con sombreros extraños que no sólo identificaban sino que festejaban la venda movible con una especie de saludo fascista; corelliano, despojado, aprobatorio.

Nueve cuerpos y medio fragilísimos en esa altura que no era ni campanario ni torre, más bien una explanada pedregosa que tampoco alcanzaba categoría de cerro: abajo, como de costumbre, los techos amontonados y capaces de alentar una séptima metáfora relacionándolos con rebaño, con rebaño inmovilizado.

Arriba: el cielo muy amplio, el cielo muy amplio y obvio y azul, con el sol a punto de llegar a su centro.

Choque: el del viento acentuado por la altura contra cada uno de los cuerpos y medio, es decir sacudiendo y desordenando pelos, ropas, apagando fósforos, con la continuidad suficientemente rigurosa como para arrastrar papeles (en el supuesto caso de que contasen con ellos), con la continuidad descampada como para llevarse las palabras (en el supuesto caso de que fuesen pronunciadas).

Movimientos en general: de desplazamientos limitados e intermedios, siempre equidistantes en relación con la inmovilidad casi completa de Mauro Chavarría vertical y coronado por una única venda.

Peculiaridades desarmonizantes del conjunto: la pipa de Pedro, el hijo de Marisa, dicha venda, los labios de Marisa, la palidez de Mercedes, la serenidad inmutable de Rafael Soto.

Y cualquier observador no supeditado al conjunto entre piedras y completamente seco bajo el sol al influjo del viento, habría podido darse cuenta, en el supuesto caso de proponérselo y considerando los desplazamientos regulares de Rafael Soto y del Fantasma, que Mauro necesitaba decirles algo decisivo en general.

O sea que sin darse cuenta de lo que estaban formando lo mismo formaron una especie de semicírculo que lo sobreentendía —allí entre piedras, bastante por encima del nivel de los techos— como insobornable en su premeditación discursiva.

Olvido largamente lamentado: el de la libreta de apuntes, por parte de Roque: haberse olvidado nada menos que de su libreta a causa de buscar una media hora antes y en cada uno de los rincones de la casa, a toda costa, pieza por pieza, el escondite regocijado y si se quiere intimista, maravilladísimo del Fantasma.

CARTA

Ante las palabras de Mauro en general sobre la explanada pedregosa (palabras que no pudieron anotarse al pie de la letra), empezaría a cundir la incertidumbre entre los convocados. Ya durante la bajada hacia la casa, desperdigándose y arrancando algunas flores más o menos silvestres, cada uno empezaría a preguntarse a su modo (así lo conjetura Barcia) si aquellas palabras de allá arriba se habían referido a él en particular (como cayente y cayente), o en su defecto a una primera persona del plural que al conjugarse en singular y en presente aludía entonces a una situación si se quiere antiquísima y por lo tanto no sólo presente sino también estrictamente futura.

Algo en apariencia más grave todavía: al influjo de lo dicho por Mauro sobreponiéndose al viento y a cierta agresividad agreste de la semi meseta, tendería a insinuarse cierto desconvocamiento instantáneo y capaz de ser entendido —por algún observador especializado— como destino o peculiaridad de la especie.

Barcia acepta una como incoherencia regresiva, acepta que a pesar de su resolución de correr a la libreta en cuanto entraran a la casa, que a pesar de frases y hasta fragmentos enteros que habrían podido transcribirse sobre la marcha, se limitaría a buscar la proximidad de Juan-Juan, la de Pedro Cisneros, se empeñaría en colaborar con el Fantasma en eso de juntar papel con leña y que brotara fuego y en eso de juntar sal con carne de vaca

para disponerla mucho más adelante sobre el fuego: aquella columna de humo observada por el hijo reverente de Marisa hasta que empezaron a surgir algunas llamas ¿por qué ahora cuando habría que enfrentarse a lo que interesaba o crispaba? ¿por qué entonces?

Mercedes conseguiría, y era justo, salir con Mauro solos los dos a caminar entre sombreros extraños y algunos jirones de la cara de Nacha a todo color en primerísimo primer plano: que Figueras tenía siempre al alcance de la mano una cajita con sus dos muelas del juicio y un revólver cargado; que los sueños nocturnos remedaban la economía diurna; que su colega Hokusai antes de morir a los ochenta años exclamó que si el cielo pudiese otorgarle diez años más, cinco solamente, entonces sí que llegaría a ser un buen pintor: el hijo de Marisa, hipnotizado por el resplandor de las brasas ni siquiera los notaría de regreso, con los zapatos llenos de polvo y los brazos ocupados con paquetes.

Cundía la incertidumbre desconvocante entre los convocados, cada uno buscando a su modo la proximidad personal del hablante en la semi meseta: únicamente Juan-Juan con una botella afirmada contra la tierra, en apariencia reconvocado por algo demasiado juanjuánico, fumaría muy hondo frente al afianzamiento de las brasas.

Y el olor a carne expandiéndose por toda la casa tampoco conseguiría reconvocarlos. Teclea, entre tachaduras evidentemente desasosegadas: apenas alcanzar a darse cuenta, en ese frenesí de asador con lágrimas de humo, que las palabras, algunas palabras, algunas pocas palabras articuladas al revés de como ha sido siempre, al revés de lo escuchado y repetido siempre, pueden más que el humo, pueden más que el fuego, impueden incluso al olor de la carne que se cocina tan despacio.

Entonces, en página aparte, se hace notorio que Barcia abandona su tecleo y que sin darse cuenta del carácter recurrente de un acto de esa índole recurre a Raquel M. por segunda vez, unos dieciocho años más tarde. Porque allá en la casa de nuevo espectral del segundo norte, sin tiempo para reconocer que esa carne y ese vino festejaban (en los otros) la precariedad recuperada de un cuerpo y por lo mismo (en él) la precariedad primera de un pacto o de una complicidad a favor de lo escasísimo entrevisto, en vez de retomar su libreta a la luz de la lámpara roja, solo en la pieza contigua, iniciaría una carta muy extensa con Raquel M. como destinataria reconvocable.

Al rato de revolver entre la ropa de cama, con medio cuerpo adentro del ropero, Raquel M. a tan altas horas de la noche, en camisón y con la cabeza envuelta en un pañuelo de gasa, le entrega sin comentario alguno aquellas cuatro o cinco páginas manuscritas ¿con olor a carne asada, al kerosén de aquella lámpara? La emoción irreprimible de Raquel M. al entregarle esas páginas infinitamente previas a todo teclear y por medio de las cuales comprobara —sola en el sur y esperándolas tanto— en qué medida Roque era incapaz de olvidarla en el segundo norte.

Poco a poco Barcia vuelve a la luz de su lámpara eléctrica y por un instante algo prolongado concibe, aunque enseguida tachará, la posibilidad de incluir lo escrito bajo aquella otra luz de kerosén mientras todos dormían, o procuraban hacerlo.

En última instancia ni siquiera con Raquel M. había faltado a la complicidad prometida: primero le narraba la llegada, cómo Mercedes había corrido desentendida de obstáculos en la dirección de la luz espectral, los reencuentros, la pobre cabeza de Mauro entre vendas por haber caído y caído, le juraba haber sentido la necesidad de tenerla a ella (Raquel M.) a su lado; también le

aseguraba que sólo había sido posible esperar un milagro, que Mauro de repente mejoró excediendo con creces todo lo previsto etcétera, que frente a una alegría semejante cría haber llorado al revés en una segunda ocasión a lo largo de casi treinta años dado que la primera había sido con ella en el hotel de la calle Ecuador; y agregaba que ya era de noche tarde y que terminaba de comer carne asada bajo un cielo estrellado y magnífico imposible de distinguirse como tal desde el apelotonamiento kaliyúguico de las grandes ciudades, que a eso de las diez de la mañana Mauro había dejado su cama y los había besado a cada uno es decir a Mercedes a Juan-Juan a Nacha Ortiz al que llaman Fantasma a Pedro y Marisa Cisneros y al hijo de Marisa, a Rafael Soto y a él y que entonces habían salido con la finalidad de acompañarlo y que Mauro les propuso subir a una especie de meseta y desde allí arriba habían visto los cerros los trechos a dos aguas un río delgado, habían visto una especie de monte es decir cosas imposibles de ser divisadas desde abajo, y que entonces Mauro había necesitado decirles algo, unas pocas frases a todos en general y allí entre piedras: en esa explanada agreste y bajo el sol del mediodía y completamente despeinados por el viento habían formado una especie de semicírculo con Mauro de espaldas a los cerros, frases difícil de ser repetidas, frases entrecortadas, frases que dudaba si debía o no repetirle, que en algunas ocasiones Mauro se había visto obligado a reiterar debido a la intensidad del viento allá arriba, frases que de algún modo se sabía imposibilitado de recordar textualmente porque en algunos casos sólo recuperaría palabras, palabras sueltas, palabras como por ejemplo desilusión que al fin y al cabo sólo le formaba la frase desilusión de sí mismo; palabras si se quiere indirectas como cárcel, cárcel a secas; dos palabras como desaprenderlo todo y que no llegaban a formar ninguna frase; la frase final de que era

imposible escapar (de la cárcel) mientras él (Roque) se preguntaba escapar de qué cárcel y él (Mauro) sumaba la otra frase final de que solo, de que por los únicos propios medios, era imposible escapar etcétera.

En aquel viento que les había secado los labios, mal dormidos y hasta en ayunas, sin darse cuenta de nada o de casi nada, tal vez por mirarlo a Mauro dejando de percibir las piedras alrededor, el hilo de río, las nubes con cerros, los techos que se refractaban, hipnotizados por una sola cosa a la vez, su cabeza barciana devolviéndole por ondas la imagen de ella (Raquel M.) por su propia cuenta, su cabeza que de pronto le asociaba un pollo allo spiedo o el rencor a la oficina importadora o la otra oportunidad perdida hasta que de pronto lo reescuchaba a Mauro y por eso mismo dejaba de sentir a los otros que también parecían escucharlo, frases como pedazos de carne con ojos, un segundo insulto global como vidasdemierda y entonces la pregunta ¿para qué una segunda vez? seguida de la otra pregunta ¿acaso para usarla cómo? hasta que el hijo de Marisa empezaría a levantar piedras y a tirarlas hacia abajo y entoces parecía que él (Roque) lo estuviese mirando pero mientras tanto nada más asociaba esa urgencia de volver a sus brazos (los de Raquel M.) preguntándose allá arriba en el viento y ahora junto a la lámpara roja ¿qué sitio del mundo se estaba haciendo tibio con su presencia?, y se lo preguntaba un poco afiebrado a causa de haber andado tanto en medias, en medias húmedas y tan exageradamente frías.

Roque Barcia en el segundo norte necesitando cerrar aquel sobre, necesitando quitarse la ropa para meterse en la cama, con la urgencia de soplar la lámpara y fumar el último cigarrillo para al rato caer en la cuenta de que no podrá dormir, de que alguien anda por el patio techado debido a que tampoco le resulta posible dormir. Por lo tanto, entre imágenes furtivamente eróticas que le oca-

sionarían una erección acariciante, después de otra imagen brumosa y sobreimpresa donde el marido de mamá lo despedía a cada vuelta de una calesita tirada por un caballo ciego, sin darse cuenta de que ya fuma un primer cigarrillo porque en realidad ya está amaneciendo, con un poco de cartero que resepara el cuerpo en el primer norte que se funde con las cortezas de un plátano que a su vez se fundirá a un corredor blanco previamente fundido a una oficina en el momento de oler a humo en su mano izquierda que le está tapando la nariz o la boca por donde estaba saliendo la cuarta o quinta bocanada, con la erección de repente en ninguna parte, irrumpe la meseta pedregosa sin demasiadas veladuras, nueve y medio en la explanada llena de viento y el vendado vertical que repite lo que él empieza a repetir allí en la cama mientras quema la colcha con el resto de cigarrillo, o sea Roque repite aquello contra la imagen de su maestra de canto pegándole en la cabeza al primero de la fiela, se sienta en la cama y lo repite contra la imagen de mamá calentando leche para Luis en la hornalla derecha de la cocina también de kerosén, saca las piernas de las cobijas y lo repite contra las piernas de Barcia padre una semana antes y apoyándose en su hombro para llegar al baño, lo repite contra la tristeza indecible que no se da cuenta de dónde viene y que acaso nunca se dio cuenta de dónde venía, está de pie en la pieza, completamente vertical, y recupera los pasos de afuera que traen los pasos de un film sobre las gestapo y el miedo y el horror a la guerra en un mundo por supuesto injustísimo, apenas puede ya repetir la frase escuchada en la meseta pero le resulta imposible saber qué hace ahí cagado de frío en lugar de meterse en la cama en ese olor a colcha quemada y a sexo propio y a kerosén de lámpara: claro, la frase, eso mismo, iba a copiar la frase en su libreta pero ya no tiene la frase, es casi un sonámbulo, treinta años de so-

nambulismo perpetuo separando proteínas, grasas, alcaloides, esquemas, despidiendo el resto en cilindros bastante simétricos con excepción de las diarreas o de la excesiva cantidad de queso o de arroz, pobre Raquel M. esperando su carta en el sur y casi seguro paseándose llena de insomnio como el que camina afuera, claro, por el patio techado del segundo norte, Mauro había mentido, había fingido caer y caer con un propósito que él (Roque) no comprendía para nada, para nada de nada, Mauro en la meseta cubierta de piedras había dicho la frase que ya no puede repetirse ¿y para qué quería repetirse la frase, y para qué carajo había querido encontrar a su padre en ese frío del carajo?, la libreta, la libreta, la libreta, la libreta de anotaciones, el pequeño escribiente florentino se acostaba aproximadamente a esa hora, pobre, algo terrible una injusticia similar por ejemplo con el hijo de Marisa, había que terminar con toda forma de injusticia, lo antes posible, la frase de Mauro y enseguida a la cama, temperatura por eso mismo de los pies fríos, la frase de Mauro en la libreta, la frase de Mauro en una primera persona del plural que él (Mauro) había conjugado en singular y en el presente del indicativo y con todas mayúsculas PUEDO NO SER LAS POBRES IMÁGENES DE MI CABEZA Y POR LO TANTO NO SER MIS ESTADOS DE ÁNIMO, o viceversa, o las dos cosas al mismo tiempo y de nuevo la erección ¿cuándo habían dejado de caminar afuera? ¿cuándo se habían hecho mierda los boy scouts de la gestapo? ¿cuándo había muerto Lumière Luis? ¿y Lumière Augusto?, y mamá ¿cuándo había dejado definitivamente la guitarra?, ¿y cuándo volvía ese señor Alejandro Kressel de Ossipenkogred o kograd?, al fin de cuentas ¿le pagarían esos días de ausencia en la compañía importadora?, ¿incluso la vida de Alejandro Magno cabía en diez minutos continuados de sinceridad con Alejandro mismo?, Honorato de Balzac haciendo lo suyo vertical ¿o

una vez acostado y tapado? ¿o preferiría hacerlo mientras escribía con su pluma de ganso, en una pausa, después de algún alejandrino, lo mismo que Guillermo Shakespeare?

Aquel trinar reenchufado como para siempre jamás: el norte, el sur; la noche, el día; la caída y caída y la meseta pedregosa y la desmemoria; el ruido de una sola tecla y el silencio imposible, desarticulado, leucémico, semipóstumo, frontal, alusivísimo, irrisorio, groseramente precario.

Con tinta azul, con letra cursiva un poco exageradamente grande y de último momento pero que se va achicando a medida que termina la página y que cuesta descifrar de la mitad para adelante: mientras levantan los sostenes y recogen la carpa y alguien se lleva los trapecios, la cuerda floja, exactamente eso; mientras alguien se lleva la galera y las palomas, mientras alguien se lleva las pocas metáforas y las alusiones barcianas y queda nada más que un círculo transitado y transitado sobre tierra con aserrín, mientras quedan nada más los pozos donde estaban metidos los sostenes de la carpa: entonces el cielo reaparece, recolgado sobre la carpita con pelo te descifra, bendito sea el espacio inconmensurable, una vieja y obvia y reconocidísima vergüenza.

No bien cepillados los dientes y reencontrado el pijama, Barcia se acuesta a oscuras y con exagerado sigilo: Raquel M. permanecía despierta, Raquel M. no había pegado los ojos al conjuro del teclear espasmódico que sin alternativas posibles terminaba de referenciar aquella carta amantísima del norte. Primero sentirá el pie de ella en su pie y casi de inmediato la escuchará llorar y entonces de manera repentina se volverá de su lado justo cuando ella ya se volvía de su lado y por supuesto se abrazan en

esa como isla sin resplandor alguno: se abrazan en esa especie de isla sin resplandor alguno, en un octavo piso de la ciudad de Buenos Aires, y por supuesto lloran los dos abrazados y sin desordenar exageradamente las cobijas, media cara de ella sobre media cara de él y viceversa hasta que un rato bastante posterior Roque Barcia acurrucado, chupando mocos y necesariamente tan efímero contra ella, se escuchará decirle que faltan nada más que dos días para que Alejandro y Nancy Kressel irrumpan en el segundo norte recién llegados de Ossipenkograd, que faltaban nada más que dos días, que por lo tanto no faltaban más de tres meses y pico para que él (Roque) se decida y vuele hacia el sur con la finalidad exclusiva de casarse con ella (Raquel M.) y entonces casi de inmediato volar juntos en dirección a la selva del tercer norte (sólo tres meses y pico para que desbordara su corazón sobre la tierra), que en todo caso faltaban cuatro meses para reencontrarse todos en la selva y ella empieza a besarle toda la cara —desde la oreja hasta los labios y desde los labios hasta la otra oreja y enseguida vertical— sosteniéndosela en la horqueta de sus palmas y por consiguiente juntos y abrazados y hasta plausibles en el sur verán como poco a poco, minuto a minuto, se va haciendo de día en la ventana y la primera en levantarse será ella con el propósito de preparar café para ambos mientras él no podrá reprimirlo y se dirigirá otra vez sigiloso pero en pijama hasta la Remington donde tecleará que cuando al cabo de tantas horas de tecleo decidió finalmente acostarse, ella estaba despierta al conjuro de aquella carta donde le hablara de que cundía y cundía la incertidumbre entre los convocados debido a las palabras de Mauro en plena explanada pedregosa y que en efecto los dos se volvieron simultáneamente para abrazarse y llorar abrazados, al mismo tiempo y si se quiere al revés, como neutrales en una isla que poco a poco iría a llenarse de

resplandores, de ruidos, de confianza, hasta la reaparición imprevisible (para el resto del edificio) de ese remingtonear espasmódico nocturno que durante algunos minutos, sin lugar a dudas, habrá dado la impresión de reimplantar la otra incertidumbre perpetuamente desconvocada y leucémica de la noche escrita y concebida como reducto.

LA GALLINA CIEGA

Aislada otra vez de toda proximidad más o menos física con los otros, habrás sido la única en distinguir aquella ráfaga de jeep amarillo rabioso conducido por el inmutable Rafael Soto de ida en dirección al aeropuerto y un poco más tarde de regreso con un hombre y una mujer y tres valijas: porque en ninguna de las dos oportunidades (tal vez a causa de la incertidumbre desconvocante, tal vez reconvocados a medias por el espectáculo de la manufactura intensiva de botones) ninguno de los otros contó con la menor alternativa de descubrirlo: ni siquiera el hijo de Marisa entraría corriendo a través del patio techado para gritarles que acababa de ver un jeep amarillo rabioso levantando aquel montón de polvo impalpable y reseco al desembocar en cada curva.

En resumidas cuentas fue el mismo Rafael Soto sin edad precisable y esa cadencia exasperante al caminar el encargado de llegar hasta la casa, recorrer gran parte del patio y decirle a Mauro —nada más a Mauro, en sordina— que en ese preciso momento tanto Alejandro como Nancy Kressel, en el jeep amarillo rabioso, terminaban de culminar su regreso previsto de Ossipenkograd.

Cuando volviste de vagar por las proximidades supuestamente entre girones de tu cara en tecnicolor con el pico de la botella a centímetros de tu boca, ya Mauro se había desentendido de los botones a fin de recorrer las

distancias intermedias que separaban a los desconvocados entre sí, a fin de llevárselos de a uno a cierto rincón aparte con la intención manifiesta de hablarles (reconvocarlos) pero en este caso de una manera personal, cuchicheada. con absoluta independencia de los demás.

¿Y en cuanto a Roque Barcia?: leía uno de los dos libros de tapas oscuras sentado sobre un tronco o piedra abajo del marañón y desde allí lo vería acercarse a su debido tiempo, sin venda ni barba, como para no decirle nada en especial hasta que finalmente dice a media voz y con espacios entre cada palabra que esa misma noche ser conveniente visita de todos a casa Alejandro y Nancy Kressel. Y al rato de escucharlo y asentir lo verá alejarse hacia donde le recibías piedritas al hijo de Marisa, te verá resistir a media voz con una obstinación que a él (a Mauro) casi seguro le habrá recordado con creces la de Faustina Maggiore: resistirías hasta el fin, hasta que se hiciera de noche y empezaran a salir a la calle en fila india y ni siquiera Juan-Juan se quedaba a hacerte compañía: de repente fue, claro, la casa deshabitada con el balde enarbolado sobre el pozo de agua, muy poco antes o después de las siete u ocho campanadas, sola supuestamente en dos frente al coro de perros, ante aquellas luciérnagas descomunales que ni te habrán anunciado la selva, saliendo una vez más rezagada y puteándolos, con el apremio de que no pudiesen darse cuenta de que mientras caminaban amontonados hacia la casa de los Kressel, en un solo grupo bajo la constelación de Casiopea que tampoco habrá podido anunciarte lo intransmitible, al mismo tiempo y de manera rigurosamente simultánea, sin poder sospecharlo ni evitarlo, te perdían.

No haberse dado cuenta de nada o de casi nada, no haber esperado aunque más no fuese durante algunos

segundos antes de atravesar la entrada del jardín a partir del momento en que Mauro explicó en voz alta en general que ese jardín arbolado con el jeep amarillo rabioso entre los árboles y todo pasto húmedo y algunos canteros con flores no era otro que el con todas mayúsculas JARDÍN DE ALEJANDRO Y NANCY KRESSEL.

Por supuesto: entre aquel Roque que entró en quinto término y fue mirado en una primera ocasión a los ojos mientras tendía la mano, entre ese Roque que buscaría atolondrado, sofocándose, dónde sentarse hasta dar con la sonrisa de Nancy Kressel que le indicaría entre erres donde sentarse, entre ese hermano mellizo de Luis Ramos mirando por única vez en redondo hasta comprobar que los demás, con inclusión de Nacha, ya estaban sentados bajo el techo a dos aguas del living de los Kressel, entre el tacto específico de la alfombra poco más adelante perdida sin remedio y el Roque Barcia de después, es decir el de todos los meses y años a partir de ese living, estuvo y estaba ese pudor o decoro barciano imponderable a pesar de la nitidez abrumadora.

Había estado, sin pena ni gloria, la puntada disimulable en la zona alta abdominal.

Eso mismo, describirlo. Describirlos. Nombrar por ejemplo los objetos de ese living (uno por uno hasta agotarlos), nombrar la marca del piano y lo colgado en las paredes con tan pocas omisiones. Nombrar el tacto de las tazas que Nancy ya estaba distribuyendo en redondo mientras él (Kressel) los miraba uno a uno en redondo, lentamente, sin ningún apremio, quedándose en cada uno, de ida. Asegurar por lo tanto que todos irían desistiendo, a su modo, de decenas de frases tampoco pronunciadas con una taza de café humeante en una mano. Incluso la confianza común y recíprocamente reconvocante, si se quiere sofocada, en que hablara él, o ella, o Rafael Soto. O la impaciencia de que Juan-Juan mencionara por

su cuenta la marca del piano y que de esa manera cubriera el estrépito del café pasando por las gargantas reunidas. Los golpes de las tazas contra los platitos, golpes como estrepitosos. Ni siquiera Pedro que encendiera su pipa, que la soplara, que la golpeara contra la palma. Los ojos de él (de Kressel) recorriendo de nuevo cada par de ojos, sin ninguna urgencia, sin brusquedad alguna, en redondo, deteniéndose, de vuelta, mientras los cuerpos sobre la alfombra alteraban levemente sus posiciones, mientras el hijo de Marisa tardaba tanto en animarse, aunque sólo lo diría al oído de ella al animarse. Y ya cuando cada uno dejaba su taza sobre el mármol, con estrépito, con aquel estrépito y ciertos ruidos intimidatorios de articulaciones, ciertos ruidos a ortopedias y a desmoronamientos gástricos, la reaparición si se quiere espectral y entrecortada del latido leucémico.

¿Entonces experimentó la tentación de mirar a Mauro, en la complicidad que parecía desvanecerse, o sea de observarlo sin venda de ninguna especie ni tampoco barba allí junto a su hermana Mercedes con todavía el efecto amantísimo de la supuesta mejoría?: ni siquiera eso. Como cualquier hombre blanco intimidado por lo inusual sólo clamaba internamente, sin darse cuenta del todo, por la restitución, por el reimplantamiento; una vez más lo infinitamente barciano clamaba en el norte, con la intensidad de clamor de todo hombre blanco, por el retorno, la vuelta, el restablecimiento de la serenidad arrasada por el silencio.

De cualquier manera (bendita toda víspera de tabla a la deriva más cada desenchufamiento de ladrido nocturno) su voz (de Alejandro Kressel), su voz grave triplemente exílica, entre erres, su voz adulta y no lo que podría decirse precisamente fatigada, repercutió al fin bajo ese

techo a dos aguas: y la escucharon nombrar el nombre de pila Nancy, y casi de inmediato la pregunta de si se acordaba (ella, Nancy) de algo, de algo que en principio parecía lugar o persona o título de film más o menos reciente, hasta que ella al rato de una pausa contesta que sí, que claro que se acuerda, mientras empezaría a reír apenas aunque provocando la risa inexplicable y coral de los reconvocados por la misma serenidad fugitiva aunque desintimidatoria de la risa conjunta.

Y Kressel vuelve a mirar en redondo.

En una ráfaga más rápida de ida y de vuelta es como si atestiguara los nuevos indicios de la inserenidad aglomerada.

Sin embargo su voz ya empezaba a asegurarles que a él en particular le parecía una historia digna de contarse, una historia que valía la pena en el supuesto caso de que aceptaran que se las contase (y observa una a una las cabezas que hacen simultáneamente sí sin darse demasiada cuenta de lo que hacen): o sea la historia de un viejo conocido de ellos que había pasado gran parte de su vida contando historias, es decir alterando historias porque a medida que las historias se recontaban siempre había una puerta más, cierta precisión mayor, algunos kilómetros de menos: la historia del viejo conocido de las historias, siempre dispuesto a contar una nueva historia o una vieja historia renovada, historias generalmente amenas como por ejemplo la historia de aquel otro conocido de él que también se dedicaba a contar historias y al que él (el viejo conocido de ellos) siempre lo contaba contando historias hasta que un día o mejor dicho una tarde se encontraron en el boulevard du Montparnasse, aparentemente al azar, extranjeros allí, después de años y cada uno de repente sin otra compañía posible que el otro o viceversa: y como correspondía uno lo invita al otro a sentarse en algún bar y el otro acepta y pidieron

café sin contarse ninguna historia: los dos solos en silencio con la mesa de por medio, intercambiándose cigarrillos, a punto de iniciar una historia pero en cada nueva oportunidad desistiendo es decir a punto de que el otro se animara a empezar, mirándose con mucha dificultad a los ojos, esquivando poco a poco esas miradas los dos allí (allí frente a frente) hasta que el viejo conocido de ellos empieza a llorar, un hombre ya mayor lleno de historias de toda índole llorando en un bar y el otro al verlo sin impedir que le suceda lo mismo y preguntándole al viejo conocido de ellos por qué, por qué, que le dijera por qué no volvían de una buena vez a las historias.

Coro irregular de risas que titubean, coro que en cierta medida prolonga la primera risa persuasiva de Nancy Kressel: las posiciones de los cuerpos sobre la alfombra de pronto recuperada y, mientras tanto, esa alternancia de ruidos inaudibles adentro de los cuerpos tan frágiles: necesitaste ponerte de pie aunque en ese mismo momento Alejandro Kressel se adelanta para ofrecerte su sitio y a pesar de la obstinación y el fastidio terminarás sentada en su sitio.

Alejandro Kressel ahora de pie ocupando el sitio que dejaste. Desde allí, entonces sí, le pide a Mauro que por favor cuente algo de sus amigos: entre erres le pide que seleccione de la vida de cada uno de sus amigos aquello que considera más representativo, que intente contarlo con la menor cantidad de palabras posibles, con cuatro o cinco frases pero procurando, durante algunos segundos previos, ordenar en su cabeza aquello que va a decir antes de decidirse a decirlo, o sea al contrario de como siempre.

Entre ladridos reconectados al latido leucémico, entre algunos grillos, antes o después de las campanadas, es la mirada muy lenta de Mauro la que recorre cada par de ojos buscando al primero de sus amigos para buscarle

después cuatro o cinco frases relacionables que le conciernan. Ante el estupor indecible, casi se detiene en Pedro Cisneros pero a la larga se quedaría con Juan-Juan mientras por tu parte ya no podías resistir un solo segundo más ese sitio de Kressel que ni siquiera habías elegido y te paraste: fue como una señal reconvocante mientras seguía aquel cruce de miradas (cruce imborrable) entre Juan-Juan y Mauro en el living con techo a dos aguas: y se paró Marisa con el propósito de buscar a su hijo, Marisa vertical a buscarlo donde fuese, y se para él (Roque) cuando ya Mauro precisaba la primera frase Nació y se crió y cambió de colegios en el sur: Pedro también vertical tendiéndole una mano a Mercedes con la intención manifiesta de que lograra enderezarse, saliendo cada uno como para buscar a Marisa que a su vez buscaba a su hijo que a su vez ahuyentaba coyuyos, Pedro Cisneros como buscando algo para destapar la pipa y chocándose, golpeándose mutuamente en el marco de la puerta lateral que daba al jardín arbolado mientras Mauro agrega entre nuevas pausas Estudió piano sin verdadero convencimiento y muchas veces también llegó a preguntarse inútilmente cosas de repente olvidadas: abajo pasto, pasto húmedo y algo crecido, arriba un poco de cielo entre las hojas de los árboles demasiado frondosos, sombra de ex estudiante de química sobrecogida desde el colegio primario por la fugacidad siempre inexplicable de las cañitas voladoras, otra sombra entre troncos y alejándose entre las sombras, dos sombras capaces de treparse a los árboles como para buscar nidos en la absoluta oscuridad de las copas, sombra de ex artesano del cuero desconvocado y como buscando con qué destapar la pipa y alejándose entre troncos hacia madera y paz y desmemoria, cuerpos desconvocados en la oscuridad procurando por todos los medios no vol-

ver a golpearse entre sí, muñeca de trapo y el tratamiento del óleo hasta la hepatitis y un libro aparentemente como tantos y detrás del jeep amarillo rabioso donde como sombra trepa a la sombra mucho más reducida de su hijo que a su vez la reclamaría como sombra, cada sombra aislada como buscando algo imponderable, habrás sentido que cada uno buscaba en la oscuridad la forma de entenderse dos antes y después de renunciar con creces al profesorado de historia y cuando ya te desesperaban los ascensores, cada uno buscando la manera de sorprender a una luciérnaga, a distancias más o menos equidistantes en relación con la sombra del jeep y como si se buscaran privados de la vista entre sí, cada uno como buscando hongos comestibles, cortezas comestibles, la ferocidad de la maestra de canto y el espejo convertido en la palabra espejo meando a manera de sombra contra la sombra de un poste con sombras muy delgadas de alambres, cada uno como buscando hormigueros, monedas, como buscando en la oscuridad hierbas medicinales, flores silvestres entre las sombras de los árboles para después ir y adornar amantísimamente el living de los Kressel, como buscando reptiles medianos para poco más adelante embalsamarlos, entre campanadas que agudizan los ladridos del otro norte, en la misma humedad de la tierra y del pasto, con aquel estremecimiento al chocar con el cuerpo del Fantasma no mucho antes de que empezaran a sonar y a escucharse algunas notas de piano. Con todas mayúsculas: NO MUCHO ANTES DE QUE EMPEZARAN A SONAR LAS NOTAS DE AQUEL PIANO.

Entre notas de piano, entre troncos de árboles y a pesar de ellos el Fantasma conseguiría tranquilizarlos, los iría llamando por sus nombres en la oscuridad y entre las sombras. Una vez reunidos y mientras la sombra del hijo

de Marisa se les adelantaba en la dirección de aquella música simplisíma, fueron volviendo sobre la humedad del pasto, regresaron hacia la puerta trasera, la puerta fuera de quicio, la puerta de atrás de la casa de los Kressel rodeada de árboles en la oscuridad y entre las sombras.

Mientras Juan-Juan tocaba aquella música simplísima y Alejandro Kressel le proponía cada tanto que alterase cierta rigidez inútil de los dedos, o algo por el estilo de eso, Nancy sonreiría a cada uno sin preocuparse de que los zapatos húmedos mancharan la alfombra, con una bandeja de bombones mientras repercutía aquella música simplísima.

Y comieron bombones de pie en el centro del living, hasta que dejaría de escucharse el piano y se les sumaran Juan-Juan, Mauro, Rafael Soto, Alejandro Kressel. Te ibas ya mismo, los convocabas a irse ya mismo con gusto a chocolate y los zapatos húmedos pero en ese preciso instante ellos dos (los Kressel) retomaron inopinadamente aquel tema, como si estuviesen retomando un tema casual y hasta comprensible para los otros: Nancy preguntándole a Alejandro Kressel si no sería interesante que procuraran intentarlo / ¿que intentarán qué? / que intentaran cada uno por su cuenta sentir por ejemplo el brazo derecho / claro, podrían intentarlo durante no más de cinco minutos / cada uno podría intentarlo durante algún momento del día / sentir primero el hombro y sin dejar de sentir el hombro procurar sentir poco a poco el resto del brazo para sentir entonces la mano, procurar sentir al mismo tiempo el hombro el resto del brazo y la mano procurando sentir los dedos de la mano / sólo cinco minutos / no más de cinco minutos / y entonces tres noches más adelante se reunían allí / claro / todos allí tres días más adelante a eso de las nueve de la noche.

● grita el hijo de Marisa, y retumba en el patio techado. Todo niño, tanto en el norte como en el sur, grita a pulmón batiente cuando no puede dormir. ¿Qué pasaría en el mundo si los adultos gritaran por su parte a pulmón batiente cuando no pueden dormir?

DOS ENCUENTROS, UNA PREGUNTA Y UNA SOSPECHA

uno

El mismo living bajo el mismo techo a dos aguas, con objetos que podrían enumerarse, con un piano.

Las mismas personas sentadas en los mismos sitios, pero tres días más tarde.

Hora: entre las nueve y diez y las nueve y veinte de la noche; noche muy calma y a su vez anunciadora del verano en el norte.

Afuera: los mismos ruidos como ser perros que reladran, grillos que recantan, frutos que pueden caer en el momento menos pensado, campanadas que ya sonaron pero que volverán a sonar como independizadas de todo registro anterior.

Adentro: el mismo silencio intimidatorio, en el fondo no precisamente el mismo de tres noches antes, pero casi el mismo.

Nancy Kressel: la misma sonrisa al rato de distribuir las tazas con café y de ocupar el mismo sitio de siempre, con algo extraño en la manera de hacerlo.

Alejandro Kressel (después de abandonar su taza sobre el mismo mármol): la misma mirada en redondo, sin

ningún apremio, lentamente, deteniéndose en cada uno, de ida; sin embargo, antes de volver lentamente, también en redondo y lo mismo deteniéndose en cada par de ojos, su pregunta de si alguien necesita contar o referir algo en relación con el brazo derecho.

Afuera, además y percibido en forma repentina: un poco de viento noroeste entre los mismos árboles, algunos de los cuales cubrían el jeep.

¿Quién habló, en definitivas cuentas?: ¿Mauro?, no porque tanto él como el Fantasma como Rafael Soto conocían de sobra ese asunto. ¿Mercedes?, casi con seguridad que tampoco, por lo amantísimo hacia Mauro, o por la nueva carta que acababa de recibir por parte de Figueras quien, unas pocas noches antes, había reabierto la cajita para comprobar si el revólver cargado seguía cargado y a punto. ¿Entonces Nacha?, no todavía.

Pero en última instancia: ¿tiene verdadero interés precisar con exactitud quién fue concretamente el que habló? Ninguno. Lo único interesante es que alguien habló, uno cualquiera de ellos, con voz temblequeante, empalidecida, entrecortada, carente de timbre, semiafónica, intimidatoria, reconvocante, monocorde, pobrísima.

Texto de lo dicho: el mismo que fuera transcripto (con alteraciones inevitables) esa misma noche en la libreta, y que se transcribe unos dieciocho años después en la primera persona del singular. Las pausas, muy sofocadas, se señalan (manuscríticamente) por medio de espacios dobles:

lo primero que pensé hace tres noches al salir de aquí es que no iba a intentar nada de nada con mi brazo derecho,

pero ayer lo intenté, sentado sobre una silla y solo adentro de una pieza intenté sentir, primero, el hombro derecho,

la cabeza, mientras tanto, iba y venía, giraba, la cabeza estaba en el sur, estaba en el norte, estaba atrás o adelante hasta que de pronto me di cuenta que hacía mucho tiempo que seguía sentado allí procurando sentir el hombro derecho,

y entonces creo que algo sentí, creo que empecé a sentir que de repente tenía un hombro derecho y quise seguir sintiendo el resto del brazo pero de repente, de repente,

cuando mucho después descubrí que seguía allí sentado ya no tenía ni siquiera el hombro derecho, ya ni siquiera podía precisar para qué estaba allí sentado solo en una pieza,

entonces sentí miedo de mi situación, sentí que parecía mentira, sentí que nunca había podido sentirme, sentí que nunca llegaría a sentirme, pero de repente,

de repente cuando volví a acordarme del hombro ya ni siquiera estaba sentado allí, había salido de la pieza sin darme cuenta, estaba hablando con alguien que a su vez me hablaba, sin hombro, sin brazo, casi sin verlo, sin oírlo, sin que pudiese escucharme.

¿Algún comentario posterior por parte de Alejandro Kressel? De hecho, que así era, que parecía mentira. Que entonces procuraran intentar, en algún momento del día mientras caminaban por donde fuese, que pasaban por puertas, bajo marcos de puertas / procurar darse cuenta

que pasaban / eso / y entonces tres noches más adelante se reunían de nuevo allí / claro / a la misma hora.

otro

El mismo living etcétera, el mismo silencio, los mismos o parecidos ruidos y tazas y posiciones y mirada en redondo; nada de viento afuera a causa del plenilunio etcétera. Alejandro Kressel pregunta si alguien, en relación con los marcos de las puertas, tiene algo que decir etcétera.

Texto de lo dicho por alguien que bien podría ser Marisa: el transcripto en la libreta, etcétera. Las pausas muy sofocadas vuelven a señalarse con espacios dobles:

salí de compras por el pueblo y me propuse darme cuenta de que pasaba, cuando pasara, por debajo del marco de las puertas,

en una sola oportunidad, faltando nada más que un paso me acordé pero mientras daba el paso ya la cabeza estaba en otra parte,

cuando volví a la casa supe que había pasado sin darme cuenta por lo menos bajo dieciséis marcos de puertas,

que durante toda mi vida había pasado sin darme cuenta bajo miles, bajo decenas de miles,

y sentí miedo de ser sonámbula, de estar hipnotizada, sentí vergüenza mezclada con miedo, y al revés.

pregunta

Esa misma noche, o durante la noche del encuentro que siguió, planteada de manera concreta por el mismo Roque y también anotada en la libreta: ¿pero en todo caso era posible cambiar esa situación desesperante, aterradora, hasta hace tan poco tiempo inimaginable?

sospecha

Sospecho, dijo Alejandro Kressel después de mirar una vez más en redondo, que es muy difícil cambiar nada y que solo, uno solo por sus propios medios, resultaría más bien imposible. Tal vez entre muchos, entre todos, pero sin grandes esperanzas de ninguna especie porque toda vida, como toda octava, tiende a perder la dirección original etcétera.

EL SECUESTRO

Y tanto Alejandro como Nancy Kressel cada día más enigmáticos (¿a quién se le podía ocurrir que uno no se da cuenta de que habla, que uno es un pedazo de carne parlante?), cada día con conductas y frases y sugerencias más extrañas mientras Pedro Cisneros a punto de irse con Marisa y con el hijo de Marisa igual aprendía la manufactura de botones, mientras Juan-Juan a punto de irse lo mismo salía cada tarde a la misma hora para ser repianizado entre erres.

Una vez por semana, infaltable, Rafael Soto en el jeep amarillo rabioso haciendo sonar la bocina y sin moverse del volante hasta que le cargaban las cajas repletas de botones. El jeep y Rafael Soto.

Casi todos a punto de preparar en secreto la valija, a punto de salir a primerísimas horas dejando unas pocas líneas que sin alternativas de ninguna especie tenderían a desencadenar el reguero demasiado contenido de ausencias.

Diálogos furtivos, salidas nocturnas furtivas de a dos o de a tres, aquella extrañeza intolerable en los Kressel.

Y ya era pleno verano, ya era el colmo y de manera repentina (casi apesadumbradora) aquel anochecer sin gota de aire, sofocante: los dos bolsos que apoyaría como si nada a cada costado de sus piernas para casi en seguida golpear las manos con aquel estrépito que retumbaba en la casa, inmóvil allí adelante golpeando las manos hasta

que Mercedes que volvía del pozo con el balde cargado de agua le grita a Juan-Juan también ocupado en los botones que la que golpea las manos adelante con dos bolsos a cada costado no es otra que Inés, Inés recién llegada del sur y Juan-Juan en vez de sobresaltarse limitándose a correr de manera muy nítida y acordada a lo largo del patio techado, hacia ella que sonríe, más que corriendo asegurándoles a todos que por lo tanto se queda, que no está a punto de preparar ninguna valija ni de dejar ninguna nota explicatoria, que no se moverá de allí: Inés pasándole las palmas por la nuca hasta que Juan-Juan la trepa a unos diez centímetros del suelo, la aparta de los bolsos para hacerla girar en redondo agarrada a su nuca y abrazada por él, dos vueltas completas de los dos en redondo, en la puerta del segundo norte y a la vista de todos, quedándose.

En todo caso podrían seleccionarse frases globales de Kressel, podría seleccionar entre sus propias anotaciones relacionadas con aquellas frases, pero prefiere reflexionar intencionalmente acerca de la extensión inhumana de los domingos en general en cualquier sitio de la tierra. Es decir todos los domingos idénticos entre sí para entonces contrastarse con aquel domingo bajo el techo a dos aguas de los Kressel, en la misma relación de extrañamiento de todos los lívines contra ese living, en la misma relación inexplicable de todos los nortes (y sus posibilidades alusivas, incluso) contra aquel norte calcinado y provisorio en una tarde de domingo y en pleno verano.

Sí, a punto de olvidar que se los había citado a las cinco de la tarde, siempre a punto de preparar cada uno su valija y entonces no llegar a ningunas cinco de la tarde, todos acudieron por separado, sobre el polvo reseco

y traspirando, confluyeron por separado a esperar bajo los árboles, apoyándose de a ratos contra el jeep amarillo rabioso bajo los árboles.

Chicharras a todo volumen: otra vez haciendo el ridículo allí amontonados e insatisfechos.

Y volvieron a entrar en fila india y poco a poco cada uno fue ocupando su sitio con la inclusión del sitio de Inés que demostraba claramente que ya algo sabía por medio de cartas: mirada muy lenta en redondo una tarde de domingo, Kressel sin interrumpir para nada aquel recorrido empezando a desplegar algo que parecía mapa o plano, sin ninguna urgencia, deteniéndose en cada par de ojos, de ida: no se trataba de hacerse grandes esperanzas (pausa prolongada y sonrisas apenas) pero se trataba de un claro de selva a no mucho más de unos cien kilómetros de allí, dos cuerpos ya edificados etcétera en un claro de selva donde habría que construir cuanto antes una sala para el piano

una sala para el piano

¿construir una sala para un piano, en un claro de selva, cuanto antes?

pero lo importante no sólo sería levantar las paredes de esa sala y cuidar las eras y cosechar café

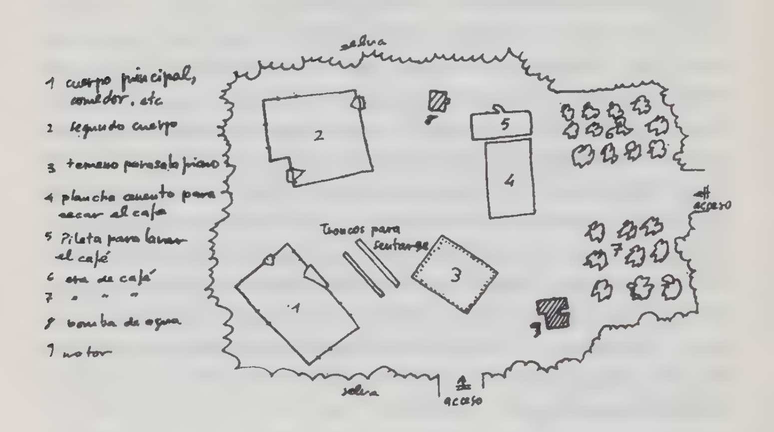
¿cuidar las eras y cosechar rousseauneanamente café, en la selva? ¿y eso no sería lo más importante?

tenían una semana para decidirlo porque se trataría de una permanencia de todos en la selva

¿a quién que no fuese Alejandro Kressel podía ocurrírsele algo semejante, un domingo por la tarde?

una semana exacta para decidir un año (o dos, o tres) en la selva y allí estaba el plano en una escala por supuesto

olvidada, el plano del claro de selva a unos ciento y pico de kilómetros de ese living y podían pasárselo en redondo, de mano en mano en redondo:



poco a poco, de mano excedida a mano irritada a mano a punto de meter ropa en valija fue volviendo hasta Kressel que por lo tanto lo doblaría sin urgencia de ninguna especie para guardarlo mientras miraba en redondo, deteniéndose, sin brusquedades, de vuelta. Entonces Nancy Kressel, de pronto, con la ayuda del Fantasma y de Rafael Soto y hasta consiguiendo que Nacha Ortiz la ayudara, empezó a correr los muebles: fueron corriendo los muebles y enrollaron la alfombra mientras Juan-Juan (nada menos que un domingo a la tarde, en pleno verano) no sólo se dirigía hacia el piano sino que hasta levantaría la tapa

¿corrían los muebles, enrollaban la alfombra y levantaban la tapa del piano? ¿pero cuál era entonces el límite de todo ese delirio?

Alejandro Kressel pidiéndoles entre erres que se quitasen los zapatos

¿los zapatos?

que después de quitarse los zapatos procuraran (serenamente) relajarse

¿relajarse por la tarde de un domingo, a los treinta años, con ese calor del carajo?

que fueran ubicándose por rangos de cara al piano, dos rangos (la palabra rangos) con los más altos adelante, con los más bajos atrás y relajarse y escuchar primero ese ritmo, ese ritmo simplísimo que tocará Juan-Juan

¿admitir ese ritmo en el cuerpo hasta que llegue la señal de moverse y provisoriamente limitarse a imitar los movimientos de Nancy, buscar un centro o eje?

el cuerpo no podía mentir (¿el cuerpo no podía mentir?) acerca de la vida por lo general lamentable que lleva, el lamentable cuerpo despatarrado y jadeante, con la carpita con pelo en función permanente rearmando cualquier cosa que no sea ese ritmo y la pobre Mercedes a punto de caerse, Pedro Cisneros enredando las piernas (¿un eje o centro?), el brazo derecho que baja cuando debe subir, a los treinta años cumplidos, traspirado, con quince días de plazo, agitándose, ridículos, reescuchando cada tanto ese piano y la voz de Alejandro Kressel, en medias otra vez lo mismo que un payaso que ya ni siquiera terminaría en payaso cómplice, como imbéciles, como niñitos niñitísimos y lamentables, avec une peur panique d'être vous par nous mêmes.

De cualquier modo, aunque hubiese tenido que saltar por encima del jeep amarillo rabioso, aunque hubiese te-

nido que reconocerlo a grito pelado delante de todos, Roque necesitaba hablar a solas con Mauro, de una vez, ya mismo, y por lo tanto a unos cien metros del living de los Kressel, todavía con algo de fatiga pero con los zapatos puestos, no sólo lo alcanzará sino que lo intimidará para que se retrase. Y doblarán en una esquina para alejarse en silencio hacia un prolongado rodeo silencioso que culminará en la semi meseta.

Ahora en vez de los techos a dos aguas se veían las luces, no se veía el río pero podían verse las estrellas, no se escuchaban pájaros pero se escuchaban los perros, no se distinguían las piedras pero era posible repisarlas, no se veía nítidamente el humo pero era posible distinguir la brasa enrojeciéndose al pitar, lo mismo que abajo de cierto limonero real cuyo tronco formara una ele con un tronco reseco y después empapado y otra vez reseco.

Ahora buscaban a tientas dos piedras más o menos grandes para sentarse, a un montón de años de un tren cargado con vacas que pisoteaban y removían su propia bosta olorosa.

Ahora ofrecerían la impresión de encontrarse a punto de retomar un diálogo con el viejo Urrutia muerto, con Barcia padre en el cementerio diminuto de Ciudadela.

Sobre la explanada pedregosa, sentados y próximos, mientras el sudor se secaba de a poco a causa del aire, habituándose como todo el mundo a la oscuridad, no debieron pensar exactamente en la kermesse heroica entendida como fiesta de los locos y de los sabios, o en la supuesta inverosimilitud del olvido.

El mar un jaulón abarrotado con los canarios del marido de mamá.

Sentados cada uno en una piedra, con las piernas estiradas bajo las estrellas admitirían de una manera tácita eso de que en cada ciudad, en cada pueblo, volvían a cumplirse los cuatro puntos cardinales.

Ni mención a los viejos desasosegados y chantajistas. ¿Las valijas de Marco Aurelio, sin embargo, ya estaban preparadas?

Mentira: no les llegaba ningún tipo de música a pesar del domingo, ni tampoco les llegaba el croar capaz de anticiparles la selva, ni siquiera el olor de la resaca.

Eso mismo: el yeso inconcebible del exilio sobre la tabla a la deriva de un desconsuelo que me faltaba y me revuelve imposible.

Se trataba de soles lejanísimos con un montón de pelotas girando todo alrededor y escritos hasta el bochorno, claro.

¿Entonces la urgencia por escapar a toda costa de la tontez del nocapaciente, en resumidas cuentas, había sido intuición de todas esas erres inscriptas?

La vociferación de la desmemoria contra la vociferación de la droga contra la raíz alcohólica en esa leucemia como tantas.

Con intermitencias, algunas luces se apagaban, otras luces se encendían o ya estaban encendidas; otras, en cambio, permanecían inmutables: primero cayó un pucho echando chispas y casi de inmediato rodó el otro pucho sin arrojar ningún tipo de chispas.

A partir de eso, barcianamente, con la voz entrecortada, se lo dijo: parecerle mentira, tener treinta años cumplidos con creces y parecerle mentira, parecerle otra cosa en otro alguien, sentirse muy solo y muy cagado de miedo, sentirse a punto de irse y sentirse a punto o casi a punto de experimentar una vieja y menesterosísima vergüenza.

En primer término baja el balde que todavía no refractaba y cuidadosamente va dejando que se sumerja en el pozo con un chirrido muy suave de roldana; después

tira de la polea que reproduce el chirrido mientras el balde asciende con agua, empapado y opaco; acto seguido procura apoyarlo en el borde y a la larga lo consigue y en seguida empieza a introducir las manos en el agua del balde alterando de esa forma la temperatura interna de su cuerpo; junta poco después las palmas que por lo tanto forman una horqueta que a su vez forma una especie de cavidad precarísima con la que acercará agua fría a su cara, acompasadamente, en repetidas oportunidades, como con afecto.

De nuevo sin haber pegado los ojos.

Bajo el marañón que ya por su parte resplandecía, no presionado por carta demasiado inmediata capaz de asumir cierto papel decisivo o en todo caso maléfico, tampoco intimidado por presencia humana conminatoria, con la cara fresca y secándose, con el tiempo necesario para distinguir algunas cotorras inmóviles en medio de los desplazamientos frenéticos del gran trinar indiferenciado, lo decide; como si alguien lo decidiera en un arranque perdurable y carente de gradaciones o altibajos, sin posibilidad alguna de recaídas inmediatas, con la limpidez y hasta casi diafanidad de esa hora alocadamente traslúcida del lunes estival en el norte.

Por lo tanto, a partir de ese instante expansivo y prolongable, antes de lanzar a su cuerpo a la ejecución pormenorizada, asiste al paulatino desbordar —horas más o menos— de su corazón convincente sobre la tierra raquelémica.

Unos diecisiete años más tarde, también sobre la marcha, con Raquel M. ausente, buscará sin mucha convicción pero con demasiada impaciencia en cada uno de los cajones del ropero, se sumergirá entre la ropa blanca, en los estantes, levantará el papel del fondo de los

cajones. A su debido tiempo (cuando ya casi desistía), aparecerán adentro de un sobre adentro de una valija de mano, entre ropa de abrigo y algunos paraguas, intactas junto a dos muñequitos con cintita que por supuesto desecha: en el umbral del Registro Civil de la ciudad de Buenos Aires (ropa de calle, como aturdidos); junto al rosal del mismo Registro Civil (la misma ropa, a contraluz los cuartos de perfil); partiendo una torta blanca y mediana (la misma ropa, el mismo cuchillo) con todos apiñados y asomándose a foco y compungidos y rencorosos porque se la llevaba —horas más o menos—, en dirección al norte, con el desatinado destino de la selva.

Se ha quedado observándolas, sin necesidad explicable. Incluso ha tecleado como al conjuro con la misma y renovada ausencia de convencimiento. Y ha vuelto a observarlas y a barajarlas y a pretender describirlas. Pero de repente, claro, casi sin tiempo para teclearlo, ha escuchado la llave y casi de inmediato sus primeros pasos, ha desistido por completo decirle, exclamándolo: ya no falta nada, ya casi estamos saliendo en dirección al aeropuerto para volar en dirección al norte, nupciales, con destino al claro de selva.

Despedidos y por gran parte de la ciudad con las valijas de ella, esa ciudad de pronto con las calles despejadas de toda connotación que no fuese puramente geográfica, llana y con zonas de árboles y con zonas peladas y con algunos monumentos alegóricos, con un hotel en uno de cuyos cuartos refrigerados resultaría imposible transmitirle nada de nada, ni por medio de palabras ni por medio de ademanes: abajo del marañón con la cara secándose lo había decidido, imposible transmitirle esa como baba de cierto fervor o abatatamiento.

Un gran, inmenso, descomunal plano no necesariamente selvático pero muy extenso, en escala irreprochable, escandalizando la disponibilidad raquelémica, desentendiéndola de que estaban suspendidos en el aire con cuerpos de una fragilidad escandalosa, de que ella se iba pero que él regresaba al revés y hasta parecía mentira: cuatro motores haciendo levantar decenas de miles de cabezas, espantando liebres y caranchos, dramatizando perros y de alguna manera reafirmando un gran, inmenso, descomunal destino visible y aéreo: vacío en el vacío donde resultaría imposible agarrarse de nada, de cada cosa agarrable que cae a su vez con una indiferencia repentina, con una impasibilidad que ya estaba secretamente contenida, Raquel M. sobresaltada por los colores y la delgadez de los ríos, ofreciendo su mano para en seguida apretarla contra la otra en medio de ese barullo atemperado y deslizándose, es decir dos piernas terminadas en zapatos con adentro pies o sea un tórax que se dilata y se contrae más dos brazos que terminan en dedos con uñas, entre las piernas cierto escozor nupcial y arriba de todo una especie de esfera irregularísima con menos pelo y agujeros capaces de evidenciar por una fracción de segundo la primera efusividad de ella hacia los colores cambiantes de la tierra, hacia los colores de las vegetaciones indiscernibles y de las nubes: y el latido, latido rítmico invisible una vez más suspendido en el espacio por motores de hélice que no están en el sur pero que tampoco sobrevuelan el norte y adentro de todo, es decir un poco por encima de la puntada y de los revestigios de acidez, un poco por debajo de donde pasa cada tanto la saliva, cierta veleidad de punto o cómo llamarlo movible, o no necesariamente punto central ubicable a causa de su supuesta movilidad provisoria.

Cuando no llueva habrá mucho polvo y el calor se volverá pegajoso, el polvo volátil se adherirá a la piel; en cambio cuando llueva el agua tenderá a volverse torrencial y permanente, desapacible a causa de la doble intensidad de truenos y relámpagos. Pero siempre será verano. Y por eso nunca nadie podrá exclamar que está terminando el verano o que está a punto de empezar el verano. Durante las lluvias torrenciales el río ubicado entre el pueblo y el claro de selva compartido podrá cruzarse en canoa y de acuerdo a la ley del paralelogramo; pero cuando el sol seque, a medida que el sol vaya secando el paisaje en general y por consiguiente el agua del río baje, entonces podrá cruzarse a pie y hasta en ciertas ocasiones será posible cruzarlo con el jeep amarillo rabioso. Entonces entre ambas circunstancias y sus características peculiares tendrá lugar, sin excepción diurna posible, la aparición fulmínea pero no obstante duradera, inimaginable en su esplendor y nitidez, del arco multicolor (radiante y nunca fragmentado) del con todas mayúsculas ARCOIRIS DE LA SELVA. Y el cielo nocturno, no precisamente el cubierto y amenazante de los períodos de lluvia sino más bien el despejado y abierto de cuando cada cosa tiende a secarse lentamente en medio del croar indesenchufable, ese cielo y no otro dejará en evidencia, cada vez que se levante un poco la mirada despojándose en todo lo posible de aprehensión, el espectáculo garrafal garlópico descojonante de la palabra galaxia.

Por lo tanto de aquí en lo sucesivo, y gracias a la acumulación lunática de noches y noches, de tanto tabaco y alcohol y tecleo, sólo se pedirá una voz no demasiado apegada a la evidencia imposible, cierto tono global capaz de contenerlos hasta que pueda cumplirse la cosecha

y que al mismo tiempo sea capaz de abarcar dos deserciones simultáneas y un lagarto espantado.

Pero entonces recuerde —procure hacerlo— que ninguna voz desespera por darse y que si al fin de cuentas da algo sería nada más que la ilusión reiteradísima de un tono que tampoco desesperaría por darse. Es decir no piense en Nacha Ortiz, no sea adúltero imaginario como todo hombre blanco.

Y también procure recordar a su manera que cualquier tono leucémico representaría, a su vez, la otra ilusión de un desgaste inconmensurable. Y cite por lo tanto que si bien un clavo desaloja a otro clavo cuatro clavos hacen una cruz.

Y revívalo a su manera con una intensidad también irrisoria, a sabiendas, con una intensidad apiadada.

III

Le temps passé sous l'aile
La caresse de l'air
Le portrait que je laisse
Et touts les mots violents que je n'aurai pas dits

PIERRE REVERDY

ES INFINITA ESTA RIQUEZA ABANDONADA

Se hace todo lo posible por recapitular antes que nada la irrupción, la cuesta del último cerro hacia abajo recién amanecida, por precisar ese cerro no desde la perspectiva posterior y luctuosa sino más bien desde la como disponibilidad ignoradora de la primera vez: ruedas sobre ripio y las curvas, declive y estrechez entre la pared de piedra y el vacío literal; también se hace lo humanamente posible por reconstruir la impresión original de los grandes árboles, pueblo de cuarenta y pico de casas y una iglesia bajo bandadas de papagayos, el grito impersonal de los monos, luz todavía no a raudales pero que se volvería una especie de obsesión por la luz; se harán los esfuerzos necesarios para que aparezca muchas veces la palabra culebra, las palabras culebras y culebras: allí abajo y a menos de tres kilómetros de las cuarenta y pico de casas, después de cruzar el río en la canoa, recién casados y con tres valijas, arañándose la piel y desgarrándose la ropa, entre loros y culebras y cucarachas voladoras, se procura por todos los medios recuperar el calor pegajoso, la primera sensación frontal de calor pegajoso: siempre verano es decir nadie que pudiese exclamar de repente palmeándose los muslos y a los saltitos por ejemplo que se estaba terminando el verano, es decir nadie que pudiese exclamar quitándose el pullóver o desenroscándose un echarpe que estaba a punto de empezar el

verano; y sobre todo cómo, en aquella manifestación incontrolable del mundo exterior con trechos pantanosos y un croar que se volvería indesenchufable, con culebras y tábanos y amenaza de tarántulas, castigados por las espinas de bambúes, dieron de repente a ese claro representado en el plano pero al que sólo sería posible reconocer gracias a la presencia inefable del jeep amarillo rabioso junto a la pileta enorme de cemento.

El jeep resplandeciente a eso de las seis y media de la mañana y en pleno corazón de la selva es recordado con absoluta nitidez porque representó (de inmediato) la otra manifestación incontrolable de cierta tranquilidad repentina en los dominios específicos del mundo en este caso interior.

Y ya para entonces podía recordarse, una vez abandonadas las valijas sobre la tierra, que en el pueblo de unas cuarenta y pico de casas y una iglesia recién dejado atrás no sólo habían escuchado el uso del gerundio sino que se había asistido a bandadas de monjas misioneras agitándose en la dirección del tañir de la única campana casi gutural: allí estaban los Barcia repentinamente sobrevolados por un bimotor y después de puentes colgantes, llenos de barro y picaduras, observando la ausencia total de señales humanas en ese claro de selva dominado por la casa de dos cuerpos entrevista en el plano, enorme y de madera opaca sobre sostenes de cemento, con montón de ventanas y puertas, sin asomo de humo por la chimenea.

También se recupera con bastante nitidez la primera presencia que al descubrirlos allí recién brotados de las lianas y de los papagayos y de las culebras y de los mosquitos y de las hortigas y de la amenaza de tarántulas, se había abalanzado jubilosamente hacia ellos: los muy

imborrables pasos ligeros de Nancy Kressel que primero besó a la esposa reciente y absorta y de inmediato tendió la mano al esposo reciente y absorto, que pretendió levantar una de las valijas sin que el esposo reciente y reconfortado fuera a permitírselo y que entonces indicaría por medio de su cuerpo en movimiento el camino, la dirección a seguir adentro de botas de goma y volviéndose cada tanto para comprobar que la seguían hasta una de las puertas con dos ventanas con alambre mosquitero: la cama y la lámpara de kerosén, un sapo en las inmediaciones atontado y perplejo y a mitad de camino entre lo sápico y la obstinación demasiado humana en lo relacionado con empresas a mitad de camino entre la incertidumbre y la locura.

El recién casado se tendería de inmediato en la cama procurando no ensuciar la colcha con el barro de los zapatos mientras la recién casada entreabriría una de las dos ventanas por donde empezaría a acentuarse la luz, por donde entrará el fragor renaciente de monos lejanísimos y loros carcajeantes de la luz. Pero lo que no puede ubicarse con precisión, en última instancia, es en qué momento golpearía la puerta Alejandro Kressel.

Desgracia inevitable haber recurrido a las dos palabras mundo interior, según Barcia esas dos palabras irreemplazables a pesar de tanta desgracia: pero de esta forma se recupera a Alejandro Kressel en el marco de la puerta o sea exactamente ubicado entre aquella manifestación incontrolable, sonora, del abigarramiento del mundo exterior bajo la luz deslumbrante y por largos momentos enceguecedora, y la semi penumbra del mundo interior con un sapo inmóvil, con olor a encierro y a humedad no ventilada, con alambres defensivos, valijas conocidas y casi propias, con la posibilidad del cuchicheo obvio, del restablecimiento, del reposo, de la inmunidad inmóvil e inutilísima, roperizante.

No se hace nada para describir a Kressel desde los ojos de Raquel M. en el corazón de la selva, sólo tiende a precisarse (sin economía de detalles) que a partir de cierto chillido indefinido entró cerrando la puerta y de esa manera rehabilitando en parte la penumbra: imposible recordar las palabras exactas pero para eso están las libretas de apuntes (las cuatro de las diecinueve que abarcan desde la pieza conjunta al cuerpo fragilísimo de Mauro, hasta la aparición insostenible de una culebra como tantas): la presencia común allí en la selva tenía o debería tener dos finalidades a saber: una (externa) que consistiría en levantar una sala para el piano en el menor tiempo posible y de la mejor manera posible, en cuidar abonar y ensanchar las eras a fin de cosechar café (medio de sobrevivencia común); y una (interna) estrictamente personal (y a pesar de tanta desgracia) consistente en aprovechar dicha actividad exterior para buscar una especie de punto o centro más o menos estable capaz de constatar con la mayor imparcialidad posible cómo es que se vivía afuera, etcétera.

Se hace mención a lo poco claro que había resultado Kressel, el lógico anonadamiento raquelémico y aquel lento desplazarse de ambos hacia la ropa adecuada que se encontraba en las valijas: se abrazaron en el centro de la pieza y reaparecerían tomados de la mano en la claridad y el chillido que se acentuaba. Hubo por supuesto apretones, besos, hubo la recuperación instantánea de los rostros, una taza de café para cada uno, tostadas, algunas risas contenidas, hubo miradas extrañas y actitudes extrañas: allí estaban los Barcia tomando café y mordiendo tostadas, con esa ropa nueva, con ese rictus común si se quiere aristotélico, sanmartiniano.

Alejandro Kressel miró entonces en redondo, lentamente, deteniéndose en cada par de ojos con inclusión del par de ojos de Raquel M.; desde el interior de una

carpeta de la que asomaba un extremo del plano extrajo un papel, una lista de nombres: leyó quienes se dedicarían a los pozos para los sostenes para la sala para el piano; quienes se ocuparían de cocinar el almuerzo y la cena, etcétera. Sin embargo, en esa diversidad exterior de obligaciones personales estaba la posibilidad de un posible intento sin garantías: ¿procurar, mientras se trabajaba afuera, no ser tragado por dicha actividad? ¿es decir buscar un punto o centro desde donde verse haciéndolo?

Se recapitula que salieron todos para dispersarse mientras el hijo de Marisa le acercaba el extremo de un palo a su mona atada con una cadena a una estaca supuestamente dispuesta por Pedro Cisneros. Por lo tanto, sonámbulos de la selva con la piel castigada por decenas de elementos de la incontenible manifestación simultánea del mundo exterior, empezaron a confirmarse en un tecnicolor desaforado con un argumento casi inconcebible: sí, precisamente, se trataba de levantar cuanto antes los sostenes de cemento pero al mismo tiempo se trataba de un paso atrás adentro, procurar verse haciéndolo ¿pero a quién se le hubiese ocurrido algo semejante, o en todo caso para qué y sobre todo cómo?

Desde ese mismo día el jeep amarillo rabioso con el inmutable Rafael Soto siempre al volante y siempre festejado con ese agitarse frenético de cadena por parte de la mona del hijo de Marisa (ya para entonces enamorada de Rafael Soto), prolongaría sus idas y venidas cargado con cemento y arena, con ladrillos o estiércol, como si buscara o mejor señalara un ritmo, un tono, una posibilidad de abarcar de alguna forma ese contexto inaferrable de afuera y aquella como densidad impenetrable de adentro mientras se agujereaba la tierra con una pala y las gotas de sudor se metían en los ojos, se metían en la boca, corrían por el vientre y por la espalda encorvada.

Única referencia al primer almuerzo común, en el calor emputeciente de las doce y rodeando una mesa rectangular detrás de alambres mosquiteros: yuca, arroz, ganas de reír o de aullar de cara a los papagayos por la inutilidad papagáyica y ya presumible de todo, el jeep resplandeciendo porque todavía no se había producido ninguno de los grandes torrentes de lluvia: choclos, café y de improviso la risa limpia de Kressel ante el espectáculo en redondo, hasta que terminó la risa y se recuerdan las palabras por cierto anotadas en la libreta: vamos a necesitar (pausa) vamos a tener necesidad de un lenguaje común (doble pausa) un lenguaje común capaz de nombrar por primera vez, frente a la multitud de cosas ya nombradas de afuera (pausa) la multitud de cosas casi nunca nombradas de adentro.

¿Un lenguaje común?

Se alude al dolor muscular del final de la tarde, un último bimotor invisible entre peleas invisibles de monos invisibles, el chorro intenso del agua contra la nuca, el cerro rojo o violeta (atrás de ese cerro, en el pueblo de atrás, podría venderse mucho más adelante la cosecha); y el nuevo círculo que formaron sentados sobre troncos bajo toldo de mosquitos alude a su vez al nuevo enmudecimiento del círculo observado lentamente por Kressel de ida y de vuelta ¿alguien había visto algo durante algún instante minúsculo?

Entonces carraspeaste procurando aflojar algunas tensiones sobre ese tronco, procurando no masticar un poco de pelo, con tus pecas, y se recuerda ese carraspeo como una señal de que iba a brotar tu voz semiafónica, nada menos tu voz en ese contexto de como cazadores de elefantes largamente amenazados por los indios: dijiste que había sido mientras barrías adentro de la casa, que tu cuerpo estaba allí barriendo y tu cabeza en cualquier parte, como siempre, pero que de pronto (y aquí te aho-

gaste en la pausa) algo habías visto, algo adentro te vio sólo queriendo llegar al otro extremo con la escoba, como siempre con todo, lo antes posible, algo te vio y te hizo sentir tu cuerpo crispado por la necesidad de llegar cuanto antes al otro extremo, y por lo tanto quisiste barrer contigo, con Nacha, acompañarte, pero resultó del todo imposible y te perdiste sin remedio hasta el momento de sentarte en el tronco y recordarlo.

El retorno de los recién casados. Muy juntos hasta la pieza donde ya no estaba el sapo, la luz de la lámpara roja, libreta donde serían anotadas las palabras de Nacha, sabor o mejor sospecha de aquel tono en ella, de aquella voz para un tono entrecortado y mezquino y sonambúlico, el olor a traspiración de los dos cuerpos desnudos hasta que uno adentro del otro encontraron o creyeron encontrar aquella chispa paciente y diminuta y efímera y reveladora de un croar escandalizante: solos y agitados y procurando sostenerla, su membrana mucosa vaginal y el casi llanto timidísimo absolutamente compartido, inaferrable, huidizo, queriendo llegar siempre al otro extremo, aquella balsa que se buscaba y por lo tanto se perdía adentro de una pieza de madera sin un tono posible.

Antes de que la mona del hijo de Marisa, frente a la reaparición de Rafael Soto, estuviese a punto de romper la cadena, entre gemidos, echándose de espaldas y tocándose el sexo y chillando, Alejandro Kressel en el olor a café y a tostadas extrajo la nueva lista de la misma carpeta y al cabo de detallar la actividad externa de cada uno insinuó que procuraran darse cuenta de que tenían un tacto, de que tocaban las cosas, de que las cosas te-

nían pesos diferentes y temperaturas distintas e identificables.

El Fantasma mejoraba de su gripe y las nubes rápidas anunciaban lluvias junto con la quietud de los árboles que a su vez y como siempre anunciaban las primeras lluvias torrenciales y sin solución de continuidad al rato del almuerzo, mezclando arena con cemento, mezclando arena con cemento y agua no sólo ve y olvida en el acto aquel encuentro furtivo entre Pedro Cisneros e Inés, sino que ve a Raquel M. tendiendo ropa en puntas de pie, tendiendo la ropa que le alcanzaba Mercedes las dos olvidadas y más allá Mauro serruchando a cuatro o cinco pasos de Kressel serruchando y más allá el hijo de Marisa al trote sobre una caña: los indios pintados y desnudos, una primera flecha contra la madera de Kressel otra segunda flecha paralizando la mano de Rafael Soto y el grito frontal y los tambores leucémicos contra el hombre blanco en guerra, en guerra invisible o mejor imposible de sostener, la guerra y los indios, la selva a esa edad, la violación pública de las mujeres por parte de los indios libidinosos, el pie del cacique sobre el tórax: hombre blanco maldito, hombre de ciudad, pésimo actor de reparto lleno de cuatrimestres y de palabras inútiles, dónde está tu tacto y tu puntito central; la lanza del cacique ferraniacolor en la garganta: perdón mamá por haber sido un fantasma como mi padre siempre los imaginé finalmente en un prado intercambiándose tulipanes y al rato rodando entre tulipanes, abrazados hasta el valle colmado de tulipanes, dichosísimos entre tulipanes acribillados por la luz.

Se recuerdan las palabras del Fantasma al final de la tarde, en el círculo sobre troncos, en la inminencia de la lluvia: la rugosidad de la madera (pausa breve) el martillo que le pasara Rafael y pesó de pronto en la mano, el frío de la pinza y la humedad de su mano y

la suavidad repentina de un clavo cilíndrico (nueva pausa) y el calor del tabaco en los labios y después una hoja afelpada con decenas de nervaduras (nueva pausa), en apariencia le hicieron comprender de pronto, como en un destello y sin relación aparente, que por ejemplo todo poema ha sido, es y seguirá siendo nada más que la historia secreta de una carencia.

Y a las tres de la tarde de un día que se ubica como posterior a las lluvias —minutos más o menos, mientras el sol secaba la diversidad exterior— Mauro clavó arriba el último clavo del techo de la sala para el piano.

Con un martillo de tamaño regular Mauro clavó arriba el último clavo del techo de la sala para el piano y por lo tanto cada uno empezaría a acercarse, rodearían aquel ámbito, lo tocarían mientras se miraban entre sí como si al mismo tiempo, sorprendidos y con las caras bronceadas por el sol, admitiesen la posibilidad impensable de construir algo duradero juntos: entraron once a ese ámbito porque no estaba Pedro y poco más tarde se reducirían nuevamente a causa de la salida repentina de Inés. Tocaron las paredes, olieron a pintura, volvieron a mirarse entre sí y de golpe Roque recordó que por la mañana Kressel les había propuesto que se dieran cuenta de que caminaban pero lo cierto es que lo había olvidado por completo hasta que volvieron a formar el círculo en el gran croar de la caída de la tarde y entonces fue la voz de Mauro asegurando que en un momento dado del día había empezado a ir como durante toda su vida de un sitio hasta otro pero que de repente, sin saber bien cómo, había sentido su cuerpo y que por primera vez en su vida se sintió dando un paso es decir levantando una pierna mientras la otra se quedaba apoyada y que la pierna levantada se estiraba hacia delante mientras respiraba, que

por lo tanto nunca había caminado, que nunca había recorrido con su cuerpo la distancia entre un sitio y otro sino más bien salido y después llegado sin que sucediera absolutamente nada en el medio.

En última instancia se precisa que fue trasladado el piano hasta la sala recién terminada, que a cierta hora de la noche volvería a escucharse aquella música simplísima interpretada por Juan-Juan bajo la vigilancia y las instrucciones de Kressel.

Que una de las tardes después de la ronda y de las palabras de Marisa en el sentido de que era imposible eso de ponerse en el lugar del otro (como lo propusiera Kressel), que era enteramente imposible darse cuenta del otro, que el otro tampoco ve y habla sin resultado alguno al otro que por su parte no lo ve y le habla inútilmente en un lenguaje incomún y como de locos sueltos, entraron a la sala también iluminada por una lámpara de kerosén, casi todos bajo ese techo reciente hasta que llegó Inés retrasada, casi todos en ese ámbito con olor a pintura pero con la ausencia de Pedro Cisneros y formando dos rangos descalzos, Juan-Juan sentado al piano y Kressel pidiéndoles que antes buscaran un sitio posible adentro, cierto poco de sosiego o silencio adentro, una cierta desconfianza ante aquello que pasaba en la cabeza,

que buscaran una posición correcta del cuerpo que mientras tanto respira,

el cuerpo siempre respira y se sostiene sobre piernas que pueden sentirse,

los brazos a los costados pueden sentirse y a partir de cierto momento empezará la música,

la música simplísima y ese cuerpo recuperado para

uno mismo puede moverse al compás de esa música, puede caber y contener esa música simplísima, puede estar allí moviéndose, puede admitir un centro a partir del que se mueve, a partir del que admite esa música, ese ámbito reciente, a los otros moviéndose, a sí mismo, a la selva afuera, al estiércol para el abono bajo el cielo afuera, al río que se desborda siempre con las lluvias, puede admitirse y puede replegarse, puede abrirse a esa música porque sin lugar a dudas está hecho a la medida (doble pausa) de un riesgo semejante.

¿Y quién se quejaría esa noche de los truenos, superando el croar, en una ráfaga, con tanta intensidad? ¿Se trataba de la voz de Marisa, o en todo caso era Inés en el cuarto que compartía con Juan-Juan?

CITA

En resumidas cuentas y más allá de las habladurías y de las adiciones todavía posibles ¿dónde estuvo metido durante los diez años largos que van de una cosa a la otra? ¿Una vez más le robaron diez años largos de un bolsillo interno con tanta frialdad, miserablemente?

Pero sin embargo y sin mediación alguna habrá creído leer cada vez que pasaba con mucha lentitud las páginas de ciertos libros que habrá creído recuperados, le habrá parecido escuchar toda clase de sonidos diferentes, trinares y croares, músicas instrumentales del cuatrocientos, bandas parlantes en los cines, coros de diarieros y sirenas de barcos; habrá creído reconocer palmo a palmo la propia isla abarrotada de resplandores inconfesables donde cada tanto se remonta cierto loquero de gaviotas aunque no llegue precisamente alguien, admitir la muerte chiquitita y verosímil como nunca, incluso la voluntad casi deliberada de no añadirle una sola palabra, de restarle todo tipo de importancia aleatoria.

Enteramente convencido de que tocaba otra vez arena o de que palpaba otra vez la piel de otro cuerpo o de que los dedos reconocían huesos debajo de la piel y de la carne ajena, habrá creído rasgar cáscaras frágiles, cáscaras quebrantables con un único movimiento de choque, cáscaras masticables, experimentar superficies planas tanto con las manos como con los ojos como con los pies, accidentes del paisaje y puertas cerradas como para

siempre más cierto desasosiego indiferenciado frente a la locura otra vez nocturna y chiquitita, frente a la mejoría rapidísima de esa locura otra vez nocturna y afortunadísimamente fugaz.

En resumidas cuentas y más allá de las conjeturas habrá presentido y olvidado que había presentido y hasta recordado los otros olvidos, papá muerto, mamá y el marido de mamá envejecidos, Luis menos mellizo que nunca, los sueños recuperándolos vivos, recuperándolos con ropa adecuada a la época y usted por lo general fuera de cuadro, por lo general en off, convertido en esa cámara oculta de la que hablara en su oportunidad Figueras pero si se quiere con excesivo desprecio.

Porque lo único cierto es que allá, papagayo entre papagayos y arañando cada tanto una emocionalidad absolutamente desconocida y más tarde prácticamente irrecuperable, en plena selva que al mismo tiempo lo aludía y lo excluía, es verdad sin medios precisos y con el reparo de siempre a exceder lo más o menos razonable o garantizado por la tribu, sin motivos plausibles o a lo sumo verificables con los otros, llegó a sospechar que tal vez no eran exactamente lo que suele decirse hijos de la revolución industrial y por lo tanto a conjeturar que en una de esas eran hijos desmemoriados de por ejemplo los egipcios, aquello que Kressel llamara alguna vez el hilo rojo y que usted al principio se figurara al pie de la letra como un hilo rojo y muy extenso que enlazaba las fuentes imaginándose a las fuentes como fuentes, lo oculto como tapado por algo, imaginándose astrólogos pederastas al fondo de cuevas intransitables a causa de tanto excremento de lechuza, derviches que se enroscaban el hilo rojo como una bufanda y de inmediato seguían danzando para ilustrar inútilmente la movilidad relacionable de un universo de anticipación.

Pero también le hablaron de un precio a pagar por

adelantado, es decir al revés de todo lo que usted aprendiera desde muy niñito en relación con el sufrimiento incurable, al revés de todo el desgarramiento al que no se sabía arrastrado desde la adolescencia más o menos prematura hasta irrumpir entre adolescentes viejos y pueriles, entre el gran sermón declamatorio y pueril y repitiendo las mismas idioteces, la misma queja como pago atrasado, la misma insistencia de que no hay tal hilo ni tal memoria porque todo empieza en usted y entonces usted acumula tres o cuatro docenas de frases, las memoriza, y sale a moverse con ellas en un mundo evidente, hijo de su tiempo, lleno de baba evidente, a moverse en un mundo real colmado de personas absolutamente reales.

Eso es: repita ya mismo que allá llegó sin garantías y por medios indescriptibles y simplísimos con todas mayúsculas a CREER SENTIR la unidad grandiosa de una memoria difícilmente recuperable, inscripta y humildísima, que con todas mayúsculas llegó a CREER SENTIR UNA ESPECIE DE MEMORIA MILENARIA que paradójicamente le pedía ser más pobre que nunca, a saber pobre de la pobreza o mejor despojado de la pobreza infinita que le impedía ser pobre y volver al hambre (pausa breve) de hambres.

Jure entonces si le parece que por chispazos llegó a aceptar cagado de miedo que cada palabra debía ser redicha, que cada palabra debía ser reescuchada, que cada palabra debía ser representida, renecesitada para aquello que necesitaba nombrarse por primera vez, que cada palabra debía ser paulatinamente remerecida.

Y entonces sí, como quien no quiere la cosa, como quien se necesita máscara de nada en la palabra espejo remerecida, terminará ganándose el derecho o sea podrá aludir sin ningún cargo de conciencia a aquella noche dos veces pobrísima en que salió solo de la pieza compartida con Raquel M. y pasó junto a la mona dormida

y buscó el sendero del jeep amarillo rabioso que otra vez dejaban del otro lado del río a causa de las lluvias torrenciales, solo al sendero a tan pocos días de que aquellos dos desaparecieran a la madrugada, a tan pocos meses de que estuviese a punto de ser vendida la cosecha y de que se fueran en el jeep por encima del cerro hasta el otro lado del cerro ahora invisible en la oscuridad, solo y caminando con piernas que se flexionaban, sintiendo también los brazos a través de ese paulatino bochorno de claridad oscura, de la oscuridad resplandeciente en el croar entre culebras y culebras agazapadas y ruido de hojas, deslizamientos furtivos e invisibles entre las hojas y tanto barro y lianas, solo al barro chirle del sendero del jeep sin miedo a nada, sin miedo a las lianas ni al pantano ni a la crecida del río ni a la caída del pelo ni a las estrellas fugaces ni a que las sombras terminaran llevando al barranco también invisible: refiérase ya mismo a eso como a algo en parte merecido y de acuerdo al precio pagado, recuérdelo ahora con toda limpieza, teclee que lo perdonó todo sin necesidad de perdonar a nada ni a nadie, sin necesidad de admitir la existencia de aquel otro perdón que no era ese, vaya golpeando despacio las teclas para resentir la isla más la ilusión de aquel perfume amontonado más aquella claridad oscura amontonada donde al fin de cuentas y como viejo mendigo que era terminaría abriendo los brazos: sus brazos abiertos de par en par mientras los sentía sostenidos y abiertos para esperarlo de esa forma, para que llegara, para recibirlo, para demostrarle que podía llegar hasta esos brazos sin testigos de ninguna índole: teclee que finalmente empezó a acercársele, que le llegó hasta allí, hasta esos brazos abiertos y alusivos, en dirección a ese latido de pronto inmemorial o cómo llamarlo, que lo sintió llegar despacio sobre el barro, tímidamente, barcianito en plena selva, pequeño y siempre frágil y necesitado del barcia-

nazo con los brazos desmesuradamente abiertos, del barcianazo que supuestamente usted era: y que entonces se recibió niño en el sendero del jeep rodeado por el croar y por los bambúes, en plena selva, en plena isla, en plena leucemia el niño que fue fue llegando hasta los brazos y usted fue cerrando poco a poco esos brazos detenido como estaba sobre el barro chirle sobre piernas y respirando apretó por supuesto los brazos cerrados todo alrededor de Barcia, se encontraban por fin al casi encontrarse las puntas de sus dedos contra la espalda, que lo cobijó sin palabras de ninguna índole mientras le enseñaba a perdonar y a perdonarse, a llorar como antes pero mucho después abrazado a todo su cuerpo sobre un planeta frío rodeado de soles, sobre un planeta inconcebible, obvio, irrepetible, inexpresable y cómico y bendito desde una isla de selva en que lo bendecía y perdonaba mientras él lo bendecía a usted y perdonaba.

Y guárdeselo.

CULEBRA

Cierta mañana muy temprano fue posible comprobar a través de las rendijas de la ventana que el sol seguiría secando poco a poco cada superficie, que seguiría secando poco a poco cada espesor, evaporando el agua de cada palmo de terreno y de cada palmo de era de café. Una vez más de lleno secando los techos, reexcitando poco más adelante a la mona del hijo de Marisa en su pasión monogámica simiesca por el inconmovible Rafael Soto, por la presencia o el perfume o la proximidad a veces invisible de Rafael Soto en relación con su cadena y su estaca.

Apenas había amanecido pero lo mismo llegaba desde afuera el sonido rítmico de la bomba de agua seguramente bombeada por la mismísima Nancy Kressel y adentro, en un rincón y sobre una silla sin respaldo, Raquel M. se cortaba las uñas de los pies con una tijera que por su parte reverberaba. Hasta que de improviso ese otro sonido espasmódico de la tijera, el sol acentuándose afuera y que terminaría secándolo todo, adquirían una como dimensión secreta, común y secreta pero sin duda discernible: pasaba el tiempo, allí en un claro de selva a dos kilómetros escasos de un pueblo marrón y aunque ya no fuese posible precisar el día de la semana ni la fecha lo cierto es que pasaba el tiempo como en otras partes, sin brusquedad ni sobresaltos, progresivo, paquidérmico.

Y justamente el paso del tiempo era lo que había posibilitado el coronamiento de la certeza científica, certeza a todas luces paulatina de que en realidad y a pesar del carácter sorpresivo de una afirmación semejante, se correspondían de una manera muy íntima con la estructura aérea de los pájaros.

Poco más tarde, esa misma mañana o la siguiente, volvieron a sumarse el olor habitual del café con el olor de las tostadas y Alejandro Kressel, sin aludir a lo que hablara unas noches antes con posterioridad a una lectura común, volvería a mirar en redondo deteniéndose en cada par de ojos etcétera y al fin pediría que ese día intentaran ver (siempre a partir del posible punto imparcial adentro) qué pasaba con la emoción, con la velocidad de la emoción que por supuesto difería notablemente de la velocidad mental, etcétera.

Alargadas, grises y carentes de miembros, del orden de los ofidios es decir con lengua retráctil con dos puntas o sea con lengua horquetada y dientes curvados que renuevan de manera perpetua (lo mismo que la piel) a lo largo del año.

El sol, como estaba previsto, seguía secando y secando cada superficie y espesor y la mona del hijo de Marisa, como estaba previsto, empezaría a saltar con sacudimientos incontenibles de cadena en cuanto divisara o intuyera la presencia de Rafael Soto que ahora salía con todos, volvería a echarse de espaldas y a tocarse ahí y a pegar grititos y chillidos conminatorios. Todo el tiempo verano, ese paquidermo solar. Y ahora Mercedes y Nacha se alejaban hacia la ropa, despacio en la claridad, mientras Pedro Cisneros encendía su pipa, mientras Inés seguiría en la cama y Juan-Juan hablaba con Nancy y el Fantasma los tres a contraluz, también rodeados de claridad.

¿Entonces lo que simultáneamente se estaba confir-

mando era que mientras sucedía una cosa en uno estaba sucediendo una cosa por lo general enteramente distinta en el otro o los otros? Los ojos cubiertos de escamas transparentes, escamas transparentes en lugar de párpados movibles o sea íntimamente relacionadas con la familia de los pájaros en ese sub-reino de vertebrata.

¿El cuerpo era sin alternativas la única posibilidad de contar con un ancla (la palabra ancla) y por lo tanto de no ser tragado afuera etcétera?

Aunque no debió ser exactamente por la tarde de ese día en que los pies siguieron hundiéndose en el barro a lo largo de las hileras de arbustos de hojas brillantes que ya no tenían flores blancas o que en realidad todavía las conservaban. Debió corresponder a la tarde siguiente, o incluso a una tercera tarde y con bastante posterioridad a la formación del círculo sobre troncos y al sonido espasmódico de la bomba de agua: porque lo innegable es que ya estaba de nuevo el jeep en las inmediaciones.

La mirada de Kressel recorriendo de ida el círculo y esa inquietud indisimulable en Mercedes, como si necesitara decirlo pero al mismo tiempo callarlo por indecible, habiendo visto y temido ver y sin dar con las palabras a pesar de que antes habían hablado otros con una dificultad semejante que al mismo tiempo desesperaba por darse.

Y lo evidente: que Kressel a su modo la alienta (la conforta) con la única acción de detener por tiempo indefinido su mirada en ella, de vuelta.

Entonces Mercedes: entrecierra los párpados hasta que en algún momento brotará el sonido.

Más que voz: aquel tono sin énfasis, entrepausando una primera frase en la que algo en ella por medio de ese tono aseguraba por medio de su boca que nada en ella

podía ni siquiera participar indirectamente en ese despelote viscoso de adentro.

Las dos palabras despelote viscoso.

Y Kressel: inicia por su parte ciertos movimientos afirmativos con la cabeza; o en todo caso movimientos que sólo seguían el compás demasiado incierto de la cadencia mercédica.

Y Mercedes: debió correr los párpados hacia arriba y debió comprobar dichos movimientos en Kressel y debió bajarlos de nuevo hasta que todos fueron en parte sobresaltados por el bimotor y algo en ella espera que ese ruido externo se apague sobre papagayos lejanísimos, algo en ella debe restablecerse con el croar, con la agitación de la cadena de la mona del hijo de Marisa.

El hijo de Marisa: ronda a la mona montado en una caña de bambú, o en un palo de escoba.

Cadencia mercédica: de repente vuelve a brotar como contracanto, a manera de antigrito.

Nada más había visto: por destellos, y sólo cuando echaba el ancla, que casi por entero aquello se reducía a una sucesión rapidísima de gestos rencorosos (nueva pausa) para con Mercedes y para con el resto que la rodeaba (pausa ocupada en respirar hondo para no ahogarse por completo), que en un momento era, adentro, viscosamente, una especie de pueblo de provincia arrasado por una tormenta, fangoso y desolado como esas mismas eras; que más tarde se trataba de un paisaje marítimo o sea casi una postal adentro, una postal marítima tonificante y benéfica y hasta posible; y que más tarde y también sin motivo precisable era como una ciudad oscura y baja y húmeda y clausurada como en la que había vivido hasta el momento de subirse a un avión y que entonces había creído saber que aquello de adentro ingobernable

por su propia cuenta y eso de afuera tal cual estaban separados como para siempre sin remedio posible.

Las caras del círculo: ya apenas si se distinguían a causa de la reaparición paquidérmica de la noche.

Y Kressel: a su debido tiempo carraspea y le asegura que tal vez por ese mismo motivo resulte imposible experimentar una emoción verdadera a lo largo de sesenta, de setenta, de ochenta años de vida.

Las dos palabras viscosidad lamentable.

Única ausencia: la repentina de Inés que se pondrá de pie para alejarse, sola, tal vez dolorosa y convencida, durante la pausa prolongada entre el tono de Mercedes y el carraspeo ¿acompasado? de Kressel.

Con escamas en lugar de párpados, grises, enteramente libradas a la ley de accidentes, bajo el sol agobiante o entre pantanos, siempre privadas de orejas y respirando por un único pulmón lo mismo se mueven, sugen, se desplazan por medio de músculos a su vez ayudados por escamas alargadas, por las escamas alargadas del abdomen a la altura exacta de las costillas.

Pero lo que no puede dejarse enteramente de lado es que hubo encuentros nocturnos en particular, caminatas hasta el pueblo de cuarenta y siete casas. Hubo la certeza de que se había atenuado la ferocidad de los mosquitos, o a lo sumo de que la piel se volvía capaz de una resistencia para nada prevista. Aquel fuego, aquellos varios fuegos nocturnos y el olor de la carne, algún pis del final sobre las brasas. Hubo aquel trasladarse específico con Mauro y el Fantasma hasta el bar con dos únicas mesas donde escucharon hablar en italiano y bebieron un alcohol parduzco que seguirían bebiendo sin decirse

nada o acaso sin la menor necesidad de decirse nada porque sólo se hacían compañía allí sentados bebiendo hasta que uno de los tres, uno cualquiera de los tres porque no sólo el alcohol era unánime preguntó preguntándose si a veces no daban ganas de echarse a reír como un loco desatado frente a la lamentable situación del sonámbulo perpetuo en la espesura y entonces es Mauro el que traga y dice demostrando que dicho parlamento pertenecía al Fantasma: Fantasma recorrías el mundo a tu perfecta imagen y semejanza escapándote de lo que seguías encontrando en todas partes y llegaste con papelitos escritos a mano y se hizo todo lo posible para que siguieras y ahora sermoneás enfáticamente adentro de esas botas altísimas de goma

y el Fantasma interrumpe: estaba riéndose de sí mismo Artefio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves.

Y las tres risas con otra botella recién descorchada recorren y vuelven a recorrer las escasísimas calles otra vez endurecidas por el efecto del sol y las manos reciben y levantan y pasan la botella a las otras manos que por su parte la esperan, las tres risas de repente en cualquier sitio de la tierra riendo de la palabra yeso mientras los cuerpos se apoyaban por momentos entre sí, las tres risas repercutiendo ante la imposibilidad de pronunciar la palabra haschich, la palabra exilio, las dos palabras cucarachas y cucarachas, las tres risas alejándose del pueblo por el sendero del jeep pero todavía de este lado del río nombrando cuánta caca herméticamente escondida y riendo hasta que uno de los tres rearmaba la frase pero sin conseguir que las tres risas no la cortaran en caca, o en herméticamente: el río en bajante absoluta con la

canoa movible hasta que Mauro cayó a causa de chupar tan largo de la botella, Mauro en el río y rieron de aquel Mauro en el río resurgiendo casi invisible sin la botella pero buscándola a la tumbos, chapoteando a causa del lodazal del río, las tres risas y la botella resurgida, la canoa en el Leteo que borraba los tristes recuerdos bajo media luna menguante, centenares de billones de luciérnagas luciernando la intemperie inmóvil.

La cama giró y giró. La cama con Raquel M. dormida a su lado giró adentro de la pieza que giraba, la boca reseca girando en la selva mientras maduraba el café, girando hacia una libreta que también giraba, deteniendo una lapicera movible y apretándola firmemente entre los dedos mientras la otra mano detenía a su vez la libreta hasta conseguir inmovilizarla con el codo, ahora giraba agarrado a una lapicera y enfilando la punta hacia una libreta detenida bajo una luz tenue que por su parte giraba parpadeando, la libreta cae, la libreta está viva y hace lo que quiere, Raquel M. no escucha porque sigue respirando serenamente, mejor separar primero las dos piernas agarrándose al mismo tiempo y con todas las fuerzas de la lapicera y sólo cuando se quede un instante quieta entre las piernas empezar el descenso cauteloso del tórax en una pieza que gira y gira, que no dejará de girar en plena selva, mejor sorprenderla desde arriba con la mano libre es decir cubrirla repentinamente con la palma y seguir girando en general hasta encajarle las uñas entre las hojas y subirla de un golpe y una vez apoyada en la mesita mejor ponerle el antebrazo encima y sólo entonces enfilar decididamente la lapicera: degradar

la

ilusión

de que

somos

trágicos.

Aquella misma madrugada —horas más o menos—, o acaso tres madrugadas más adelante o sea cuando ya Rafael Soto en pleno círculo había asegurado que alterando la posición habitual de su cuerpo había creído ver que una enorme densidad de adentro se quedaba sin nada frente al desconcierto absoluto de lo creído Rafael Soto (copiado a su vez de manera casi textual en la libreta), desaparecieron sin otra ropa que la puesta, «dos sombras próximas al amanecer», etcétera. Inés y Pedro Cisneros dejaron para siempre el claro de selva, el jeep amarillo rabioso, las eras de café anegadas o resplandecientes, secas, anegadas, secas, dejaron para siempre la sala con el piano y afuera la mona y los fuegos nocturnos y adentro las lecturas y afuera las rondas sobre troncos y adentro los almuerzos y afuera y arriba los bimotores y afuera y abajo las hormigas rojas y los sapos y la bomba de agua. Se fueron sin que resultase posible saber que se habían ido hasta el preciso instante en que se dejaría de buscarlos, confirmaban a su modo que mientras tanto sucede otra cosa en los otros que de repente eran justamente ellos trotando a través de la espesura del norte.

En medio de dos o tres metáforas sin pena ni gloria, de un paisaje otra vez detallado y sonorizado y de cierta ansiedad descartable, descritos como participantes repentinos de la vuelta de Estocolmo, sin valijas ni bolsos Pedro Cisneros e Inés escapan de común acuerdo por un sendero de selva, con un machete de él, con escasísimo dinero, entre culebras que sólo difieren de los pájaros en la calidad craneada que en ellas se articula con la columna vertebral por medio de un único cóndilo, en la calidad craneana y por supuesto en la ausencia total de toda posibilidad de canto.

Unos quince años más tarde, recayendo en tachaduras y arranques descartados de párrafos, yéndose atrás de la memoria minúscula y olvidándolo por completo hasta dos

páginas y media más adelante, autoexcitado de repente (imposible precisar la hora o el día de su remingtonear persecutorio), Barcia no sólo se permite seguirlos sino que también se permite adjudicarles intenciones y cierto diálogo escueto con guiones dobles de diálogo, incluso los supone desnudos en una evasión selvática (selvática) ilimitada y pueril, como si mientras corrían y corrían, como si mientras supuestamente huían de algo en la primera claridad sólo se dirigieran hacia una gran culpa relacionable y capaz de desbordar a su vez sobre la tierra, como si sólo se dirigieran a una desnudez de hotel reconocible, incallable, el hotel secular inobviable del fantasma de Barcia padre que es la confianza en la vida que es la confianza en el coito largamente esperado al dar vuelta una página (es decir se repone) al dar vuelta una esquina al comprarse una corbata de rayón al entrar en las tinieblas de una sala cinematográfica al hastiarse de Barcia hijo al mirar el techo entre dos que nada más miran el techo y se secan lentamente y creerán dejar atrás algo al correr por la selva que también se reitera como alegoría. Pero por fortuna parece no entrar desaforadamente en el juego y renuncia a la tentación de una primera persona que sería Marisa. Barcia renunciando a ilustrar literariamente cómo piensa una mujer, en este caso con un hijo y abandonada en la selva: la decidia bendita de Barcia.

Con el cráneo articulado con la columna, grises y grises jaspeadas y sin miembros, alargadas y ofideas y privadas de canto, algo viscosas y con corazón de tres cámaras cada tanto cruzaban el claro o se refugiaban bajo la pileta de cemento donde se lavaría finalmente el café, a veces asustaban a la mona o al hijo de Marisa o a la misma Marisa. A pesar de todo la noche de aquel mismo día

Juan-Juan tocó el piano en la sala con todos descalzos, interrumpiéndose cada vez que Kressel se lo indicaba.

Y el hijo de Marisa, remontado sobre una caña de bambú y festejado por la mano, gritaría cada tanto la pregunta, entrenándose.

Y Marisa, Marisa escuchó sin duda a Kressel después del café y las tostadas cuando propuso el paso atrás adentro etcétera pero esta vez para procurar verse en el momento de hablar, el ancla en el momento de hablar hacia afuera, con los otros.

Se reitera entonces el jeep amarillo rabioso con todo otra vez seco alrededor, dos ausencias y bimotores y habladurías y la mona en celo perpetuo con Rafael Soto. A margen izquierdo, con tinta y letra cursiva: sangre más fría que la de los pájaros porque mezclan sangre venosa y arterial: exo-eskeleto.

Las caras en redondo menos dos (una media hora después el piano reiniciaría la música simplísima), la caída equis de la tarde global y rojísima, los ojos de Raquel M. casi enfrente (no hijos, como los Kressel), temblor imprevisto en las manos apoyadas con los dedos algo separados sobre los muslos, el culo sobre el tronco: ¿alguien había visto lo mismo, anotado o no en la libreta?, la tarde Barcia hijo caía y caía como una tarde cualquiera: el par de ojos de Kressel de ida, lentamente.

¿De qué se trataba Barcia, aparte del sitio irrepetible desde donde sentiría que arrancaba su voz? ¿De qué espacio descomunal se trataba? ¿Habría preferido empezar con el relato de su vida, sus viajes, sus amores, sus conciencias, sus lecturas?, ¿o desistió repentinamente de todo eso, del bimotor que llegaría para sobrevolarlos, de los labios repentinamente como delgados de Marisa, de la ronda que en apariencia esperaba escucharlo? ¿Durante cuánto tiempo se acompañaría con eso?

Ni mosquitos ni mona empedernida, ni jeep, ni Nacha,

ni siquiera esa sala levantada como si fuese posible algo duradero juntos. Con todas mayúsculas SÓLO EL TAMBOR INDIO LEUCÉMICO REPERCUTIENDO COMO NUNCA ADENTRO. Mirada en redondo mucho más lenta hasta que llegó. Y se detuvo con medio pelo blanco entremezclado con medio pelo negro, ella a su lado de él, los dos cuerpos de la casa sobre sostenes de cemento.

¿Acaso creyó saber que lo escucharían? ¿Es realmente imprescindible sentirse escuchado?

Barcia primero había sentido su cuerpo vertical por fragmentos o zonas hasta el extremo de darse cuenta de que estaba hablándole a alguien, a uno cualquiera de los sentados ahora en el círculo (pausa) y mientras salían y salían palabras por su boca tuvo tiempo para mirar y durante unos treinta segundos y fracción, poco más o menos, asistiría entonces a algo realmente indescriptible (pausa bastante prolongada): Roque hablando, Roque parlante despidiendo sonidos y sonidos inútiles por su boca incerrable.

Y la otra banda sonora entre la tarde avanzada y la noche demasiado próxima, lo de pronto indecible, desbarcionizándose por medio de una flecha con tinta que salta períodos, tachaduras, ametralladoras de equis.

Llovería otra vez a cántaros, con truenos y con relámpagos. Volvería el barro abajo de los pies y el agua en el aire y por consiguiente el jeep al otro lado del río, ramas gigantes desmoronadas. Pero también volvería el sol a secar cada cosa, cada trecho, el olor a tostadas, las lecturas nocturnas.

Y entre todos adentro de botas, cuando ya el sol secara todo tipo de superficies y de espesores, se ocuparon palmo a palmo de la cosecha y los granos rojo oscuro fueron lavados en la pileta de cemento y puestos a secar sobre la

plancha enorme de cemento. Granos que rotaban a un color mucho menos intenso.

Con dos ausencias confirmadas con creces, al poco rato de las tostadas y el café, Juan-Juan acaso colmándose con aquella resonancia desapacible que le faltaba, con barba y pelo muy largo. Mientras Nacha se mordía las uñas y el Fantasma seguía con una tostada y Mauro parecía a punto de ser elegido para acompañarlos, Alejandro Kressel dijo que Rafael Soto y él se irían en el jeep al otro lado del cerro para ofrecer la cosecha, los kilos irrecordables de cosecha, y que durante ese día procuraran, con el ancla etcétera, observar a los otros, a sus cuerpos, a sus ojos, verlos libres de lo que se piensa de ellos etcétera.

Y salieron, como cada mañana, pero ahora salían del olor a café hacia el café secándose mientras la mona volvía a echarse de espaldas, y a manosearse. Barcia hubiese querido acompañarlos en el jeep, incluso estuvo a punto de insinuárselo a Kressel. Día luminoso, repleto de luz, de una luz casi crepitante. Con excepción de Mercedes que barría adentro y de Mauro que abría las ventanas de la sala, desde distintos ángulos cada uno los miraría alejarse hacia el jeep, los dos de espaldas y con botas de goma, unos treinta años de diferencia: el más joven pasó la pierna derecha y el más viejo pasó la pierna izquierda casi simultáneamente, y se sentaron.

El motor del jeep amarillo rabioso encendió en el acto pero Rafael Soto no lo puso en movimiento. Y Barcia que creía estar viéndolos en realidad asociaba mientras los veía y esto sólo lo supo por la proximidad inadvertida de Raquel M., al sobresaltarse por la mano de ella en su mano. Los ojos de Raquel M. en la luz de la selva, algunas pecas de Raquel M. que por su parte asociaba qué mientras mostraba dientes y sonreía a qué, la mona a punto de romper la cadena por abalanzarse hacia el jeep con la primera iniciando un semicírculo, el hijo de Marisa

también quería acompañarlos y corrió llorando hacia Marisa porque no le dejaban subir para acompañarlos al otro lado del cerro que se distinguía nítidamente entre los árboles: anduvo en segunda un poco a los tumbos y fue metiéndose entre lianas, espantando sapos y culebras grises y jaspeadas y entró la tercera y Raquel M. le confesó entonces que le hubiera gustado ir con él, con Roque, los dos en la parte de atrás hasta el pueblo al otro lado del cerro.

No justamente de ida sino de vuelta, después de mostrar una docena de granos y de discutir el precio. Gris o gris jaspeada, con sangre más fría que la de los pájaros y privada de canto, escondida entre las piedras con sus placas de escamas, salida de un huevo y reptando durante meses entre piedras calientes y digiriendo poco a poco un conejo de ojos rojísimos saltó sobre el ripio en la semi curva y hasta es posible que Rafael Soto se haya acordado de mirarla como lo que era, privada de miembros y del orden de los ofidios pero pisó el freno y las ruedas de atrás se paralizaron y una de las de adelante la reventó mientras la otra de adelante desprendía piedras y un poco de tierra hacia abajo, hacia el río muy delgado de abajo, como un hilo grueso, como un alambre mediano, como una cinta de plata, como un ofidio impensable y brillante, como un fideo interminable de amianto.

Corrió la voz por el pueblo marrón de cuarenta y siete casas más una iglesia y alguien correría a su vez con un sombrero extraño hasta el otro río y se subiría a la canoa y correría entre lianas y huellas de neumáticos bajo papagayos para entonces empezar a gritar con aquel tono que el jeep amarillo rabioso desde arriba de todo había caído, había dado cuatro, cinco vueltas enteras en el aire hasta hacerse bolsa, hasta hacerse mierda, hasta

convertirse en una especie de pomada amarillo rabiosa al costado muy pedregoso del río, del otro río de abajo.

LA ERRANCIA RECOBRADA

Con a todo volumen la banda de sonido original e inacabable, indiscriminándose entre idas y venidas recrudecidamente sonambúlicas y bolsas de café que algunos llenaban hasta el tope y que otros cocían con agujas gigantes por estricto orden de aparición; en la excesiva pausividad de parlamentos perentorios; entre sombreros extraños que irrumpirían de improviso y describirían una comba hasta detenerse a mitad de cada cuerpo para después ser acompañados a todo lo largo de un pisotear en líneas rectas y ángulos rectos que incluirían el reconocimiento de los dos cuerpos de la casa y de la sala reciente para el piano; en esa especie de vértigo de años veinte adentro de indumentarias excesivas es decir sabiendo que no se sabe que se sabe a saber gestos y ademanes alarmantes; entre la inabarcable relatividad remencionable y la sombra periférica de los grandes árboles originarios; entre espinas e insectos; en medio de frenadas resbaladizas (lluvia, sol, otra vez lluvia) y el reencendido constante del motor de un vehículo gris oscuro embarrado y algo dinosáurico y repleto de níqueles que se deterioraban sin remedio; groseramente simiesca al principio o a lo sumo enfáticamente ella misma (redimida tal vez de toda connotación cientificista por su tendencia a un humanismo provisional), con posterioridad algo tardía a cierto letargo repentino, a cierta pesadez indisimulable en los miembros, a cierta hurañedad acechante y recomentada por los

poseedores de sombreros extraños a sus flancos de ellos mientras acaso razonaban de esa forma el tumulto con nuevos itinerarios precisos desde lo inefable añorante, la mona del hijo de Marisa consiguió finalmente romper o sea quebrar por fin la correa incansablemente sobada con su pelo, con su piel, con su piel y con su pelo, hizo mierda la correa que desde el principio la sujetara por la cintura a la cadena sujetada por su parte a la estaca y acaso atosigada por su propia penuria verbal, a una hora extrema y fronteriza, a una hora más de una vez referida como supuesta franja intolerable entre el fragor escrito de la noche y la luminosidad largamente manoseada del día, huyó, primero debió monear un trecho a los saltitos hasta enfilar de lleno en dirección a la algarabía lejanísima que la extrañaba extrañándola, vertebrada fastuosa, salitre simio, adiós papagáyico huyendo por entre la arboleda augural, cáliz de mugre, bípeda abstrusa y atravesada e impulsada por una ininteligible neurosis de abandono, veloz y trepante y arrojándose al vacío en el extremo de lianas con su corazón de prostituta natal angustiadísima, huyente tarzanizada dejando atrás toda desesperación luctuosa ante el supuesto azar omnipresente, alarido nádico del retorno con la marca imborrable, fronteriza gutural y siniestrísima con olor a gente, con olor a gente amontonada y lamentable: el hijo de Marisa redescubrirá cada vez su ausencia inacabada y más adelante padecerá de los bronquios entre universitarios con espigas, todo bochorno la recoge y la exalta y la reniega entre granos escarlata que se dividieron en dos para secarse al sol y empalidecer, loca dolorosa y envejecida entre lianas inútiles, volteriana espasmódica y memoriosa y huyente desencajada y ritualista.

EL ETERNO RETORNO

A pesar de su suicidio en un hotel parisino durante el mes de setiembre de mil novecientos veinticinco algunos años antes y ubicados en fila dieciséis o diecisiete (cada uno con un helado de crema o de limón y mucho más adelante las carcajadas expansivas del Fantasma) lo mismo habían visto sobre todo Max en un taxi y Max entre dos fuegos y ahora, en ese número escandaloso de página y a dos meses escasos de haber abandonado el claro de selva, estás sentada en un sillón de mimbre en la mitad exacta de tu embarazo, con las piernas estiradas en la mitad del patio techado de la casa espectral recién realquilada, con el piano también trasladado a lo largo de ciento y pico de kilómetros hasta la pieza también con telarañas y algunos bichos secos más infinidad de partículas de tierra en los segmentos de resplandor

antes de que triunfara masivamente la televisión sonora y en la mitad de tu embarazo (apenas una curva de nada en el supuesto caso de ser observada de perfil y afuera del sillón), con el hijo de Marisa incazando mariposas bajo el marañón de un violeta irreconocible y Nancy Kressel en Ossipenkograd o en la orilla del Vístula o en un cuarto de hotel también parisino, con las palmas ceremoniosas sobre la barriga y al acecho de algún movimiento o empujón o patada adentro, parecería confirmarse con

creces que el cine de horror siempre te hizo y te haría reír con la misma convicción con que los films de gángsters te hacían sollozar aunque nunca en las escenas culminantes es decir sólo por acumulación de contexto o sea lamentándote por ellos con esa ropa ceñida cuando todavía faltan más de cuarenta minutos para el tiroteo final despatarrante, sollozando de manera prematura en la oscuridad relampagueada y la llamarías Andrea de manera arbitraria como para borrar e independizarla de referirse a otra cosa que no fuesen concretamente sus mocos y su baba, su fiebre y su tos coqueluche, lo mismo que hubieras podido llamarla Alejandra (por el femenino de Magno) o Ilicha (por Lenin) o Clara (por Bow) mientras Mike te añoraría por anticipado sin saberlo del todo entre universitarias de pasos largos y perdidamente clitorianas y acaso sollozaba a su vez en esa especie de juzgado que sería en él el viejo Brueghel cuando sólo necesitaba pintar con óleo sobre cualquier superficie o puerta o pared y acaso enviarte una muela del juicio por correo certificado pero graduándose de improviso en antropología y acto seguido recorriendo centenares de kilómetros y kilómetros hasta desembocar en Illinois para instalarse a esperarte durante mucho tiempo a manera de cielo celestísimo y antropológico de Alfonso Capone

toda esa secuela futura de incontables trastornos cotidianos por el estilo del tecleo espasmódico y repercutiente en todo el edificio o la música a volumen excesivo o el presupuesto en libros de viejo o la innegable alteración raquelémica: cualquier clase de amodorramientos diurnos y ese aire de ausente e incluso las dosis desmedidas de alcohol durante las pausas obligadas y hasta las caminatas asustando gatos a horas marginales y moviendo solo las manos como quien encontrara de repente un ritmo por

otra parte inaudible para el resto de escasísimos transeúntes y en especial para los sobresaltados policías nocturnos.

con un martillo de madera que golpea sobre el mango de madera de un sacabocados que por su parte agujerea el cuero o la suela o los nexos de cuero (el balde enarbolado que a veces refracta y otras veces no), se volverá evidente que lo único capaz de preocuparte es dejarlos, irte de ese norte en dirección al norte, a parir allí donde poco antes de parir terminarán fotografiándote para otro cartel de propaganda pero mirando obstinadamente a foco: *This fallen star my milk sustains*

como si a Barcia le hubiese faltado que la frase cueste, claro, que el período se escandalice de sí mismo hasta desentenderse sin renunciar del todo a contenerte, hasta caer en su propia máscara insignificante tal vez observable por un instante de por sí por adentro: el Fantasma en las inmediaciones del marañón con la carpetita mugrienta buscando otra vez un tartamudeo irrelacionable, con un lápiz mordido y adentro de botas con barro seco, mientras Juan-Juan también trabaja el cuero ante la llegada inexorable de cartas o sea a catorce años de diferencia las tres cosas encajando limpiamente en aquel deshilachar que desgarra trama, uñas entre la trama desgarrable en este caso de una bolsa de arpillera idéntica a las bolsas de arpillera en las que un par de meses antes de ese patio techado —semanas más o menos— fuera metida y después vendida la cosecha de café, uñas que desgarran para conseguir (en el sur, por supuesto) aquellas hebras de arpillera con las que pico a pico y por las noches, en la tinieblas de la cocina donde goteara la canilla, hacen su nido de dos en primavera los canarios enjaulados y adiposos del marido de mamá

Marisa saliendo con su hijo (recién peinado por su peine de ella), los dos entre sombreros extraños para ir a treparse a la semi meseta desde donde podrá arrojar piedras medianas al vacío y a muy pocos metros de ella sin chal, sin la confianza hepática de entonces pero además privada de que pueda pasarle por la cabeza que esas piedras nunca podrán caer finalmente sobre los techos a dos aguas aunque en principio sean arrojadas contra esos mismos techos de abajo

¿entonces quién vuelve al piano también trasladado a lo largo de ciento y pico de kilómetros?: Juan-Juan y justo por la tarde amortiguándose y justo para retomar aquella música simplísima aunque interrumpiéndola enseguida con una octava (como si faltara nada menos que eso, una octava) que también parecería negarse en los minutos interminables de titubeo, sin tema posible ¿sin orilla posible? sin con todas mayúsculas NADA QUE TOCAR

y Mauro con la carta que Nancy le enviara desde Londres o desde las ruinas de Ceylán, carta imposible de ser copiada en la libreta y sumándose por ausencia al atolladero simplísimo y acumulativo: camión que se llevará botones, carteras, sandalias, estuches, botones; el fuego nocturno de la leña húmeda y primero el humo y después las llamas y a dos metros escasos el hijo de Marisa hipnotizado por el resplandor de las brasas; la inapetencia de Mercedes; el pelo más largo de Juan-Juan que insistirá cada día con el piano

habría faltado el cigarrillo compartido con Raquel M. secándose los dos desnudos sobre la cama a menos de una hora del trinar reenchufable y con todas las libretas enterradas en una de las valijas, sin haberse alcanzado ni tampoco perdido, sin tocar el tema, casi neutrales y semi juntos (la otredad como borde), al borde de decisiones que ventilarían una supuesta diversidad de líneas rectas pero que al mismo tiempo se acercaban a eso de la recurrencia inefable y si se prefiere solidaria

cruzarse con los otros roperos por la casa, en el baño, en la cocina, restarle toda importancia a que se te perderá embarazada y para siempre mientras por tu parte los perderías cangúrica hacia el apogeo culminatorio de las ardillas de tu jardín de tu casa de Mike entre isla e isla y recuperando por fin a tu modo las cuatro estaciones del norte: nieve volátil; flores oscuras; bochorno; hojas innumerables con perfume a hojas acartonadas bajo las patas de una perra; el beisbolista Jack Kerouac releyendo incansablemente a los tatarabuelos del Fantasma y probando humo que no mitigará un alcoholismo de budista doméstico aplastado por centenares de miles de mochilas que alguien te enseñaría a querer por algunas semanas o meses, como a Ella Fitzgerald, como a la terrorífica confianza en la vida del barítono Walt Whitman

se reitera entonces la casa espectral reiluminada con lámparas de kerosén, Juan-Juan como a punto de romper todos los vidrios pero yéndose muy lento hasta la última pieza a levantar la tapa y teclear *I saw that my live was a boundless and luminous empty page and that I could do whatever I want* mientras Mauro pasa en limpio por primera vez la primera carta extensa de su vida

para más tarde salir al correo mientras el Fantasma sigue con los botones aunque escriba en secreto mientras Marisa colabora con la aguja para cuero y Mercedes una mañana cualquiera retenderá ropa en el alambre, de espaldas, ropa que Raquel M. le realcanza desde el fondo de un balde mientras el hijo de Marisa preguntará repentinamente por papá Cisneros y poco después se montará en una caña y le pondrá piernas veloces pero sin conseguir despegarse de la tierra, y volar

sopa entre todos, sopa humeante y arroz y pan entre todos, como si de repente estuviesen sentados en un andén y bufara una máquina a vapor que arrastrara vagones con hocicos pintados asomándose o sea que eso ya, también, había sucedido antes

casa rebendita (pausa) en hilera de piezas oscuras con aquel sonido a balde en el fondo al acabarse el chillido de la roldana (doble pausa) un canario del marido de mamá en el otro fondo del tedio incurable donde se acurruca lo amarillo rabioso hecho montón, hecho para siempre moco, hecho arpillera o bolsa con bastante anticipación a que un sombrero extraño llegara por Marisa mientras su hijo dormía o tosía la siesta y acercarse entonces para tocar cuero áspero de un lado, barcianamente, y demasiado frío del otro, aunque más no fuese para servir durante algunos minutos para algo, sobarlo con cuidado y aprender a agujerearlo y a pasarle la aguja aunque volverá a experimentarse por anticipado esa especie de vibración aérea ¿de cuatrimotor inscripto? Y por lo tanto una noche, una noche cualquiera desnudos y secándose con las dos miradas en los tirantes del techo, preguntándoselo de improviso a Raquel M. como si la entristecida

Raquel M. fuese, en resumidas cuentas, la mismísima Faustina Maggiore

precise entonces, enumere con las dos humildades intrínsecas a sus dos oficios repentinos y equívocos con más de diez años de distancia entre sí:

Nacha Ortiz: norte hacia parto y más norte, su voz semiafónica en un teatro independiente, Madre Coraje y más norte.

Fantasma: retenido provisoriamente en la casa espectral, más botones y un poema extenso inconcluso a la espera de señales que le llegarán del otro lado del océano.

Marisa: en la misma casa espectral pero librada en parte a la muy fantasmal memoria del Fantasma, al cuidado de su hijo con los primeros síntomas de asma.

Mauro: después de la primera y segunda carta también extensa a Ossipenkograd o a Londres o al Vístula, navegará hacia el otro lado del océano donde terminará instalando un local nocturno.

Mercedes: con Mauro al otro lado del océano, a grabar una cinta magnética para el local noctuno y reencontrarse con Figueras y su cajita.

Juan-Juan: con Mauro y Mercedes al otro lado del océano, a tocar piano en el local nocturno, etcétera.

Roque y Raquel M. Barcia: en un auto hasta el aeropuerto y desde ese auto al cuatrimotor de vuelo con escuelas en dirección al sur; dificultades por avería y aterrizaje

forzoso, cambio de cuatrimotor y de nuevo hacia el sur, con cierta ansiedad indisimulable en cada pozo de aire y ante cada frente de tormenta.

haga entonces referencia, con la mayor brevedad posible, a unos pocos sucesos destacables con anticipación a trasladar las valijas hasta el auto que llevaría al aeropuerto:

otro camión a llevarse carteras, cinturones, botones en cajas, sandalias, etcétera: a medida que transcurrían los días y las semanas se hacía evidente que contaban con planes demasiado distintos

Raquel M. le cortaba el pelo después de cubrirle los hombros con una toalla y repentinamente creyó sentir su cuerpo sentado allí bajo el ritmo de la tijera mientras las manos de Juan-Juan reandaban por el teclado

no puede negarse que fueron abrazos sinceros, sin que tuviesen que mediar explicaciones tediosas y por otra parte fuera de lugar; no sólo quedaba en claro que habría cartas comunes sino que al mismo tiempo se desvanecían todo tipo de dudas en el sentido de que cada cosa seguiría siendo posible, por supuesto, como siempre

si bien no volvió a subir en compañía de Mauro a la semi meseta, por infinidad de motivos, lo mismo caminaron solos durante centenares de metros, en un mediodía nublado y con algo de frío: estadísticamente hablando todo campo de concentración / ¿ha demostrado qué? / entre otros síntomas que no vienen al caso ha demostrado cierta capacidad casi inconcebible de organización y disciplina interna / en otras palabras ¿es decir qué? / es decir una notable capacidad de confianza global en la vida

• oh marañón de hojas cambiantes, oh cisnerito con labios Marisa y esas islas refractando allá abajo en cuanto se despejan las nubes, tu pelo en dos cada tanto sobre las pecas y su futuro horror de ella a los pumitas, oh las cartas inconseguibles de Nancy admitiendo admitirlo desde un punto tan frágil y en medio de un viento tan viento que silbaba contra aquella piedra de utilería, el esfuerzo de tu vida entera coronada y tanta pobreza inconmensurable y tanta verosimilitud por fogonazos agradecidos y tanto croquis de cosmo, oh viejo Fantasma disfrutador de rincones con lujos del alma y fuegos nocturnos y la misma soledad desmedida, la hermana amantísima de Mauro los cubre a todos con el cuerpo, por algo será, Raquel M., que Mercedes los cubre mientras chupa mocos en foto fija hasta mostrar los dientes muy blancos para reír sin sonido alguno, entre cuatro motores perfectos, evitando el otro sonido retumbante de los otros nombres que de repente no suenan a nada, o a casi nada preciso, Raquel M. entrañable.

LA PUNTADA EN LA ZONA ABDOMINAL

Por lo tanto se arrojan, se abalanzan sobre Raquel M., se la disputan mientras le llenan la cara con horquetas de palmas, van apretándola y estirándole el pelo y untándola con saliva mezclada a la baba y a las lágrimas tibias, el perro le lame los pies y sigue lamiéndoselos cuando finalmente consiguen sentarla para que coma arroz con leche, para que coma dulce de leche con cuchara grande, la torta predilecta de la abuela, el asado frío del mediodía, las medialunas de la tarde, para que moje churros en la taza de chocolate espeso, para que coma bombones en caja, caramelos ácidos, sopa, le depositan flores entre los brazos impidiendo de esa forma que aunque más no sea pruebe bocado o desenvuelva papelitos, atraerán vecinos para que a su vez puedan contemplarla durante algunos minutos desde la puerta, turnándose para impedir aglomeraciones: algo verdaderamente grandioso se encargaba otra vez de devolver las cosas a su verdadero cauce y le ceban mate en tarrito enlosado y encienden la radio, van mostrándole fotos de los recién nacidos, la cinta violeta de la corona de la abuela, reexclaman interjecciones y onomatopeyas reabrazándola de improviso y por turnos a poco de enseñarle cuadernos de los que atraviesan con el viejo ahínco la vieja epopeya de la vieja educación primaria nacional, le palpan repentinamente la barriga con renovado desaliento que en parte canalizan mirándolo

a él y exhortándolo por lo bajo a no ser un mamarracho (un mamarracho infecundo), hablan a los gritos por teléfono con una especie de renovado fervor informativo y cantan a coro una letra inmemorial con copas de cerveza en las manos tensas siempre a punto de sumar espuma a los labios con espuma hasta el preciso momento en que, abriéndose paso con marcada dificultad, con las tres respiraciones agitadas y las seis pupilas brillantes irrumpen en fila india compacta mamá abrazada a su cartera de cocodrilo y Luis enroscado por una bufanda bicolor y el marido de mamá con sombrero en la mano y contra el pecho: lo rodean y lo arrancan del letargo, lo estrujan con los seis brazos simultáneos, le llenan el saco de mocos y las mejillas de rouge, lo despeinan arrastrándolo a su vez hasta una silla con esa vocación desapacible de completamiento escenográfico y entonces un breve rato más tarde, deseada por muchos y presentida por todos, tocante y gradual y por medio de simetrías inexorables, puede producirse la diáfana secuencia de secuencias: primero se mirarán intensamente con la gran mesa colmada de por medio y al borde de dos únicas frases exaltadas y casi simultáneas para de inmediato empezar a recorrer una distancia similar en dirección a la vitrina de las copas que por supuesto vibran y se chocan mientras la mesa termina, con un solo sollozo alto y nitidísimo en medio del silencio instantáneo dado que alguien atinará a desenchufar la radio y otro atinará a desconectar el teléfono: las dos con horquillas en el pelo, una vestida de calle y perfumada, con cuello de piel y sombra de pestañas, la otra con vestido de fagina y sin nada en la cara, una menos alta pero con piernas mucho más poderosas, los dos cuerpos abrazados desplazándose ahora por medio del giro del brazo derecho de una y del brazo izquierdo de la otra hasta quedarse semiabrazadas en ángulo obtuso hacia el llorar individualizado del resto que

las contempla desde atrás de pañuelos o entre las rendijas de los dedos o en algunos casos a cara descubierta y a moco tendido.

La mano de Luis viejo compartidor de placenta y bicicletas apoyada sobre su hombro (en la otra la cartera de cocodrilo), apretando cada tanto la hombrera envía por su parte señales táctiles indescifrables pero recónditas y clamorosas a tan pocos meses de un nuevo cumpleaños común.

Y todo adentro de una casa integrante de una manzana de una ciudad enormísima de llanura que ni siquiera mira hacia el río y que en cierta forma tal vez incomprensible para muchos desalude a un país vastísimo infinitamente dotado y esencialmente agrícola ganadero a saber semipoblado por millones de inmigrantes que sólo en casos muy específicos aprendieron a montar a caballo, con ríos torrenciales y montañas bajas, en el extremo sur del hemisferio sur, con costas de mar frío y grandes extensiones desérticas y grandes extensiones boscosas.

Alguien se encargaría de encender las estufas que de inmediato sumarán cierta vibración calorífica al aire de por sí enrarecido y mezclado con humo de tabaco y con olores indiscriminables.

Una vez más quedaba en evidencia que mientras en uno sucede una cosa (cualquiera sea) al mismo tiempo está sucediendo otra completamente distinta en el otro (cualquiera sea), pero lo que de improviso también se volvía irrefutable al recorrer algunas de esas calles por la noche, con Luis y su bufanda bicolor a un costado y entrando con el mismo paso, era la relatividad evidentísima del sur o sea que aquello que sucedía en el sur no estaba sucediendo a su vez en otros sitios o ciudades o pueblos marrones de la tierra.

Por ejemplo allí en esa ciudad era invierno, era completamente de noche, mientras que en el norte no era ni verano ni invierno ni otoño ni primavera y estaría más bien a punto de oscurecer y mucho más al norte era pleno verano, más o menos las tres agobiantes de la tarde, millones de ventiladores irreales frente a millones de cuerpos traspirados hablando sin escucharse en una lengua gutural y al otro lado del océano, entre monumentos y museos y ruinas y millones de inmigrantes que no consiguieron emigrar serían algo así como las seis o siete de la mañana, o sea trinaban los despertadores mientras simultáneamente se afirmaba la extinción paulatina pero inexorable de canarios, gatos, perros y todo tipo de animales domésticos.

● Luis, Luis Ramos, hermano mío, hermano mellizo mío y todavía algo acongojado por esa irrupción repentina de estufas todos aquellos tanto en el norte como más al norte como al otro lado del océano como en Ossipenkograd o en las orillas del Vístula como bajo mármoles rectangulares y jaspeados manotean ahora en una especie de piscina irreversible, en una especie de tanque australiano simultáneo, y el agua en que manotean despacio y a compás se parece demasiado a algo que no puede definirse ni explicarse y la primera derrota consiste en olvidarlo pero la segunda derrota consistiría en la otra como congoja ilimitada de tenerlo presente.

A pesar de todo Luis, Luis Ramos, su hermano mellizo, no sería intimidado en lo más mínimo por aquel prolongado silencio invernal con retumbar de pasos a lo largo de calles semidesiertas y carentes de todo declive. Todavía más: lo invitaría a entrar a ese bar que resultó un bar atendido por inmigrantes. Y entraron, para casi enseguida

sentarse frente a frente, y pidieron café, una copa de caña y otra de ginebra nacional.

Oh Luis, hermano mellizo mío, esos deben ser los mismos vidrios en los que puede escribirse con el dedo, los vidrios enteramente empañados del invierno prolongadísimo del sur. Y cada uno irá desenvolviendo el par de terrones de azúcar (uno de los dos hermanos olía diferente a café) y por lo tanto dejarían que, apoyados contra el borde de cada taza, dichos terrones chuparan café hasta amarronarse por completo y caer y caer atravesando dificultosamente la capa de espuma.

Y revuelve cada uno con su cucharita, observando con detenimiento dicha acción circular mientras las onditas en remolino, las onditas del líquido negro adentro de la taza, proustianamente, deben incidir en el ánimo de Luis que se anticipa a levantarla y a llevársela hasta los labios amoratados mientras inclina en parte la cabeza: los ojos gris oscuro de Luis ¿casi idénticos a los ojos de Barcia padre?

Luis ya estaba bajando la taza cuando él llevaba la copa de ginebra hacia sus labios tal vez amoratados ¿por qué? porque tanto el café como todo líquido caliente le gustaba lo menos caliente posible, a pesar de los rigores del invierno del sur.

Entonces Luis buscará con alguna impaciencia en los bolsillos hasta extraer un paquete algo deformado: encienden ambos cigarrillos con un fósforo de él, sin que por ese motivo lleguen a tocarse las piernas o los pies o los extremos de las suelas debajo de la mesa.

Luis levantará su copa de caña echando simultáneamente humo por la nariz para vaciarla de inmediato con un único trago sin buche entornando algo los párpados con la cabeza ahora hacia atrás y sólo una vez cumplidos dichos movimientos bruscos le dice que la primera vez en que él (Roque) había vuelto a esa ciudad en otra época

del año él (Luis) no había encontrado la manera de decírselo, y que lo mismo le había sucedido la segunda vez también en otra época del año es decir cuando él (Roque) había regresado por muy poco tiempo para casarse y salir lo antes posible hacia el aeropuerto, y que ahora ocurría lo mismo pero en invierno, y con la notable diferencia de que en esa oportunidad estaba abiertamente decidido a decírselo: abiertamente decidido a decirle —a reconocerle— cómo veía de indigente su propia vida (la de Luis) en relación con la vida de él (Roque), en qué medida siempre se había dado cuenta, aunque ahora se diese mucho más cuenta todavía, cómo mientras él (Luis) no salía de una misma casa de una misma ciudad a causa de sentir y pensar siempre las mismas cosas de siempre en cambio él (Roque), de manera idéntica a lo que había sucedido con su padre, no sólo viajaba y viajaba (y Roque agita las manos, palmea, intenta reconvidarle cigarrillos), no sólo viajaba superando toda forma de desconcierto obvio sino que él (Luis) sabía perfectamente los esfuerzos (y Roque le muestra buches, cambia buche derecho a buche izquierdo, busterkeatoneándose), los esfuerzos descomunales que él (Roque) había hecho y estaba haciendo, los esfuerzos si se quiere increíbles para escapar (y Roque le señala la copa vacía, llama al mozo, hace el mono con la lengua abajo del labio superior y los ojos bizquísimos), para verse libre de la ley general (y vuelve a vaciar la copa con un movimiento relámpago del brazo mientras le caen las primeras lágrimas), que tenían la misma edad y la misma madre pero que sin embargo él (Roque) había roto desde el principio con todo lo que fuese una casa, una ciudad, con todo lo que impide (y Luis se ahoga pero ni siquiera saca el pañuelo y ni siquiera acepta el que le tiende su hermano materno) ser un pobre tipo cagado de miedo, cagado de miedo a perder qué y en evidencia, que él (Luis) lo sabía, sabía perfectamente que

él (Roque) no estaba por debajo de sí mismo y que por lo tanto no tenía por qué carajo padecerlo o reprocharlo.

¿Luis aceptó finalmente el pañuelo?: aceptó otra copa más grande de caña, como en *Cuesta abajo* pero sin banda de sonido portuaria, sin sirenas de exterior barco, sin música que terminara en primer plano Luis, Luis querido, hermano mío mellizo a ocho horas escasas de diferencia,

sumergido durante meses y meses en el agua espesa, en el agua espesa y compartida, acompañándose indefinidamente en aquel inmenso caos chiquitito y confirmado y originario,

agitándose al mismo tiempo en la oscuridad absoluta cuando ella corría mariposas o se dejaba caer por una cuesta abarrotada de tulipanes,

Luis Ramos primordial después quieto en el sur y creyendo que el otro te cumplía incumpliéndote, ojos grises como los del infantasma de Ciudadela,

viejo Luis indigente frente a tu hermano desaforadamente indigente por una despavorida ineptitud eternizadamente leucémica,

viejo Luis sonándote detrás de un pañuelo arrugado de batista I grow old, I grow old vertiginosamente, en cada ciudad o pueblo marrón se cumplieron los cuatro puntos cardinales y mamá y tu papá y el mío todo alrededor de un pobre diablo del sistema solar con corazón de canario gordo y una cabeza inservible y un montón de palabras vergonzantes y una ceguera desmemórica dilatadamente hereditaria y (pausa breve) atroz.

APLOMO

Entre feriados y fines de semana (las manos previamente curtidas en la selva), pintaría las paredes puertas y ventanas del departamento, pintaría una mesa y cuatro sillas mientras Raquel M. cosía las cortinas o preparaba café. Y ambos participarían, una vez instalados, en el nuevo efusionar que, entre petardos y cañitas voladoras, saludaba la extinción definitiva de un año menos de vida en general. Incluso pasarían dos semanas en el mar frío, rodeados por la muchedumbre semidesnuda y oscureciéndose. Y volverían a su vez con la piel marrón a comprobar que seguía sin llegarles ningún tipo de carta a la dirección del marido de mamá.

En librerías de viejo Roque Barcia ubicará algunos de los libros leídos en los dos nortes, sobre todo los libros del claro de selva del segundo norte. Los retomará pacientemente por la noche, decidirá estudiar música (clarinete bajo) dado que resultaba innegable que la música, aunque al principio pareciese mentira, ilustraba a su modo una de las leyes fundamentales que regían la arbitrariedad descomunal del universo; al mismo tiempo decidirá estudiar idiomas extranjeros dado que los idiomas extranjeros aludían a la vastedad mucho más limitada del espacio terrestre, aunque vastedad al fin de cuentas.

Y muchas veces se echaría a caminar solo por calles al azar, calles céntricas, con la semi sospecha (algo moctezúmica en esencia) de que tendría que toparse con alguien

con un rostro que ni siquiera podría imaginar vagamente, alguien de una edad tampoco precisable y con quien nada más intercambiaría, de repente, un par de frases claves y absolutamente precisas que por otra parte tampoco estaba en condiciones de formularse por anticipado.

Hablaría por teléfono con Luis, con mamá, con el marido de mamá, en distintas ocasiones, a horas diferentes, en días salteados de la semana (con excepción de domingos), aunque en cada oportunidad volverían a responderle con marcada benevolencia si se quiere irritante que no había llegado ninguna carta para él ni tampoco para Raquel M., ningún tipo de señal.

Al principio, también es cierto, una vez seca la pintura y ya confirmado en la agencia de publicidad, había intentado recuperar, de común acuerdo con Raquel M., tanto la sensación de un brazo como aquello de darse cuenta de que pasaba por abajo de puertas, de que caminaba de un sitio hasta otro, de que hablaba con su boca; incluso en dos oportunidades había procurado —personalmente— cierto paso atrás adentro etcétera, pero por momentos también tendería a volverse irritante.

Tampoco omitió comprar dos nuevas libretas: una quedaría en el cajón del escritorio de la agencia, con cierta fecha equis y abajo una única frase interrogativa: ¿cómo era cuando ni siquiera sospechaba que siempre había sido así?; la otra quedaría en un saco de invierno, hasta que volviera a sentir frío y por lo tanto la necesidad de ponerse otra vez ese saco: cierta fecha equis en la primera página y abajo de la fecha una frase cuidadosamente tachada y abajo una suma y al costado de la suma una multiplicación y una resta.

¿Pero entonces cuando, de manera más o menos aproximada, se cruzó con Augusto en pleno gentío de la calle

Florida? Sin lugar a dudas en invierno dado que uno de los dos llevaba sobretodo y el otro chaleco. Nunca lo habría reconocido a causa de los lentes de contacto aunque fue el mismo Augusto el que levantó los brazos para dejarlos levantados hasta mucho después de gritar su nombre de pila y apellido como si lo moviera el propósito de ponerlo en evidencia sonambúlica: un montón de personas supieron por un instante (en plena calle Florida, a esa hora) que él se llamaba Roque, Roque Barcia. Y Augusto no abrazó, claro, porque mientras iba a su encuentro ya hablaba y hablaba, contaría en siete minutos y fracción una milésima parte de una tercera parte de su vida con paréntesis en los que preguntaba con estricta independencia de cualquier tipo de respuesta y algunos paréntesis menos prolongados donde aseguraba con cierto cambio de inflección que ni siquiera podía imaginárselo otra vez de vuelta, otra vez allí. ¿Había llegado mucho más al norte, a plena selva? Por cierto, a plena selva, mucho más al norte, los cambios de clima; entonces había podido ver con sus propios ojos toda esa pobreza es decir había comprendido que era preciso terminar cuanto antes con toda esa pobreza y el brazo se extiende para girar y gira de inmediato en redondo y gracias a la velocidad de reflejos de la muchacha que se aproximaba hacia ambos no se produce el golpe en la cara que pasa en cambio por abajo mientras el brazo ya progresaba por encima de los noventa grados de desplazamiento ininterrumpido.

Sin embargo, justo durante una semana en que no llamó ni una sola vez (¿o ya llamaba sin acordarse para nada de preguntar?), con el clarinete metido en el estuche y el estuche metido en un estante del ropero, con los cuadernos de idiomas en una valija llena de libretas y libros, su hermano Luis lo llamó a media mañana a la

agencia para decirle que había llegado carta adentro de un sobre de correo aéreo, una carta pesada con estampillas francesas.

Se la leyó (él la releía por tercera vez) en voz alta y por la noche a Raquel M., antes de la cena, justo en la época en que Raquel M. había retomado sus cuatrimestres de historia del arte y adelgazaba tanto. Catorce carillas de letra abigarrada a las que Barcia, unos diez años después y acaso al influjo de su enorme progreso dactilográfico, opta por no sumar abruptamente al manuscrito, sino más bien por desarrollar en detalle y en su propio contexto a manera de recuperación imposible de todo aquello que repentinamente parecía ir recuperando en cada reelectura aclaratoria.

¿Una vez más le habían robado equis años como de un bolsillo interno, etcétera?

Y para colmo: casi de manera simultánea empezaría a volverse poco menos que descomunal el éxito de un gingle de su puño y letra, televisado, en octasílabos, para un detergente líquido que con sólo ocho gotas agitadas tanto en agua fría como en agua tibia o caliente, en escasísimos segundos, era capaz de colmar con espuma inmaculada (pero al mismo tiempo activa) la pileta, la cocina, el living, las habitaciones, el baño, el corredor, el balcón y la pieza de servicio.

VARIACIONES
PARA GRABADOR Y PIANO

Y una vez más pero la última en ese continente había sido cargado en un camión de paso todo tipo de botones metidos en cajas y todo tipo de cinturones y de carteras y de sandalias y algunas semanas más tarde se habían subido los tres a un barco de bandera italiana que resultaría lentísimo y repleto de inmigrantes viejos despedidos en masa y con una tripulación neorrealista que hablaba en cocoliche y con un cantante de ópera viudo y semi calvo como todos los viudos o como todos los cantantes de ópera y que al cabo de cuarenta y ocho años de ausencia ininterrumpida no regresaba precisamente para cantar y consagrarse: multitud de gaviotas gimiendo atrás durante horas y que por lo tanto anticipaban nuevas multitudes de gaviotas que gemirían atrás después de cada puerto y como si hubiesen desistido de volver a la costa: Mauro y Juan-Juan alcoholizados a partir de la tercera noche y recorriendo pasillos y conjeturando naufragios y multitud de tablas a la deriva y edades geológicas hasta la noche de pasar por fin entre dos luces y durante la que también se emborracharon pero según sus propias palabras para celebrar ese primer ingreso físico en la gran civilización mediterránea pasando despacito entre las luces de Albeniz y las de Thelonius Monk: primer barrio semi gótico y algunas primeras gárgolas y el jardín de los naranjos y la lengua girando hacia atrás y poco más tarde primer sur

con desaparición repentina de la lengua y la calle de los alquimistas y Juan-Juan perdidamente enamorado de una francesa joven que leía *Bouvard et Pécuchet* con una convicción sobrecogedora sentada al sol en el banco de un parque o plaza y lo mismo cruzaría muy lento hacia ella pero seguía borracho y ella gesticularía como Lucy d'Obrien en *Comment Max fait le tour du monde*, a saber intimidada e ininteligible: la ciudad de París más o menos al noroeste de la isla y con un río impresionista por el medio y con Notre Dame iluminada con luz eléctrica amarilla y con miles de fotógrafos diurnos aficionados y hablando la acongojada lengua americana es decir una semi evidencia circunstancial en un momento dado o, dicho de otro modo, exactamente todo lo contrario.

De común acuerdo y antes que nada y antes de que se les sumara la semi argelina Nathalie caminaron y caminaron sin resultado de ninguna especie pero una tarde cuando ya se les había sumado Nathalie y como pasa siempre es decir cuando ya ninguno de los cuatro conservaba el menor asomo de esperanza dieron con el local bajando una escalera de nueve escalones, y precisamente en los alrededores del boulevard du Montparnasse.

Fueron sacando poco a poco tierra y descascaramientos y montones de telarañas y papeles tiesos y amarronados y cucarachas vivas y cucarachas secas hasta que unos cuantos días más tarde todo estaba dispuesto para pintar y pintaron paredes y mesas y pintaron sillas y conectaron cables y pulieron el piso y hacia el final alquilaron un piano que ocuparía uno de los rincones opuestos a la escalera de acceso: afuera y con dos luces oblicuas un cartel de tamaño regular en letras amarillas sobre fondo negro anunciaba con todas mayúsculas LA LARME OCCIDENTALE.

A margen izquierdo, con lápiz y caligrafía casi ilegible, entre signos de admiración: incluso las cosas que suceden

con el océano de por medio —meses más o menos— pueden parecer las mismas, pero no hacen más que demostrar exactamente lo contrario.

Y de manera casi inmediata a la colocación del cartel, entre los cuatro y procurando por todos los medios obviar criterios y hasta tentaciones testimoniales de carácter puramente personal, compusieron poco a poco el texto y hasta discutieron cada línea y hasta intercambiaron criterios en relación con la música que al fin y al cabo sería concebida como de progresión decreciente, jazzísticamente hablando, en todo lo relacionado con la presencia de swing.

Paris par arrondissement et Communes de Banlieue avec la station de métro la plus proche, Leconte Editeur.

En principio eran quince mesas cada una con cuatro sillas y en el rincón opuesto una especie de mostrador elementalísimo y atrás los estantes con las botellas indiferenciables: por las tardes Mauro buscaría el paradero demasiado impreciso de un señor mencionado por Nancy y que resultaría desaparecido de postguerra y Juan-Juan se dedicaría a la traducción demasiado dificultosa del Astavakra Gîtâ y Nathalie acompañaría a Mauro mientras ella ensayaba durante horas la pronunciación y sobre todo el tono adecuado del texto trilingüe: a último momento hicieron ampliar dos reproducciones que a su vez serían pegadas en las paredes laterales: una de un vagabundo que está cruzando un puente con el pantalón agujereado en la rodilla izquierda y la otra de otro vagabundo que está llegando a una puerta de jardín o en todo caso a punto de pasar frente a ella pero con el pantalón agujereado en la rodilla derecha, en los dos casos rodeados de símbolos.

Claro que sí, siempre hay una primera vez que no siempre termina resultando la más destacable y a partir

de la cual hay que recurrir a ciertas «magras reservas de obstinación»: la noche inaugural sólo había entrado una pareja bastante mayor es decir una prolongadísima permanencia en común y primero él le dijo tes monuments sont les bornes kilométriques de ma fatigue y enseguida pidieron vodka y esperaron vaya a saber qué tipo de espectáculo pero ellos por su parte decidieron postergarlo y Juan-Juan se limitaría a tres o cuatro temas de los años treinta y ellos aplaudirían sin demasiado entusiasmo en cada pausa, sus cuatro palmas repercutiendo en el local desolante: sin embargo la segunda noche no sólo vuelve la referida pareja para ubicarse en la misma mesa y pedir vodka sino que pocos minutos más tarde entra un hombre solo que pide un vaso de vino y una media hora más tarde dos mujeres lesbianas que piden dos anisados y por último un joven con algo de barba y una carpeta enorme que no pide nada y a última hora querrá vender grabados originales y por lo tanto a eso de las diez y media de la noche algo templada se decide que había llegado la hora y Juan-Juan de espaldas a las mesas ataca con esa especie de antitema ensayadísimo.

No lo que podría llamarse semi canto gregoriano con mucho swing que decrecerá y decrecerá sino más bien algo por el estilo de un swing esencial elementalizado y por lo tanto discontinuo y titubeante como entrecortado por pausas que al mismo tiempo lo ilustran y un poco a la manera de cierta música hindú pero esto último apenas por lo infinitamente más subjetiva aunque en forma simultánea con un trasfondo bastante próximo al spiritual pero no lamentoso y con algunas reminiscencias de lo temperado aunque paradójicamente mucho menos enfático o autoconvencido y de hecho con más swing hasta esos ciento veinte segundos límites de introducción es-

pecífica en que al cabo de una pausa —vasos gruesos y blancos de supermarcket— surgirá la voz impersonal de ella (trabajosamente impersonal, de Mercedes) con las dificultades imaginables de volumen que sólo podrían corregirse con el correr de las noches:

Mesdames et messieurs qui êtes présents ou presque.
Ladies and gentlement present or almost.
Señoras y señores presentes o casi presentes.

(pausa no demasiado prolongada; único dedo contra una única tecla; un acorde con mucho pedal; una octava en detalle y sin ninguna cadencia, abrupta)

Here it is possible (pausa) to cry backwards.
En este sitio (pausa) es posible llorar al revés.
Ici il est possible (pausa) de pleurer à l'envers.

(el retome musical idéntico en esencia colocará no obstante un leve, levísimo declinamiento rítmico aunque reiterándose en todo sentido, la mano izquierda procurando la mayor neutralidad imaginable)

Es posible llorar impunemente al revés de como ha sido siempre (pausa) mientras el espacio grita y ríe de mi soledad.
Il est possible de pleurer impunément a l'envers de l'habituel (pausa) alors que l'espace crie et rit de ma solitude.
It is possible to cry backwards unpunished contrary to what has been usual (pausa) while space shouts and laughs at my loneliness.

(el piano vendrá insinuándose algo confuso y demasiado pedestre hasta el ataque frontal de no más de minuto y

medio, una punta de la Suite inglesa, punta diáfana pero que se quebrará de repente, sin ton ni son)

Rien de lu ni d'entendu (doble pausa) rien de ce que nous croyons représenter ou comprendre (pausa) pourra venir à nous consoler.
None of what is read or head (doble pausa) none of what we imagine to enact or understand (pausa) will be able to come and comfort us.
Nada de lo leído ni de lo escuchado (doble pausa) nada de lo que creemos representar o comprender (pausa) podrá venir a consolarnos.

(silencio íntegro y sin nada de nada, apenas hacia el final dos únicos golpes de un único dedo sobre dos únicas teclas; media octava; pedal)

To cry for oneself (pausa) to cry obscurely for the mish-mash of oneself.
Llorar por uno mismo (pausa) llorar sin pena ni gloria por el sin ton ni son de uno mismo.
De pleurer por soi même (pausa) pleurer obscurément pour le sans rime ni raison de soi même.

(aire de vals efimerísimo y predominio brillante de semicorcheas retomando aquello original; una especie de swing decreciente que se maltrata pero al mismo se espera y reacompaña)

Alors que l'espace (pausa) grita y ríe (pausa) at my loneliness.

(pianissimo y enseguida algo de blues sin nada de swing hasta desembocar a algo de nuevo roto o dodecafonista insinuando poco a poco al segundo Mozart y quedándose

por fin en esa zona intermedia y deslindada con todo insinuado como posible y sin énfasis hasta tender poco a poco hacia una cierta limpidez del cuatrocientos, sin la menor insinuación de final; cierta apacibilidad cantabile de deriva)

Semana a semana las mesas resultarían insuficientes, las servilletas de papel escasas para los que se sonaban, pero nada podía compararse con el lleno de los domingos y sobre todo cuando decidieron la presentación dominical vespertina.

Cierta noche incalificable, aparentemente al azar, entraría Figueras. Solo y con las uñas negras a causa de trabajar en litografía: Figueras nunca se hubiera imaginado que Mercedes atendía las mesas y por ese mismo motivo ella dejó que lo atendiese Nathalie. Ni siquiera reconocería esa voz grabada entre pausas y entonces Mercedes pudo observarlo y escucharlo gemir apaciblemente y en apariencia desentendido de su pasión de entonces por Durero. Con posterioridad a los últimos acordes se acercó a su mesa y él ni siquiera se movió ni tampoco haría nada por secarse, le pediría que se sentara y una vez sentada le habló en detalle del Tratado de los colores, que Hokusai lo había escrito a los ochenta y cuatro años y que allí aclaraba que si algún día le era dado continuarlo ofrecería a los niños la posibilidad de expresar la violencia del océano, la fuga de los ríos, la tranquilidad de los lagos y la debilidad o la fuerza de los seres humanos.

Mauro a punto de irse por dos o tres meses (con Nathalie) a visitar algunas pocas ciudades de Asia Central. Ella (Mercedes) admitió finalmente la posibilidad de vivir con Figueras: la cajita con las dos muelas del juicio, claro, y el revólver cargado; una pieza amplia, pero muy

fría al final de una escalera demasiado oscura pero a siete cuadras escasas del Louvre, con tantas ganas de hacer algo, de hacer algo durante el día, de hacer alguna cosa con las manos, alguna cosa cualquiera.

Además estaban planeando una regrabación con varias alteraciones y por supuesto se quedaba esperando señales concretas, señales barcianas.

El Fantasma ya navegaba solo hacia allá.

Lo que no podía omitirse era que el grueso del público se caracterizaba por ir una sola primera vez; y los llantos iban perdiendo poco a poco convicción, como si supieran por anticipado, como si antes de ir ya les hubiesen dicho de qué se trataba.

Y Mauro se interesaba mucho en la arquitectura gótica. Y había recibido otra carta de Nancy, de Nancy Kressel.

En honor a la verdad, finalmente, y tal vez como sucede con todas las cosas, nadie volvía.

OTOÑOS

Desnudos, ateridos, en puntas de pie mientras se escuchaba el piano dado que había terminado de escucharse la voz idéntica a sí misma, poco a poco en la penumbra y como infinitamente perseguidos, procurando darse algo de calor con el resto de calor de sus cuerpos desnudos y como sumergidos previamente en talco, primero fueron bajando los nueve escalones y segundo fueron aproximándose hasta el centro de LA LARME OCCIDENTALE como si llegaran al centro de «una futura tibieza impensable»: Inés y Pedro Cisneros quedándose allí abrazados al final de miles y miles de kilómetros, de tanta agua y gaviotas, echándose el aliento entre sí como si no hubiese calor rojo allí adentro, sin atreverse a ocupar una mesa mientras sus llantos destemplados empiezan a unirse a los llantos destemplados de los que ocupan por una única vez el resto de las mesas y hasta que de golpe se les aproxima como desde muy lejos Mauro con el pelo color estaño en las patillas con un rictus de violencia caucasiana con ropa inverosímil de jeque para gritarles que ese no es un sitio destinado a llorar al derecho ni tampoco es un sitio para refugiados del frío atmosférico, que de ningún modo se trata de un sitio para llorar como siempre porque es un sitio para llorar al revés de como siempre y entonces trotan lo mismo que mimos friolentos y entalcados y en cuatro patas van trepando la escalera hacia la calle mientras abajo terminaba el piano o arrancaba de nuevo y

reaparecía o se agotaba la voz después de pronunciar algo en una especie de pali o arameo publicitario.

La descripción minuciosa, en última instancia, pertenece a cierto sueño nocturno de Barcia, sueño nitidísimo acaso alentado por la referencia epistolar a Figueras o en su defecto por el estímulo incontrolable de la concreción de su primer adulterio algo precipitado con una modelo provinciana de la agencia.

Lo cierto es que justo en esa misma época (la del sueño y adulterio) terminaba a su vez de concretarse el otro éxito descomunal de un gingle de su puño y letra para una bebida sin alcohol a cuya botella gigante en primerísimo primer plano se abrazara amantísima y en bikini a lunares la referida modelo previamente bronceada por el sol, provincianamente apasionada por un cine parsimonioso que ya empezaba a devolverte en blanco y negro, con tan pocas palabras.

En blanco y negro y con silencios prolongados de sobre todo dos sin pena ni gloria pero primigenios, exterior noche o día es decir de repente la calle como calle en sí en la pantalla, en el milagro ritual, la calle con sus ruidos mientras caminan dos sin nada que decirse o se buscan todo el tiempo entre grises contrastados sin encontrarse, panorámicas de ruinas contemporáneas que te hacían llorar como si fuesen gángsters a cuarenta minutos del despatarramiento indiscriminado, exterior isla con la banda de sonido colmada de gaviotas hambrientas y de repente la mano de la modelo adúltera de la botella en la mano como si estuviese ilustrando esa misma semi caricia de allí adelante en foto fija y a contrapelo de la eternidad, o mejor como mirándose los dos a los ojos es decir cierto espejo enrarecido por la lengua y por el tipo de medios de locomoción y a veces nada más por el estilo de ropa encargada de una continuidad en el tiempo como espacio irrisorio después de cortes desmesurados y

caídas de hojas o de gotas de canillas o de goterones de lluvia y diálogos sin nada que decir con cámara en mano o sea el otro dedo resbalando despacito sobre un vidrio y de repente estaciones de tren sobre todo en invierno con narices achatadas contra los otros vidrios de los trenes ante los que llorarías al derecho hasta la nueva crispación del corte sin nada que decir salvo lo obvio y un fundido inútil con relámpagos que te devolvía por diez segundos a una butaca rodeada de butacas visibles en la penumbra caliyúguica y además las puertas que allí adelante cortaban el espacio imaginable como tiempo y además achicaban y referían la supuesta voluntad oscura de los otros y además los parques grises y los bares grises y la manía ambulatoria de dos adentro de una pieza blanca y además la dedicación inconcebible que exigiría un cigarrillo y todas las caras secretas de una segunda oscuridad amontonada porque en la primera oscuridad todos reían para llorar pegados a la risa y para reír de nuevo y llevar el ritmo del viejo jazz de Orleans con tema dado y sin acordarse para nada de ninguna de los payasadas luctuosas de boy scouts mugrientos al otro lado del océano.

Aquí en el sur, sin embargo, abril es el mes más benéfico; siempre vuelve a sentirse como el único mes en que algo sucede a pesar del desierto literal del arraigo: con tinta y letra de imprenta, en el ángulo superior derecho.

Luis, Luis Ramos finalista en el campeonato interbancario de ajedrez y pocas semanas más tarde anunciando que se casa con una ajedrecista del Banco de Italia y América del Sur; decenas de radiografías del páncreas del marido de mamá; cine con Raquel M. en la butaca

de al lado y nueva metáfora relacionando supuesto aluvión que poco a poco volvería a su supuesto cauce raquelémico.

¿Qué hacer entonces ahora, en ese contexto a toda costa desopilante, con aquel mediodía fuera de cuadro?

Simplemente nombrarlo.

Hasta que un mediodía (y cuando ya al sueño se lo habían tragado decenas de sueños insignificantes) llama por teléfono a la agencia el marido de mamá; es cierto que llamaba por última vez, pero esto no es lo que ahora interesa. El marido de mamá, después de reconocer por sí mismo que hasta parecía mentira, anuncia la llegada reciente de un sobre con estampillas francesas pero en este caso sin ningún tipo de remitente. Nueva metáfora en el sentido de que parecía como si otro tipo de aluvión hubiese buscado su propio cauce con absoluta independencia de que mediara un océano, etcétera.

Dos carillas de Mauro bastante posteriores a su regreso de Asia Central después de Estrasburgo y de que cambiaran íntegramente el texto de LA LARME OCCIDENTALE: o bien las perdió y por ese motivo no puede incluirlas al manuscrito, o bien las conserva en cierta valija pero en este caso pareciéndole excesivo retomarlas; o tal vez lo que en resumidas cuentas rechaza es aceptar que no se las leyó a Raquel M. a pesar de haberlo decidido a casi un año de la otra fugacidad con la modelo. Se limita a recuperar imperfectamente cierto contexto genérico que, en algún sentido, tenderá a impulsarlo hacia adelante, hacia lo que se prepara y se teme como remingtonear culminatorio: en general tratarse de isla con algunos museos; en vez de gaviotas sociólogos y guías turísticos; ser triste andar con Nathalie por isla pero de pronto dar con piedra gótica y pensar en hilo rojo; pie-

dro gótica sobre todo negar columna; ser espacio de actividad desenfrenada como apoyado en propia apoteosis; cada línea sumarse a otra como querer infinito de forma que necesitarse sin carga; fuerzas libres como desgarramiento hacia arriba; ser despilfarro de la razón y pensar que después venir ulular miguelángico con tanta confianza en misters universo; ser líneas que sólo aludir cierta movilidad infinita entre caca herméticamente encerrada y sonambulismo motriz; crear ilusión erguirse hacia centro.

Por lo tanto y sin haberlo previsto demasiado —o sí, pero de otra forma— lo que Barcia recupera es el influjo de aquellas dos carillas en el Roque de entonces, justo cuando reaparecía la ropa de lana y se acortaban los días, precisamente en el mes durante el que algo podría sucederle en pleno triunfo masivo de la televisión sonora.

Una semana íntegra sin ir a la agencia: limpia los discos con algodón empapado en alcohol y los reescucha, vuelve a librerías de viejo desde las primeras horas de la tarde anotando frases dificultosas en una nueva libreta bajo el efecto central de la relectura de algunas viejas libretas recuperadas, cierta mañana abre el ropero y retira el estuche y abre el estuche y retoma el clarinete bajo: un estruendo de primera octava soplada con todas sus fuerzas y volviendo a soplar sentado en la cama revuelta, en pijama y omitiendo cepillarse los dientes, busca y revisa sus cuadernos de idiomas que empiezan en conjugaciones y terminan con dibujitos por ahí de la página veinte, se conmueve barcianamente ante el espectáculo de casi todo alcanzado por esa tibieza paulatina del sol y ciertas noches le lee a Raquel M. algunas notas del principio, bebe solo o con ella hasta horas demasiado avanzadas entre libros viejos y recientes que subraya con una obstinación recrudecida. Pero va decayendo poco a

poco, y por eso anotará una madrugada en la anteúltima libreta, y ahora copia:

- ¿qué carajo puede hacer finalmente un tipo cualquiera por su propia cuenta si la octava cae por ejemplo hasta el extremo de que resultará admitible pasarse semanas enteras pensando en un gingle, con todos de común acuerdo alrededor?

Entonces admitió (y admite) que sintió (y siente) la necesidad imperiosa de contestarle antes de que sea demasiado tarde, o no precisamente contestarle sino más bien comprobarse haciéndolo. Da a entender que carece de copia de aquellas líneas suyas pero que si las tuviese, paradójicamente, se negaría a incluirlas: y no porque las sepa de memoria o en todo caso por pura desmemoria, sino porque se trata de una segunda vez, como si se alcanzara aunque más no fuese en esto, etcétera.

A casi siete años de distancia Barcia no sólo reencuentra el tono de aquellas líneas sino que al mismo tiempo cree realcanzar la casi persuasión de un mismo semi punto algo barciano y demasiado provisorio, pero con una paradójica apariencia de continuidad:

Empeoro, empeoro.
Yo también un día (una noche) creí creer, ante el intenso olor a bosta de un tren lentísimo y natal, bajo un tilo o plátano tan ilustrador de contexto, que mi vida, esta muy lánguida desmemoria para nada de nada, was a vasta y luminosa empty página and that yo podría do whatever I want.

A una edad por completo imprevisible, entre salidas regulares que hasta podrían entenderse —por parte de un

observador imparcial ajeno a la frecuencia— como salidas regulares de reconocimiento, lo mismo que si hubiese cometido un acto incomensurable al dejar que cayera su sobre aéreo en un buzón, Roque Barcia espera, espera como un eco, espera como una señal definitiva que por favor no llegue, una como opción espeluznante antibarciana: Roque Barcia al rato de ese acto algo tardío de ir al correo y empujar el sobre se percibió (y cree percibirse) por instantes como algo testimoniado y recíprocamente posible, algo (algo en sí) que cometió (y comete) esos hábitos cotidianos pero como quien espera (y esperó) algún momento claramente propicio sin urgencias inútiles ni conjeturas obsesivas: esperó (y espera) porque sabe que corresponde esperar, cabe y corresponde esperar sin que nadie tenga necesariamente que preguntarle qué es lo que paradójicamente espera; abre por supuesto puertas (las abrió), pasó (y pasa) por marcos de puertas abiertas, ha hablado y habla en persona y por teléfono, ha opinado y leído libros y diarios y periódicos y todavía opina aunque ya casi no lea y más bien tienda a recaer en monólogos imprevisiblemente acronológicos, como fanatizados por la evidencia espasmódica global.

Pero lo indudable es que por aquel entonces y cuando todavía la posesión de una Remington si siquiera se insinuaba como sospecha, lo mismo había llegado a necesitar lo que ahora no quiere permitirse como pura invención desencadenante (y en alguna medida reinvindicatoria) que pudiese incluirlo: llegó a esperar inútilmente un sobre, algún telegrama, a cierto agente secreto, a un niñito metido en una canasta y al que debería adoptar en el acto, cierta traducción del arameo sin ningún tipo de llamadas aclaratorias, un sobre muy urgente y hasta con aviso de retorno.

¿Habría alcanzado, en última instancia, con la relle-

gada reimprevista de un recorte de diario, una nota y un giro telegráfico?

Se permite teclear que sí, que claro, que por supuesto habría sido más que suficiente. Pero ya es demasiado tarde, ya casi amanece otra vez, y por ese motivo prefiere buscar su pijama y ponérselo y casi de inmediato, lo más sigilosamente posible, acurrucarse contra la tibieza raquelémica, cosa que detalla por anticipado y sin la menor economía de detalles, hasta con una especie de regodeo implacable, semipóstumo, en cierta medida mortificante.

MACTE ANIMO

Mientras levantan los sostenes, eso mismo. Mientras levantan los sostenes y recogen la carpa y se dedican a plegarla y alguien empieza a ocuparse de los trapecios, alguien se lleva la cuerda floja como si nada, el único elefante como si en todo caso quisiera o necesitara irse. Mientras alguien convence y se lleva al tragasables y a su vez convence y arrastra al trapecista borracho y entalcado y otro cualquiera carga con las pocas metáforas y con las referencias alusivas y con las atribuciones de toda índole. Mientras tiene lugar esa especie de desmantelamiento paulatino y va quedando nada más que aquel círculo transitado y alusivísimo sobre la tierra mezclada con aserrín y papelitos de colores, mezcla pisoteada por toda la compañía comprendiendo fieras y animales amaestrados y personas. De repente quedan nada más que los pozos donde estaban metidos los sostenes de la carpa: entonces el cielo necesariamente nocturno reaparece, recolgado sobre la otra carpita con pelo te descifra, bendito sea el espacio inconmensurable, una antigua y desmemoriada y conocidísima vergüenza.

Pero pongamos por caso que nadie se preocupa de llevarse el impermeable, que justo vienen a olvidarse de arrastrar a su vez con el impermeable. Entonces querría decir que hasta puede reponérselo como quien se

encontrara bien a punto de intentar una vuelta completa semi póstuma con casi nada de público todo alrededor de ese círculo bajo todo el cielo, sobre pisadas sobre tierra mezclándose con bosta y con papelitos de colores y con algunas monedas desaprobatorias, en ese viento de llanura absoluta que agitará los pliegues y las solapas del referido impermeable. Por lo tanto, antes de que sea demasiado tarde, procure aclarar a qué se debe la inclusión demasiado tardía de una indumentaria semejante.

Cada línea sumándose a otra,

cada línea como una especie de querer infinito de forma que obviara la necesidad ululante de carga, de carga y por lo tanto de columnas,

es decir líneas despavoridas ante la vertiginosidad provisorísima de su propio vértigo como despilfarro absolutamente desentendido de la piedra.

Sólo una media docena de notas sin ninguna convicción ni esperanza y procurando sobreentenderlo, durante la gran pausa interminable, como elemento posible de continuidad real (demasiado real): impermeable gris casi blanco con a veces las solapas levantadas y otras muchas veces no, simple indumentaria de posible continuidad visual y ni siquiera como elemento representativo de cierta decisión plástica —o rítmica—, más bien como producto hasta fortuito de la intuición raquelémica originada en el puro azar de una primavera demasiado lluviosa en el preciso momento de prepararle la valija en el octavo piso del sur: otoño seguro lluvioso al otro lado del océano, humedad y neblinas, perfectamente indicado para impermeable como indumentaria que protege pero sin

fatigar, sin esa contundencia de las indumentarias extremas o sea posibilitando cierta libertad de movimientos como apresurar el paso o subir escaleras y además con esa generosidad de bolsillos, bolsillos profundos que hasta pueden independizar de la valija: gris casi blanco con cinturón con hebilla forrada con la misma tela, holgado y un poco demasiado largo.

Montón de días (¿lo irreversible por excelencia?), montón de semanas que incluso habrían llegado a meses (o en su defecto a nunca) de no mediar primero la buena voluntad y casi de inmediato la argumentación concreta y finalmente la exigencia entrañable raquelémica.

Gran actividad de la bóveda acompañada con esa acentuación del punto máximo en el espacio conjunto y simultáneo de actividad desenfrenada a manera de desgarramiento hacia arriba sin ninguna confianza en arriba ni ninguna confianza en la piedra etcétera.

Jet inmaculado por la noche temprano. Jet primero rodando a lo largo de la pista mojada en esa primavera infrecuente del sur, entre reflectores y con Raquel M. en medio de la multitud que ahora puebla y a partir de ahora seguirá poblando los aeropuertos. Claro, casi toda manifestación del mundo exterior no sólo había cambiado sino que se hacía evidente su carácter de progreso intimidatoriamente progresivo: asientos reclinables, música funcional, revistero, scotch en el vaso sin vibración de ninguna especie, azafatas de publicidad.

Simplemente altura petrificada: ni nota ni recorte ni giro telegráfico.

Y por lo tanto a manera de único ejemplo los ríos. La gran mayoría de los ríos crecen de improviso y lo arrastran casi todo, es verdad; después tienden a bajar de a poco y dejan lo arrasado que tenderá a secarse lentamente; o sea que cualquier tipo de exaltación demasiado intensa convierte en río que su vez borra etcétera. O sea que a pesar del evidentísimo progreso dactilográfico lo mismo cabe la posibilidad de detenerse en eso de que la velocidad fulmínea o de río en creciente de todo aquello que necesitaría teclearse terminará excediendo con creces cualquier alternativa de esfuerzo físico espasmódico. Sin embargo no deja de ser posible resentirlo todo en bloque cada vez y por consiguiente empezar de nuevo, ir robándole letra a letra hasta formar una palabra y agregarle un espacio con el pulgar y en seguida volver a resentirlo dejando que inunde y que arrase y que desborde. Se tratará, a lo sumo, de arrancar de nuevo a partir de la única frase robada por acumulación de palabras robadas, agregándole otra vez espacio y tecleando una nueva letra, o un punto repentino, o retomando aquello de los dos puntos, o un nuevo espacio, o cierto blanco más o menos descomunal y desaprensivo.

A miles de metros de altura sobre el océano por su parte con miles de metros de profundidad, la valija mediana en el asiento de al lado y el cinturón del impermeable desprendido: ningún hombre, por cierto, podría resistir esa altura como tampoco podría resistir aquella

profundidad; dos veces miles de metros equidistando de la horizontalidad terrestre tan frágil; o bien estallaría en centenares de partículas luminosas (un destello fulmíneo), o en su defecto iría desmenuzándose en hebras gomosas transformadas en alimento de peces ciegos aunque auxiliados hasta lo indecible por su propia ceguera (un desgarrarse paulatino en lo negro que a su vez se retransformaría en espacio).

Y Figueras no dejaba de estar en lo cierto al afirmar eso de los sueños prototípicos; pero Spitta también estaba en lo cierto al afirmar aquello de que todo orden es un orden a posteriori, al intentar recordarlo. Es decir la naturaleza tendenciosa del olvido del sueño (¿a partir del ulular chimeca, Mauro?). Sí, nunca se exagerará demasiado dicha amplitud del olvido ¿porque es ilimitada?: sin duda, porque es ilimitada en cuando infidelidad despavorida de la memoria del sueño sincero pero ininteligible.

Primer mareo en primer jet, primer mareo manifiesto a manera de fractura o mejor de caidita en el abismito, caída repentina y fugaz sin ningún tipo de giro ni de recorte, nada más la nota de Mercedes abrumadoramente informativa y como de quien acata: sensación reencontrada de desplazamiento a chorro, como de deriva vertiginosa a miles de metros sobre el océano hacia la isla que no será del todo una isla y contendrá, como a pesar de sí misma, esas líneas de piedra sumándose a otras líneas como desgarramiento hacia lo alto ¿hacia jet?

Bípeda abstrusa atravesada y alentada por una fastuo-

sa neurosis de abandono, libertina natal en el extremo de lianas como de cuero a través del vacío con la marca imborrable y siniestrísima y ese olor a gente amontonada que empeora y empeora sin remedio mientras separa grasas, proteínas, esquemas, frases globales en cilindros simétricos a la manera de columnas dóricas de campo por supuesto alusivo de concentración.

Nuevo simplísimo mareo psicosomático adentro de un impermeable gris casi blanco admitido como continuidad visual y adentro de un jet que evoluciona a su vez en lo negro: perfecto eso de evitarse referencias marginales al gran rodeo de días y días con sus noches, a nada más llegar algo remareado y sentársele enfrente con las manos bajas para nada más echarle humo contra el rodillo sin hoja, con la reimagen de jet. En todo caso ha dejado por completo la publicidad y hace más de dos años que teclea y ha pasado en limpio cantidad de páginas con un progresivo e incuestionable perfeccionamiento dactilográfico. Usted agarrado a la lámpara, eso es, agarrado adonde sea y dejando que se cumpla la avalancha de Barcia en impermeable llegando al fin de cuentas hasta Barcia remingtoneante, o viceversa, optando de manera muy provisoria (y como a manera de conjuro) por el rodeo cronológico finalista: mamá ya visitaba (pausa) dos cementerios a la vez; Nacha en Chicago con su hijita Andrea en la casa californiana del antropólogo; el hijo de Luis se llama Roque (pausa) Roque Ramos; Raquel M. profesora de historia del arte; octavo piso con un balcón con un gomero en una maceta; el remingtonear barciano imprevisible; la noción de pausa.

Y por consiguiente todo el resto depende, volverá a

depender del correo aunque muchísimas veces las cartas parecen perderse y otras muchas veces es cierto que la gente se encuentra de manera repentina y entonces claro que debe alcanzar con una mirada, por supuesto que debe alcanzar con el cruce de una mirada para alentarnos o sostenernos en la caída y caída. Sólo una Remington armada en la Argentina por medio de la elementalísima combinación de acero con material plástico: el abecedario y los números y unos pocos signos, cada cosa en blanco sobre fondo negro.

Sencillamente teclas.

Y por lo tanto nada absolutamente nada que temer.

Con impermeable gris casi blanco con las solapas levantadas y que se agitan en el viento de la pista de aterrizaje completamente seca, sin gaviotas por ninguna parte; perfecto. Además con una valija negra mediana con adentro el cepillo de dientes y las mudas y el pijama y las medias y la maquinita de afeitar y con todas mayúsculas LA ÚLTIMA LIBRETA DE APUNTES hasta un auto de alquiler que de manera casi inmediata empezará a deslizarse «a manera de oboe entre árboles sur le motif». Indumentaria perfecta entre supuestos diálogos en parisino, sin compañía posible por la ciudad y nueva recaidita repentina en el abismito: Arrondissement et Communes de Banlieue avec la station de métro la plus proche, avec Répertoires.

Ciudad idéntica cruzada por un río cruzado por puentes y uno de los puentes cruzado adentro de un impermeable un poco demasiado largo ahora con las solapas abrochadas, hojas de árboles y de diarios franceses, como si en realidad fuera posible darse cuenta y caminar

de un lado hasta otro, como si fuese posible acompañarse.

¿Cuántos impulsos, desplazamientos, gestos, ademanes, los habrán contenido?

Pasos: los propios hasta una escalera oscura que crujirá al levantar la otra pierna y afirmarse en el envión; los de ella cuando se aproxime hacia la puerta con la intención de abrirla.

Dificultad momentánea: nueva incertidumbre motriz y repentina caidita siempre fugaz, admitida hasta con algún asomo de afecto.

Ausencia oportunísima: la de Figueras que no volvía hasta la noche tarde; la del Fantasma que buscaba trabajo; la de Juan-Juan que los visitaba poco y nada, sentándose por las noches a un piano remotísimo y providencial.

Ausencia en parte lamentada: la de la luctuosa Nathalie de regreso incontenible a la ciudad de Orán como ciudad inseparable de la gente peculiar que la puebla.

● Mercedes, Mercedes Chavarría, Mercedes Chavarría amantísima aceptando hacia el fondo de la propiedad repentina de vuelo a ras y a contraluz: no todo hombre a esta edad imprevisible que cruzara el océano después de semanas y semanas de indecisión y para colmo metido en un impermeable demasiado largo puede dejarse caer en brazos enteramente abiertos como si se encontraran sostenidos y abiertos sobre un sendero fangoso de jeep.

Adentro de esa sala muy fría. Sala con paredes cubier-

tas con Figueras originales: a partir de la caída y caída LA LARME OCCIDENTALE cerrada, atrancada, clausurada, sin porvenir posible, enmaderada / Nadie que pudiese gritar palmeándose los muslos y a los saltitos por ejemplo que estaba terminándose el verano / Desde el río Sumida el Fuji es encarnado como un caballo color corteza de árbol de pino y desde el puente Ryogoku es azul como los ojos de Nancy y desde Koishikawa es blanco como los zapatos de goma blancos de una enfermera a lo largo de un corredor con paredes pintadas de blanco / Del orden de los ofidios y con corazón de tres cámaras / La cárcel tiene un patio de recreo, un patio de recreo con paredes muy altas que parecen fomentar la humedad y el encierro:

y Roque Barcia le dijo: cada tanto me vienen mareos, mareos fugaces algo inquietantes y por eso preferiría conseguir un cuarto de hotel lo antes posible para salir solo mañana por la mañana lo más temprano posible.

y Mercedes Chavarría le dijo: podemos bajar ya mismo la escalera tan oscura, mi querido Roque.

Sobre más hojas amarronadas acartonándose, entre luces dobles de ida y de vuelta hacia decenas de miles de televisores que empezarían a olvidarte por el western él (Roque) con una valija mediana y un impermeable gris casi blanco y ella (Mercedes) con un tapado de paño y una boina oscura, se detuvieron para que él comprara una botella y unos pocos minutos después seguirían sin

mucho ritmo y hasta casi desacompasados hasta el hotel donde un rato más tarde se harían señales de adiós o de hasta mañana con los brazos con ritmo de metrónomo y sólo separados por un vidrio delgado y transparente.

Degradar (pausa) la ilusión (doble pausa) de que somos (pausa) trágicos.

La valija en la silla. El impermeable en la percha. ¿Por qué motivo no lo había acompañado Nathalie, o Mercedes? La botella de scotch sobre la repisa o cómoda. Completamente solo y recostado con los zapatos puestos al otro lado del océano la frase cuesta entre errores inconcebibles de máquina mientras tiende a arrepentirse con el mayor decoro imaginable de describir aquel cuarto extranjero, única referencia circunstancial al nuevo vértigo y a nada de gaviotas ni de luz bochornosa y a que mañana verá líneas rectas sumándose entre sí como una especie de querer desgarrado de forma: ni vestigios de la puntada en la zona abdominal la valija abierta con la libreta arriba de todo casi al alcance de la mano y como de repente el fragor afuera gente que cada tanto se llama por sus nombres de pila y entonces se teclea quitándose un zapato con el otro zapato y quitándose el segundo zapato con el pie en media o sea alguna vez quemó colcha con cigarrillo y también alguna vez vomitó mareado sobre water espacial lo más lógico sería ponerse los zapatos y salir a esa ciudad para cada tanto preguntarle a alguien por el hotel Baltimore, incluso podría agarrarse las dos veces al teléfono y teclear guiones dobles de diálogo para un diálogo internacional a una larga distancia acongojada. Pero sintió (y siente) un poco de frío.

Alguien se lleva los trapecios alusivos mientras alguien convence y arrastra al tragasables alcoholizado y otro cualquiera levanta poco a poco los contados sostenes de la carpa que algunos otros enrollarán despacito, como con cierto decoro primordial hacia la carpa.

En su defecto podría haberlo acompañado el Fantasma, las dos risas alarmando a los pasajeros siempre ocasionales de ese tren, un almuerzo mercedizado por el vino y perdiendo poco a poco todo tipo de énfasis o de sobresalto escandalizante, o de simplemente altura.

Y en última instancia ¿admite que el exceso de intensidad como río que borraría y sometería significa en las dos veces ninguna intensidad? Cualquier observador imparcial al advertir la botella de scotch y la valija abierta y el impermeable en la percha y los zapatos caídos sobre la alfombrita de marras hubiera pensado en alguien a punto de terminar con cierto traficante de alcaloides o a punto de que lleguen dos tipos con impermeables claros a patear la puerta y gatillar a boca de jarro sin resistencia alguna, más bien contra alguien que lo admitiera como convincente: las dos veces a unos cuatro años más un océano de distancia entre sí haciendo un buche imposible de compararse y en seguida dejando que pase por la garganta como líquido ámbar aunque no puede omitirse que allá se dirigió en medias ¿hasta dónde? hasta la ventana, achuchado. ¿Y qué sintió allá en medias sobre vieja-madera-francesa-de-piso-de-hotel?: teclee que creyó sentir parte de los hombros, parte de los brazos, y los pies sobre dicha madera mientras creía saber que respiraba pero agarrándose a la cortina francesa a causa del mareo y le hubiese gustado anotar en detalle pero apenas puede

teclear la pregunta ¿por qué no le propuso a Juan-Juan que lo acompañara?

Con todas mayúsculas EL PRIMER TREN DE LA MAÑANA POR LA LLANURA FRANCESA, rostros como coincidentes de pasajeros en apariencia imborrables, con la valija en el hotel y de nuevo adentro del impermeable y sentado de la ventanilla creyendo mirar ¿interesa tanto que no había pegado los ojos durante la noche, sobre la cama necesariamente hundida del hotel?

Pura ilusión eso de que algunos o mejor alguien en particular vería aproximarse a ese tipo semi calvo con las solapas levantadas de un impermeable un poco demasiado largo y que por lo tanto lo vería detenerse cada treinta o cuarenta metros con el propósito de anotar algo en una libreta a la que antes de seguir devolvía a uno de esos bolsillos profundos bajo el cielo algo despejado con nubes rápidas y fatigándose un poco a causa de los declives hasta la irrupción frontal en la place Châtelet, mejor teclee simplemente una única frase indistinta que por ejemplo arranque con el nombre y apellido Ivonne Leconte a cuyo negocio se dirigirá mucho antes de los cambios de luz en los vitrales y de las reflexiones que no vendrán al caso: Mme. Ivonne Leconte al fondo oscuro de su negocio de souvenirs; una vidriera colmada de souvenirs en la calle paralela, calle Cloûtre Notre-Dame; tal vez, pero muy en primerísima instancia, ella pudo imaginarse algo por el estilo de agente de investigaciones pero en ese hipotético caso lograría tranquilizarse en el acto al escucharlo y en seguida hacerle sentir hasta qué extremo resultaba lamentable haber creído que ella podría ofrecerle la menor referencia y tal vez por eso lo trató con

tanto desprecio y por eso usted compraría al azar ese montón de postales calamitosas pero que ahora y de repente es como si lo invitaran a desistir de descripciones inútiles y por lo tanto a limitarse a la figura de Magus que tient en main une banderole y a cuyos pies rampe el dragón alado de la alquimia para de inmediato concentrarse en los ciento ochenta y siete escalones pisoteados de piedra y en que al llegar a un nuevo descanso las ventanitas redaban al paisaje insignificante y a las piedras no pegadas sino simplemente juntas o sea la palabra arbotante y todo hacia arriba o sea el gótico sin nada que ver con el ulular de la belleza y de repente ese pasadizo al sol y cambiante a causa de las nubes rápidas pero desde donde puede ver la place Châtelet desde donde había podido ver las dos cúpulas desde donde ahora en plena luz alternándose puede ver los techos a dos aguas y en lugar de simetría, por supuesto, reiteración, líneas y líneas y antes de seguir subiendo el nuevo mareo con las manos en los bolsillos hondos del impermeable algo agitado por el viento y la campana clausurada, negra, enmaderada, rodeada de tirantes y de hierros es decir inmovilizada, sin la más remota posibilidad de tañir y por lo tanto incapaz de haberlo golpeado en la espalda: abajo los canteros por entre los que había caminado sin darse cuenta porque sólo lo preocupaba el testimonio imposible de Mme. Ivonne Leconte entre postales de colores, como a todo el mundo: canteros rojos y violeta profundo, allí arriba las guardas talladas y mucho más allá de los canteros y de los techos a dos aguas tendría que haber estado el mar: sigue subiendo y hasta llega a sentir que todo eso conseguía aquel movimiento infinito pero tuvo que agarrarse fuerte a causa del nuevo mareo y a causa de la altura sobre ese movimiento vertical petrificado que le faltaba: teclee sencillamente es decir no agregue ni reflexione porque nadie lo había empujado más

bien debió tratarse de una veleidad aérea repentina o en todo caso de cierta manía secreta pacientemente alimentada y al fin de cuentas realizable: el aire algo diáfano que admite y por lo tanto contiene o en última instancia una como forma de bajar de otro modo ni siquiera tentación de vuelo como vuelo también escrito hasta el oprobio tampoco una acción imprevistamente motivada por el vértigo porque usted sí experimentaba vértigo y pudo comprobar que dicho vértigo sólo produce retroceso y cautela y necesidad de resguardo tampoco nada que pudiese relacionarse con mareo psicosomático porque usted venía experimentándolo desde el jet y una vez allí arriba se le multiplicaron cada tres o cuatro minutos para qué carajo teclearle razón o énfasis incluso es bastante posible que se haya golpeado en alguna parte mientras duraba el trayecto vertical pero lo cierto es que no caía y caía con el propósito deliberado de contárselo a nadie: abajo de todo las piedritas grises sin rastro de sangre casi en línea recta con el negocio de Mme. Leconte a unos trescientos metros del río L'Eure pasando despacito, lentamente, un montón de personas que se habrán acumulado sin sombreros extraños, teclee eso mismo hasta el punto: un montón de personas algo intimidadas a su alrededor de él sobre las piedritas y a tan pocos pasos de la única vidriera abarrotada de un negocio oscuro y hasta si se quiere apacible de souvenirs.

Agosto 1972

ÍNDICE

I

II

III

Impreso en el mes
de abril de 1973
en los talleres de
TIPOGRAFÍA CATALANA
Vic, 10, Barcelona